



N. Villoslada

Doña Urraca
de Castilla

Apostolado de la Prensa





DOÑA URRACA DE CASTILLA

LECTURAS RECREATIVAS DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

DOÑA URRACA

DE CASTILLA

MEMORIAS DE TRES CANÓNICOS

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

TOMO II



MADRID

BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

7, San Bernardo, 7

1910

Con licencia eclesiástica.



DOÑA URRACA DE CASTILLA

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO LA BASTARDA DE TRAVA SE CASÓ CON ATAULFO EL TERRIBLE SIN LLEGAR Á SER SU ESPOSA

CORTA es la distancia que á la villa del Padrón separa de Compostela, y, sin embargo, parecen ambas en diversos climas y regiones situadas. Ya hemos visto cuán triste y nebuloso es el cielo de la segunda; la primera, por el contrario, muestra ufana lejanos horizontes y una atmósfera diáfana y azul tendida sobre campiñas llanas sin dejar de ser amenas, perpetuamente verdes y floridas, menos por lo copioso de las lluvias que por los innumerales raudales, que de la montaña descienden espumosos, y surcan la llanura mansos y cristalinos, hasta perderse en el Océano, imagen del sepulcro donde desaparecen de igual modo los grandes y los pequeños.

Al amanecer de aquel mismo día en que la Reina de Castilla recibió la provechosa visita del obispo de Santiago, salió del castillo Honesto, situado en la más alta colina sobre el Padrón, una litera extrañamente escoltada. Iban delante dos criados, caballeros en sendos potros del país, si no tan montaraces como los jinetes, más testarudos al menos, si se atiende al empeño y porfía que manifestaban en seguir el buen camino, á despecho de los susodichos jinetes que les conducían por el malo. Venía en pos la litera llevada por dos mulos que habían renunciado la facultad de discurrir, confiados en la sabia dirección de las cabalgaduras delanteras, cerrando la marcha un corcel normando y una mula zamorana emparejados, refrenado el primero por un caballero armado de punta en blanco, y la segunda por un clérigo montado á la mujeriega, encorvado el cuerpo y cabizbajo, con trazas de no tenerlas todas consigo.

Se nos olvidaba añadir á la comitiva un jayán, que, arreando las cabalgaduras, era el único que con todas ellas sostenía un diálogo, del cual, á pesar de su viveza, hacemos gracia al asendereado lector.

Mostraban todos mal talante, excepto el caballero armado, que, por llevar cubierto el rostro con la celada, ni triste ni alegre aparecía, y tal silencio guardaban, que bien podía sospecharse si algún muerto llevarían en la litera. El que tal juicio hubiese formado se afirmaría en él viendo al bueno del clérigo, que, después de bostezar dos ó

tres veces, comenzó á santiguarse y prosiguió murmurando los salmos, con lo cual semejaba estar echando responsos por el alma del difunto.

Para que se vea cuán temerarios son los juicios humanos, aun los que menos aventurados parecen, apresurémonos á decir que el clérigo no rezaba responsos, sino prima y terciá, y que el soñado difunto era nada menos que una hermosísima dama, no sólo viva, sino capaz por su peregrina hermosura de resucitar un muerto. Pasaba, sin embargo, de la edad juvenil; su semblante pálido, grave y severo; sus labios tristes y delicados, y sus grandes ojos negros, en que brillaba todo el fuego de sus sentimientos y se traslucía toda la vaguedad de los recuerdos, indicaban la más profunda sensibilidad, al mismo tiempo que se advertía cierta resignación ó humildad que convertía en abatida sierva á la que á primera vista altiva matrona parecía.

Y, pues, hemos de decirlo todo, añadamos presto que los acompañantes, en vez de duelo, iban de boda, y en lugar de *requiem*, de jolgorio y *gaudeamus*. Disimulábanlo bastante, es verdad; pero al fin y al cabo nosotros, que estamos en ciertos antecedentes, si advertimos que el camino sabiamente dirigido por los potros era el de Altamira, y que la dama de la litera Elvira se llamaba, podemos adivinar que el caballero encubierto fuese el conde don Pedro Froilaz, que llevaba á su hermana á los amantes brazos de Ataulfo el *Terrible*. Con respecto del clérigo, no andaremos muy apartados de la verdad si, después de lo dicho, asegu-

ramos que iba á bendecir á los novios, y que el de Trava lo llevaba consigo, ya por sospechar que no habría capellanes de sobra en el castillo, ya también para cerciorarse de que el ministro del altar que intervenía en la sagrada ceremonia era real y verdadero clérigo, ordenado *in sacris* por el competente obispo, y no un perillán á quien Ataulfo hubiese querido revestir de alba y casulla. Hombre era el tal Ataulfo de quien todo podía esperarse, y hombre también era el tal don Pedro de Trava que todo lo preveía.

A ser dueña de sus acciones Elvira Froilaz, seguramente que no habría pensado en salir de su viudez, y menos en elegir al *Terrible* por sucesor de Bermudo; pero la pobre bastarda, destinada á purgar con su abnegación un segundo pecado original, sometida desde los primeros años á una despótica voluntad, no podía pensar siquiera en oponerse á los ambiciosos y bien calculados planes de su hermano mayor. Persuadida de ello, ni siquiera ensayó la más débil resistencia, y llegó su delicadeza al extremo de no manifestar cuán grande era el sacrificio que en aquella ocasión se le exigía.

Sin embargo, por las cortas frases que en sus labios pusimos al darla á conocer en esta crónica, pudo advertir el lector la cruel satisfacción, la dolorosa alegría con que iba á desposarse con el hermano de su primer marido, por habitar bajo el mismo techo que á Bermudo en otro tiempo cobijaba. No la afligían, por consiguiente, los horrores que de Altamira se confesaban; sabía muy

bien que la atmósfera de aquel castillo llevaba consigo alguna ponzoña que secaba la lozanía de la juventud y marchitaba el placer y la alegría; pero esto mismo, que á los demás inspiraba aversión, era un atractivo para Elvira, que iba á gozar en aquel dolor y á terminar en aquel sombrío templo de la tristeza toda una vida de sinsabores y perpetuos sacrificios.

Hacía rato que se divisaban las negras torres del castillo, que en aquel tiempo era un edificio mucho más vasto de lo que hoy sus ruinas aparentan. El camino, cada vez más tortuoso, seguía orilla de los torrentes de primavera faldeando las colinas, perdiéndose muchas veces en la espesura de los bosques bravíos, y otras en la anchura de los prados, donde la nueva y abundosa yerba cubría las poco frecuentadas huellas de seres humanos.

La comitiva guardaba el mismo orden: los mulos, vencedores en la porfía, que alguna vez la victoria ha de ser del más inteligente, guiaban como peritos; el villano arreaba y sacudía varapalos; el clérigo, terminada prima y tercia, rezaba sexta y nona, y los dos hermanos no chistaban, por la sencilla razón de que nada tenían que decirse; ambos sabían lo que iba á resultar de aquel paso, y lo daban ambos con pleno y cabal conocimiento. El uno veía en Altamira la cuna de sus más dulces esperanzas, y el otro la tumba donde trataba de sepultar sus antiguas memorias.

Iba á realizar el conde de Trava el pensamiento de toda su vida. Enlazábase á poca costa con la

familia de los Moscosos, y aseguraba el triunfo de la causa del Príncipe Alfonso, es decir, de su propia causa. Proclamado rey un niño de doce años, sobre el cual tenía omnímodo ascendiente, claro es que á sí propio se proclamaba. Conociendo, pues, toda la importancia de semejante boda, había desplegado en esta ocasión todo su talento, su actividad y sus recursos. En cuatro ó cinco días reconcilió al ricohombre con el obispo, arrancó la dispensa, allanó el camino para que el paje viniese al alcázar de Altamira, como cordero al altar del sacrificio; poco le importaba que la reconciliación no pasara de dientes adentro, que la dispensa fuese poco más ó menos que forzada y que el paje, en lugar de ser enviado por Gelmirez, viniese por engaño y por sorpresa; poco le importaba que la unión se resintiera de falta de solidez y que todo aquel artificioso aparato se desplomase á los quince días; ocho le bastaban para traer al Príncipe Alfonso á Compostela y coronarlo Rey de Galicia con anuencia y consentimiento de los ricoshombres y caballeros del reino, y una vez sentado en el trono, él se daría maña para que de allí no descendiese, á no ser para ocupar antes con antes el de Urraca de Castilla.

Temió, sin embargo, que la llegada de la Reina diese al traste con tan magníficos planes y levantados pensamientos; pero lejos de desmayarse con el peligro, redobló vigilancia y actividad, cuidando sobre todo de que la boda se verificase con el mayor silencio, de manera que sus enemigos no tuviesen noticia de aquella parte tan principal de los

planes, sino cuando ya fuese imposible desbaratarla.

El conde era el único que mostraba prisa por llegar al término de la jornada; todos los demás iban como de mala gana, á regañadientes; el villano pensando en volverse desde la puerta del castillo, sin echar un pienso á las cabalgaduras, y el clérigo en tomar el portante para Compostela apenas echase la postrera bendición á los novios.

Pero si el conde de Trava tenía prisa por llegar á Altamira, era precisamente porque nadie la tenía más de salir, para volver al punto al lado del Príncipe, á quien sólo con tan grave motivo podía haber abandonado en ocasión tan crítica; de manera que la pobre Elvira era la única que iba á quedarse en aquel paraje del que todos huían como si estuviese apestado. Todo era entretanto bullicio, confusión y desorden en el palacio de Altamira. Habíase levantado el ricohombre muy antes de amanecer, y comenzó á dar voces y despertar á sus servidores, que saltaban del lecho despavoridos.

Los palafreneros recibieron orden de aderezar el más soberbio caballo con gualdrapa de seda, recamada de oro, y exclamaban desperezándose:

—Pues señor, esto es hecho; el amo quiere volver hoy por su honra en algún nuevo combate. Elijamos un caballo de batalla.

—No hagáis tal—contestaban los alconeros bostezando—; nosotros vamos á calzarnos guante de gamuza, y á poner capillos á los gerifaltes; con que ¡buena batalla os dé Dios! A donde va el señor es á caza de altanería.

—Sí, de caza va—replicaban otros, que descolgaban trahillas para sujetar lebreles y sabuesos; pero no de vuelo, sino de montería—. El señor nos ha llamado por nuestros nombres, y es seguro que salimos con el alba en busca de los jabatos de la res que trajimos el otro día.

—¡Idos con mil diablos!—murmuraban unos ballesteros que por allí cerca se removían—. ¡De cazar se trata cuando vienen á sitiarnos las gentes del obispo con canónigos y monjes por adalides!

—¡Cómo! ¿Será posible?—contestaban sobresaltados los circunstantes.

—¡Como que tenemos orden de coronar las almenas y de cubrir la entrada del castillo!

—¡Asalto hay dentro de una hora..., degüello y matanza!...

—Sí, asalto del gallinero, degüello de pavos y matanza de terneros—dijo á la sazón un pajecillo que salía de la cocina—. Andad, valientes, y para reponeros del susto bajad á la bodega, que hoy es día de estar abierta, y cuidad de no romperos la crisma tropezando con algún zaque.

—Pues señor, ¿qué día es hoy?

—¿Hoy?—repitió un escudero, que bajaba del piso principal.— Hoy es día aciago para algunos.

Y miraba misteriosamente á una de las torres que servía de prisión á los muchos infelices que Ataulfo tenía encerrados.

—¿Qué hay?—preguntaban los más curiosos.

—Ya sabéis que el *Terrible* no admite murmuraciones acerca de los calabozos—decían otros.

—Hay, hermanos—prosiguió el escudero—, y

éstas no son murmuraciones, sino verdades, que Rui Pérez acaba de salir á toda prisa á traer, aunque sea por los cabellos, al primer monje ó capellán que por estos contornos encuentre; lo cual quiere decir que se trata de preparar el alma de algún cristiano...

—¡Santiago nos valga, hermano!—murmuraron todos, haciendo cada cual un rápido examen general de conciencia.

—Ejecución tenemos; á cáñamo trascienden estos preparativos.

—Pero ¿y losalcones?

—¿Y los perros de caza?

—¿Y la bodega y la cocina?

—¿Qué tiene que ver todo esto con un reo de muerte? Y luego el amo sabe inventar tormentos que hacen erizar el cabello; pero no le gusta la carne de cadáveres, como á hienas y buitres.

De semejante modo se departía en los patios y corredores, y todos en la casa bullían, todos preguntaban, y con la batahola que movían parecía que el castillo entero se venía abajo. El corcel relinchaba en el patio, los perros ladraban, graznaban los azores; rechinaban puertas, crujían armas, retumbaban pasos, corrían pajes, sudaban dueñas, y los escuderos echaban los bofes para servir al *Terrible*, que se hallaba en todas partes, y mandaba á todos, y en un minuto daba cien órdenes contradictorias.

—O te has vuelto loco—le dijo una vez el 'bufón—, ó te casas.

—¡Vive Cristo que lo has acertado!—contestó

Ataulfo riéndose á carcajadas—. Y por la gracia te regalo el vestido que he de ponerme para la boda.

—Entonces—repuso con cínica insolencia el bufón— yo seré el único que salga bien librado y ganancioso.

—¿Sabes tú, por ventura, con quién voy á casarme?—preguntó el ricohombre casi amostazado.

—Con un ángel sin duda, cuando se cree con paciencia para aguantarte.

Esta respuesta destruyó por fortuna el mal efecto de las anteriores palabras.

Al bullicio del alcázar sucedió luego una especie de susurro malicioso. Sorda pero rápidamente circuló la noticia del casamiento. Don Pedro de Trava había exigido del *Terrible* que hasta el día mismo de la boda nadie llegase á penetrar sus intentos, para lo cual le rogó que no hiciese el menor preparativo; pero alzada la prohibición con la venida del día prefijado, el novio quería ganar el tiempo perdido, y andaba como loco por todas partes, y á todos tenía aturridos y trastornados.

Mandaba sacar las ricas vestiduras y joyas de sus progenitores, las cuales no salían á luz sino en raras y solemnes ocasiones; pero de repente las rechazaba con horror y pródigamente las repartía á sus criados; y á vueltas de aquellos regalos, la menor falta, la más leve muestra de intención, la menor sonrisa era con toda severidad castigada.

Ya lo hemos visto sufrir con edificante mansedumbre las pesadas burlas del bufón, y aun celebrarlas con alegría brutal; mandarlo y verlo

todo por sí mismo; para que todo en él fuese descomunal y extravagante, debemos añadir que de repente se eclipsaba sepultándose en sus habitaciones, y salía de ellas luego con ojos despavoridos y cejas enarcadas, y rostro turbado, y quería disimular la conmoción con una alegría forzada, con una risa fuera de sazón. ¡Desdichado de aquel que en uno y otro caso dejase de permanecer impasible! ¡Desdichado del que osara darse por entendido!

No diremos que debía temer por su vida, pues hasta ahora no se había verificado que el *Terrible* diese á nadie la muerte como no fuese por sentencia de rigurosa justicia; pero en cambio, ¡cuán fecunda y cruel inventiva no había mostrado en achaque de suplicios y tormentos, cuya relación hace erizar de espanto los cabellos!

El mandó construir un arca estrecha y larga como un ataúd, pero no tanto que dentro cupiese tendido un hombre de mediana estatura, ni tan alta que de rodillas pudiera cobijarse; cubría el suelo de cascós de teja y guijaros puntiagudos, encerraba en ella al infeliz á quien se proponía castigar, y lo dejaba una ó dos semanas dándole el preciso alimento de pan y agua para que no muriese de hambre. En tiempo de invierno, cuando á las noches está el cielo más sereno, y las heladas son muy fuertes, apretando mucho las tierras, ponía Ataulfo á los mezquinos desnudos en el suelo, las manos atrás atadas y los pies con hierro; echábales agua poco á poco para que se congelase, y cuando los miembros de los atormentados se

enrojecían, y el cuerpo y la lengua se endurecían como madero muy seco, y ya perdido el vigor no podían hablar, llevábalos al fuego, frotándolos con las manos; regalábase la helada al calentarse, comenzaban á hablar y luego otra vez los tornaba á las quemazones de hielo por toda la noche (1).

Asomaba el sol por entre los robles, hayas y pinos que coronan las montañas de Compostela, cuando el *Terrible* subió al adarve de la torre más empinada y robusta de Altamira, ricamente vestido de túnica y manto de escarlata recamada de oro, con bárbara profusión, si no con gusto delicado. Jugeteaban los céfiros de la mañana con sus largos cabellos compartidos en mechones encrespados, que daban todavía más aire de ferocidad al semblante del novio, espejo de todas las ansias, batallas y contradicciones del alma. Paseándose delante de las almenas dirigía al interior del alcázar miradas falsas y torcidas como de hiena, y tendiéndolas luego por los amenos y frondosos valles del Mediodía, tornábanse poco á poco dulces y tiernas para acabar en impacientes y frenéticas. Así vagaba de uno en otro objeto y senti-

(1) La relación de estos suplicios, usados por gentes que vivían en la misma época, está casi literalmente tomada de la *Historia de Sahagún*, por el Monje anónimo. Omitimos otros tormentos mucho más bárbaros que nuestra pluma se resiste á transcribir. Véase la *Historia* citada desde el capítulo XL hasta el XLV.

El episodio de Ataulfo de Moscoso es puramente tradicional: en el carácter de este personaje y en los hechos principales del cuento, convienen todos, pero cada cual procura adornarlo con los perfiles y dibujos que son más de su agrado.

miento, y el sol en tanto seguía levantándose con harta desesperación del caballero que veía entrarse el día más que de paso, sin que se divisara aquella á quien antes de la noche debía estrechar en sus ardientes brazos.

Observó por fin en el horizonte bultos lejanos que le parecieron ser la comitiva de su esposa, y tal inmutación experimentó su rostro, que enteramente quedó desfigurado.

—¡Oh! ¡Es ella, es ella!—murmuró con un acento tan profundo, que con él parecía haber exhalado el espíritu.

Pasados algunos instantes de inmovilidad y enajenamiento, la lucha de su corazón debió renovarse con más bríos, porque la alternativa de sus miradas al interior y á la campiña cada vez era más rápida, y aparecían con igual frecuencia en su rostro la dulce sonrisa del amor y el torvo ceño de la venganza.

La venganza debió vencer, porque con una expresión de alegría infernal bajó el ricohombre precipitadamente á los corredores del alcázar, entró en su cámara, abrió una puerta secreta, y atravesando largos pasadizos, llegó á un aposento oscuro y abovedado de las torres de las prisiones; buscó á tientas alguna cosa en el pavimento, y no bien hubo dado con una trampa de hierro con fuertes candados defendida, arrodillóse y abriólos convulsivamente, levantando el armazón con gran trabajo.

Descubrióse una boca en el suelo, y por ella salían débiles resplandores de luz que iluminaron

el rostro de Ataulfo, y tal apareció, que daba miedo de verlo. Tenía sobre todo una sonrisa que dejaba traslucir un odio antiguo, inveterado, y cierta fruición de los ajenos padecimientos, que no la tuvo más horrible Lucifer cuando arrastró al primer hombre á los infiernos.

Con un acento seco y ronco que retumbó sordamente en aquellas bóvedas, exclamó lentamente, como saboreando las palabras:

—¡Ya viene! ¡Ya viene!... Acabo de verla... Voy á salir á recibirla... ¿Escuchas? ¡Hoy mismo ha de ser mía!... ¡Mía, mía!

Y debajo del pavimento hueco y profundo resonó un terrible grito, como de un hombre que acabase de recibir una herida en el corazón.

El caballero de Altamira se estremeció de pies á cabeza.

—¡Oh!—salió del hondo una voz extraña y cavernosa—. Dios no permitirá semejante crimen.

Ataulfo se sonrió al oír estas palabras, y se detuvo todavía un rato en silencio, aspirando con deleite el aire caliente y pesado que de aquella boca se exhalaba; luego, alargando la mano por el suelo, tropezó con un pan negro y mugriento, y lo arrojó por el agujero de la trampa, diciendo con su infernal ironía:

—¡Toma!... Regálate hoy, por ser el día de mi boda.

Y el de abajo murmuraba, no se sabe si rezos ó maldiciones.

De improviso dejó caer el ricohombre la trampa con estrépito, y sin echar los cerrojos y canda-

dos, levantóse despavorido, lanzándose hacia la puerta.

—¡Oh! Creí sentir pasos y ruido de gente —exclamaba al volver, cubierto el rostro de sudor frío—. ¡Qué aturdido! Por primera vez acaso he venido sin tomar precauciones!...

Y cerró todavía temblando la compuerta de hierro, y sucesivamente fué cerrando cuatro ó cinco puertas antes de llegar á su aposento.

Allí le fué necesario descansar algunos instantes para serenarse. Aun los criados que más frecuentemente solían verle en aquel estado de turbación, no habrían podido menos de perder el color en la ocasión presente.

Cuando ya le pareció que podía mostrarse al público, contando con acabar de serenarse en el camino mientras se tropezaba con Elvira, que aún venía lejos, dirigióse á la puerta principal del aposento, levantó la falleba, pero la hoja no cedía; empujóla, sacudióla con fuerza; pero todo en vano...

Estaba cerrado, preso en su propia habitación.

No nos es dado trasladar al papel las horribles palabras que los narradores de este suceso ponen en boca del *Terrible*; pero mientras sus labios vomitaban blasfemias, resonó una voz débil y cascada que decía:

—Hijo mío, Ataulfo:.... ¡Jesús, qué prisa llevas!

—¡Gontroda! ¡Tú!... ¡Esa llave presto!— contestó el ricohombre mirando con indignación, no exenta de respeto, á la persona que le dirigía la palabra.

Figúrese el lector una vieja setentona, de rostro alegre y bonachón, con más arrugas que un pergamino puesto á la lumbre, de tez ahumada y dura, barba saliente, mejillas hundidas, nariz afilada y frente poblada de algunos mechones de canas que debajo de las tocas le salían, el cuerpo encorvado y sostenido por un puntal, que tal parecía el báculo en que se apoyaba; figúrese todo este conjunto de peregrinas perfecciones, envuelta en una cotilla, manto y túnica de estameña, y tendrá un aproximado retrato del personaje que osó detener al lobo de Altamira al salir de su madriguera.

—¡Esa llave, madre Gontroda!...—repitió Ataulfo con mejores modos, pero no con menos impaciencia.

—Pero ¿qué prisa tienes?—dijo Gontroda manoteando y con un acento de superioridad que contrastaba con su miserable aspecto.

—¡Prisa!... ¡Ninguna!—repuso el ricohombre queriendo sonreirse; y añadió por lo bajo: ¡Así te llevarán mil demonios!—Pero ¿qué haces aquí, madre Gontroda?

—Ya lo ves, hijo mío—contestó la vieja acomodándose tranquilamente en un sitial, cerca de la chimenea—; buscar la lumbre, porque el calor es la vida para el anciano.

—Vamos, basta de bromas... Juro á Dios que es demasiado atrevimiento, aunque á tus pechos me hayas criado...

—Y si te hubiese amamantado con rejalgar, hijo mío, ¡cuán poco se hubiese perdido!... ¿Eh?

—¿Ya comienzas, vieja maldita? Te advierto que eres mi nodriza, y no mi bufón, y que si al bufón le pago para que me diga desvergüenzas...

—A mí me tienes para que te diga verdades.

—Pues bien, voto á tal; ahora no estoy de humor ni para lo uno ni para lo otro, ¿lo entiendes? ¡Esa llave! Y si tardas un minuto, sin respeto á tus hechicerías, mando á Martín que te desuelle, ya que no tienes otra cosa que pellejo.

Gontroda se echó á reir de una manera particular, y seguía calentándose á la lumbre con las manos delante del rostro.

—¡La llave!--gritó el *Terrible* con un acento que hubiera helado de espanto á los demás habitantes del castillo—. ¡La llave, ó mueres aquí abrasada!

—¡Jesús, qué terco y qué porfiado! ¿Cómo he de darte lo que no tengo?—replicó la vieja sin alterarse.

—¡Mentira, bruja del infierno! Sólo tú hubieras osado quitarla de la puerta.

—Eso es otra cosa, hombre; eso es otra cosa... Quitarla, yo la he quitado; pero luego...

—Sí, luego...

—La arrojé al foso por la ventana.

—¡Eso es mentira, miserable!—exclamó Ataulfo—No tienes valor para tanto... en Altamira no habría tormentos adecuados á tu crimen... ¡Es mentira, es mentira!

Y al decir estas palabras Ataulfo temblaba de cólera, y se daba golpes en la cabeza, y revolvía los ojos como un dragón acometido por todas partes.

—Ataulfo—contestó la vieja siempre tranquila, pero en tono más solemne—; yo no vengo á detenerte con cerrojos, sino con palabras. Puedes coger un hacha y hacer astillas esas hojas de madera; pero soy tu nodriza; no tienes otra madre; nadie, nadie te quiere en el mundo; todos te aborrecen, menos yo. ¡Cuando me acuerdo que te tuve en mis brazos!... Ataulfo, vengo á decirte que mires lo que haces... Vas á casarte con Elvira de Trava... con la mujer de tu propio hermano.

—¡Cómo!—exclamó el de Moscoso, sonriéndose con júbilo—. ¡Escrúpulos acerca del impedimento!... Ya está dispensado, madre mía: ese pícaro Gelmirez... digo ese venerable prelado, porque hemos convenido en que he de ser su amigo, lo ha dispensado todo.

—Ataulfo... ¡á mí me hablas de dispensa!

El ricohombre perdió súbitamente el color, y se quedó frío con los ojos clavados en Gontroda.

—Sí—prosiguió la anciana levantándose—; te vas á casar con la mujer de tu hermano, y tu hermano...

—¡Silencio!

—Y tu hermano vive.

—¿Vive mi hermano?

—¿Por qué te asombras? ¡Bah! Hasta ahora no has sido hipócrita. ¿Quieres que todo te lo diga?

—¿Y de cuándo acá habéis hecho tan peregrino descubrimiento?—preguntó el *Terrible* con espantosa calma.

—¿Qué te importa saberlo, si ha venido á tiempo para impedir un crimen horrible?

—¡Oh! Sí, muy á tiempo. Sentémonos, si os place, madre Gontroda; no tengo prisa maldita.

—¡Hijo mío Ataulfo! Yo te crié á mis pechos; yo te he servido en todos los momentos de tu desdichada vida, porque he velado siempre por tí, y siempre te he querido... y siempre...

—Vamos, y siempre...—dijo Moscoso interrumpiéndola con un gesto de impaciencia.

—¿Es posible—prosiguió Gontroda—que tal ultraje vayas á hacer á Dios, á tu hermano, á tu mismo padre?

—Con que vamos á ver, madre mía: ¿cuántos días ha que sabéis ese secreto? ¿Pocos, eh? Sospecho que no serán acaso ni muchos minutos; porque jamás, rarísimas veces, he sido tan descuidado como ahora con las puertas de la torre; porque nunca como hoy he sentido pasos... ¿No es verdad que hasta hoy nada sabíais?

—Nada sabía, es cierto; pero tenía vehementes sospechas de que en esa torre se encerraba algún crimen; porque nunca has querido fiar á nadie la custodia de ciertas prisiones; porque sé la historia de tu vida...

—Deja por Dios mis historias, Gontroda, que son largas de contar, y por mucho que sepas tú de ellas, lo que es á mí nada de nuevo has de decirme. Tú tendrías sospechas... cuantas te diese la gana; pero hasta ahora, hasta el instante en que me has visto...

—Y escuchado.

—Pues, y escuchado... Tú, con toda tu ciencia y tu hermandad con el diablo, tú nada sabías de fijo.

—Pero ¿qué te importa?

—¡Oh! Mucho más de lo que os parece, vieja del infierno—exclamó Ataulfo, levantándose como el tigre que se lanza furioso de repente contra las rejas de la jaula—. Aquí, aquí vas á morir, miserable, y como de este recinto no has salido, contigo perecerá tu descubrimiento.

—Morir—dijo sonriéndose Gontroda—; segura estoy de que no atentarás á mis dias. No porque sea tu madre de leche, no porque mi sangre corra mezclada con la tuya, no por cariño ni por respeto, no; es de miedo. Tan segura estoy yo como el más vil de tus vasallos. ¿Y por qué? Porque sabes fijamente que el día en que seas reo de homicidio, aquél será el último de tu vida. Hiéreme, Ataulfo, hiéreme con ese puñal que has desenvainado, y al expirar te diré: «¡Adiós, hijo mío, adiós... hasta la noche!»

El *Terrible* bajó la mano que había levantado armada, y mirando á Gontroda con ojos sombríos repuso:

—¿Y quién me dice, vive Dios, que todo eso no es más que una patraña fraguada por ti para contenerme?

—¡Patraña! Tu padre te lo dijo al expirar; cuantos hechiceros has consultado, cuantos gitanos has visto, te lo han repetido. ¡Patraña! Si así lo hubieses creído—prosiguió la vieja sonriéndose con una calma que daba irresistible autoridad á sus palabras—, ha muchos años que te hubieras quitado de encima la molesta carga de tu vida. Hiéreme, haz la prueba en mí de la falsedad de

esa profecía, y antes que aquí llegue Elvira la bastarda un rayo del cielo habrá caído sobre tu cabeza, los abismos á tus pies se habrán abierto, tu criado más fiel te habrá dado una puñalada, ó la mano de Dios te habrá tocado con un dardo invisible. No te diré cómo morirás; pero morirás hoy, hoy infaliblemente; y así que perezcas se descubrirá tu crimen, saldrá Bermudo de su calabozo, y habrás llamado á la bastarda, no para casarte con ella, sino para restituirla á los brazos de su marido. Márame: mi muerte abrirá las puertas al infeliz á quien tienes ha veinte años sepultado.

—Eso no, voto al demonio; en la duda siquiera de que tal puede suceder, vivirás, Gontroda. Elvira me amaba, y me olvidó por el amor... no, por las riquezas de mi hermano: era este hermano querido de las princesas, famoso en lides, primogénito, dueño de todos los estados de mi padre; y yo desdeñado, obscuro, pobre; yo no tenía más que el amor de una mujer, el amor de una bastarda, y él me lo arrebató casándose con ella. Mi venganza no será completa sino haciéndome dueño de esa mujer en vida de mi hermano, para que sepa que habito en su propio alcázar, que duermo en su mismo lecho, que su mujer me llama esposo. ¿Y pensabas privarme de este horrible placer, conquistado á costa de veinte años de horribles suplicios más espantosos de los que para mis vasallos he inventado? No, no morirás, miserable; pero ¡tampoco Bermudo ha muerto!

Y al decir estas palabras cogió á Gontroda en

sus hercúleos brazos, llevándola hacia la puerta secreta que comunicaba con la torre de las prisiones.

—¿Qué haces, infeliz?—gritaba la anciana.

—¡Donosa es la pregunta, vive Dios! Pensabas tú, esqueleto ambulante, pensabas detenerme con tu armazón de huesos en el camino que sigo hace tantos años, cuando toco el término de la jornada! Aquí, aquí quedarás encerrada, y no por mucho tiempo, vive el cielo... Después que sea dueño de Elvira, ¿qué diablos me importa que salgas y publiques lo que quieras? ¿Qué me importará hacer contigo el ensayo de tus famosos valicinios?

El ricohombre había llegado á la torre con la vieja en volandas, y allí la dejó encerrada.

Volvió sin detenerse á su aposento; tomó un hacha de armas y de un golpe hizo saltar la cerradura de la puerta principal. Bajó al patio, donde encontró el caballo magníficamente enjaezado con largos paramentos de brocado de seda, festoneados de cabezas de lobo rojas en campo de oro. Allí estaban también esperando para acompañarle los escuderos y pajes, y toda la turba de criados y guerreros en sus puestos y en el mayor orden.

Todos ellos sintieron cierta especie de conmoción eléctrica al ver el semblante del *Terrible*. Y no la produjeron por cierto el desorden de sus cabellos, la palidez y descomposición de sus facciones, sino las risotadas en que venía prorrumpiendo, el aire de triunfo y de soberbia con que se presentó, y sus ademanes vivos y resueltos para cabalgar y salir del castillo atravesando los puentes

levadizos con imprudente precipitación, que le hubiera costado cara, montando un caballo menos acostumbrado al estruendo hueco y hondo producido por el ferrado casco sobre las tablas.

Con la vista del cielo diáfano y brillante cambió de expresión el rostro de Ataulfo. Poco á poco se fué cubriendo de profunda tristeza; abatiéronse aquellas altivas miradas, todos sus miembros parecían desmayados y flojos, y los escuderos que cabalgaban á su lado se figuraban que iban acompañando un reo al suplicio, no un novio á los brazos de su querida.

¿Qué pasaba entonces en el corazón de aquel hombre extraordinario? Cuando sintió el ruido de las cabalgaduras, cuando vió por entre los matorrales brillar la armadura del conde de Trava, nuevo y súbito cambio experimentó su fisonomía; volvióle el color, agolpósele la sangre al corazón, y casi, casi dos lágrimas estuvieron á punto de asomarse á sus ojos, no sabemos si por efecto de punzadas de dolor ó por arrebató de ternura. Cuando ya la comitiva estaba próxima, derribóse del caballo y tropezó bruscamente con el conde, que al verle se apeó con la misma presteza y con más calma y aplomo le tendió los brazos.

—¿Y Elvira?

—Ahí la tenéis—respondió el de Trava señalándole la litera.

Y Ataulfo estaba tan aturdido, que se fué derecho á dar los brazos al clérigo, que en aquel momento terminaba sus Horas murmurando:

—*Divinum auxilium maneat semper nobiscum.*

—*Amen*—respondió el conde sonriéndose.

—¡Ah!—dijo el *Terrible*; y al retroceder avergonzado estuvo á punto de estrellarse la cabeza contra el carruaje.

Apareciósele entonces de improviso la hermosa Elvira de Trava, y fué tanto el gozo que sintió el rícohombre, que en aquel momento ni de su hermano se acordaba, ni sentía el diente roedor de los remordimientos, ni pensaba en venganzas; amaba sólo, amaba con la vehemencia, con el frenesí propio de quien no había conocido otra pasión en toda su vida.

—¡Señora!...—exclamó Ataulfo, cayendo de rodillas delante de la litera, con el profundo respeto propio de las razas germánicas.

La dama sacó entonces por la portezuela su bello y pálido semblante ligeramente sonrosado, y enjugándose una lágrima que todavía creía tener en sus mejillas, dijo con turbado acento:

—Levantaos, señor, levantaos.

Levantóse, en efecto, el de Altamira; pero no le fué posible pronunciar una palabra más; tan empachado, tan aturdido, tan conturbado se veía, que hubiera dado cualquier cosa en aquel momento porque nadie hubiese presenciado semejante escena.

—Vamos, hermano—le dijo á la sazón el caballero de la armadura—; tiempo tendréis de charlar en el castillo, y juro por quien soy que no he de estorbaros mucho. Apenas se verifique la ceremonia y deje en vuestros brazos á mi querida hermana (ya era la bastarda su hermana..., su *querida*

hermana), voy á partirme á la corte del Príncipe, á quien llevaré la grata nueva de vuestro pleito-homenaje. ¡Eh! Por ahí, por ese otro lado... ¡Qué diablos! . . Vais á cabalgar por la cola.

—¡Mil demonios me lleven!—murmuró Ataulfo rabioso consigo mismo.

El acompañamiento de la dama y el del caballero siguieron silenciosamente el camino del castillo. Iba Ataulfo cabizbajo y taciturno detrás de la litera, al lado del conde, el cual, viendo que no parecía bien un novio tan poco locuaz, quiso meterle en conversación diciéndole:

—Por supuesto, hermano, que traigo la dispensa.

—Bueno.

—Y en cuanto al paje del obispo...

—Es verdad... ¡Vive Dios, que os habéis olvidado del paje del obispo!...

—¡No me olvidé tal, voto al diablo!—repuso el conde gozoso y ufano de haber sacado al *Terrible* unas cuantas palabras del cuerpo—. El paje. ¡Ja, ja!...

—¿De qué os reís?

—De nada. En el alcázar lo tendréis bien presto.

Calló el conde, y calló de consiguiente don Ataulfo. Conforme se acercaba al alcázar, íbase arreciando la nube de tristeza que cubría el rostro del desposado.

—¿Qué tiene vuestra querida hermana?—preguntó éste—. Paréceme... así como parada.

—Pues vos no estáis mucho más vivo, ¡cuerpo de tal!... No parece sino que es la vez primera que

os casáis, y no sabéis lo que pasa á las mujeres en un día de boda. ¡Malo! ¡Malo! ¡Muchos preparativos son éstos... don Ataulfo!... Apuesto que habéis contravenido mis órdenes...

—¡Juro que nadie sabía en el castillo hasta hoy que el señor de Altamira se casaba! ¡Nadie!—prosiguió el *Terrible* para sí—. ¡Excepto él!...

—¡Qué diantres! Os quedáis así como lelo; ¿qué tenéis, hermano?

—¡Nada, nada... entremos!

Acababan de llegar al castillo: la litera penetró en el patio. Ataulfo se apeó, y fué bastante dueño de sí mismo para acudir á tiempo de abrir la portezuela. Elvira salió sencillamente vestida con blancas tocas y sin luto; detrás de ella salió también una dueña que con su señora venía á sepultarse en aquel sombrío edificio.

Por consejo del conde de Trava se dirigieron en derecha á la capilla, que muy recientemente y muy deprisa había sido despojada de las franjas y colgaduras de telas de araña que la adornaban, casi de tiempo inmemorial.

Al entrar en aquel sagrado recinto Elvira se arrodilló, y maquinalmente hizo otro tanto el de Moscoso. Veía á su esposa mover los labios rezando con fervor, y él también los movía sin saber por qué; pálido y con ojos espantados miraba al sacerdote que se iba vistiendo el alba, estola y capa, y poco á poco se le turbaba la vista, los objetos se le andaban alrededor, y le parecía escuchar una voz que salía de los abismos, y estaba á punto de confesar públicamente su crimen y de huir despavorido.

Pero escuchaba el suave murmullo de las oraciones de Elvira, mirábala de soslayo, más bella, más interesante que nunca, con la unción religiosa que se dejaba traslucir en su rostro, con las dulces lágrimas que se deslizaban por sus mejillas: sentía su agitación, el bullir de su pecho, su aliento y sus casi imperceptibles suspiros; y tanta hermosura le deslumbraba, y por la pasión arrebatado, decía dentro de sí, con el propósito del réprobo:

—¡Oh! ¡Mañana se lo diré todo, mañana! Mañana me arrepentiré; pero gocemos hoy: ¡vivamos este día, mañana moriremos!

Y se levantó bruscamente, dirigiendo una mirada al conde y al clérigo, que estaban aguardando, dispuestos para la ceremonia.

—¡Vamos!—dijo impaciente don Pedro de Trava á la bastarda.

—¡Vamos!—respondió Elvira con blando acento, levantándose sumisa y resignada.





CAPITULO II

DE CÓMO LA SEGUNDA MUJER DE DON ATAULFO EL TERRIBLE RECIBIÓ LA CONFESIÓN DE LA PRIMERA

Si el lector aguarda que la ceremonia nupcial sea dramáticamente turbada por la repentina aparición de algún espectro, por cualquier maravillosa peripecia, ó siquiera por el estampido de un rayo, súbitamente desprendido de las negras nubes que el narrador ha debido amontonar sobre las torres de Altamira, desde luego le advertimos que se ha equivocado. La exactitud histórica, y la sequedad de nuestra imaginación, nos impiden poder complacerle. El impío casamiento verificóse en un día claro y sereno de primavera, sin que el más pequeño incidente, digno de ser referido, viniese á interrumpir al bueno del clérigo en los sagrados ritos sacrílegamente profanados por Ataulfo de Moscoso.

La Providencia no impide la perpetración de los crímenes ni los castiga como un maquinista de teatros.

Todo había terminado al cabo de media hora. El conde de Trava, convencido de que la bastarda

Elvira Froilaz estaba ya real y verdaderamente casada con el ricohombre de Altamira, después de haberla conducido á las habitaciones de su esposo, se despidió de ella para pocos días; y el *Terrible*, á pesar de los deseos que parece debía tener de quedarse á solas con la desposada, obligado por la cortesía quiso acompañar gran trecho fuera del castillo á su nuevo hermano.

Fieles á su propósito el clérigo y los conductores habían tomado ya la vuelta de sus respectivas casas, persuadidos de que nadie debe tenderse á reposar en la del malo; de manera que la señora de Altamira se encontró en aquel sombrío castillo sin otra cara conocida que la de su dueña Bernarda.

Advirtió entonces que había contado demasiado con su propio valor y firmeza, y quizá con sus melancólicas ilusiones. Estaba sola, entre gentes desconocidas, y á merced de un hombre á quien no amaba. Vióse en una habitación con adornos varoniles de armaduras é instrumentos de caza, y no pareciéndole delicado permanecer allí, llamó á una dueña del castillo, la cual la condujo por los corredores á un salón obscuro.

Mauricia, que así se llamaba la introductora, abrió una reja que daba al segundo foso de la fortaleza, y quedó inundado de luz el aposento. Los muebles, en honor de la verdad, eran los menos toscos de la casa; sobre una mesa había un espejo de plata bruñida y frascos de oro que debían encerrar esencias y pomadas olorosas. Preciosos cortinajes de seda adornaban puertas, ventanas y

alcoba, dentro de la cual resaltaba en la obscuridad un magnífico lecho, colgado de blanco.

Aquella disposición, aquellos adornos parecían á primera vista resultado de cuidadosas y esmeradas atenciones del marido, las cuales no podían menos de lisonjear á Elvira, porque las mujeres siempre se pagan de éstas que algunos llaman pequeñeces.

Mas á poco de estar allí, sintió la desposada intenso frío; la atmósfera húmeda, pesada y no muy pura, como de una habitación que hubiese estado cerrada mucho tiempo, la inspiró natural repugnancia. Los muebles eran acomodados al gusto de una dama; pero estaban cubiertos de polvo, los frascos de afeites medio usados, el espejo enmohecido.

—¡Es imposible que esto se haya dispuesto para mí!—dijo Elvira mirando á la dueña.

La buena Mauricia se disculpó refiriendo la sorpresa que en el castillo había producido la noticia de la boda, la prisa con que todo se había arreglado, el barullo que pocas horas antes reinaba en aquella casa, las contradicciones del rico hombre, todo lo cual había impedido que pudiese destinarse á la nueva señora otro aposento que el de la antigua.

—¡El de Constanza!—exclamó la bastarda, con un gesto de horror que manifestaba cuán sensible le era aquella falta de delicadeza.

La dueña no se contentó con una simple respuesta afirmativa. Para decirle que sí, comenzó á contar la historia de la primera mujer de Ataul-

fo, su carácter y sus impertinencias, pareciéndole sin duda que murmurando acerca de lo pasado podía captarse el afecto de la sucesora; pero ésta le preguntó otra vez interrumpiendo su caritativa narración:

—¿Y cuánto tiempo hace que murió doña Constanza?

—Un mes y días; pero escuchad: la señora...

Elvira ignoraba esta circunstancia, que su hermano le ocultó cuidadosamente. Estaba persuadida de que el rico hombre era viudo mucho más tiempo hacía. Semejante nueva acabó de trastornar su espíritu.

—¡Cómo!—exclamó para sí—. Cumplido apenas el mes de la muerte de su esposa, ya tiene otra don Ataulfo, ¡y esta otra soy yo! ¡Qué horror! ¡Y mi hermano, que no debía ignorarlo, consiente en ello, y me abandona aquí, como un mercader que ha despachado las mercancías, las deja sin pena en casa del comprador y se parte, sin perder un solo instante, en busca de otro nuevo negocio! ¡Y mi marido destina para mí el mismo aposento de su primera mujer, que cerrado sin duda desde el día de su muerte, conserva la atmósfera de los sepulcros!

El temblor que sentía la bastarda, producido por el frío y el espanto, era visible á la sazón. Había ella contado con encerrarse en aquel castillo con un cadáver; pero no con el de Constanza de Monforte.

Mauricia, viendo que su señora guardaba silencio, creyó que tenía gusto de escucharla, y seguía

refiriendo la vida, la muerte y milagros de la difunta.

—¿Y qué he de hacer?— proseguía Elvira para sí.
—Hija soy del conde don Fruela de Trava, pero no de la misma madre que los demás hermanos, y esta falta me hace esclava de todos ellos. Por ser yo bastarda he tenido que pasar por la vergüenza de un casamiento secreto; he tenido que ocultar á todo el mundo que fuí madre, y desprenderme de mi propio hijo, para que pereciese luego lejos de mí, en brazos de su nodriza; he tenido que venir á ocupar el lugar de Constanza de Monforte; he tenido que ser infiel á la memoria de aquel Bermudo de Moscoso, cuyo nombre en todas partes es celebrado...

Bajó los ojos, inclinó la frente, cruzóse de brazos profundamente triste y pensativa.

—No hay remedio—prosiguió—; mi suerte es muy desdichada, y cuanto más sufra, más presto acabaré de sufrir.

Desde aquel punto, lejos de contenerse en sus informes y preguntas, formó empeño en profundizar la saeta que tenía clavada en el corazón.

—Mauricia—dijo á la dueña, que seguía con su charla como un reloj de música con sus sonatas mientras le dura la cuerda—, ¿donde murió doña Constanza?

La dueña miró á su ama con un gesto particular que quería decir: «¿Si será tan loca la nueva como la antigua? ¿Si serán locos todos los señores de esta casa?» El asombro de Mauricia provenía de que precisamente acababa de explicar me-

nuda y circunstanciadamente lo mismo que le preguntaban.

—¡Pues no os he dicho que aquí!—exclamó la criada.

—¿Aquí, en esta habitación?

—Sí, señora; ahí, en ese mismo lecho. Y por cierto que cuando lo dije dabais diente con diente.

—¿Y cuánto tiempo ha?

—¿Que os vi temblar?

—No, que murió doña Constanza.

—¡Un mes y cinco días! ¿No me habéis escuchado?

—¿Y después de su muerte nadie ha entrado en este cuarto?

—¡Nadie! Pues si he contado hace un credo que cerramos las puertas y ventanas, y todos teníamos cierto reparo de entrar aquí... ¡Como nos sucedió aquello!...

—¿De manera que está conforme la dejó mi antecesora?

—Lo mismo. Si es lo que os he dicho... ¡Como yo referí á todos lo que había visto!...

—Pero ¿qué visteis?

—Nada: lo que os acabo de contar.

—Sí, pero quisiera oirlo segunda vez, repuso Elvira casi avergonzada de su distracción.

—Pues señor—dijo Mauricia, á quien no incomodaba el repetir las cosas, satisfecha de haber llamado la atención de su ama nueva—; la señora, ya os he dicho que era al principio muy alegre, como unas pascuas; luego le entró una tristeza,

una melancolía, y siempre andaba malucha, hasta que murió..., es decir, hasta que murió de veras; porque habéis de saber que le daba un mal que la dejaba como difunta, lo mismo que difunta, con un color y unos dientes... ¡Pasábanse horas y horas, y ¡nada!, no volvía. El señor decía: «¡Ea! Pronto, pronto á la huesa..., quitádmela de ahí.» Porque no podía verla ni pintada, y cada vez que se ponía así como muerta, no sabía disimular el gozo que tenía..., bien es verdad que tampoco se quería tomar ese trabajo...

—Pero ¿qué os llamó la atención en su muerte?...—preguntó Elvira, menos para volverla al objeto de sus explicaciones que por no escuchar aquellas repugnantes noticias de su esposo.

—La señora, que se sentía mala, muy mala, pidió un capellán para confesarse. ¡Ya se ve!... Antes los había aquí en el castillo á pares, según dicen; pero de algunos años á esta parte no se sabe lo que son clérigos y monjes por acá; de manera que si no hubieseis traído con vos el de la boda...

—¿Y resultó?

—Resultó que el clérigo no vino, y que la pobre señora murió sin confesión. ¡Murió, murió! ¡Digo mal! Se quedó así, como antes he dicho, fría, con el rostro amoratado..., y pasaron horas, y horas, y como el señor nos metía prisa de que la amortajáramos, entré yo con otra dueña en el cuarto, y... ¡Jesús! ¡Qué horror! Vimos á la señora fuera de la cama, desgredada, pálida, desencajada, envuelta en una sábana, escribiendo en un pergamino delante de la mesa, muy aprisa, muy aprisa, y al

grito que dimos nosotras volvió el rostro como si quisiese hablarnos. Pero sí..., ¡buenas estábamos para oír! Del brinco que pegamos fuimos á parar dos varas más allá de la puerta, y luego de una carrera al otro lado del castillo.

—¿Y después?

—Después volvieron otros y la encontraron muerta.

—Pero... ¿muerta... de veras?—preguntó Elvira con timidez y espanto.

—¡Oh! No tengáis duda; como que hace un mes que está en el panteón.

—Sería horrible que... ¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó la bastarda, vivamente afectada por aquella historia.

—Lo que es esta vez... no creo que vuelva á darme ya un susto como el pasado. ¡Tenerla yo por tan muerta como mi abuela, y verla así medio desnuda!...

—¡Callad, callad! Pero habéis dicho que estaba escribiendo; ¿quién recogió el escrito? ¿Qué se ha hecho de él?

—¡A buscarlo, señora! Yo creo que nadie se habrá acordado de semejante cosa. Como desde que se marchó el último capellán aquí nadie sabe descifrar garabatos... El señor ni quiso entrar en el cuarto; se sacó el cadáver, se cerraron puertas y ventanas..., y hasta hoy, que nos ha dicho don Ataulfo: «Disponed el cuarto para una señora...; abrid todo, perfumadlo, renovad el lecho y colgaduras...» Pero ya se ve, como al mismo tiempo nos ha mandado limpiar la capilla, disponer la comi-

da, vestirnos de gala, y los que habían de barrer estaban almohazando, y los que habían de traer agua limpiando ballestas, y unos subían y otros bajaban, y todos pedían cien cosas distintas, y el uno venía: «Mauricia, dadme aquí una puntada»; y el otro: «Mauricia, la llave del cuarto oscuro; Mauricio, ¿habéis visto á Fulano?» Y todos acuden á Mauricio porque las demás dueñas, no es porque yo lo diga, pero... ¡Jesús, gente más remilgada, y más impertinente, y charlatana!... No saben más que hablar, contar chismes; y si se les pide algo se apuran al instante y no dan palotada. Y luego Mauricio tiene que subir, tiene que bajar, tiene que estar en todo, y las culpas luego son para la pobre Mauricio. Bien podéis, señora, bien podéis poner esto en orden, y sobre todo alegrar este castillo, porque si no... todos vamos á morir aquí de melancolía.

—Sí, Dios querrá sacarme cuanto antes de penas—dijo Elvira sonriéndose tristemente—. ¿Hay aquí algunos antiguos servidores que recuerden al padre de don Ataulfo..., al hermano mayor?...

—Aquí... nadie, como no sea Gontroda, que fué nodriza, no sé si de los hermanos; pero esa tiene muchas alas, y va y vuelve y hace lo que quiere. Pero os advierto, señora, que no mentéis aquí al hermano mayor de don Ataulfo... ¡Jesús! Sólo el pronunciar su nombre es un delito. Un montero tenía el señor, hombre especial en su oficio, como que salía á la ventana y miraba al cielo, y decía: «Hoy viento de abajo, pues los jabalíes están en tal barranco; viento de arriba, pues de fijo los te-

nemos en tal bosque»; y así ¡tenía un acierto!... Pues sólo porque se llamaba Bermudo lo echó el señor con cajas destempladas. Tuvo el difunto don Bermudo un escudero llamado Pelayo...

—Sí, Pelayo.

—Y por no sé qué cosas que acerca de su antiguo señor dijo un día, don Ataulfo le cortó la lengua.

—¡Oh! ¡La lengua!—repitió Elvira horrorizada.

—Sí, señora; y mudo anda por ahí todavía, pidiendo limosna, con unas barbas que da compasión.

—Bien está, bien está, Mauricia. Dejadme ahora.

—¿Sola?

—Sí, sola.

—¿Queréis que diga á Bernarda que venga á haceros compañía?

—No, por ahora no... luego... más tarde, podréis venir.

No insistió la dueña viendo el decidido empeño de la desposada. Tenía ésta necesidad de quedar sin testigos, aunque no fuese más que por desahogar su pecho de los suspiros y sollozos, que por escapársele pugnaban.

Pero otro afán la determinó también. Mirando á todas partes con inquietud, como si todavía creyese que sus pasos podían ser espiados, murmuraba con sordo acento:

—¡Ese escrito!... Aquí, aquí ha de estar precisamente.

Y se dirigió á la alcoba de Constanza, y puso las manos en los anchos pliegues del cortinaje de bro-

cado. No pudo, sin embargo, levantarlo: sintióse helada de terror; érale imposible hacer ningún movimiento, ni menos dar un solo paso adelante; sus pies parecían enclavados en el pavimento; su corazón había cesado de latir, y por su frente corría un sudor frío que no era dueña de enjugar.

—¡Oh! ¡Si estará ahí todavía!—pensó la desposada de Altamira—. ¡Si la veré, como Mauricia, levantarse de su lecho desgredada, macilenta, reclamando sus derechos y arrojándome del tálamo y del alcázar de su esposo! Ella, que tantas veces ha resucitado, ¿no podrá volver hoy de la tumba?...

Preocupada por una idea tan terrible, no osaba dar un solo paso; pero sentía al mismo tiempo vivísima curiosidad de hallar aquel pergamino, por parecerle que debía arrojar alguna luz sobre el carácter de don Ataulfo, tan misterioso, tan repugnante, tan horrible para ella después de la boda. Fluctuando entre deseos y temores lanzaba al interior del tenebroso dormitorio furtivas miradas, y familiarizándose con la obscuridad, descubrió claramente poco á poco el blanco lecho de donde habían arrancado el cadáver de su antecesora, y percibió por fin en el suelo una hoja de pergamino.

Hizo entonces un esfuerzo para dominarse, y dando de repente algunos pasos adelante, volvió á salir con el escrito en la mano, como quien ha conseguido una victoria; pero con todas las señales de las terribles ansias y fatigas que el triunfo le había costado.

Cuando se halló otra vez en medio del aposento, que parecía recibir con alegría y cariño aque-

llos rayos del sol de que por espacio de un mes se había visto privado; cuando se vió dueña del tesoro que buscaba, y lejos del objeto que temía, se avergonzó de su debilidad, sintiéndose con resolución y fuerzas hasntes para visitar despacio el dormitorio, para desafiar hasta la aparición de la propia Constanza, si la viniese en mientes hacer saltar la losa del sepulcro.

Mas precisamente Elvira tenía en su poder lo que buscaba, poseía el pergamino, y no le pareció conveniente hacer alarde de un valor, tan dudoso como inútil. Tendió la vista por encima del escrito, que estaba revelando la mano trémula y agitada de un moribundo, y no tardó en tropezar con el nombre de Bermudo, con el de Ataulfo, con el suyo propio.

—¡Oh! ¡Qué bien he hecho en apoderarme de este pergamino!—exclamó la bastarda aproximándose á la ventana, buscando la luz para descifrar aquellos casi ininteligibles garabatos.

No era por cierto la falta de claridad lo que la impedía devorarlos como quisiera, sino su mismo afán, su agitación, su desvanecimiento. El temblor de su pecho comunicábase al cuerpo todo; las letras pasaban delante de sus ojos prolongando sus rasgos, en figuras disformes, indistintas, que poco á poco iban perdiendo hasta el color, y se convertían en confusas líneas cenicientas, en leves surcos pardos que giraban como las rocas, los árboles y los sembrados delante del que cruza la campiña por camino de hierro.

—¡Dios mío!—exclamó la desposada, que temía

ver asomar al *Terrible* antes de haberse enterado del escrito—. ¡Dadme serenidad!

Y como si el Señor hubiese oído sus ruegos, como si la consideración que acabamos de exponer la infundiese súbito valor, fué desapareciendo la turbación de sus ojos, y pudo leer lo siguiente:

Confesión de Constanza.

«Yo, Constanza Menéndez de Monforte, abandonada en el lecho de muerte, y privada de los auxilios espirituales de un sacerdote, quiero hacer delante de Dios confesión de mis pecados, y decir aquí lo que en el tribunal de la penitencia hubiera revelado.

»Aquel á cuyas manos llegue este escrito léalo, y dichoso él si puede reparar el crimen más atroz de que yo con mi silencio he sido cómplice.

»Pero ¿dónde irá á parar este pergamino después que yo muera? Aquí en el castillo nadie sabe leer. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! Encamínalo tú, dirige aquí los pasos de una persona de mi confianza para entregárselo... Cualquiera, cualquiera que esto lea y sepa... ¡Pero nadie, nadie viene!... Llamo, y no me responden... Me creen muerta... No, aún vivo, para aliviar mi alma del peso horrendo que sufre con un secreto espantoso...»

—¿Qué será?—decía Elvira temblando.

«Me casé con Ataulfo ciegamente enamorada, y él sin amor me dió su mano. Prendado de la bastarda Elvira de Trava, parece que ésta le correspondía en un principio; pero luego le olvidó por Bermudo de Moscoso, primogénito del ricohom-

bre de Altamira. Despechado Ataulfo, viéndose pobre, sin gloria y desdeñado, se casó conmigo buscando riquezas y señoríos, que no podía adquirir por otros medios.

»Mas luego desaparecieron del mundo Ordoño, Bermudo y un hijo de éste...»

—¡Gonzalo, Gonzalo!—exclamó la madre suspirando.

«Y mi marido quedó dueño de todos sus estados, y el ricohombre más poderoso de Galicia. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Yo no sé por qué no sospeché nada de aquella desaparición tan completa y tan oportuna para satisfacer la envidia y la ambición de Ataulfo...»

—¡Gran Dios!

«Su carácter sombrío, su extravagante humor, su retraimiento... Pero ¿cómo había de concebir yo, pobre de mí, cómo había de concebir, ni imaginar siquiera la verdad? Pasáronse muchos años; Ataulfo llegó á dominarme por el terror, me tenía acobardada... Mis padres habían muerto, no me quedaba un solo deudo... Pero estoy perdiendo el tiempo, y la vida se me va... lo conozco... ¡Gontroda! Si viniese aquí Gontroda para decirla... Hace pocos días, muy pocos, que lo he descubierto... He quedado helada de terror... No me atrevía siquiera á levantar los ojos delante de mi marido... Sucedió que un día seguí en silencio á don Ataulfo á la torre de las prisiones... Pero es largo de contar... ¡Oh! Brevemente... Me falta el papel... Bermudo de Moscoso vive; está encerrado hace veinte años en esta torre...»

—¡Oh!—gritó Elvira con una expresion imposible de ser retratada—. ¡Bermudo, Bermudo! ¡Esposo mío!

Y sintió que el pergamino se le caía de las manos, que la vista se le turbaba, que el corazón se le partía en mil pedazos y que iba á caer desfallecida. Pero en medio de aquella conmoción y aturdimiento, todavía conservaba la razón para comprender que el escrito continuaba, que tenía que saber nuevos secretos, y sobre todo que tenía que guardarse de Ataulfo el *Terrible*, el cual de un instante á otro podía aparecer.

Sosteniéndose la cabeza con ambas manos, como si temiese que la razón se le escapaba, permaneció un instante la pobre bastarda, hasta que creyéndose con fuerzas para continuar, leyó no con pocas interrupciones lo siguiente:

«¡Gracias, Dios mío, gracias! Ha venido Gontroda... hame dicho que todos me creían muerta... le he revelado todo... ella no cree que sea cierto el crimen que denuncio... Ha criado á sus pechos á mi marido, y la engaña el amor de madre. Sin cerciorarse no cree prudente publicar este secreto; pero promete seguir los pásos de Ataulfo, y si lo averigua...

»Al mismo tiempo me ha revelado otro crimen... y quiere que lo consigne aquí: ella no sabe escribir, ni se atreve á confiárselo á nadie. El hijo de Bermudo tampoco ha muerto. Hace veinte años que Ataulfo lo abandonó en un bosque, donde lo recogió una mujer desconocida. Pelayo, el escudero de Bermudo, está enterado de esta historia,

»Han venido á interrumpirme... No puedo más... Gontroda recogerá este escrito... ¡Dios mío, tened piedad de mí!... ¡Haced que se descubra presto la verdad, y perdonad si el miedo ha detenido hasta ahora en mis labios la revelación de este secreto!»

Aquí terminaba la confesión de Constanza de Monforte. Al acabar la lectura, Elvira oyó sonido de una trompeta que á la puerta del castillo anunciaba la vuelta del *Terrible*.





CAPÍTULO III

DE CÓMO DON ATAULFO EL TERRIBLE LLEGÓ Á TEMER
QUE SU ESPOSA NO HUBIESE MUERTO DE VERAS

HORRIBLE por demás era la situación de la bastarda: trance fuerte, superior á la razón, á la firmeza de humana criatura: sacudida violenta, á que pocas veces resiste el hilo delicado de la vida. Elvira hubiera sucumbido con más facilidad que nadie: menos apresto de desventuras se necesitaba ciertamente para rendir aquella fortaleza carcomida por el dolor; pero Elvira era madre; veinte años hacía que lloraba desastrosamente muerto al hijo de sus entrañas, y en aquel instante acababa de recibir inesperadas y maravillosas nuevas de su existencia.

¿Qué la importaba haber descubierto un abismo á sus pies? ¿Qué verse obligada irresistiblemente á caer en él? Cayendo perecería.

Mas ahora tenía que luchar, hacer desesperados esfuerzos por salvarse, para descubrir el paradero del hijo idolatrado y verle una sola vez, un solo instante, verle gallardo mozo, oir de sus labios:

«¡Madre mía!...» Era preciso conservar vida, juicio, serenidad, sobreponerse á todo.

No se desesperó, no se acobardó, no se abandonó á sí propia; cayó de hinojos cual solía en sus apuros y conflictos; puso el corazón en Dios, y reparando en una imagen de Nuestra Señora:

—¡Virgen María!—exclamó—. ¡También tú eres madre!

Levantóse y sintió su frente fría y despejada, como si un viento del Norte hubiese venido á barrer las nieblas que la ofuscaban, y sintió su corazón tranquilo como si una mano poderosa lo hubiera enclavado diciéndole: «Calla, no turbes el pensamiento.»

Pensar era sentir.

La desposada se puso á reflexionar acerca de su situación, y á calcular sobre los medios de salir de ella con la calma estoica de un experimentado general en vísperas de una batalla.

—Estoy casada con el hermano del marido que yo creía muerto; pero este marido vive, y se halla sepultado en un calabozo por su propio hermano. Aquí no conozco á nadie, no tengo á nadie de mi parte... sólo Bermudo... la pobre dueña que yo he traído. ¿Qué puedo hacer? ¿Huir? Es imposible huir del castillo en este momento. La trompa ha sonado... Ataulfo acaba de entrar... vendrá derecho en busca mía... «¿A dónde vas?», me dirá. ¿Y qué le respondo? Tampoco puedo llamar á las gentes que aquí moran y revelarles que el legítimo dueño del alcázar y de los estados de Moscoso, gime sepultado en una mazmorra. ¿Les conta-

ré por ventura algo de nuevo? Puede que no... y puede que sí, que nada sepan, que nada hayan sospechado. Tampoco sospechó Constanza de Monforte. Y en tal caso, ¿creerán un crimen tan atroz sólo porque yo lo revele? Y aunque lo crean, ¿tendrán valor para rebelarse contra su amo? ¿El que por el terror los domina se dejará arrebatar de sus esclavos la presa de entre los dientes? No, locura es pensarlo... Aquí no hay ningún servidor antiguo, ningún amigo de Bermudo... todos son puestos por Ataulfo... hechuras, cómplices suyos... todos, de consiguiente, tienen interés en defender su causa... Con la aparición, con la resurrección de Bermudo todos tendrían que salir del alcázar... No hay que pensar en descubrirles el secreto, en apelar á su generosa indignación. Tampoco puedo darme por entendida con el ricohombre, no. Lo negará, jurará, perjuraré mil veces que no es cierto; y para destruir la única prueba que lo desmiente, se apresurará á dar muerte al prisionero... ¡En este caso!... ¡Oh! Por mi fatal cariño, por mi imprudente precipitación correría la sangre de mi desventurado esposo! Con un crimen borraría Ataulfo las huellas de otro crimen. Y muerto Bermudo mañana, ¿quién probaría que no había fenecido veinte años atrás? ¿Quién probaría que mi matrimonio de hoy ha sido una sacrílega farsa?... No, no; lo que me conviene sobre todo es disimular; que no llegue á conocer el ricohombre nada de lo que ha pasado; que no llegue á persuadirse de que yo tengo la más leve sospecha sobre la existencia de mi primer marido. Nada de huir, de

consiguiente; si en este instante me escapase del castillo, ¿cómo disculparía una acción tan irregular, tan fuera del orden, tan reprehensible, sin revelar ese fatal secreto? Pero ¿disimular es exponerse á recibir las caricias de ese monstruo execrable, á pagarlas, á corresponder siquiera con una sonrisa!... ¡Oh! ¡No, no! Primero la muerte, primero...

Y el corazón de Elvira daba en aquel instante pruebas de que si estaba mudo, no estaba muerto.

—Basta... Conservemos la tranquilidad; sósíégate, corazón mío; témplate, sangre de mis venas; cerremos, sí, cerremos la boca al horno de mis suspiros. Disimular, no; es lo más horrible, lo más espantoso de todo. Si mi propia vida, si la de Bermudo, si la del hijo de mi amor han de costarme una sola caricia de ese miserable, perezcamos todos, perezcamos; es nuestro deber. ¡Oh! ¡Se ha casado conmigo el infame, ha conducido al altar á la pobre ovejilla para ser sacrificada... ha conseguido que vaya engalanada al sacrificio!... Pero... ¡Gracias, Dios mío!... ¡Gracias!—exclamaba la bastarda con una alegría radiante y melancólica— ¡La oveja no ha lamido aún la mano del sacrificador!... Puedo alzar la frente sin avergonzarme... ¡Ni una sonrisa... ni una palabra de cariño! ¡Disimular! Sí, es preciso, indispensable, disimular que tengo conocimiento del secreto; pero es tan absolutamente preciso no disimular el odio, la aversión que ese hombre me inspira, y fundar este odio en otro motivo...

La pobre bastarda debía proceder en aquel crítico momento con el mayor pulso: ponerse á sal-

vo de Ataulfo, á quien tenía que reconocer por marido, y dar parte con el mayor sigilo al conde de Trava y al obispo de Santiago de su descubrimiento, para que viniesen á sacar á Bermudo de la prisión, antes que el carcelero pudiese darle muerte.

Difícil de resolver era el problema. El tiempo urgía; Ataulfo se acercaba; había pasado los puentes levadizos, y entrado en el patio, subía por la escalera principal... Pero el amor maternal está haciendo milagros todos los días.

—¡Mauricia! ¡Bernarda!—dijo la desposada llamando á las dueñas, que, según sus órdenes, no debían estar lejos.

Mientras llegaban guardó cuidadosamente el pergamino, y descompuso adrede sus cabellos, sus mismas facciones.

Entraron las criadas pocos momentos después.

—Mauricia — preguntó Elvira con misteriosa voz—, ¿estás segura de que Constanza ha muerto?

—¡Señora! ¡Jesús mil veces!... Yo segura estoy de que está enterrada...

—No lo pregunto sin motivo.

—¡Santa María me valga!... ¡Qué cosas, qué preguntas!

—En esa alcoba he sentido...

—¡El santo Apóstol nos defienda!... ¿Qué habéis sentido? ¡San Pedro y San Pablo y toda la corte celestial sean con nosotros!... Ello es que la pobre señora... muchas veces volvía en sí... ¡Pero ahora! ¡Jesús! ¡Después de un mes!... ¡Oh! ¡Salgamos de aquí!

—¡Salir! No; yo quiero averiguarlo; yo quiero

saber si Constanza existe; si mi casamiento ha sido real y efectivamente válido; quiero aguardar á que vuelva esa sombra, ese fantasma...

En aquel momento se oyeron los pasos fuertes, resonantes de Ataulfo el *Terrible*, que venía como un conquistador que logra entrar en una plaza por largo tiempo asediada.

—¡Fantasmas, fantasmas en el castillo!—murmuró Mauricia santiguándose.

Sintióse poco después el rechinado de la puerta al girar sobre sus goznos, y apareció el ricohombre de Altamira.

Al verle no pudo ocultar Elvira su turbación. Era el efecto natural, puramente nervioso, que todo objeto repugnante produce aun en las personas dotadas de más valor; era la carne la que se estremecía á despecho del espíritu, que siempre se conservaba sereno.

Con un solo ademán hizo Ataulfo salir á las criadas, sin que la dama tuviese voz en su garganta, ni fuerza en sus brazos para detenerlas.

Marcháronse, dejando solos á los nuevos esposos, y como la victoria que se consigue por el miedo es por de pronto la más completa, las dueñas no se contentaron con partirse, como se les prescribía, sino que se alejaron cerrando la puerta, lo cual no se les había mandado.

Entró Ataulfo encendido el rostro por la pasión, el corazón henchido de esperanzas, los ojos en mil ansias inflamados, altivo el continente de soberano dueño; pero tanta arrogancia y ufanía trocáronse en timidez y encogimiento cuando se vió solo

delante de aquella pobre mujer, que temblaba en su presencia.

El lobo de Altamira tenía á la sazón todas las trazas de cordero.

—Señora—dijo cortado—, venía. ., vengo á decirs que... acabo de despedirme de vuestro noble hermano.

Y como viese que Elvira le miraba en silencio, sin quitarle los ojos de encima, fijos, inmóviles, más y más turbado prosiguió:

—Al partirse vuestro noble hermano... me ha encarecido el mucho amor que os tiene...; me ha dicho que sois su predilecta..., y que por lo mismo me rogaba que os amase como..., como vos merecéis... Y yo le he respondido que..., que... ¡Oh! ¡Elvira! ¡Elvira mía!

Y el *Terrible*, impulsado por la violencia del afecto que sentía, y no pudiendo explicarlo con la palabra, tendió los brazos hacia el objeto de su pasión y cayó de rodillas.

La desposada retrocedió lanzando un grito de espanto.

—¡Elvira! ¡Elvira mía!—prosiguió el ricohombre levantándose—. ¿Por qué huyes de mí? Eres mía; si te llamo tienes que venir á mi voz; pero... ¡vive el cielo! Que no es eso lo que yo apetezco. Elvira, yo quiero que me ames, siquiera como en otro tiempo me amabas. Entonces..., ¿te acuerdas? Entonces yo también te adoraba; pero aquel amor, comparado con la pasión que ahora siento, es como el humo comparado con la llama... ¡Oh! ¡Maldito yo mil veces! Entonces hubieras sido mía

á no temer la oposición de mi padre, que otro más..., más afortunado supo burlar.

Elvira no contestaba. Aprovechándose de los momentos que le proporcionaba aquella conversación repugnante, aunque pacífica, procuraba restituir á su corazón la calma que la aparición del *Terrible* había turbado.

Interpretando favorablemente aquel silencio, prosiguió el *Terrible* cada vez más exaltado:

—¡Oh! No pensemos en lo pasado, Elvira; no quiero recordarlo... ¡Nada, pardiez, nada! Lo pasado no ha existido para nosotros. Hoy hemos nacido, hoy nos vemos, hoy nos amamos. Ni para bien ni para mal no hay que acordarnos de... ¡Y eso que tengo en el corazón una llaga que ni el aliento puede recibir sin estremecerse y enconarse! Elvira, yo era un pobre dogo encadenado á la puerta del castillo, mientras aquí..., aquí había un lebel que corría suelto por valles y montañas, ladrando de gozo y trayendo siempre la mejor presa. ¡Con qué afán era seguido de los monteros! ¡Con qué aplausos celebrado! ¡Con qué caricias recibido! Tornaba de vez en cuando al alcázar, y apenas se dignaba dirigir una mirada al dogo encadenado para defensa y recreo de un viejo, y que, lléveme el diablo, si servía ni para eso. No le enseñaron más que á morder, y mordía, y rabiaba, y... Pero tenía... ¡Elvira!, Yo no sé proseguir..., yo te tenía á ti, y por ti lo sobrellevaba todo..., y vino mi..., mi hermano, y se concluyó; también, también fuiste para él. ¡Oh! ¡Eso es mucho! ¿No te parece que es demasiado? Pero al fin eres mía, no

hay que volver la vista atrás..., y cuando más lo digo, menos puedo apartar los ojos... Elvira, no te diré que con levantar los párpados puedes hacer que me precipite en los abismos, si tal es tu voluntad, porque no aguardaré yo á tanto; sabré adivinar todos tus deseos y evitarte hasta la molestia de indicármelos. Seré respetuoso, sí, lo seré como un caballero; serás mi dama, no mi mujer; pero... el respeto tiene sus límites..., y no creo traspasarlos si de rodillas te pido una mano para...

Y el ricohombre se adelantó con intención de besársela.

—Apartaos, infeliz; apartaos, ¡sacrílego!—gritó la de Trava, huyendo de su contacto como de una sierpe.

Apartóse, en efecto, el *Terrible*, blanco, trémulo de ira, lleno de confusiones. En su mirada ibanse retratando sucesivamente el asombro, el espanto, la rabia, la duda, el estupor. La sangre reconcentrada en el corazón fué tornando al semblante poco á poco, y una sonrisa maligna sustituyó á la expresión de amor que brillaba en sus labios suplicantes.

—Doña Elvira—dijo, por fin, con calma, pero con sordo acento—, ahora vais á explicarme las horribles palabras que me habéis dirigido.

Elvira guardó silencio.

—¿Ois, señora?—replicó amenazador—. Os mando que me expliquéis esas palabras, y sé hacerme obedecer; soy vuestro marido.

—¡Mentira!—gritó la desposada con terrible acento.

—¡Cómo!—repuso balbuciente Moscoso—. ¿Qué habéis dicho? ¡Sangre de Dios! ¿Qué habéis dicho? Repetidlo; no puede ser.

—Mentira, sí, Ataulfo de Moscoso; nos ha bendecido un sacerdote, pero tú no eres mi marido.

—¡Oh!... Pero yo admiro la calma, la frialdad con que pronunciáis esas palabras... ¿Te sonríes? ¡Pues bien, ¡voto al demonio!; sea como quiera, tú me perteneces, tú eres mía!

—¿Lo confiesas, eh?—replicó Elvira—. ¿Confiesas que nuestro matrimonio es una farsa?

—Pero ¿quién os ha dicho?... ¿Por dónde sabéis?... ¡Esto es cosa del diablo!

—Ataulfo, vais á ver la respuesta que doy á todas vuestras preguntas.

Y aprovechándose del pasmo en que el *Terrible* había caído después de un golpe tan fuerte como imprevisto, dirigióse Elvira á la puerta y llamó á la dueña.

—¿Qué habéis hecho?—preguntó el ricohombre anonadado.

—Voy á probaros que lo sé todo.

—Pero...

—Silencio—dijo la desposada interrumpiéndole bruscamente—. Mauricia se acerca; ella os responderá.

—¡Verdaderamente que es cosa del diablo... como no sea de Dios!—murmuró Moscoso estremecido.

Entró la dueña creyendo que se trataba de algún asunto indiferente; pero esta persuasión se le desvaneció al fijar sus ojos en el caballero.

Elvira, que había llegado á dominar aquella situación, no quiso perder un ápice del terreno, palmo á palmo conquistado, y con acento firme preguntó:

—¿Qué os estaba refiriendo cuando el señor vino á interrumpirnos?

—¡Señora!...

—¡Ea! No tembléis; contadlo todo sin el menor recelo.

— Señora — respondió Mauricia siguiendo su buena costumbre de tomar el mayor rodeo posible para llegar al término apetecido—, yo bien decía que aquí no estabais bien... que en este aposento en que murió la pobre señora... téngala Dios en su santa gloria, porque sin agraviar á los presentes... era un ángel... sino que yo al decir antes que era muy uraña y gruñona... no quise decir...

—¿Qué tiene esa maldita vieja, cuya boca suena como una rueda de molino?... ¡Voto á mil pares!... —murmuró el *Terrible*, levantando gradualmente la voz.

Pero Elvira le impuso silencio con una mirada.

—Proseguid, Mauricia, y limitaos á decir qué os estaba contando poco ha.

—Ni más ni menos... Y yo creo que se ha hecho mal en traer á la señora á semejante aposento. Pero no culpo al señor, que esta mañana ha tenido que disponerlo todo de prisa, y mandar mil cosas á la vez, sino al escudero á quien he dicho: «¿Y dónde metemos á la señora?—En el cuarto de la difunta—». me respondió. Bien es

verdad que ni él ni yo sabíamos que hubiese aquí fantasmas.

—¿Qué es eso, vieja charlatana? ¿Qué tiene que ver todo eso con mi casamiento? ¿Qué te estaba contando esta señora cuando yo vine aquí?... ¡Oh! Se me figura que el pobre Martín, el sayón, no va á descansar siquiera el día de mi boda.

—Señor...

—¡Habla, pese á tal; lengua de tarabilla! ¿Qué pasa aquí, qué sucede?... Dime si os habéis conjurado todos para trastornarme el juicio.

—Sucede, señor—repuso la dueña, á quien las amenazas del *Terrible* hacían adoptar un estilo más lacónico—, sucede que esta señora se empeña en decir que su matrimonio es nulo, porque vive la difunta, téngala Dios...

—Adelante, adelante; suprime toda clase de jacularias: la cosa va siendo más divertida de lo que pensaba, ¡voto á mi abuela, que murió en olor de santidad!... Mucho me temo que el loco y trastornado no ha de ser Ataulfo... Adelante, buena mujer, adelante.

—Pues sí, señor—prosiguió Mauricia, que relajaba su rigidez oratoria conforme el de Moscoso templaba su tono—; la señora se empeña en decir que vive la difunta, y que... ¡Jesús mil veces!, que ha visto á modo de fantasmas... Y lo que es doña Constanza más de una vez ha resucitado; pero tanto como ahora nunca nos ha dejado sosegar la pobre, téngala Dios en su santa... Ella volvía de sus soponcios, como si fuera de carne y hueso, no como fantasma... Pero lo que yo decía entre mí;

si resucita doña Constanza, téngala Dios en paz... ¿Dónde la pondremos? ¿Quién ha de ser la señora? ¿Quién ha de mandar? Un cristiano no puede tener dos mujeres: una casa no puede tener dos amas; de consiguiente...

—Por de pronto y mientras semejantes dudas se aclaran, obedéceme á mí, Mauricia, y sal de aquí con mil pares de á caballo.

—Retiraos—añadió Elvira.

No había menester la dueña de recibir una sobre otra dos respuestas prácticas á sus preguntas especulativas. Se marchó á la primera.

—¿Conque todos los escrúpulos, todas las dudas que se os ofrecen respecto de la validez de nuestro matrimonio—dijo Moscoso alegremente—se fundan en la resurrección de mi difunta mujer, téngala Dios donde le dé la gana, como dice la buena Mauricia?

—No son escrúpulos, no son dudas—repuso Elvira con el mayor aplomo—; me habéis engañado miserablemente: Constanza no ha muerto... ella, ella misma me lo ha dicho. Sé positivamente que nuestro matrimonio es nulo, que la ceremonia ha sido una farsa horrenda, sacrílega... lo habéis reconocido y confesado poco ha... ¡Y sobre todo *la* he visto, *la* he visto! Su cuarto es éste, su alcoba es esa... ahí estaba, cuando la arrancaron pocos dias ha, desvanecida como otras veces... y ahí ha vuelto... ahí está! Entrad y vedla.

—¡Cómo! ¿A Constanza? ¿Estáis loca? ¡Oh! ¡La mataría si fuese capaz de darme nuevo petardo! No, no puede ser... Hace un mes que vivo menos

mortificado, y es la mejor prueba de que estoy libre de ella. Bien es verdad que no quise verla enterrar; pero sé que está en el panteón...

—Está más cerca de ti—dijo Elvira con voz misteriosa.

—Sosegaos, sosegaos por Dios... ¡Elvira! No vayáis á persuadirme. Pero ¡qué diantres de casualidad! ¡Sucedan cosas raras y chistosas, á fe mía!

Y Ataulfo terminó sus razones con una carcajada brutal. Pero no le quedaron ganas de repetirla: clara y distintamente resonó en la alcoba de Constanza otra carcajada más débil, pero más aguda y prolongada: no era difícil de conocer que salía de un pecho femenino.

—¡Elvira!—gritó Ataulfo, pálido como la muerte.

La bastarda no había podido reprimir un movimiento de sorpresa y aun de terror; pero sostuvo impasible al parecer la mirada del ricohombre.

—¿Habéis visto? Será capaz esa maldita de resucitar adrede... ¡Oh! ¡Que venga, que se presente aquí, voto al demonio!

Y revolvía los ojos espantados al proferir estas palabras, temiendo evocar con ellas las sombras de su esposa.

—¡Silencio!—exclamó Elvira—. ¡Silencio, miserable! No turbéis el sueño de esa mujer.

—¡Oh! Esto se acaba así—dijo el *Terrible* desnudando el puñal que siempre llevaba al pecho, y penetrando resueltamente en la alcoba.

Poco después salió despavorido y murmuró con labio balbuciente:

—¡Nadie, nó hay nadie!

—¡Oh! ¡Mentira, mentira! ¡Ahí está... ahí está!

—¿Dónde? ¡Voto á Satanás que estáis loca, ó queréis que yo me lo vuelva!

Elvira se mordió los labios para ocultar una sonrisa de triunfo.

—Al entrar en ese dormitorio—prosiguió la dama poco después—, vi una cama soberbiamente aderezada, y pregunté á las dueñas: «¿Cuyo es ese lecho?» Y me respondieron: «Vuestro; se ha preparado para vos, que sois la predilecta, la esposa del ricohombre de Altamira.» Gustóme, acerquéme, y sentí el resuello de una persona que dormía profundamente; entonces repliqué: «¿Quién duerme aquí?—¡Como no sea doña Constanza—me contestaron—. ¡Doña Constanza!—exclamé—. ¿Es este su cuarto por ventura?—Sí, señora; este es su cuarto: aquí vivía... aquí murió hace un mes.—Callad, villanas, ¡un mes! ¿Don Ataulfo había de casarse conmigo apenas cumplido el mes de la muerte de su primera esposa? ¿Y había de traerme al cuarto que ella habitaba?» Y las necias se echaron á reir. «¡Qué chasco os hemos dado! ¡Cómo! ¿Habéis creído que murió de veras doña Constanza? Ella no muere nunca. Duerme duerme, duerme; y de repente... ¡zas!, se levanta de nuevo, como si tal cosa.—Pues señor, entonces, ¿qué soy yo aquí?» ¿Qué soy yo aquí, Ataulfo? Dí-melo; ¿soy tu esposa ó tu manceba? Yo respondí con gran soberbia: «Lo veremos», y levanté con osadía las colgaduras; ¿qué es lo que vi? ¡Quien dormía no era tu esposa, era un esqueleto! «¿Lo veis?—les dije yo á las dueñas—; ¿lo veis cómo

todo es mentira? ¿Por ventura los ricos hombres de Altamira se casan con la muerte?»

Ataulfo estaba consternado: creía unas veces que su esposa había perdido el juicio: persuadíase otras de que era verdad todo cuanto escuchaba; que Dios permitía aquellos portentos para castigo y confusión del criminal.

—¡Elvira, Elvira! — exclamó —. Vuelve en ti... desecha esos delirios de tu imaginación. ¿Lo ves? — dijo levantando los cortinajes de la alcoba —. ¿Ves cómo aquí no hay nadie? Estamos solos; estoy yo solo contigo, que te amo, que no he dejado de amarte un solo día desde el instante en que te vi.

—¡Calla, blasfemo! ¡Me amas! ¿Osas decir que me amas cuando te burlas de mí, cuando me engañas y me escarneces?... Hasme llevado al altar como esposa, y vive, vive tu... tu primera mujer. Y me traes á su habitación, á su lecho, para que ella se levante y me diga: «¿Qué haces aquí?... ¡Afuera! Venid, dueñas: cortémosle el brial (1). ¡Afuera la intrusa, la manceba!...» ¡Oh! ¿Pero yo qué culpa tengo, pobre de mí? ¿Sabía nada de lo que ha pasado? Mi hermano me ha dicho: «Es preciso que te cases con Ataulfo el *Terrible*.» Yo no puedo desobedecer al conde... no puedo... no puedo. Soy una pobre bastarda... ¡Harto hace en llamarme hermana, cuando mi madre es una villana y la suya una princesa! Vine aquí. Dad esa mano á don Ataulfo, y se la di. Poneos ese ani-

(1) Castigo de las prostitutas.

llo, y me lo puse... ¿Era mi corazón capaz de concebir un crimen tan horrible? ¡No! ¡Casarme yo con Ataulfo en vida de!... No. Pero ya está hecho; esa mujer me mira con una autoridad... ¡Me insulta! ¡Oh! Si no ha muerto, yo quiero matarla.

Dijo Elvira, y con rápido ademán se acercó al *Terrible* y le arrancó el puñal, y se sentó tranquilamente, examinando con el dedo la punta del arma que tenía en las manos.

—¡Elvira!

—¡Atrás!—dijo entonces con resolución la desposada—. Si os acercáis á mí, vos ó yo moriremos.

—¡Loca, loca! —murmuró el *Terrible*—. Pero es particular su locura... ¡Oh! ¡Preciso es que yo me informe de lo que aquí ha pasado!

Y salió del aposento golpeándose las sienes con ambos puños.

Elvira siguióle ansiosa con la mirada, y al verle desaparecer tuvo que sofocar un grito de gozo.

—Ahora—dijo para sí—, ahora puedo escapar de aquí sin que peligre la vida de Bermudo.

Tenía que vencer, sin embargo, una dificultad material para satisfacer inmediatamente sus deseos; recién llegada al castillo, no sabía hacia qué parte caía aquel aposento, ni qué dirección había que tomar al emprender la fuga. Asomóse á la reja, y estuvo observando la disposición que por allí presentaba el edificio.

La ventana estaba abierta en un lienzo de muralla exterior, á cosa de treinta varas del primer foso, lleno á la sazón de agua verdosa y muerta. Al otro lado alzábase una barbacana, ó primera

línea de fortificación, circundada también de otro foso más ancho y profundo que el anterior; por entre la barbacana y el foso que lamía la muralla, había un camino estrecho á flor de agua, que servía para entrar y salir desde el campo al interior del alcázar. Según sistema ya practicado entonces, las puertas y puentes levadizos del castillo nunca estaban enfrente una de otro. Pasado el primer puente tenía que volverse á derecha ó izquierda en ángulo recto, siguiendo el camino de la barbacana, flanqueado por torres salientes en los ángulos del edificio; de manera que para llegar de un puente á otro era preciso seguir largo rato aquella senda, orillas del foso.

Elvira, habituada á semejantes edificios, comprendió luego que era casi materialmente imposible huir sin llamar la atención de las gentes que pudieran pasar por tan largos rodeos, y asomarse á las almenas, saeteras ó ventanas. No dejaría de haber salidas más ocultas; pero tenía que valerse de una persona que le sirviese de guía, y estando en estas imaginaciones, llamó su atención un gallardo joven que con aire melancólico pasaba por el camino de la barbacana, mirando unas veces con inquietud hacia el camino que seguía, y otras levantando los ojos al cielo, ó deteniéndolos en alguna de las ventanas del muro.

—¡Oh! ¡Yo conozco á ese mancebo!... Sí; no hay duda; es Ramiro, el paje del obispo de Santiago. ¿Qué hará aquí ese joven? Como han hecho las paces Gelmirez y Moscoso, vendrá con algún mensaje. ¡Qué hermoso es! ¡Qué aire tan noble y tan

dulcemente turbado! ¿A quién buscará con sus miradas? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si yo tuviese un hijo como éste! Así, así debe ser; es el primer joven de su misma edad que veo después de la noticia que he recibido. Y noto en su semblante cierta expresión... ¡Oh! Siempre me ha chocado, pero nunca tanto como ahora. ¡Ramiro! ¡Ramiro!

El paje percibió al momento la voz que le llamaba, y clavando los ojos en la dama, tendió los brazos con el mayor anhelo, pronunciando unas palabras que llegaron confusamente á los oídos de la bastarda.

—¿Qué es esto?—prosiguió Elvira profundamente agitada—. ¡Lo que es la imaginación, lo que es el deseo! Juraría haberle oído responder: «¡Madre mía!» No, es claro que no... pero ¿qué habrá dicho? «¡Madre mía!» ¡Si parece que no ha podido ser otra cosa, y que esas dos palabras han caído en mi corazón como dos gotas de rocío! ¡Madre mía! ¡Es una ilusión, una ilusión!... Pero ¿por qué se ha conmovido tanto al verme? ¿Por qué ha tendido los brazos hacia mí? ¡Si creí que se arrojaba al foso! Y aquí en el corazón me están sonando esas dos palabras con un eco tan dulce, con una suavidad, con un regalo... ¡Oh, no! No lo debo tener, no debo dar cabida á semejantes desvaríos, mientras Bermudo permanezca... Basta, basta ya; no hay que pensar ni en lo uno ni en lo otro; corazón de hierro, rostro de juglar, lengua de víbora y mano de sayón. Pero ese joven ha desaparecido; viene á verme sin duda, en busca mía, en mi

auxilio... ¡Ah! De nadie, de nadie mejor que de él pudiera valerme en este conflicto...

—¿De nadie?—dijo detrás de la bastarda con voz cascada una anciana decrepita, apoyada en un báculo y envuelta en un manto.

—¡Una mujer! ¡Dios mío, Constanza!—exclamó Elvira, volviendo súbitamente el rostro desparovido.

—No, no hagáis tan poco favor á la pobre señora, á quien yo llevaba lo menos cuarenta navidades; no pronunciéis tampoco ese nombre con espanto, que no os haáis en presencia de Ataulfo el *Terrible*.

—¡Ah! ¿Quién sois?

—Gontroda. ¡Hola! Ese ya es otro gesto. Parece que mi nombre no os es desconocido.

—¡Gontroda! ¿De veras sois la nodriza de Ataulfo, ó sois un espía?

—¡Ja, ja, ja! Me río porque esta risa me sirve de salvoconducto: debe seros tan conocida por lo menos como mi nombre,

—¿Estabais ahí? ¿En esa alcoba?

—Sí, ahí estaba; ahí he presenciado todos vuestros artificios, mejor dicho, hija mía, todo vuestro valor.

—¡Ah! El pergamino...

—¿El pergamino que recogí á la muerte de Constanza?... Téngala Dios en su santa gloria...—exclamó la anciana queriendo imitar á Mauricia—. Me parece que no he andado desacertada en ponerlo en vuestras manos. ¡Si me descuido!...

—¡Gracias, Gontroda! Si os descuidáis una hora

más... ya para mí no había salvación. Tú has presenciado la lucha... Tú puedes dar testimonio de mí... Tú puedes evitarme una mirada mil veces más terrible que la muerte. Pero en el escrito se dice que tenías que averiguar la verdad.

—Y cuando el escrito se halla en poder vuestro, es señal de que todo está averiguado.

—¡Todo! ¿Y es cierto? ¿Bermudo, mi esposo, Bermudo?...

—Vive, vive todavía.

—¡Infeliz, infeliz! ¡La vida es su mayor castigo! ¡Vive! ¿Y por qué no me lo habéis dicho dos horas antes?

—Por una razón muy sencilla, señora: porque no lo sabía. Esta misma mañana he podido seguir los pasos de Ataulfo, penetrar en la torre de los calabozos, y convencerme de que es verdad cuanto me refirió la pobre doña Constanza. En el instante mismo he formado la resolución de impedir un crimen que puede llenar la medida de la misericordia divina para el ricohombre... Le cerré la puerta cuando salía á recibiros... Le hablé al alma... al corazón, ¡pero nada!... El infeliz está ciego... Vuestra fatal hermosura le deslumbra... Ha querido encerrarme no atreviéndose á poner las manos sobre mí... ¡Desdichado! ¡Así le perdone Dios como yo le perdono!

—¿Y te ha puesto en libertad?

—¡El no!—dijo tristemente Gontroda—. Pero la Providencia vela sin duda por vos... El cómo he salido es largo de contar. Venid, hija mía, venid; huyamos de aquí... vengo á salvaros.

—Pero has dicho que lo sabías todo... ¿Y mi hijo? ¡Oh! Calla; si ya no existe, no me lo digas ahora.

Y aguardaba Elvira la respuesta con más ansiedad que nunca.

—Tenéis razón; no es tiempo de responder ni de preguntar, si queréis que sea tiempo de salvaros.

—¡Oh! Pronto, pronto, Gontroda; tu silencio me mata; sea lo que quiera, yo he de saber de mi hijo.

—¡Vive también!

—¡Gracias, Dios mío, gracias!—exclamó Elvira con inefable transporte—. Pero no me engañes, Gontroda, amiga mía, mi único consuelo. Dime la verdad. Ya sabes que tengo valor, serenidad para todo: tú lo has podido ver, tú lo estás viendo. No, no te sonrías, no te burles de una pobre madre. Yo sosegaré este corazón, que quiere saltárseme del pecho; ya estoy tranquila. Dime, por Dios, si sabes dónde está mi hijo. Cuéntame cualquiera cosa de él; lo más pequeño, lo más insignificante para mí tendrá un valor infinito. ¿En dónde está? ¿Qué es de él? ¿Me conoce? ¿Sabe que soy su madre? ¡Oh! No guardes, por Dios, ese cruel silencio.

Y para más obligarla Elvira asíóla una mano, que apretaba contra su inquieto corazón.

Gontroda, enternecida, deseaba satisfacer aquel impetuoso anhelo, aquella santa curiosidad de madre; pero tenía miedo de principiar, porque tras una pregunta le haría otra, y otra, y no podían perder un minuto.

—Yo os lo diré...—decía la buena anciana—

todo; pero después. Ahora pensemos en salvarnos. ¡Ataulfo volverá, y si una vez habéis escapado de sus garras!... Se mofará de vuestros artificios... Le obligaréis á cometer un nuevo crimen, y yo, que le amo, como vos amáis á vuestro hijo, quiero evitárselo á toda costa. Tengo miedo de que el brazo de Dios caiga sobre su frente. Venid.

—Bien, te sigo; pero entretanto dime siquiera el nombre de mi hijo. Yo le llamaba Gonzalo los pocos instantes que le tuve en mis brazos... Mas ahora, ¿qué nombre tiene?

—Andemos y os lo diré.

—Andemos.

—Arrojad ese puñal.

—No, lo guardo en el seno.

—Entrad aquí en la alcoba. Esta alcoba tiene una salida secreta; por ella, sólo por ella, podemos salvarnos.

—Bien... ¡Pero siquiera el nombre de mi hijo!—dijo Elvira con voz suplicante al levantar las cortinas de brocado.

—Os lo diré, porque veo que ya sois dócil.

—¡Oh!

—Se llama Ramiro.

La dama se detuvo en el mismo dintel. El corazón le daba tales saltos, que no le dejaba moverse ni respirar.

—Creo que te burlas de mí, Gontroda. Tú has escuchado lo que en aquella reja decía, hablando conmigo misma.

—Puedo aseguraros que no percibí más que las últimas palabras. Creo que llamasteis á una per-

sona, y salí porque me parecía una verdadera imprudencia...

—¿Y no oiste el nombre de la persona á quien he llamado?

—No.

—Ramiro.

—¡Ramiro! Y bien, este nombre lo llevan millares de cristianos.

—¡Lo lleva mi hijo!... ¡Lo lleva el paje del obispo de Santiago!

—¡Ah!

—¿Qué tienes, Gontroda, qué te ha dado? ¿Ese paje... ese Ramiro?...

—Venid, salgamos de aquí, Elvira—repuso la vieja turbada.

—No necesitas decírmelo... á voces me lo está diciendo mi corazón... ¡Es él! ¡Es él!

—¡Sí! ¡Sí!—respondió la anciana arrastrada por la magnética corriente del amor maternal.

—¡Ah!

—¿A dónde vais, doña Elvira?

—¡A sus brazos, á los brazos de mi hijo!

Y al decir estas palabras lanzóse, no en pos de Gontroda, como debía, por la puerta secreta del dormitorio, sino en pos de Ramiro, por la puerta principal.

—¿A dónde vais, desgraciada?—gritábale Gontroda todavía—. ¡Mirad que os perdéis, que perdéis á vuestro esposo, á vuestro hijo, que nos perdéis á todos!...

Pero la madre estaba ya muy lejos para oír la débil voz de la anciana.



CAPITULO IV

DE LAS COSAS QUE Á RAMIRO ACAECIERON AQUEL DÍA

EL paje del obispo, según recordará el lector, había prometido al conde don Pedro Froilaz hallarse aquel mismo día en el cerro de los Potros, fuera de la puerta Fagaria, resuelto á seguir al primer escudero montado á caballo que le preguntase si quería ver á la bastarda de Trava.

Puntual, como él solo, el buen Ramiro, hallábase al amanecer paseando delante de la iglesia de San Salvador, hoy de Santa Susana, cuya sencilla masa de piedra, de la más severa arquitectura bizantina, descuella en la cima sobre las negras copas de antiguos robles, como esas rocas de granito desnudas de vegetación que coronan montañas, cuya falda está cubierta de verdor perpetuo.

Aunque la espesura del bosque le impedía ver la ciudad, oía, á la par de las dulces alboradas de alegres pajarillos, el murmullo de los villanos que salían al campo por los puentes levadizos; el canto de los peregrinos, que llegaban entonando piadosos y regocijados himnos, y el estruendo de los soldados del obispo, que todavía, receloso de la

Reina doña Urraca, seguía armando á todos sus vasallos y tomando las precauciones que en el libro anterior hemos referido. Aquella misma mañana se verificó la entrevista del prelado y la Princesa, de la cual resultó un acomodamiento entre ambos personajes, que, aunque tácito, tenía trazas de ser más firme que otras paces, con mil escrituras hechas y con mil juramentos confirmadas: aquella mañana también salía del castillo Honesto la litera que conducía á la bastarda.

Ciegamente confiado Ramiro en la palabra del conde don Pedro Froilaz, estaba persuadido de ver muy presto á la virtuosa matrona de quien tan alto concepto había formado en Extremadura, y no quiso, por lo tanto, hasta aconsejarse de ella, adoptar resolución alguna en las graves confusiones en que lo tenían envuelto Gelmirez negándose á conferirle la orden de caballería, infundiéndole sospechas acerca de su nacimiento; Munima con sus preparativos de boda, y doña Urraca con sus miradas, tentaciones y arrebatos.

Pero si el paje se manifestaba dispuesto á recibir consejos, no lo estaba menos á devolvérselos á Elvira con todo el celo de un corazón juvenil para que no consintiese en dar su mano al *Terrible*, cuyo retrato pensaba hacerle con los más negros colores que hallase en la paleta de su fresca imaginación. Nunca Ramiro se había mostrado más niño que entonces: nada receloso, dócil, aturdido y al propio tiempo con ciertas puntas de presuntuoso, con un airecillo de hombre de importancia que hacía resaltar su inocencia.

A cada estremecimiento del ramaje, de vez en cuando agitado por las suaves auras de la mañana; á cada rumor de pasos de los fieles que subían á rezar al templo del Salvador, antes de emprender sus cotidianas tareas, volvía el rostro con viveza, creyendo que se acercaba el misterioso guía que había de conducirle á presencia de la bastarda. En todos cuantos iban apareciendo fijaba curiosas miradas, que apartaba luego avergonzado y caviloso, hasta que un nuevo ruido le distraía de sus varias imaginaciones.

Vino un jayán vestido á lo rústico, de sayo y montera de buriel, y precisamente al reparar en su talante Ramiro apartó la vista con un gesto muy expresivo de impaciencia y desagrado. Era carirredondo, un poco chato y un mucho malicioso, según lo daban á entender las miradas de sus garzos ojuelos y la sonrisa de sus labios, grandes aunque delgados.

Acercóse al paje, y su primera salutación fué una semicarcajada.

—¿Qué tengo yo, señor villano, que os excite una risa tan impertinente?—le dijo el mozo mohino.

—¡Nada, señor gentilhombre—respondió el patán—, sino que es mi genio!

—Pues guardáosle allá para quien lo aguante, que yo nada tengo que ver con vos.

—¡Nada! ¡Pues no es nada lo que conmigo tiene que ver el paje del obispo de Santiago! ¡Ahí es un grano de anís! La más hermosa dama de Galicia...

—¡Cómo! ¿Seréis vos?...

—El encargado de complaceros en todo y por todo, y de conduciros á la presencia de...

—Dispuesto estoy á seguiros, si decís verdad. Pero, si mal no me acuerdo, el caballero que me habló al salir del monasterio de San Martín de Pinario me dijo...

—¿Que había de presentarme á caballo? Para que veáis que ningún requisito me falta, señor gentilhombre, no tenéis sino bajar esta colina, y ahí encontraremos el mejor potro que en dehesas extremeñas ha pacido.

—¿De Extremadura venís?

—Y allá se me figura que os he visto no ha muchos días.

—¿Seréis por ventura—preguntó Ramiro—criado de... de esa dama?

—¡Curioso!—respondió el patán con nueva explosión de risa—. ¿Conque... venís?...

—El caballero me dijo también—repuso el paje un poco rehacio—, me dijo que...

—¿Que se os había de presentar un escudero? ¿Y os figuráis que yo no tengo trazas de tal? ¿Quién os asegura, sin embargo, que yo no lo sea?

—¿Y á dónde vamos?

—A donde gustéis: á Padrón.

—¿Y allí está doña Elvira?

—Allí está.

—¿Y cuándo se casa?

—No soy el encargado de decíroslo. Bajemos, si os place, á tomar la caballería.

Halláronla atada de un roble: Ramiro no tuvo por conveniente aceptarla, y el malicioso patán se resignó á cabalgar en ella: uno á pie y otro á caballo, echaron por el camino de Padrón y anduvieron más de legua y media.

—Señor gentilhombre, ¿no habéis traído con vos cualquiera cosa fiambre por vía de almuerzo?

—No.

—¡Qué diantre! Es un descuido garrafal de que yo mismo tengo que acusarme.

—No importa—repuso el paje—; en llegando á la villa...

—¡Qué desatino! ¿Hasta Padrón queréis que vayamos en ayunas? ¡Ja, ja, ja! Yo tengo un estómago muy mal acostumbrado. Ahí veo una majada; tal vez en ella encontraremos algo con que refocilarnos.

—¿No es mejor que sigamos adelante?

—Como gustéis, señor gentilhombre: yo no llevo más encargo que el de complaceros: gusto vuestro ha sido que yo montara á caballo, y ni siquiera os he replicado: gusto vuestro es que sigamos adelante, seguiremos; pero, la verdad sea dicha, no me siento con bríos para tanto, y si es gusto vuestro nos detendremos en esa choza que cae á mano derecha, donde no faltará pan, vino y leche y queso, y quizá, quizá viandas más sustanciosas.

—Pero...

—Nada, si no es gusto vuestro, adelante; pero... digo yo también...

Ramiro no quiso replicar, por no parecer des-

confiado, aunque no juzgaba ya ni medianamente de su compañero de viaje. Tomaron, pues, una senda á la derecha del camino, orillas de un arroyo, y dieron con la choza á cosa de dos tiros de piedra en una hondonada sombría.

—¡Qué diantre!—decía el escudero conductor.—Se me figura que no vamos á encontrar alma nacida.

Pero con harta sorpresa de entrambos caminantes, apenas se asomaron al rústico albergue, vieron hasta cuatro villanos con más trazas de soldados que de pastores, aunque ni uno ni otro parecían por completo.

Tendidos estaban en el suelo, esperando sin duda el almuerzo que á la sazón se les ofreció, más sólido y sabroso de lo que podía esperarse en tan pobre cabaña.

—¡Caramba si tengo yo buenas narices, aunque chato!—exclamó el patán atando á la puerta la caballería—. Mirad, señor gentilhombre, lo que nos espera si esta buena gente se muestra compasiva y hospitalaria con dos pobres caminantes ayunos.

—Se me figura que no debemos detenernos—dijo Ramiro.

—Como gustéis, señor gentilhombre. Pero estos pastores son muy cerriles, y si por lo menos uno de nosotros no se sienta con ellos y les hace la razón, serán capaces de... ¡Oh! ¡Muy cerriles! Yo, por lo que pueda tronar, acepto, digo, aceptaré lo que me ofrezcan. Ahora... si vos no queréis... ya sabéis que tengo encargo de daros gusto.

—Pues bien—replicó el paje—, mientras vos almorzáis, yo daré por aquí fuera una vuelta...

—Corriente. Pero os aconsejo que la vuelta la deis dentro de la choza, porque es gente cerril, como digo, la que estáis viendo, y muy recelosa, y se figurará... Nada, nada, no habéis de salir de aquí. Y diciendo y haciendo, lo empujó adentro.

Saludáronse todos como desconocidos; pero bien pronto advirtió Ramiro que entre ellos no sólo había secreta inteligencia, sino que su compañero era tratado como superior, y que él no tenía libertad de salir del albergue.

No podía dudar, sin embargo, de que aquel hombre estuviese relacionado con la familia de Trava, pues en el camino le había dado cuantas noticias le pidió acerca de Elvira; ni tampoco que fuese el designado por aquel caballero de la armadura, amigo del obispo, porque se manifestaba enterado de las menores circunstancias de aquella secreta conversación tenida dos ó tres días antes, al salir del monasterio donde moraba la Reina.

—Señor gentilhombre—le dijo su acompañante después del almuerzo—; estos pastores acaban de decirme que la señora ha salido ya de Padrón en una litera, esta misma mañana, en dirección de Altamira.

—¡Cómo! ¡Para casarse ya!

—Sin duda.

—¡Oh! Pues entonces...

—Entonces... tendremos que darnos prisa á ver si la cogemos en el camino.

—¿En el camino de Altamira?

—Justo.

—Pues una vez que ha marchado ya de Padrón, me parece lo mejor, hermano, que yo me vuelva á Santiago.

—Como gustéis, señor gentilhombre; pero no se ha verificado jamás que el hijo de mi madre se haya metido en un fregado del que no haya salido. Ello es que vos queréis ver á la noble dama, y la veréis antes de dos horas, ó deo de ser quien soy.

—Bien está—contestó Ramiro un poco alterado, —con tal de que marchemos cuanto antes...

—Al punto.

—Y vayamos solos...

El paje pensaba deshacerse luego de su compañero de viaje.

—Bien está, si tal es vuestro gusto... Pero no ha de ser así, por vida mía, porque esta honrada gente que aquí veis lleva precisamente el mismo camino que nosotros, y será muy mal visto que no admitamos su compañía.

—¿Conque es decir que iré escoltado por cinco hombres de bien?

—Así lo parecen á lo menos los cuatro—dijo el vellaco escudero.

—Y según veo, ni á vos os falta un buen cuchillo, ni á los demás sendas ballestas que ahí detrás asoman.

—Así es la verdad—dijeron todos, cogiendo las armas y rodeándole.

y: — como tenéis trazas de ser un buen mucha-

cho—prosигuió uno de ellos—, así consentiremos en que nadie se os acerque ni os toque el pelo de la ropa, como en dejar de ser hombres de bien.

Reflexionó Ramiro que no tenía más que un cuchillo, con el cual no podía defenderse de tanta gente; calculó que podían desarmarle, y que el arma quizá le haría falta en mejor ocasión.

—Me place—contestó—ir en tan buena y honrada compañía, y llévase el diablo á quien tenga miedo... con tantos valientes.

—¡Eso es!—exclamó el guía—. Eso está puesto en razón y no hay que decir más palabra. Todos estamos aquí á vuestras órdenes.

—¡Todos!—gritaron los cuatro.

—¿Y todos dispuestos á complacerme... lo mismo que vos, eh?

—¡Todos!

—Así, pues, me parece, salvo el gusto de tan gentil mancebo—prosигuió el conductor—, que tomemos la derechura de Altamira, porque allí debe estar ya la persona que vamos buscando.

Conoció el paje que había caído completamente en el lazo, y sólo deseaba aprovecharse de la primera ocasión para escapar á todo trance.

—Estoy cansado—dijo al más antiguo de sus compañeros—, y quisiera que me permitieseis ahora montar en el jaco.

—Que me place—le respondió el escudero—; pero como el camino es áspero y podéis dar una caída por estos vericuetos, iré yo con vos á las ancas.

—En tal caso prefiero seguir á pie.

—Ya sabéis, señor gentilhombre, que sólo deseamos daros gusto. Y para hacer más entretenido el camino, voy á proporcionaros una diversión; es preciso que conozcáis la habilidad de estos ballesteros que, en su oficio, la tienen extremada. ¿Veis ahí en ese prado una oveja que está paciendo descarriada? A ver, Juan, cómo le clavas una saeta en mitad de la frente.

Uno de los villanos armó la ballesta, tendió el brazo y disparó una flecha, que fué á clavarse en el ojo izquierdo del inocente animal.

—¡Mala puntería! Ea, tú, Gil, enmiéndasela. La oveja ha caído sobre el lado izquierdo, y el ojo contrario debe haberle quedado abierto. Es necesario que se lo cierres.

No bien acabó el guía de pronunciar estas palabras, cuando la flecha salió silbando á clavarse en el punto marcado.

—Ahora faltáis vosotros, Antón y Blas, y si no sois hombres de plantarle otras dos en la frente, digo que habéis perdido la habilidad de que ha poco blasonabais.

El escudero fué puntualmente servido, y Ramiro, que comprendió la lección, no pudo menos de confesarse en su interior derrotado y perdido. Encomendóse muy de veras á Dios nuestro Señor, y abandonándose en brazos de su suerte desistió de buscar modos de escapar, hasta que al fin, acompañado de los diestros ballesteros, llegó al castillo de Altamira.

Hallaron al ricohombre en la escalera; el guía le hizo entrega del paje, y tornó sonriéndose en

busca de su señor. Los ballesteros se incorporaron á los del castillo, de cuya guarnición componían parte.

Volvía á la sazón Ataulfo de acompañar y despedir al conde de Trava, con quien había estado muy entretenido en el camino, oyéndole contar ciertas particularidades de su hermana, que revelaban, ora nuevos primores ó gracias desconocidas, ora cierto relumbré de afición antigua que ni sospechar osaba el enamorado esposo. Entre uno y otro rasgo con que le traía embobado, es de suponer que no dejase el buen don Pedro Froilaz de exigir alguna concesión y de obtener la confirmación y ampliación de las anteriores. Mas no fué el único buen resultado de aquellas suaves y discretísimas lisonjas.

Venía tan satisfecho el *Terrible*, tan lleno de risueñas esperanzas, que por primera vez habíase desvanecido la espantosa imagen de sus eternos remordimientos; y loco y embriagado de amor, volaba á solicitar de los ojos de Elvira una sola mirada que corroborase la más pequeña de las revelaciones del conde.

Presentósele Ramiro en aquellos momentos, al cual miró de arriba abajo; frunció el ceño; subiósele la sangre al rostro; sus labios, moviéndose en silencio, parece que querían articular alguna orden para Martín el sayón, que al olor de la caza rondaba el cazadero; por su frente se veían cruzar los recuerdos del juicio de Dios; en su corazón se resentían las heridas de los celos. Pero de repente brilló en su boca una sonrisa de desdén.

—¡Hola! ¿Conque tú eres el paje del obispo de Santiago?—le dijo el *Terrible* con sosegado acento.

—Sí, señor — contestó Ramiro, preparándose para sostener un largo interrogatorio, en que pensaba dejar bien puesto el pabellón de los Gelmirez.

—Pues bien... te he traído para decirte que... que vuelvas á dar memorias á su reverencia.

Y le volvió la espalda, murmurando con la arrogante sonrisa de la felicidad:

—¡Qué diablos, harto trabajo tiene si la ama!

Martín, que no hallaba verosímil semejante desenlace, se le presentó delante en una de sus vueltas de hiena alrededor de la presa.

—¿Qué quieres tú, mastín?—le dijo el ricohombre, tan satisfecho, que quería hasta jugar del vocablo.

—Saber qué tormento le damos...

—Que se vaya.

No aguardó Ramiro á que se lo dijeran dos veces: salió presuroso, puesto que nada contento, del castillo. Sin duda hubiera querido sostener una lucha con Ataulfo y darle á conocer que tenía tanta firmeza de carácter como de brazo; sin duda le mortificaban un poco la inesperada generosidad y el soberano desdén de su enemigo.

Pero cediendo al primer deseo del hombre (el héroe *inclusive*), que en semejantes ocasiones es siempre el de salvar el pellejo, salió, como hemos dicho, dando gracias á Dios por haberlo sacado con bien de aquella madriguera.

Bajó parte de la colina, en cuya eminencia está fundado el castillo, y al llegar al pie de una roca

de granito sombreada por brezos y matorrales, como venía cansado, sentóse un rato para tomar aliento y refrescar sus ardientes labios en un manantial que de las grietas del peñasco salía. Ni de tan pequeño consuelo pudo disfrutar; el agua corría turbia, formando un pequeño arroyuelo, y lo más particular era que brotaba del mismo modo de la roca.

—Esta agua debe filtrarse de los fosos—pensó Ramiro—. ¿Por qué, pues, no sale cristalina como está arriba?

El arroyuelo, en su prolongado y rápido descenso, había labrado una especie de cauce ó lecho profundo que surcaba en línea recta la falda de la colina hasta perderse en el valle. Por el fondo de esta torrentera, cuyas márgenes estaban erizadas de espesas matas y arbustos, vió Ramiro subir un hombre de traza descomunal, cubierta la frente con la capucha del sayo, embozado en una capa leonada, por debajo de la cual sacaba las manos para sacudir fuertes bastonazos á diestro y siniestro, sin duda para apartar la maleza, ó quizá para llamar la atención del paje del obispo.

Esto último parece lo más probable, como quiera que apenas se convenció Peñayo, que no era otro el que subía, de haber sido conocido, cesó de dar golpes y continuó su camino por el fango, apoyándose en el bastón.

Tentaciones le vinieron al paje de esconderse y huir de la presencia del padre de Munima: tanta vergüenza le daba su propia conducta en aquella mañana, y sobre todo el desenlace de la aventura

de la cita; pero no tuvo valor para hacer un desaire al hombre á quien tanto debía, y sin esperar su llegada, se adelantó á recibirle, resuelto á no decir una palabra de cuanto le había pasado. A bien que nada le preguntó el mendigo, que parecía estar enterado del riesgo que el paje acababa de correr, porque, al aproximársele, tendióle los brazos apretándole contra su corazón y derramando lágrimas de sus hundidos ojos.

En seguida, con no poco asombro de Ramiro, le desabrochó el jubón, y mirándole la espalda por sobre el hombro, cayó á sus pies de hinojos, levantando con júbilo las manos al cielo, y haciendo los mayores esfuerzos por pronunciar una sola palabra.

—Gon... Gon... Gon...—gritaba el mudo con un berrido gutural; pero no pudo terminar la palabra.

—¿Qué tienes? ¿Qué es esto, Pelayo? ¿Qué significan esos extremos, esas miradas?... Saca tus tablas... yo, que tu maestro he sido, te comprenderé al momento; ¿vienes á buscarme?

El mudo le respondió poniéndole la mano sobre la ropa, en el mismo sitio en que tenía la marca indeleble que probaba la identidad del paje del obispo con el niño abandonado en el bosque por Ataulfo el *Terrible*.

—¡Ah! ¡Esa mancha, esa señal que tengo ahí de nacimiento! ¿Qué sabías tú?... ¿Has venido á verla por ventura? Escribe... aquí... aunque sea en la arena.

Pero en vez de escribir, sacó Pelayo del zurrón

una carta, y con tanto gozo y ufanía como respeto, se la entregó al mancebo.

—¡De la Reina!—exclamó éste ruborizado al conocer la letra.

Doña Urraca, en efecto, quizá con las interesadas miras de ganar en albricias la gratitud de Ramiro, á nadie había querido ceder la satisfacción de participarle las primeras nuevas de su ilustre nacimiento. Comisionado por ella venía Pelayo: uno de los mejores jacos del país, gran trepador de montañas, para quien no había caminos malos ni veredas desconocidas, lo trajo de Compostela en poco más de una hora hasta las cercanías del castillo, y en un bosque del valle mismo de Altamira juzgó conveniente el mudo apearse, para no llamar la atención de los centinelas.

Vagando al pie de la colina vió descender al paje y lo siguió con la vista hasta tropezar con él cerca del peñasco, de donde brotaba aquel hilo de agua turbia que parecía ser desaguadero de los fosos; y como quisiese adquirir nuevas pruebas acerca del principal objeto que allí le llevaba, su primer movimiento había sido asegurarse de que en la espalda del mancebo subsistía aún la señal indeleble que tenía el niño que abandonó Gontroda no lejos de aquellas selvas. Satisfecha apenas tan legítima curiosidad, adquirido un nuevo irrecusable dato no vaciló el mendigo en entregar la carta.

Era de ver ahora cómo seguía con sus miradas, con su cabeza, con sus brazos, con todo su cuerpo, las impresiones que la lectura producía en el ros-

tro del paje; el cual, después del rubor, del orgullo, del asombro, del contento, de la duda, del más inefable transporte de gozo que sucesivamente fueron cruzando por su cándida frente en los breves instantes que le costó devorar con los ojos el pergamino, acabó por estrujarlo en sus manos, llevándolo al corazón y lanzando al mismo tiempo un grito de alegría; y sin decir más palabras volvió bruscamente las espaldas, y corriendo cuesta arriba se dirigió segunda vez al castillo del *Terrible*. ¡Oh, si Pelayo hubiera tenido una voz para detenerle! ¡Si el joven hubiese tornado siquiera una vez los ojos para mirarle! Pero la felicidad es siempre en sus primeros instantes egoísta, inconsiderada, desagradecida.

Subió el paje casi falto de aliento, ebrio de gozo ciego de amor filial; digamos, sin embargo, en honra suya, que tan sólo estos dos afectos, ó más bien este único sentimiento, le conmovía, y que no se acordó siquiera de que el alcázar en que iba á poner los pies era suyo, y que de allí tenía que arrojar al bárbaro usurpador que por humilde lo había desdeñado.

—¡Mi madre vive! ¡Aquí está; voy á verla, voy á abrazarla!

Tal era el círculo de sus pensamientos, de sus ideas, de sus palabras. Para él más allá no había nada.

Con ademán resuelto, sin pensar siquiera en los obstáculos que podrían oponérsele, acercóse al puente, y los centinelas, que poco antes lo habían visto salir, ninguna repugnancia manifestaron en

permitirle la entrada. La confianza le abría paso por todas partes. Pasado el primer puente, tomó á la derecha el camino de la barbacana, y entonces fué cuando, al verse metido en aquel laberinto de fortificaciones, le asaltó la idea de la dificultad de encontrar á su madre.

—Preguntaré por ella á cualquiera que por aquí pase—decía el paje dentro de sí con esa confianza que en su edad se tiene en la primera idea que ocurre, en el primer hombre que se nos presenta; —diré que soy su hijo, y... se acabó. Todos se apresurarán á conducirme á sus brazos. ¿Y Ataulfo?—murmuraba luego—. ¿Llevará á bien que venga su rival á desposeerle de sus dominios? ¡Ca! Se los dejaré: yo me contento con vivir con mi madre, con ser quien soy. ¡Pero ese maldito Ataulfo!... —volvía á decir tras de breve pausa—. Preciso es tener juicio... Disimular siquiera hasta que ella lo disponga como quiera, que siempre será del modo más acertado; afortunadamente Dios me devuelve, no sólo una madre, sino la mejor de todas las madres.

A vueltas andaba con estas ideas y mirando á todos lados en busca de una persona que pudiese servirle de guía en el castillo; quizá le animaba también la esperanza de tropezar con el objeto de sus ansias sin más auxilio que el de su buena estrella, cuando apareció Elvira en una de las rejas.

El lector recordará que entonces Ramiro dió un grito y pronunció ciertas palabras que en los oídos de la madre resonaron dulce y regalada-

mente; el lector podrá juzgar ahora si Elvira se engañaba.

Todos los escrúpulos, todos los inconvenientes, todas las reflexiones desaparecieron para el mozo en vista de aquel rostro amado, de aquella mirada de irresistible atractivo. Partió como un rayo en dirección del segundo puente levadizo, y entró en el zaguán sin dificultad alguna, preguntando por Elvira. Si el mismo Ataulfo se le hubiese presentado delante, á él se hubiera dirigido con igual resolución.

—Soy hijo de vuestra esposa y de vuestro hermano don Bermudo de Moscoso; llevadme, llevadme al seno de mi madre y todo os lo perdono, y todos mis derechos os cedo.

Esto es lo que el paje le habría dicho.

El cielo coronó los deseos de aquellas dos personas, para las cuales quizá no restaba más felicidad en el mundo que la que iban á disfrutar por breves instantes. Halláronse al fin en uno de los corredores, no lejos de la habitación de Constanza, y tendiendo al divisarse los impacientes brazos á los gritos mal reprimidos de «hijo mío» y «madre mía», que les sirvieron mutuamente de consuelo en su desgracia y confirmación de su dicha, entrambos tierna y estrechísimamente se abrazaron.



CAPITULO V

QUE ES UNO MÁS EN ESTA CRÓNICA Y DONDE QUIERA
QUE HAYA OTRA

ABRAZADOS permanecieron largo rato, completamente olvidados del lugar en que se hallaban, de los peligros que encima tenían. Elvira, sobre todo, con una expresión de celestial arrobaamiento apretaba con ambas manos la cabeza del hijo de su amor; besaba mil y mil veces sus rojas mejillas, rizados cabellos negros, y deshecha en lágrimas y sollozos, apartábala de sí radiante de gozo para contemplarla más de lleno, para admirar las gracias del conjunto del rostro, de la figura y precipitarse otra vez en brazos del mancebo con nuevo ardor, con nuevo llanto, con un afán, con un placer siempre crecientes.

La pobre madre necesitaba de aquel examen ó revista para persuadirse más y más de que su dicha no era ilusoria; de que ni Gontroda ni Ramiro la engañaban; de que era su hijo, el hijo de Bermudo, aquel joven que estrechaba contra su seno. Pero el convencimiento de un instante á otro hacía los más rápidos progresos en su cora-

zón, hasta tal punto, que ella secretamente se inculpaba de no haber antes descubierto por sí misma, y sin otro auxilio que el de sus ojos, lo que tan claro y tan patente ahora se le aparecía.

Las palabras que en aquellos supremos instantes se dirigían, trasladadas aquí fielmente, serían para el lector una jerga insufrible y monótona; pero la expresión más corta, más insignificante, tenía para ellos un precio infinito, un sabor inefable, porque no eran los labios, sino los corazones los que se hablaban, y el gesto, el acento y las miradas suplían, ó más bien excedían con inmensas ventajas, á los más discretos razonamientos. La felicidad tiene el privilegio de hacer transparente, diáfana, la ruda corteza del alma; es una especie de flúido magnético que pone en completa comunicación á las personas que en él están envueltas. Elvira, que nunca apartaba de su fantasía la imagen de su hijo desastrosamente perdido, hallábalo de repente mozo, ya formado, hermoso, valiente, lleno de los más generosos sentimientos, muy más bello y completo de lo que ella en sus más dulces ensueños se imaginaba. Con él simpatizó desde el primer instante, y también él con igual facilidad se había dejado prender en esa misteriosa cadena de instintivo afecto, que algunos llaman fuerza de la sangre, y que con más propiedad debe llamarse fuerza del espíritu, vago recuerdo del alma que se ha desprendido de otra alma para venir al mundo, porque la familia, como la jerarquía, como todas las bases del orden social, tiene su raigambre, su tipo en el cielo.

Pasados los primeros arrebatos de santa pasión, aquellos dos seres, momentáneamente dichosos, comenzaron á ver el horizonte, como está ordinariamente el de la vida, cubierto de nubes amenazadoras. Temblaba Elvira tan sólo por su hijo; y para que se note en qué singulares contradicciones incurre el corazón humano, el mismo sentimiento que antes le sirvió de escudo, que la confortó y la dió valor y serenidad hasta para aprovecharse de involuntarios terrores, y esforzándolos, convertirlos en fingimiento, este sentimiento mismo en aquel instante la rendía y postraba. Sea que haya esfuerzos que no puedan exigirse dos veces, sea que la presencia del objeto que se intenta defender á costa de la vida nos embarace en la defensa, lo cierto es que la desdichada madre midió de una mirada su pecho, y se estremeció al considerar que no era capaz de sostener serena el papel que poco antes había desempeñado. ¿Quién sabe si no le parecía noble representarlo delante de su hijo? ¿Quién sabe también si la pobre bastarda, que hasta entonces nada tenía que echarse en cara, se acusaba de haber obedecido con demasiada docilidad los mandatos del conde de Trava? ¿Y quién ignora, por otra parte, lo mucho que para el ataque debilita la preocupación de llevar un flanco descubierto?

Para colmo de sus males, las primeras concertadas razones que le dirigió Ramiro fueron para preguntarle el motivo de hallarse casada tan silenciosa y repentinamente con Ataulfo.

—Hijo mío—respondió Elvira—, tus palabras me

hacen volver del éxtasis de felicidad á que me había transportado. Pero no es tiempo de responder á tus preguntas; es preciso salir al punto de este alcázar, donde tu vida y la mía se hallan en el mayor peligro.

—¡Vuestra vida!—exclamó el mancebo—. No concibo cómo ni por quién pueda estar amenazada, siendo vos esposa del *Terrible...* digo, de Ataulfo, y señora de Altamira. Con respecto de mí podéis vivir tranquila. Verdad es que mi brazo inexperto, sostenido por Dios, derribó de su silla al ricohombre en un encuentro, del que no debió salir muy bien parado; verdad es que valiéndose de ruines artificios... y lo digo así, porque creo firmemente que vos no le amáis, no podéis amarle... me ha traído aquí para castigar por manos de sayón ofensas que no sabe vengar por mano de caballero; pero al llegar yo al alcázar, no ha mucho rato, creyó que me castigaba más cruelmente dándome en el rostro con su ventura y echándola de generoso, y hame dejado salir y aun entrar luego libremente. Nada debéis temer de mí, de consiguiente, madre mía. Al volver á Santiago he tropezado con un mensajero de la Reina, que expresamente ha venido á traerme las noticias que me han precipitado en vuestros brazos; nadie, como he dicho, se ha opuesto á mi entrada; nada, pues, tengo que temer aquí; y si yo no temo, madre mía, claro es—dijo el mozo concluyendo con uno de aquellos rasgos de sencilla arrogancia que tan bien le sentaban—, claro es que vos no debéis abrigar el menor recelo.

—Tus palabras algo me sosiegan, hijo mío; pero no del todo disipan mis temores. Ramiro, ó por mejor decir, Gonzalo, que este es el nombre con que yo te llamé desde el primer instante de tu vida, es preciso que salgamos de aquí; Ataulfo queda privado de la mayor parte de sus títulos y haciendas una vez probado tu legítimo nacimiento, y si nos ve, y si nos escucha, no querrá ser tan generoso con el hijo de... de su hermano, como lo ha sido con el paje del obispo.

—Yo le abandono todo; yo cedo todas mis tierras y castillos al esposo de mi madre.

—No; eso no basta... además de que Ataulfo no es mi esposo—murmuró con trémula voz Elvira—. Te lo juro, Gonzalo; no ha recibido de mí la menor prueba de afecto, de cariño; no es mi esposo; no puede serlo.

La pobre madre andaba luchando con mil deseos opuestos y encontrados sentimientos: no quería descubrirle aún toda la verdad de su situación; temía aparecer culpada á sus ojos, y se justificaba con calor de faltas que ni siquiera podía concebir ni sospechar el inexperto joven. Así fué que de todas aquellas razones sólo llegó á comprender que su madre estaba presa, cautiva, contra toda su voluntad, en el castillo de Altamira, y el lector conoce demasiado los arranques del manco para esperar que llevase en paciencia semejante ultraje.

—¡Cómo!—exclamó Ramiro—. ¡No sois esposa de Ataulfo! ¿Conque es decir que os retiene aquí mal de vuestro grado? ¿Que estáis presa en el cas-

tillo? Bien me lo pensaba yo que era imposible amar á semejante monstruo. Afortunadamente Dios ha querido traerme aquí, no sólo para conocerlos, sino para salvarlos. Tengo madre, tengo derechos y espada tengo, aunque no de caballero. Salgamos, salgamos, que me siento con bríos para esgrimirla contra cualquiera que se presente á disputarnos el paso.

Y al decir estas palabras echó mano al cuchillo que en el cinto traía, como pudiera el Cid á su tizona.

Por grande que fuese la idea que acerca de Gonzalo Elvira hubiese concebido, nunca podía ser tal que al arrojo fuese á fiar el éxito de su fuga, y sin disminuir en un ápice el valor del mancebo, antes bien, alarmada con las muestras que de él quería dar, consideró que lo prudente por entonces era abstenerse de ponerlo en ejercicio, reservándolo para ocasión más oportuna.

—Bien, hijo mío; norabuena que tan decidido te muestres á sacarme de este cautiverio, y tan generoso en arriesgar tu vida por la salvación de tu madre; pero guarda tus bríos para mejor sazón, que no tardará en llegar, y no son menester por ahora, si en vez de seguir por la escalera principal, nos dirigimos á otra secreta, por donde sin ruido ni pendencias podremos escapar.

—No me opongo; pero si lo dejáis por temor...

—No, no, hijo mío; ¿qué he de temer contigo? Sígueme: una dueña, una bendita mujer que el cielo me ha deparado, se ha quedado esperándome en mi aposento y nos servirá de guía. No, no

es posible que Ataulfo te permita salir tan fácilmente como la vez primera... mejor es fiarnos de Gontroda.

—¿Quién es Gontroda?

—Una santa mujer, á quien debo yo la dicha de conocer á mi hijo. Tengo en ella completa confianza.

Poco después llegaron á la habitación de Constanza de Monforte.

—No hay nadie—dijo Ramiro después de haber recorrido el aposento con una rápida mirada.

—Quizá en la alcoba.

—Tampoco.

—¡Tampoco!—repitió Elvira con agitado pecho, viendo tornar á su hijo un poco desasosegado.

—Madre mía, hemos perdido mucho tiempo; volvamos por la puerta principal.

—Gontroda se habrá cansado de esperarme, ó más bien habrá temido por sí; pero en esa alcoba debe haber un postigo...

—Lo he visto y está cerrado.

—¡Cerrado!

—No lo dudéis: volvamos...

—¡Volver!—exclamó Elvira cerca de la puerta á donde había acudido para observar los tránsitos por la cerradura—. ¡No, por Dios! Hijo de mis entrañas, por el amor de tu madre, escóndete en ese dormitorio... veo venir á don Ataulfo.

—¿Y qué?

—Con algunos criados... ¡Por Dios, escóndete! Sería temeridad mostrar deseos de perderme el

apelar á la fuerza... Te lo pido de rodillas, hijo de mi corazón... en esa alcoba... si por casualidad aparece una anciana por esa puerta secreta, es Gontroda... síguela... ella te salvará. Yo no tengo peligro ninguno... con tal de que tú salgas de aquí, yo no tardaré en seguirte... á mí me es muy fácil... mucho, con tal que me dejes sola. ¡Adiós, hijo de mi vida!... ¡Por ahí... cualquiera cosa que oigas permanece tranquilo, y sobre todo créeme siempre inocente... adiós, hasta luego... es preciso alejar de aquí al ricohombre!

—Obedezco—, dijo Ramiro—; pero... no es porque tiemble...

—¡Gonzalo... adiós!—le interrumpió la madre, empujándolo detrás del cortinaje.

—¡Madre mía! ¡Madre mía!—murmuró éste desapareciendo.

Cuando entró el *Terrible* todavía ondeaban los majestuosos pliegues de las cortinas de la alcoba. Este movimiento no pudo menos de ser advertido por el caballero, que después de examinar con torvas miradas la estancia toda, detúvose un momento contemplando con curiosidad la colgadura de brocado.

Elvira estaba haciendo los mayores esfuerzos para ocultar su inquietud, y maquinalmente echó mano del cortinaje de la ventana para agitarlo lo mismo que el otro.

El *Terrible* no pudo menos de sonreirse, y volviendo luego á la dama le dijo con estudiada suavidad:

—Querida esposa mía, ya tenéis dispuesta otra

habitación más conveniente para el estado de vuestra salud; como preparada de prisa no tendrá todas las comodidades que fueran menester; pero allí al menos no os atormentarán las lúgubres imágenes y pensamientos que ésta suscita.

—Gracias, don Ataulfo —respondió con timidez Elvira—; pero me siento mejor... estoy bien aquí.

—Pues no creí, vive Dios, que aquí os fuese nunca ni medianamente.

—Mejor que en ninguna otra parte.

—¡Imposible! ¿Pues y aquel fantasma, aquel esqueleto que dormía, aquellas carcajadas, aquel baturrillo de... mil demonios?

—Como habéis dicho, fueron todas ilusiones, delirios de una imaginación exaltada con ciertas noticias...

—Y con la presencia de estas sombrías paredes, de ese lecho, de objetos repugnantes para toda persona delicada como vos; y por lo mismo, para que esos delirios no tornen, debéis alejaros de aquí, trasladaros á otro aposento preparado por el amor...

—No, no; os juro, don Ataulfo, que aquí me hallo mejor que en ninguna parte, y os suplico encarecidamente me permitáis algunos momentos de reposo, de soledad.

—Y yo juro y perjuro, esposa mía, que á ser vuestro médico no me conformaría con semejante manera de curar esa demencia producida por el aspecto de estos lugares, obstinándose en permanecer en ellos. Pero ya veo que tenéis razón, poderosa para solicitarlo,

—¿Cuál?—preguntó la dama sobresaltada.

—¡Qué diablos, tan clara es que salta á los ojos! Os dejé enferma, delirante, totalmente fuera de juicio, y os encuentro buena y sana y con más seso que el buen Peranzules, que pasa por ser uno de los varones más prudentes de estos reinos. Vuestra locura provenía de haberos traído torpemente, lo confieso, á la misma cámara de Constanza, y con seguir en ella os habéis curado; tenéis, pues, más razón que los santos en esforzaros porque aquí os deje hasta asegurar vuestro completo restablecimiento. ¡Pesia mí que no os he de incomodar por eso! Y una vez que estáis á gusto, sentémonos, si os place, doña Elvira, y hablemos como dos buenos amigos, como dos esposos que acaban de unirse en el altar para toda la vida. Venid aquí, señora, venid á mi lado; dejad que os hable de lo mucho que os amo, y no esperéis á que yo invoque el nombre de marido para vencer esa indiferencia, si ya no es desvío ó repugnancia, que en vos advierto.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó Elvira, retorciéndose las manos y levantando los ojos con desesperación.

—¡Elvira!—repuso el *Terrible*, dando un paso hacia ella.

—Apartaos de mí.

—¡Cómo es eso! ¿Volvéis á las andadas? ¿Otra vez el delirio? ¿Tornarán también las mismas apariciones? Vive Dios, doña Elvira, que aborrecía demasiado á mi primera esposa para sufrir con cachaza que la segunda me zumbe con su nom-

bre los oídos ¡Ea! Pensadlo bien; no me hagáis recordaros que soy vuestro marido.

—Sois mi marido porque un sacerdote nos acaba de echar las bendiciones nupciales; pero no por mi voluntad, no por mi elección; he venido aquí obligada de mi hermano, por la fuerza; y hasta ahora ni el más pequeño favor, ni la más leve muestra de cariño, os he dispensado.

El *Terrible* la dirigió una mirada fría, y dijo después con calma:

—Efectivamente ha sido así.

—¡Oh! ¿Ha sido así, no es verdad?—repitió la bastarda con viveza.

—Verdad es, señora, mucha verdad. ¿Queréis testimonio de ello? ¿Queréis que os lo jure por la cruz de mi espada? ¿Queréis extender un escrito para que yo os lo firme, haciendo una cruz, que es todo lo que pude aprender de mi maestro el capellán del castillo? ¿O basta para vuestros fines que lo diga aquí clara y terminantemente de modo que pudiese oirme cualquiera que, pongo por ejemplo, estuviese en esa alcoba?

—¡Ah!—gritó Elvira, y al mismo tiempo oyóse leve rumor de pasos en el dormitorio.

—¿Qué aspavientos son esos? ¿Por qué miráis ahí despavorida? ¿Volvéis otra vez á los delirios? ¿Teméis que resucite Constanza, cuya alma debe estar en el infierno, y cuyo cuerpo es ahora pasto de gusanos?

—¡Callad, malvado, callad!

—¡Silencio, pesia vos! Estoy harto de farsas, de insultos y sufrimientos. Lo sé todo; sé que tenéis

escondido un mozo de veinte años, un amante, señora, un amante, y sé que por él son los apuros y congojas que estáis pasando.

—¡Un amante!... ¡Oh! ¡No!... Es mentira, mentira... no lo creáis, Ataulfo, no lo creáis.

—¡Que no lo crea, cuando yo mismo lo he visto entrar aquí, cuando no he perdido de vista esa puerta, cuando me consta que no ha salido de este aposento!... ¡Cuando sólo me he detenido el tiempo suficiente para tomar mis medidas á fin de que no podáis salir de aquí vos ni vuestro infame cómplice!

—¡Ah!

—¡Nadie, nadie! Prohibida está para todos la entrada y la salida en el alcázar; tengo completa seguridad de que no habéis de escapar por ninguna parte.

—¡Don Ataulfo, si me amáis, si me habéis amado alguna vez, en nombre de ese cariño os conjuro á que no lo creáis!

—¡Voto al diablo!... Si queráis que yo nada supiese, ¿por qué no encargáis al galán barbiponiente que gaste más prudencia, ya que no me tenéis por sordo ni ciego? Cuando vino de Mérida iba publicando su amor por los caminos reales; cuando tuvo la avilantez de presentármese en el juicio de Dios me lo repitió, por si en aquella ocasión no lo había comprendido. Ya veis, Elvira, que, aunque yo quisiese dudarlo, el muy necio no me lo permitía. Y por si acaso me imaginaba que todo era presunción juvenil, devaneos de los cuales no debía haceros responsable, señora, os habéis em-

peñado en arrancarme esa venda con que voluntariamente me había cegado. Ese mozo ha venido aquí esta mañana, y por singular milagro ha vuelto á salir sano y salvo del castillo. Pero arrostrando todos los peligros, desafiando toda mi indignación, torna otra vez y se lanza en la caverna del lobo de Altamira, que no puede olvidar dos veces de que por él ha sido escarnecido y pisoteado. Esta acción sólo puede ejecutarse por un grande amor, alentado por una grande esperanza. Y su esperanza no era vana, señora; las farsas de antes, el desasosiego de ahora, todo, todo está revelando que le correspondéis con una pasión inmensa, una sombra de la cual hubiera bastado para enloquecerme de gozo. Sí, aquí está; es vuestro amante querido; pero mis criados entrarán apenas levante yo la voz, y le harán expirar á vuestros pies.

—No, no; matadme á mí primero; de rodillas os pido su vida...

—¡Desdichada!

—La vida de mi hijo.

—¿De quién, señora?

—De mi hijo, de mi hijo—repelía la pobre madre, esforzando la voz y renunciando á la esperanza de salvarle por otro medio.

Ataulfo perdió el color, y después de breve pausa dijo con rostro sombrío:

—No; esa es una *piadosa* superchería inventada para salvarle.

—Esa es una verdad—respondió la madre levantándose con orgullo—; una verdad que acaba de descubrirnos la bondad divina.

—Sin embargo de que apeláis á buenos testigos, permitidme que no os crea—repuso el *Terrible* con obscuro acento—; vos no habéis tenido hijos, ó si los habéis tenido han muerto.

—Eso nadie debe saberlo mejor que vos, don Ataulfo.

—¿Pues qué?...

—Repasad vuestra memoria, escuchad el grito de la conciencia, y adivinad lo que yo he descubierto.

El ricohombre guardó otra vez silencio.

—Lo que yo adivino—dijo después haciendo un gesto feroz—, lo que yo adivino es que ha llegado su última hora.

—¡Cómo!

—¡Voto al diablo! Creo que no se necesita ser brujo para semejante adivinanza.

—¡Ataulfo, Ataulfo! No le mataréis; estoy segura de que no le mataréis... porque... el pobre... á trueque de salvarme y de salvarse quería cederos todos sus derechos...

—¡Ah! ¡Ah!

—Aunque os sonréis... así... de esa manera, no lo mataréis—decía Elvira temblando—; todo es por amedrentarme; le dejaréis salir libremente... y Dios nuestro Señor, por esta buena acción, os perdonará cuantos crímenes hayáis cometido.

—¡Aún pudierais salvarlo!—exclamó el *Terrible* con un sollozo.

—Proseguid.

—Si os resignarais á vivir conmigo como buena esposa... si os mostraraís siquiera agradecida...

—No, no, cien veces no. Perezca mi hijo, perezca mi único, mi verdadero esposo; pero ni tus brutales instintos, ni tus feroces deseos de venganza, serán satisfechos.

—Tienes razón, Elvira; ha llegado el día de extinguir toda una raza de sobre la faz de la tierra.

Y al decir estas horrendas palabras avanzó el ricohombre hacia la alcoba; pero antes que llegase lanzóse la madre á la puerta con resolución, y desnudando el puñal que oculto traía, gritó:

—Tú el primero; tú morirás, miserable, si das un solo paso.

Y blandía el acero con una mano, mientras sostenía con la otra el cortinaje de brocado.

El de Moscoso, que no se había acordado de proveerse de armas después que en la conferencia anterior se dejó arrebatarse la que al pecho traía, no creyó conveniente exponerse al golpe que le amenazaba, y desviándose un poco de la línea recta que seguía, fué á parar delante de la puerta principal del aposento; entreabrió una de las hojas, y como se le presentase al punto el escudero Gil Pérez, que estaba aguardándolo en el corredor, departieron algunos instantes, después de los cuales tornó el rostro don Ataulfo para decirle á la madre, que con la mayor ansiedad espiaba todos aquellos movimientos:

—Para que veáis, señora, que no soy tan despiado como parezco, os dejo sola; así tendréis todavía algún rato de desahogo en vuestra ternura maternal.

Y con sonrisa de mal agüero se marchó, cerrando con llave la puerta.

—¡Gonzalo, Gonzalo! ¡Hijo mío!—exclamó Elvira levantando presurosa el cortinaje y buscando al mancebo, aguijada al mismo tiempo por el temor y la esperanza de encontrarlo.

Gonzalo había desaparecido.





CAPITULO VI

DE CÓMO EL PAJE DEL OBISPO FUÉ CONVERTIDO EN MURCIÉLAGO

VAMOS á seguir sus pasos, si gusta el lector de acompañarnos.

Pero antes será preciso no perder la pista de uno de los muchos personajes que, en el curso de la narración, se nos ha desmanado.

Desde que Gontroda recogió la confesión escrita y las últimas palabras de Constanza de Monforte, no sosegaba un punto siquiera hasta averiguar si era cierto el crimen que la moribunda esposa de Ataulfo le había denunciado. Muy mala idea tenía formada de éste; como que para templar y contener sus bárbaros instintos, de acuerdo con el viejo Ordoño, había inventado y sostenido la supersticiosa fábula que le condenaba á morir el mismo día en que indebidamente diese á cualquiera la muerte: la historia del niño Gonzalo, en cuya desaparición ella había tenido parte, daba grandes visos de probabilidad á cuantos horrores se atribuyesen al ricohombre, con tal que condujesen al fin de apoderarse á todo trance de los bie-

nes y dignidades que al hermano mayor correspondían; pero con todo, Gontroda era cuasi madre suya; le amaba al menos con el cariño de tal, y no se atrevía á condenarlo sin tener evidencia de la crueldad que se le imputaba.

Con nadie quiso, de consiguiente, darse por entendida del secreto. Recogió el escrito de Constanza, guardólo cuidadosamente, y formó empeño en penetrar con el mayor sigilo en la torre de los calabozos. Ya hemos dicho que Ataulfo guardaba por sí las llaves de esta parte del castillo; pero la buena anciana, entendiéndose con el alarife Sisnando, se había procurado ya los medios de abrir las primeras puertas, aprovechando todas las ocasiones y los descuidos del carcelero.

Sólo consiguió, sin embargo, poder dar en la torre algunos pasos, hasta ahora completamente estériles: el prisionero que buscaba no debía hallarse tan á la mano, y el celo de Gontroda estaba á punto de desmayar, cuando aquel día, tan fecundo en acontecimientos, tuvo la feliz inspiración de seguir á don Ataulfo hasta la mazmorra de donde salieron aquellos acentos conocidos, aquellas palabras entre resignadas y amenazadoras, las cuales ni rastro de duda le dejaron acerca de la existencia de Bermudo de Moscoso y del paraje en que yacía.

El lector ha visto los valerosos esfuerzos de la decrepita nodriza para impedir la profanación, el sacrilegio que iba á perpetrarse en la capilla de Altamira: el lector la ha visto desafiar la muerte, la perpetua prisión á que la expuso su generoso

intento; pero, sin rebajar lo más mínimo los quilates de su heroísmo, ya se deja conocer que si la preocupación agorera de Ataulfo la salvaba del primer riesgo, las buenas llaves de hierro que ella se tenía guardadas en el bolso la tranquilizarían respecto del segundo.

El *quid* estaba en salir de la torre sin ser observada de los guardas y criados del alcázar, que pudieran ponerle graves obstáculos y dar noticia de la fuga al *Terrible*; pero no tardó en presentársele un momento en que el patio, á donde caía la puerta principal de la prisión, quedó desierto, limpias las cercanías, y la casa toda en el silencio más profundo: era precisamente cuando se estaban celebrando los desposorios en el altar, alrededor del cual había acudido la gente, como si hubiese menester de presenciar la ceremonia, para acabar de convencerse de que real y verdaderamente la boda se verificaba.

Salió Gontroda de la torre: una vez fuera de allí, sólo podía temer encontrarse de manos á boca con el ricohombre; pues ya suponía ella que nadie tendría noticia de su encierro, ni de la escena del cuarto de la chimenea: acercóse, pues, sin afectación ninguna á la primera persona que halló, y supo que la impía ceremonia se había efectuado: vió luego salir del alcázar al ricohombre, acompañando al conde de Trava; vió entrar á la bastarda en el aposento en que murió Constanza de Monforte; acudió allí por la puerta del dormitorio y depositó el pergamino de la confesión, de manera que llamase la atención de Elvira y fue-

se á parar á sus manos, si entraba en la alcoba.

Atisbando desde aquel punto fué testigo de las terribles ansias y apuros de aquella desdichada, y de ella compadecida, acudió á su socorro para sacarla del alcázar, siendo de presumir que lo hubiera conseguido, si en la impetuosidad del amor maternal no hubiese olvidado Elvira los atroces peligros que la acosaban.

Cuando Gontroda la vió lanzarse al encuentro de su hijo, no creyó que tornase otra vez al punto de donde había partido; ó lograba escapar con él, ó caían ambos en poder del ricohombre; y la buena anciana, con ánimo de favorecerlos en cualquier extremo, fué á situarse en un paraje por donde necesariamente tenían que pasar, si intentaban huir. Sus cálculos, como acabamos de ver, salieron fallidos: Elvira, tal vez con sobrado motivo, consideró que la fuga era difícil, si no imposible, pues Ataulfo habría adoptado disposiciones para retener en el castillo á la mujer de quien debía presumir, á pesar de las protestas del conde, que no de muy buen grado le recibía por marido; y aunque estas órdenes no se extendiesen á Gonzalo, no quería envolverlo en ellas, llevándolo en su compañía, ni menos exponerlo á un choque con la gente de la fortaleza, en el que, de seguro, aunque fuese más bravo que Roldán, tendría que llevar la peor parte. Esta razón poderosa y la esperanza de hallar todavía á su libertadora, la determinaron á volver al fatal aposento, menos horrible ya desde que pudo considerarlo como su único refugio.

Cayó luego en la cuenta Gontroda de aquella

resolución, y en alas de su generosidad, ó más bien del afán de evitar á don Ataulfo nuevos delitos, acudió también allí, entrando poco después en la alcoba, en sazón de hallarse Ramiro cabe la portezuela, escuchando á su madre y al *Terrible*, que adentro departían, y aterrado con algunas palabras que á sus oídos llegaban.

Acababa Elvira de asegurarle que no era mujer de Ataulfo, y éste la llamaba su querida esposa: como tal la trataba y ella lo consentía y confirmaba, con el silencio unas veces, con las razones otras.

En aquel estado de amargura y estupor en que llegaba á dudar de su propia madre, la nodriza de Ataulfo abrió silenciosamente la puerta, sin ser percibida del mismo Gonzalo, que á su lado estaba. Hízose al punto cargo de la situación de todos; conoció que era imposible ya salvar á Elvira, y no sin dolor tuvo que resignarse á limitar su socorro al paje del obispo. Asíóle del brazo, y el mismo asombro y letargo de que estaba sobrecoigido, fueron causa de que en los primeros momentos no pudiese Ramiro exhalar una sola exclamación de sorpresa, ni oponer resistencia alguna. Cuando llegó á pensar, cuando quiso interrogar á la anciana, ya estaban fuera del aposento.

—¿Quién sois?

Gontroda no le contestó por el pronto: acabó de cerrar la puerta, y le dijo con su voz cascada, en la cual, sin embargo, se percibía alguna dulzura y la satisfacción que á todas las buenas acciones acompaña,

—Andemos, andemos, hijo mío; pocas preguntas, si no quieres entregar la piel para que el lobo la desgarré.

—¿Sois Gontroda?

—La misma, la misma. ¡Quien te ha visto y quien te ve! ¡Jesús, cómo pasan los años! Dos veces te he salvado ya con ésta, si Dios quiere. Tú no recuerdas, ¡pobrecillo! ¡Ca! Si no tenías más que algunos meses... Pero ¡qué pulmones! ¡Qué berrear aquél, en medio del bosque! ¡Si parece que te estoy oyendo! Buenos apuros me hiciste pasar. ¿Y conservas todavía aquella mancha en la espalda, hacia el lado derecho... no, al izquierdo?...

—Al derecho, señora. Pero... ¿y mi madre? ¿A dónde vamos sin ella?

—Silencio, maldito charlatán—exclamó la anciana, que no podía ocultar su alborozo—; todos los pajarillos que apenas saben revolar un poco más allá del nido, se pierden por el pico. Imítame á mí, que no te hablo más de lo puramente preciso. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué estirón has dado desde la última vez que te vi! Yo también te hacía algunas visitillas; yo también te solía ver cuando detrás del obispo ibas tan morenillo y colorado teniéndola la capa, que daba gusto de verte. Y yo me decía: «¡Qué feliz es! Hijo de un hidalgo, paje de un príncipe de la Iglesia, que lo hará canónigo ó cardenal, y que algún día quizá llevará la mitra; mejor le ha de ir mil veces que con los estados de Altamira, teniendo como tiene un tío tan mal cristiano.» Pero mira, hijo mío, no te vayas á ven-

gar de Ataulfo; este es el precio que exijo por tu salvación...

—Y la de mi madre.

—Y la de tu madre. Ataulfo en el fondo no es tan malo como á primera vista parece, sino que el pobre ha tenido mala crianza, y luego todo el mundo le aborrece, le detesta; no tiene un cristiano que bien le quiera. ¡Pobrecillo! Yo no sé si estoy trabajando contra él al favorecerte, pero hágase lo que Dios quiera: las cosas han llegado á tal extremo que...

—Pero ¿y mi madre? ¿Mi madre? Sin ella no doy un paso más. Vos, señora, podéis sacarme de la confusión en que mi espíritu se encuentra, confusión muy más terrible para mí que todos los peligros que me amenazan. Hame dicho mi madre que no está casada con Ataulfo; ¿cómo es que permite á éste llamarla su esposa?

—Nada le ha dicho — pensó la anciana para sus adentros — acerca de Bermudo; no creía yo que hubiera podido contenerse: imitemos su prudencia.

Gontroda dió luego á Ramiro contestaciones evasivas, encareciéndole la necesidad de guardar silencio, aunque, semejante á los cangrejos padres de la fábula, no se cuidaba de poner en armonía los consejos con el ejemplo. Tranquilizóle, sin embargo, asegurándole dos cosas á cual más importantes para Ramiro: primera, que su madre no corría tanto peligro como él, y podría luego salvarse fácilmente, y segunda, que fuese cualquiera la contradicción de las palabras y la conducta de Elvira,

estuviese seguro de que podía ser completamente justificada.

Sólo después de haber obtenido el mancebo semejantes seguridades, pudo alejarse un paso más de aquel aposento. La puertecilla de la alcoba daba á un largo pasadizo, que comunicaba con una secreta escalera, por la cual pensaba Gontroda salir más fácilmente del castillo. Mas apenas pusieron en ella el pie, cuando en lo profundo sintieron ruido de criados que subían departiendo misteriosamente. Gontroda retrocedió; llevó consigo al mancebo al extremo opuesto de la puerta de Constanza, algunos pasos más allá de la boca de la escalera, y en el fondo del pasadizo aguardó á que pasasen los criados, calculando qué debían ir á guardar la salida de la alcoba. Mientras llegaban, salieron los fugitivos del oscuro rincón en que se hallaban, y dándoles la espalda sin ser vistos ganaron la escalera.

—Vienen en tu busca—murmuró Gontroda al oído del paje para alejar de él la idea del peligro de su madre—; por ahora quédense ahí con un palmo de narices; vamos á ver si en la puerta de abajo tenemos algún tropiezo.

—No os olvidéis, buena anciana—dijo Gonzalo, —que traigo conmigo un arma, y que tengo un brazo dispuesto...

—A echarlo todo á perder, metiéndonos en algún mal fregado. Cepos quedos y no hacer disparates.

Afortunadamente hallaron franca la salida, que daba á un patio pequeño y sombrío, al pie de la torre de las prisiones.

—No me atrevo á proseguir contigo—dijo la anciana—; quédate aquí oculto entre estos haces de leña hasta que traiga una capa. Vamos, no hay que replicar ni hacer observaciones. Ahí dentro, y se concluyó. Yo vendré á buscarte. Perfectamente; buen muchacho. ¡Jesús, cuando uno piensa quien es, y lo ve andar como un ladrón, y en su propia casa!

La infatigable dueña salió de allá, y con alguna precaución se informó acerca de las probabilidades de la fuga. No las había de ninguna especie; el *Terrible* había dado las órdenes más terminantes para que á nadie, absolutamente á nadie, se permitiese salir del alcázar. Pensar que ninguno de los centinelas se dejase vencer por ruegos ni corromper con dádivas, era pensar en lo imposible, porque todos temían que Ataulfo estuviese espiándolos, para caer como ave de rapiña sobre el infeliz que titubease en el cumplimiento de su deber.

Sabedor el *Terrible* de que el paje había logrado escapar del dormitorio de Constanza, acababa de ordenar asimismo que se hiciesen las pesquisas más minuciosas por todo el castillo.

Si la fuga era imposible, parecía en cambio sumamente fácil descubrir á Gonzalo, oculto en un paraje tan próximo á la escalera secreta. Gontroda, en este apuro, no trataba ya de echar fuera del alcázar á su joven compañero, sino de evitarle los tormentos, los suplicios que le esperaban, si caía en manos de Ataulfo; y no sabiendo qué hacerse, y acosada por la proximidad del peligro, tívose

por muy dichosa cuando le ocurrió cierta idea, y se halló con los medios de ponerla por obra.

Acudió á la leñera, llamó á Gonzalo, el cual salió tan alterado, que por encima del sayo se le marcaban los latidos del corazón.

—Si tardáis un poco más—murmuró el paje—no me encontráis aquí; hubiera salido para morir como quien soy, y no como un animal de bellota. Poco después de haberos marchado, bajaron dos de los de arriba, y los muy pícaros sospecharon que ahí pudiese estar escondido; iban á levantar los haces, cuando mudaron de parecer, por considerar más urgente dar parte á su amo de lo que pasaba, y se alejaron prometiendo volver con un tizón á dar fuego á la leña. ¿Qué noticias me traéis?

—Sígueme y embózate bien—le dijo la anciana, echándole una capa sobre los hombros.

No le pareció de muy buen agüero al pajecillo tan inusitado laconismo; pero obedeció á Gontroda, la cual se dirigió al torreón, que se alzaba en uno de los frentes de aquel patio. Sacó del pecho una llave, y abrió la puerta sin dificultad.

—¡Dios me salve!—exclamó Gonzalo—. Este postigo y los escalones que se presentan, más parecen de prisión que de nada que pueda conducir á la libertad.

—En efecto, hijo mío; tan desdichado eres, que ningún otro sitio ofrece para ti seguridad sino la cárcel; entra aprisa; aquí nadie penetra sino Ataulfo y yo.

—El *Terrible* para llevar el espanto, y vos, sin

duda, para llevar el consuelo á los cautivos. ¡Ah, Gontroda, cuán buena sois! Pero no sé por qué siento horror al respirar el aire que baja por esas escaleras.

—Toma—le dijo Gontroda dándole una llave—; entra; respira ese aire con afán, y sé como el sabueso, que por el viento llega á levantar la caza. ¡Adiós!—repuso luego con viveza, respondiendo á un ademán de curiosidad, que no pudo reprimir el paje al escuchar aquellas misteriosas palabras—. Adiós, te veré luego; entretanto prudencia, joven, prudencia, si quieres salvarte y salvar á toda tu familia.

La puerta de la torre se cerró entonces tras del mancebo, el cual, con la llave en la mano, quedóse perplejo, rumiando en su mente las razones de Gontroda: «Respira con ansia el aire del calabozo; sé como el sabueso, que por el viento llega á levantar la caza.» ¿Qué tenía él que ver con aquellos calabozos? ¿Para qué le habían entregado la llave?

Era evidente que la anciana le daba un aviso, ó más bien le aconsejaba que anduviese rastreando como el sabueso las huellas de alguna persona ó de algún hecho que á él le importase conocer, y que después, temiendo quizá que el deseo de inquirir le hiciese perpetrar alguna falta de precipitación ó de excesivo arrojo, le había recomendado la prudencia, porque de ella dependía «la salvación de toda su familia». ¿Por qué no le había dicho simplemente la suerte de su madre? ¿Qué tenía que ver él con Ataulfo, que era el úni-

co que podía ser comprendido en el nombre genérico de familia?

Como quiera que fuese, Gonzalo comprendió que debía ser curioso investigador en aquella torre, y al mismo tiempo tener cautela y mesura en sus investigaciones, y determinó seguir al pie de la letra consejos que, por lo sanos, y por venir de unos labios ya para él tan autorizados, no le parecieron sospechosos.

Como un muchacho de su edad, ora siga el camino de la temeridad, ora el de la prudencia, procede siempre con fe y calor extremados, no daba un solo paso sin hacerse cargo de los objetos que cerca de sí tenía, examinándolo todo y sacando consecuencias, muchas veces extravagantes, de las cosas más naturales, y formando misterio de las más sencillas. Pero este prolijo examen le sirvió también para hacerse el cargo de la distribución de aquella parte, la más sombría y retirada del edificio, de manera que á la media hora de haber estado allí ya se andaba por los parajes que se le presentaban accesibles, con la misma seguridad que por su propia casa.

Nada adelantó, sin embargo, subiendo al piso principal y de allí á los adarves de la torre; nada, sino convencerse de que estaba construída con la mayor solidez; que las paredes eran tan robustas que podían desafiar todos los embates del tiempo y de los hombres, y ahogar los gemidos de las víctimas que allí estuviesen encerradas; que había otra comunicación con el resto del alcázar, distinta de la del patio, y que las puertas de un lado y

otro de la escalera y de los angostos corredores, aseguradas con enormes candados y cerrojos, debían conducir á otros tantos nichos ó calabozos, ó tal vez á más anchos y profundos departamentos.

—Hasta ahora—pensó el mancebo—, no he hecho uso de esta llave; sin embargo, para algo me la ha dado.

Aplicóla á varias cerraduras sin resultado alguno, hasta que llegó á un postigo, que cedió al punto y le permitió el paso á cierta escalera que descendía á nuevos pasadizos, en los cuales también se veían nuevas puertas y comunicaciones. Tuvo cuidado Ramiro, al quitar la llave, de volver á cerrar, y se quedó completamente aislado en aquel paraje. Después de haber malgastado mucho tiempo en abrirse camino hacia adelante, sintióse rendido con el peso de tantas fatigas de espíritu y de cuerpo como en aquel día había experimentado, y se le cayó el alma á los pies al considerar que la noche se acercaba, y que Gontroda no parecía ni á traerle noticias de su madre, ni libertad, ni alimento.

Luchando estaba con el sueño, que muy á pesar suyo le cerraba los pesados párpados, cuando volvió á recobrar toda su energía al sentir ruido por donde había entrado.

—¡Gracias á Dios!—exclamó—. Si tarda más, creo que me encuentra tendido como un tronco. Preciso es confesar que el sabueso tiene muy malas narices, ó que no hay un pelo de res en este cazadero. Cuánto más me agradaría, ya que tengo

que imitar al perro, ser como el pobre Luzbel, defensor de los que amo, hasta dar por ellos la vida en campo raso, que no andar al husmo, como un hurón, por estas madrigueras. Pero Gontroda no viene sola; yo siento un murmullo... ¡Santa María me valga! Hombres son... traen luz... «Aquí no entra nadie sino Ataulfo y yo...» ¡Cielos, es él! ¿Si será esta la caza que tengo que levantar?...—dijo Gonzalo echando mano al cuchillo—. Pero me han encargado prudencia; de la prudencia depende nuestra salvación... Observemos.

Pegóse á la pared bien embozado en el hueco de una saetera, y vió detenidos en el umbral dos bultos de colosal estatura, el ricohombre y el jayán de sayo colorado; el primero pálido, indeciso, turbado, y el segundo con el hacha en una mano y la luz en la otra, esperando con brutal indiferencia la resolución de aquella lucha mental.

Como ésta se prolongase demasiado, el sayón osó preguntar:

—¿Qué hacemos?

—Estoy pensando, vive Dios—respondió el *Terrible*, echándose la mano á la frente, en que brillaban frías gotas de sudor, como el rocío en una planta marchita—; estoy pensando que esta mañana dejé yo encerrada una persona en el espacio que hay desde esta puerta á las que comunican con el interior del alcázar, y la tal persona no parece.

—Volvamos, si os place, á registrarlo, sin seguir adelante.

—Volvamos: tal vez se haya quedado dormida

en cualquier rincón; ¿qué otra cosa podía hacer esa maldita vieja?

—¿Vieja es?—preguntó Martín.

—No la hay más en el castillo.

—¿Gontroda?

—Sí.

—¡Ah! Pues lo que es á Gontroda excusado me parece que por aquí andemos buscándola, porque esta misma tarde la he visto yo y todo el mundo fuera de la torre.

—¡Esta misma tarde! Mira bien lo que dices, Martín, porque yo la tenía encerrada, y...

—¿Y de qué sirven los encierros para las brujas?

—Anda, bruto; ¿me querrás hacer creer, voto á bríos, que una mujer que á mí me ha sustentado á sus pechos?...

—Perdón, señor; pero tal fama tiene; y lo que es para salir de esta torre, el que á Dios no se entrega no tiene más remedio que darse al diablo.

—Y vamos, en tal caso—preguntó Ataulfo con una sonrisa forzada—, teniendo por hechicera á Gontroda, no dudarás de sus predicciones.

—La verdad es, señor, que no querría que nada malo me pronosticara.

—¡Cobarde! ¡Mentecato, vive Dios! ¿Conque si te dijere, por ejemplo, has de morir en el mismo día en que mates al reo que vas á ejecutar?...

—Al tal reo lo cuidaría yo como á las niñas de mis ojos.

Ataulfo volvió á caer en el más profundo silencio. El paje, que no había perdido un ápice de la conversación, escuchaba ahora con terror el re-

suello de aquel pecho rudamente agitado por la tempestad.

—¿Y si te dijese yo: Martín, si no degüellas á ese hombre, pereces á mis manos? - preguntó Ataulfo con voz sombría.

—En tal caso—se apresuró á contestar el sayón, —por grande que fuese mi fe en las predicciones de una vieja, sería mayor mi miedo al filo de ese puñal.

—No; este ha sido un ejemplo que nada tiene que ver contigo.

—Así lo espero.

—Bien; figúrate—murmuró Ataulfo, pensando á media voz—que el paje se nos ha escapado del castillo, por arte de Satanás; que Gontroda ha hecho otro tanto; que á uno y á otro les faltará tiempo para ir á Compostela y alborotar el cotarro; que *ella*, con el puñal en la mano, se defiende como una leona; que veo venir sobre Altamira un nublado más negro que estos calabozos; que... no hay remedio, Martín, no hay remedio, adelante. ¡Morir matando!

Y sonó el golpazo de la puerta cerrada tan brusca y violentamente, que hizo retemblar aquellos macizos murallones. A este estrépito sucedió luego el de los pasos lentos, pero fuertes, de los dos gigantes que cruzaban en silencio terrible aquellos ámbitos, eternos arcabuces de la venganza.

Gonzalo, embozado cuidadosamente en la negra capa, procuraba coserse á las paredes; pero temiendo, con harto fundamento, ser, á pesar de todo, descubierto, había desnudado su cuchillo,

resuelto también, como Ataulfo, á morir matando.

Pasaron, por fortuna, á cuál más preocupados, el ricohombre y el sayón delante de la saetera, mirando el uno su camino, que no debía serle muy conocido, y el otro sin mirar á ninguna parte, con semblante pálido y ceñudo y el cabello erizado; y el paje, cuando los vió de espaldas, no pudo menos de exhalar un tenue suspiro.

El ricohombre se detuvo: Marlín siguió andando con la antorcha, y preguntó luego, viendo inmóvil á su amo:

—¿Es ahí?

Pero éste creyó que aquel gemido era puro efecto de su imaginación, y tuvo vergüenza de confesar su debilidad al fiel ministro de sus maldades.

—No, aún tenemos que andar—respondió con trémulo acento.

Y siguieron adelante. Paráronse enfrente de una puerta, cuyos candados Ataulfo quitó casi convulso.

Ofrecióse á la vista una escalera de piedra, que sudaba por todos sus poros una humedad pegajosa.

—¿Aún más?—preguntó el sayón.

—Adelante.

—Lo que es al que aquí se albergue, tan seguro lo tenéis como en la huesa. ¿Van cuatro ó cinco puertas?

—Cinco.

—¿Sabéis, señor, que creo, á fe, que voy á hacer un servicio al desdichado que gime en tan profunda mazmorra?

—Yo también lo creo, Martín. El sería más dichoso y yo menos desdichado, si hace veinte años hubiese tenido la resolución que ahora.

—¡Cuánta preocupación para un solo hombre!

—Y si una persona dotada de un poder sobrenatural se empeñase en protegerlo, ¿quieres decirme tú, Martín, de qué servirían todas estas precauciones?

—De nada.

—Quien abre una puerta...

—Lo mismo puede abrir otra y otra.

—Pues bien; te he cogido en tus propias redes —repuso el *Terrible*, animándose por grados—. Gontroda, á quien tenéis por bruja, quizá sólo porque es vieja, se muestra, según hoy he visto, decidida protectora de... del reo á quien vas á ejecutar, y, sin embargo, con todo su poder no ha conseguido más que darme cuatro gritos como un monje en cuaresma, y abrir la primera puerta de la torre.

—¡Es singular!...

—Hay más: ese reo ha muchos, muchos años, que está aquí encerrado, y Gontroda hace tan sólo unos días que tiene noticia de su existencia.

—¿Y bien?

—Y bien, cuerpo de tal, ¿qué caso debes hacer tú de las predicciones de una mujer que se pone á revelar lo futuro, y no conoce lo presente; que quiere robar sus secretos al cielo, y no sabe lo que tiene á sus pies?

—Tenéis razón.

—¡Oh! ¡Tengo razón, voto al diablo! Sí, tengo

razón; todo es una superchería inventada para contener mis ímpetus, para favorecer á... Ella, mi padre, todos, todos se han burlado de mí tratándome como un niño. Pero... con todo... Martín, por si acaso, ¿no te parece que sería mejor contentarnos con dejar al reo mudo, ciego?... No, no basta—gritó sin aguardar respuesta—. ¡Que muera!

Y queriendo terminar pronto una lucha tan cruel, bajó Ataulfo precipitadamente sin cuidarse de cerrar la puerta como las anteriores. Bien es verdad que aquélla tan sólo podía entornarse, pues su cerradura, como hemos visto, consistía en candados exteriores.

El paje del obispo salió de su agujero murmurando:

—Aquí, aquí es donde el sabueso debe aprovecharse del viento para levantar la caza.

Y con tanta resolución como cautela, deslizóse suavemente hasta el umbral que acababan de abandonar los dos hombrones.

Llegaron éstos á un aposento abovedado, en el fondo del cual había una puerta pequeña, pero extremadamente sólida y asegurada con todo género de palancas, barras y cerrojos. El artífice había echado en ella el resto de su habilidad poniendo cuanto hierro hubo á las manos. Ataulfo tardó mucho tiempo en desarmar una por una todas las piezas cubiertas de herrumbre.

—Este guerrero—dijo el sayón—, con ser tan enano, lleva una armadura que no podría sustentar un gigante.

—¿Estás dispuesto?—preguntó Ataulfo con una

voz que apenas podía llegar á los oídos de su compañero.

—Dispuesto estoy; pero como no me soléis dar ocupaciones de esta especie, no sé si andaré torpe en el oficio.

—Si de ésta salimos con bien, te juro que no han de faltarte ocasiones de adiestrarte. ¡Ea, adentro!

—¿Y ese hombre está solo?

—Solo.

—¿Y es robusto?

—Míralo — dijo el *Terrible* entreabriendo la puerta.

—Lléveme el diablo si veó gota.

—Llévete amén, maldito ciego. ¿Conque no ves allá en la obscuridad un viejo cubierto de barba blanca, sentado tranquilamente en un banco de piedra, y mirándome con unos ojos de piedad que me rasgan las entrañas?

—Será lo que vos decís, señor, pero nada alcanzo.

— ¡Oh! ¡Si cada mirada suya es un puñal que se me clava aquí en mitad del corazón!

—Cerremos pues; esa mazmorra está negra como un horno apagado.

—¡Oh! ¿Tienes miedo, miserable, tienes miedo?

—Pues vos no tembláis menos que yo.

—¡Si tú supieses lo que yo hago! Tú tiemblas con el cuerpo, yo con el espíritu; tú temes la muerte, yo la ejecución y el malogro de una venganza que es el pensamiento de toda mi vida; tu frente está cubierta de gotas de sudor, mi corazón está sudando gotas de sangre; tú tienes una hacha, una

cota de malla para defenderte, yo no tengo ni una sola idea para detener las flechas que me asestan á porfía la desesperación y los remordimientos; tú eres el brazo que ejecuta, yo la cabeza que manda; tú te cansas, pero no piensas, no te vuelves loco...

—A la verdad—exclamó el sayón—que semejantes andanzas no son para una noche de boda...

—Entra; todo lo acabas de decir.

Y empujando la puerta, dejó un hueco por el cual apenas cabía el jayán.

Al mismo tiempo resonó un grito que salía del medio de las bóvedas, diciendo:

—¡Asesino! ¡Asesino!

El sayón dejó caer la luz y todo quedó sumergido en tinieblas.

—¡La bruja!—dijo Martín retrocediendo despa-
vorido.

Ataulfo, cuya primera acción había sido empuñar la espada, quedó inmóvil de terror, sin fuerza para desnudarla, con la mano en el pomo.

Un instante después se deslizaba silenciosamente por entre los dos una figura que, al llegar á la puerta de la mazmorra, cuyo umbral estaba algunos pies más alto que el pavimento, cayó adentro sin poderse detener.

El ¡ay! que lanzó al sentar la planta en el vacío hizo volver al *Terrible* de su estupor, y asiendo la puerta, volvió á cerrarla de golpe, corriendo el primer cerrojo que halló á mano; poco después fué asegurándola á tientas lo mejor que pudo, y desnudando un puñal, lanzóse al obscuro espacio

en busca de la salida. Como llevaba los brazos abiertos y la estancia era pequeña, trópezóse luego con Martín.

—¿Quién va?—gritó el sayón.

Tentaciones tuvo el ricohombre de clavar el puñal en la garganta de aquel siervo que había sido testigo de sus debilidades. Su intención por lo menos era dejarlo encerrado para siempre en la mazmorra con el cuerpo de su víctima; pero ahora lo necesitaba para salir de allí, y le respondió afectando tranquilidad.

—¡Soy yo, voto al diablo! ¡La has hecho buena con tus miedos!

—¿Qué tenéis en la mano?

—El puñal para encender lumbre. ¡Ea!

—Salgamos presto de aquí, señor.

—¡Cómo! ¿No te atreves á...?

—Ni por todo el mundo. Desde ahora declaro que tengo más miedo á la bruja que á vuestro puñal; y si antes he dicho otra cosa, me desdigo.

—Está bien; ya tornaremos cuando estés más tranquilo, y haremos despacio la prueba. Pero ¿á quién has visto tú?

—A la vieja.

—¿A Gontroda?

—Lo mismo que á vos, es decir, mejor que á vos, porque á vos no os veo, sino que os palpo y os oigo; pero á ella la he visto cabalgar en su báculo, y venir por los aires, y entrar por esa puerta como un murciélago... y aún juraría que llevaba por brazos alas de tal, bien que esto último no puedo asegurarlo tan fijamente.

—Una por una, encendamos luz. Aquí traigo pedernal con todo cuidado; ese pajarraco está en la jaula; acabemos de cerrarle la puerta, y ya veremos cómo hace para salir de la prisión.





CAPÍTULO VII

DE CÓMO EL SABUESO SE METIÓ EN LA MADRIGUERA

ERA espaciosa la mazmorra, y abarcaba gran parte de los cimientos del alcázar; robustos pilares, colocados sin ninguna simetría, sustentaban las altas bóvedas de granito, más gruesos y apiñados donde se alzaba un torreón, y más claros donde tenían que sostener carga menos pesada.

En el rincón más apartado ardía una lámpara moribunda, luchando por romper con sus trémulos rayos la atmósfera impura y nebulosa de aquel vasto recinto.

Nada de particular tenía que los verdugos, que á la puerta se asomaron, ofuscados con luz más viva, no hubiesen percibido tan débil claridad; pero Gonzalo, que después de un rato de encierro se fué acostumbrando á la obscuridad, creyó vislumbrar algún reflejo y oír un ruido apenas perceptible, pero constante y monótono, únicos indicios de vida en aquel paraje, separado, al parecer, del comercio del mundo.

Guiado de una y otra sensación, fué avanzando

lentamente y estremecido entre las sombras misteriosas, y casi resonaban más altos los latidos de su corazón que el murmullo, cada vez más claro, que turbaba el silencio de aquella soledad. A cada paso temía el mancebo ser detenido por una voz cavernosa y bronca, ó tropezarse con un viejo de horrible catadura, uraño, ceñudo, enemigo de los hombres, de quienes tantos agravios tenía que vengar, divinidad tutelar de aquel averno, especie de sátiro ó demonio, guarda maligno del subterráneo.

¿Cuál otra podía ser la condición de un hombre privado tantos años del sol, del aire libre, del campo, del trato y comunicación con sus semejantes?

Esta reflexión hízole caer en la cuenta de que él también estaba condenado á las mismas privaciones, al suplicio de vivir en compañía de un ser desconocido y acaso repugnante, teniendo que renunciar para siempre á las caricias de una madre, á quien pocas horas antes había dado el primero y último abrazo; á los consuelos de un amigo, y más que amigo, de un padre, como el obispo de Santiago; á las miradas lisonjeras de la Reina doña Urraca, á quien era deudor de la dicha que por algunos momentos había disfrutado.

¡Morir enterrado en vida, cuando la vida le presentaba una perspectiva más que nunca deslumbradora y de tan vastos horizontes!

—Pero es imposible —decía para sí—; es imposible que yo permanezca encerrado mucho tiempo. Si mi madre, si Gontroda no tienen poder al-

guno sobre ese monstruo, que no parece sino que ha hecho pacto con el diablo, según éste le favorece, el obispo mi señor no me abandonará, y la Reina, la Reina de Castilla, que me ama, no hay duda, que me ama, será capaz de no dejar piedra sobre piedra hasta encontrarme. Sin embargo—añadía después con desconsuelo—, este hombre entraría joven como yo; tendría acaso por amigos princesas y magnates, como yo, y como yo se echaría las mismas cuentas que me estoy echando. ¡Y aquí ha envejecido! ¡Y hora tras hora, día tras día, año tras año ha pasado aquí diecinueve ó veinte, ese mismo período que llevo yo en el mundo, que me parecía un soplo en la libertad, y que debe ser una eternidad en el cautiverio!

En esta alternativa, en este vaivén del temor y la esperanza, que más ó menos violento es el curso ordinario de la vida, Gonzalo íbase acercando á la luz, y poco á poco tomaron cuerpo algunos objetos informes, algunas sombras caprichosas, que alrededor confusamente se dibujaban. Distinguía las macizas columnas, los toscos arcos de la bóveda, y creyó hallarse en alguna iglesia subterránea, que los arquitectos de aquella época solían poner por cimiento de otra iglesia. Así Diego Gelmirez sobre una catedral había echado otra catedral en Compostela, como los gigantes montes sobre montes para escalar el cielo.

Poco después sintió el paje algún oreo en el rostro; la atmósfera iba siendo cada vez menos espesa; detúvose delante de un arroyuelo que descendía, ó se filtraba más bien, por un extremo en

forma de cascada, atravesando la cueva hasta salir por otro, y produciendo aquel murmullo que en cualquier otra parte se hubiera confundido con los cien imperceptibles murmullos de la soledad, y que allí, por ser el único, resonaba majestuoso; y parecía ser escuchado con religioso respeto.

Tendió, no obstante, los ojos por todos lados, y aunque hallaba señales de estar aquello habitado, no podía el mancebo vislumbrar ningún ser viviente. Tentaciones tuvo de dar un grito ó de hacer algún estrépito para prevenir al huésped de la sombría morada; pero el temor que le inspiraba un hombre á quien tan largo infortunio debía de hacer salir de la esfera común de los hombres, paralizaba sus movimientos, y detenía la voz en la garganta.

Por fin sus vagas miradas se fijaron en un anciano venerable, tendido en un lecho de paja, que dormía al parecer profundamente, con la cabeza inclinada sobre un rollo de estera que le servía de almohada. La luz de la lámpara de bronce, colgada en un poste cercano, le daba de lleno en el rostro, cuya magrura y palidez eran cadavéricas.

Vestía larga túnica de tela grosera, por cuyas orlas asomaban los pies descalzos y amarillentos, sujeta á la cintura con una cuerda de cáñamo.

—¡Muerto! ¡Está muerto!—quiso exclamar Gonzalo al observar su inmovilidad después de aquellas tristes apariencias; pero agitando los labios le faltó el impulso para emitir la voz y pronunciar una sola palabra.

El *Terrible*, al percibir la figura de un viejo de cabellos blancos, que sentado en una piedra le dirigía suaves miradas de cariño y misericordia, no hizo más que ver reflejada en el negro fondo de la mazmorra la imagen vivamente pintada en su fantasía. Todo era pura ilusión; pero esta ilusión, como veremos, distaba poco de la realidad.

El anciano no estaba muerto; dormía tranquilamente, y quiso, al parecer, sosegar al huésped con una dulce sonrisa, triste, pero serena aurora de un apacible ensueño.

Mientras las víboras de los remordimientos hallaban sabroso pasto en las entrañas del implacable carcelero; mientras la noche de bodas era la hora prefijada por las furias desencadenadas de la superstición y de la venganza para los terribles combates, mortales sudores y congojas del desposado, el prisionero, como en un lecho de flores, reposaba y se sonreía.

Su aspecto era tal, como Ataulfo, sin duda por tenerlo bien conocido, vivamente le había retratado. En él se traslucía al punto la resignación, esa satisfacción del alma que resulta de haber vencido al dolor con el dolor, que brilla con alegría melancólica, como el sol que desde el horizonte lanza sus rayos postreros por el claro que le deja el toldo, que cubre la bóveda azul del firmamento. Luengos cabellos de singular blancura brotábanle con fuerza de las sienes y la barba, atestiguando una vejez prematura, el vigor y lozanía de un árbol joven y robusto sorprendido en medio de su pompa por los intensos hielos de la desgracia. La frente, pálida y

descarnada, un poco morena, como el marfil de un Júpiter antiguo, estaba surcada por arrugas que, con ser tan hondas, no habían podido borrar el sello de nobleza profundamente impreso en todas sus facciones, las cuales aún se distinguían con una dulce regularidad. Los labios parecían afables y delicados; las cejas, como los bordes nevados de un negro peñasco, resaltaban sobre las azuladas cuencas de los ojos, en curvas correctas y vigorosas que se habían mantenido inflexibles bajo el peso de tantas calamidades, como entre las ruinas de una iglesia gótica quedan en pie los arcos más ligeros, desafiando las tempestades. Gonzalo no pudo verle sin sentirse inclinado á venerarle; porque entre tantas huellas de los trabajos y pasiones, brillaban todavía algunos rasgos delicados, tristes reliquias de la hermosura, nobleza y arrogancia de sus años juveniles; suave vislumbre de una alma fuerte y de una conciencia tranquila.

Bermudo de Moscoso había sufrido de tres días á esta parte quizá mucho más que en los veinte años de cautiverio. Pero el Señor se había compadecido de él enviándole, por fin, un sueño no turbado, como el de Ataulfo, por horribles pesadillas, flechas rezagadas de la batalla, que van á sorprender al vencido en la fuga, al vencedor en el desvanecimiento; el sueño en el cautivo era profundo, reparador, regalado por imágenes risueñas, delicioso perfume que derrama el ángel de la noche al batir sus alas en torno de nuestro lecho, para refrescar la frente del que reposa confiado en la misericordia de Dios.

Sacrilegio le pareció al mancebo turbar aquella calma, desvanecer aquella ilusión, único alivio de un preso destruído de toda esperanza de los hombres, y se apartó de allí, recostándose contra una pared, de manera que podía observar al anciano, sin que éste, en el caso de despertar, pudiese verle de pronto.

Así permaneció largo tiempo, teniéndolo para reflexionar de nuevo sobre su situación, y al cabo de mil contrarios pensamientos, con toda la confianza que pueden inspirar los pocos años (la juventud es rehacia para admitir el infortunio), se vino á fijar en que, pues él no había hecho otra cosa que intentar una buena acción, impidiendo la perpetración de un crimen, pues había seguido los consejos de Gontroda con la mayor puntualidad, Dios y la anciana lo sacarían de allí con bien precedido del cautivo, cualesquiera que fuesen las causas que le hubiesen detenido.

—¡Diantres!—decía Ramiro dentro de sí—. Veinte años de encierro en este vasto sepulcro ya son para purgar los delitos más graves. ¿Y qué delitos ha podido cometer un hombre que duerme tan sosegado y tan afable se sonríe? Por mí puedo sacar la consecuencia; ¿estaría yo tan seguro de salir de aquí, tan sereno, puedo decirlo, tan sereno, si hubiera obrado mal? No. Dios me ha traído y Dios me sacará. Pero ¿y si tarda en sacarme otros veinte años? ¿Podré decir que soy tan inocente como ese venerable anciano? De ninguna manera. Y sin embargo...

Estos *sin embargos* le producían el efecto que

un cubo de agua fresca por la cabeza abajo al que está sudando á mares en un baño ruso.

—No, no; lo mejor será—prosiguió el mancebo—volver á la puerta de la mazmorra; los asesinos se han quedado á obscuras, tenían mucho miedo, y no creo imposible que hayan cerrado mal, en cuyo caso tengo yo fuerzas, como encuentre á mano cualquier cosa que me sirva de palanca, para hacer saltar mil cerrojos.

Para tornar á la puerta necesitaba luz; pero no habría osado descolgar la lámpara, si de ello dependiese su misma libertad, y prefirió volver á tientas, procurando seguir el camino que había traído.

Entretanto el anciano se removi6 en su lecho, incorpor6se, dejando caer su blanquísima barba sobre el pecho como una cascada espumosa, y con sus manos descarnadas se restreg6 los ojos, que brillaban como diamantes en la oscuridad de sus 6rbitas, y luego exclam6 con voz profunda y dolorida:

—¡Sueños, siempre sueños! Soñé que al fin me enviaban un verdugo; pensé que al fin dejaba de padecer. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Tan cobarde soy que me alegraba de morir.

Arrodill6se luego delante de una cruz de madera toscamente labrada, y parecía pedir á Dios perd6n de aquella debilidad de su naturaleza; pero al cabo de unos momentos alz6 la frente aspirando fuertemente y volviendo el rostro á uno y otro lado, como el ciego Isaac, cuando por el olfato quiso reconocer los vestidos de Esaú.

—Esta atm6sfera—pens6 el anciano—, no pare-

ce la misma de antes; hallo yo aquí alguna novedad.

Y como la novedad, cualquiera que fuese, en la prolongada y monótona existencia del prisionero, debía producirle una sensación agradable, brillaron sus ojos con más apacible lumbre, y se contrajeron sus labios con la misma sonrisa que en su sueño.

Fijó entonces la mirada en el suelo, y como á fuerza de tener delante por tanto tiempo unos mismos objetos los conocía por átomos, si es lícito decirlo así, no le quedó duda de que otros pies que los suyos habían removido la arena, por más que ninguna huella, á otros ojos perceptible, hubiesen dejado las plantas del mancebo.

Levantóse, anduvo rastreando á guisa de podenco, y luego retrocedió, levantando al cielo las manos y clamando con alborozo:

—¡No me engañé, Dios mío! ¡Mi verdugo!

Y volvió á caer de rodillas.

Gonzalo apareció poco después con una hacha en la mano: la turbación le entorpecía la lengua; contentábase con lanzar á su padre miradas compasivas y que á la vez también pedían compasión.

—Te estaba aguardando, amigo mío—le dijo con voz hueca, lenta y solemne—; te estaba aguardando. No hace muchas horas me decía yo: «El día de mi libertad se acerca; creo firmemente que Dios va á mandarme presto un redentor ó un verdugo.» Acabo de verte en mis sueños. ¡Bendito sea Dios! Su misericordia es infinita para conmigo; quiere darme la felicidad por completo; quiere lle-

varme á su seno, sin hacerme pasar otra vez por ese purgatorio que se llama el mundo.

El paje del obispo arrojó el hacha con indignación, suponiendo que ella era la causa de que el anciano le tomase por ministro de la venganza de Ataulfo.

El cautivo interpretó aquel movimiento como de impaciencia, de ira.

—Pronto, pronto despacharás tu encargo. Déjame siquiera algunos instantes para prepararme á ver á Dios. Déjame decirle que, si El lo ordena, estoy dispuesto á vivir, á permanecer otros veinte años en este calabozo.

Aquí Ramiro, falto siempre de palabras para contestar, prorrumpió en sollozos, que terminaron ahogados en un torrente de lágrimas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—repuso Bermudo levantándose conmovido y mirándole más de cerca—. No: tú no eres el sayón que yo he visto en mis sueños; tú eres... ¡Infeliz! ¡Infeliz! ¡Cautivo como yo! ¡Cuánto, cuánto tienes que llorar! Perdóname, el brillo de esa arma fatal me ha deslumbrado. Sosiégate, hijo mío, ven conmigo; te daré agua, contigo partiré mi pan, mi pobre lecho. No soy tan desgraciado cuando en mi miseria todavía puedo ser útil á uno de mis semejantes.

—¡Y vuestros semejantes—dijo por fin el joven, todavía anegado en llanto—; vuestros semejantes os tienen aquí olvidado, os tratan peor que á una fiera, os privan del aire, de la luz, del sol!

—¿Qué importa, joven, qué importa? Dios nos manda volver bien por mal: la injusticia de uno,

dos ni más hombres no nos autoriza á detestar al género humano; esas mismas personas, de quienes podemos quejarnos con razón, son hermanos nuestros, hijos de un mismo padre: en medio de esos gozes envidiables que Dios derrama para todas las criaturas y de que ellos me han privado, son acaso más desdichados que yo, más dignos de lástima que de aborrecimiento. Siéntate, hijo mío, en estos groseros escaños por mí preparados: dime quién eres y á qué has venido aquí, porque voy creyendo que no estás preso al verte tan pertrechado.

—¿Y no presumís que yo venga á ponerlos en libertad?

—¡En libertad! No... confieso que no me ha ocurrido... así... de esa manera... Morir era toda mi ambición... y creí... pero... ¡Libre!—exclamó Bermudo de repente con un acento que al salir con ímpetu hízole levantar de gozo toda la tabla del pecho—. ¡Libre! ¡Ver otra vez el sol, el cielo tendido, inconmensurable, todo azul y tachonado de estrellas! ¡El mar casi tan grande como el cielo! ¡El campo, los ríos, los prados, los montes, las selvas y las flores! ¡Oír el cántico de las aves, el murmullo de los torrentes, el susurro de los céfiros, el silbo de los vientos! ¡Oh! ¡Ver otra vez las olas con sus cambiantes y espumas, los celajes y ráfagas con sus nácares, y arreboles, y púrpura, y oro! ¡Ver las súbitas mudanzas del cielo, el magnífico aparato de las tormentas, el vivo fulgor de los relámpagos, la triste claridad de la luna silenciosa! ¡Oh! Joven, tú no sabes lo que me propones, ni yo

lo que me digo. Me creía fuerte, domador de mí mismo, vencedor de mis pasiones, y con una sola palabra has echado por tierra toda mi ciencia, toda mi virtud. Me creía un roble secular que puede desafiar al huracán y sus rugidos, y soy como un campo de espigas que ondea á merced del aura caprichosa... ¡Mentira, mentira: el mundo no es un infierno, como yo te he dicho; es la antesala del cielo! ¡Llévame!... ¡La libertad, amigo mío, la libertad antes de morir! Los hombres, el trato con los hombres, las casas, los templos, las fábricas insignes, puentes, castillos y ciudades, todo, todo lo que es el mundo. ¡Cuán bellas son las obras del Señor! ¡No sabéis lo que tenéis, vosotros los que vivís en libertad, los que no halláis coto que no puedan salvar vuestros pasos, límites que no traspasen vuestros ojos, los que no veis un día lo mismo que habéis visto el anterior! ¡No sabéis lo que tenéis con lo que Dios derrama generosamente para la más miserable criatura!... ¡Hombres, hombres, no sabéis siquiera lo que sois, lo que valéis para vosotros mismos! Salgamos, salgamos presto de aquí.

Pesóle á Gonzalo de haber despertado imprudente, con una sola palabra, deseos que no podía satisfacer, y queriendo recoger velas tan ampliamente desplegadas al menor soplo de viento, interrumpió al anciano, el cual, á pesar de todo su entusiasmo, soltaba la voz con harta lentitud, como quien había perdido la costumbre, después de veinte años de casi absoluto silencio.

—La libertad no puedo yo proporcionáros la in-

mediatamente. Seguro estoy, sin embargo, de que pronto la recobraréis. Yo estoy preso como vos; pero he dejado personas en el mundo que se interesan por mi suerte, las cuales no tardarán...

—¡Ay, desdichado!—exclamó el anciano, después de un hondo gemido—. Eso mismo es lo que yo decía las primeras horas, el primer día, los primeros meses, los primeros años de estar aquí; se pasó mucho tiempo antes que yo acertase á desconfiar de los hombres; pero, bien á costa mía, he aprendido á poner sólo mi confianza en aquel que es incapaz de engañar. ¡Infeliz, infeliz de ti, si abrigas semejantes ilusiones! Cada momento que pasa dejará en tu corazón la huella amarga del desengaño; y como los momentos son tantos y pasan con tal rapidez, las huellas serán innumerables, y secarán tu corazón, aunque lo tengas más rico de savia que una planta en primavera, más dulce que un panal de miel.

El paje le miraba entre turbado y compasivo, y viéndole exponer razones al parecer contradictorias, llegó á temer que su juicio no estuviese muy seguro.

—Pues qué, ¿no acabáis de decir?...

—Que el hombre es el mayor tesoro para el hombre—repuso el anciano, que al vuelo había comprendido su pensamiento—. Sí, hijo mío; esa verdad nadie la siente mejor que yo: la soledad completa, castigo es más terrible que la muerte. Si tú fueses un sayón que hubiese venido á degollarme, te habría mirado con cariño, porque eres hombre. Si mi mayor enemigo, si el que me tiene

aquí sepultado viniese á morar conmigo, puede ser que las pasiones me cegasen en los primeros momentos, y que sobre él me lanzase como una fiera para devorarle; pero si de estos brutales ímpetus se salvaba, no dudes tú que vencería el instinto de la naturaleza, que me grita: «Amalo: es un hombre.» Las aguas corren tras de las aguas y el hombre tras de la sociedad. ¿Qué importa que los más puros y cristalinos manantiales, reuniéndose, formen ríos para correr más raudos al Océano y perder su dulzura y suavidad? ¿Qué importa que el hombre, saliendo del modesto rincón de su familia, sepa que el mundo ha de estrujar y retorcer su corazón, y lo ha de alimentar de hieles? Sin que las aguas del mar, ni los desengaños del mundo dejen de ser nunca menos amargos que lo que son, la fuente más pequeña y el hombre más obscuro anhelarán siempre mezclar su linfa pura con las salobres ondas, padecer y morir en compañía de los demás hombres.

—Pues bien—dijo Ramiro con sencillez—; dad gracias á Dios porque os envía un compañero, como yo se las doy por haberlo encontrado.

—Joven—exclamó Bermudo enternecido—, tú crees en Dios, tú lo reconoces en los trabajos; yo, ciego de mí, me desesperé, blasfemé en un principio; tú no serás tan desgraciado como yo he sido.

Y asiéndolo de la mano lo puso delante de la cruz, y permanecieron lde hinojos algún tiempo.

—Lloras, hijo mío, lloras—le dijo el anciano, viendo correr las lágrimas de los ojos de Ramiro—: tú verás, no obstante, que el bálsamo de la

felicidad puede filtrarse aún de las bóvedas de este negro sepulcro.

—¡Oh! Vais haciéndome creer—dijo el pobre paje sollozando—que aquí se ha de pasar el resto de mi vida.

—Tienes razón, amigo mío; tu venida ha sido para mí un consuelo; nuestro espíritu, siempre egoísta, se complace en prolongar la dicha aun á costa de la desdicha ajena. Habla; tú no has entrado aquí con las mismas condiciones que yo; te veo armado, fuertemente armado. ¡Con un cuchillo como ese, con una hacha como esa, cuánto no hubiera podido hacer en veinte años! Habla; tu suerte no puede ser igual á la mía. ¿Quién eres?

—Me llamo Ramiro Pérez de Mellid.

—Pérez de Mellid. ¿Conque eres hijo de Pedro (1) de Mellid el de Santiago? Conozco á tu padre... ¡Ah! ¿Conque eres el fruto de bendición tan ardientemente deseado por el buen hidalgo, que no se conformaba con carecer de un heredero de su nombre y de su escudo? ¡Bravamente suele blandir la lanza! ¡Buen vasallo del Rey don Alfonso VI, cuya vida guarde el cielo muchos años! Pero ¿qué digo, triste de mí? ¿Dónde estará el Rey, dónde los vasallos que yo conocía, dónde los

(1) Sabido es que en aquella época los hijos siempre llevaban patronímico. Pedro Froilaz de Trava quería decir: Pedro, hijo de Froilán, ó Fruela, de la casa de Trava: los hijos de Pedro tomaban el patronímico de Pérez, v. gr., Fernando Pérez de Trava. De esta suerte, por el primer apellido se conocía el nombre del padre. Posteriormente fué aboliéndose esta costumbre, y los apellidos patronímicos que hoy subsisten indican el nombre del principal ascendiente ó progenitor.

hombres de mi tiempo? ¿Quién reina en Castilla? ¿Quién en Santiago? ¿A dónde habéis barrido ya los enemigos de la fe? ¿Siguen los hijos de la cruz haciendo alianzas con la media luna, y los príncipes cristianos despedazándose mutuamente, mientras el musulmán, sentado en muelles cojines, cruzado de brazos, los contempla y se sonríe?

—¡Ah, señor!—contestó Ramiro—. Los hombres, al menos todos los que habéis citado, todos han desaparecido; pero según de vuestras palabras infiero, subsiste el mundo tal como lo habéis dejado.

—Así lo creo, Ramiro; el que observa el piélagos de cierta distancia lo ve siempre igual, lo mismo en calma que irritado. Los hombres son como el raudal con que muele el molino; descienden con rapidez, chocan contra la rueda de los acontecimientos, la mueven y desaparecen; la corriente siempre es distinta, la rueda la misma siempre; los hombres pasan, los sucesos giran. Pero no me cansaría nunca de hablar...

—Ni yo de escucharos toda la vida.

—¡Dios mío! ¡Cuántas cosas tengo que preguntarte! Algunas.. de ellas... ¡Ah!... No me siento con valor para saberlas—murmuró Bermudo—. Hágase tu voluntad, Dios mío... Olvidémoslas, y dime en primer lugar cómo has entrado aquí.

Gonzalo le refirió que, perseguido por Ataulfo en el castillo, halló un refugio en aquella torre, y callando todos los antecedentes de su historia, se extendió en los pormenores de su postrera aventura,

—¿Conque tu generoso arranque, tu noble deseo de salvarme te ha valido el cautiverio? No murmures de Dios, amigo mío; no blasfemes de la divina Providencia. Los que aquí lloran reirán en la otra vida. Ten fe, hijo mío, que si sientes fe, te alegrarás de padecer. Pero ¿tú me conoces? ¿Qué te ha movido á favorecerme?

—Saber que érais desdichado—contestó el paje con sencillez.

—¡Ah!—exclamó el anciano, abrazándolo con ternura—. Ramiro, ¿cómo he de aborrecer á los hombres siendo tú uno de ellos? Tú, como el Niño de doce años á los doctores de la ley, confundes al necio charlatán, que no hace más que hablar, hablar de virtud estérilmente, mientras tú callando la practicas. ¿Quién te ha enseñado esas cosas? ¿Quién ha inclinado tan bien tu corazón?

—El obispo de Santiago, cuyo paje soy.

—¡El obispo! Cuando yo desaparecí del mundo la iglesia de Santiago estaba viuda. Diego Peláez, el último prelado, acababa de salir de un calabozo, donde permaneció casi tantos años como yo (1). Gobernaba un monje de Cerdeña llamado Pedro...

(1) Puede acaso parecer hoy inverosímil un encierro tan largo y riguroso como el que la tradición atribuye á Bermudo; pero el ejemplar citado en el texto y otros muchos de que nos hablan los romances y libros de caballería, que entre paréntesis son las mejores fuentes para empaparse en el espíritu de la Edad Media, hacen el hecho, á nuestro modo de ver, muy admisible. El que esto lea habrá recordado ya la historia del conde de Saldaña, libertado por su hijo Bernardo del Carpio. Quizá tan bárbara costumbre nos vino de los árabes, como indudablemente de ellos nos ha venido la voz *mazmorra*.

—Luego cayó el gobierno—prosiguió el paje— en manos de un seglar, Pedro Vimara, el cual, habiéndose hecho odioso por sus crueldades, fué depuesto, y le sucedió el merino Arias Díaz, seglar también, que con sus rapiñas obscureció la fama del primero. Luego vino Dalmacio.

—¡Cuánta, cuánta mudanza, cuánta desaparición!

—Y luego...—prosiguió Gonzalo.

—¡Todavía más!

—Y luego Diego Gelmirez, mi señor.

—¡Gracias á Dios!—dijo el prisionero—. Cada nombre de ese catálogo era una losa más sobre mi sepulcro. Ese Diego Gelmirez debe ser un mozo de grandes bríos, ciencia y virtud, hijo de Gelmiro, gobernador de Padrón y de todas las tierras entre el Ulla y Tambre.

—Ese don Diego es mi segundo padre.

El buen paje se detuvo encomiando tierna y fervorosamente á su protector, y prosiguió diciendo:

—Me habéis preguntado también quién reina en Castilla; difícil es la respuesta, porque después de la muerte del Rey don Alfonso...

—¡Conque es cierto!—tornó á exclamar Bermudo, que á cada palabra interrumpía al narrador—. ¡Aquel monarca, á cuyo lado he peleado, que me armó caballero!...

—Como también había muerto el príncipe don Sancho...

—¡Ah, no sólo los ancianos, los niños también! Cuasi no me atrevo á tomar en boca el nombre

de una persona querida... tú contestación es igual para todo; la suerte de todas es una misma; grandes, pequeños, queridos, indiferentes, todos yacen en el sepulcro. Sin embargo, prosigue; después de la muerte del Rey Alfonso y del príncipe heredero, quedaba en Castilla una infanta, celebrada ya por su peregrina hermosura, por sus virtudes...

—¿La Reina?—respondió Gonzalo con viveza.

—Con que Urraca de Castilla...

—¡Vive, señor, vive!

—¿Y reina sola, por ventura, en el trono de su padre?

—Sola, sí, señor.

—¿Es decir que no se ha desposado?—preguntó Bermudo, dulcificando un poco la natural aspereza de voz.

—Se ha casado dos veces, y repudiada por su segundo marido, ha conseguido, ó debe conseguir muy presto, la anulación del matrimonio.

Ramiro en sus relatos era breve, sencillo y fiel; pero estas prendas no las consideraba suficientes para dar á conocer los hechos concernientes á ciertas personas, y después de cumplir con el severo deber de historiador, iba á llenar las gratas funciones de panegirista, con tales bríos como si un liceo hubiese propuesto el elogio de doña Urraca por tema de un certamen y el paje contase con bastantes amigos para conseguir el premio.

Pero se quedó agradablemente sorprendido al ver que en este camino le había tomado la delantera el anciano de la mazmorra.

—¡Cómo! ¡Repudiada una Reina de Castilla! ¡Una infanta, que era en mi tiempo dechado de princesas, espejo de las damas!... ¿Quién, quién ha osado afrentarla de tal manera? ¿Qué castellanos hay en Castilla que lo sufren, que no vuelven por el honor de su Reina mancillado?

—Tenéis razón, mucha razón; pero como el marido es un Rey, don Alfonso de Aragón; como el primero que mira impasible la afrenta es el hijo de doña Urraca, habido en el primer matrimonio; como ella está en guerra con su esposo por un lado, con su hijo por el otro, y como en esta confusión de lides y pretensiones el partido más débil es el suyo...

—Esa Urraca no es la Urraca que yo he conocido—dijo con triste y grave acento Bermudo de Moscoso—. ¡Ah! Si es cierto lo que me cuentas, joven, la suerte más desdichada no es la de los que mueren, no es siquiera la de los que viven privados de todas las delicias del mundo.

Y el anciano dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Bastante he sabido ya—añadió después—; ven, Ramiro; tú necesitas descansar y tomar alimento; partiré contigo el negro pan de la cautividad, que yo solía sazonar con lágrimas, cuando no se habían agotado mis ojos.

—Antes de aceptar vuestros ofrecimientos, permitidme, señor, que os pregunte quién sois, cuál es vuestro nombre.

—¡Mi nombre!—contestó el anciano extrañamente conmovido—. ¿Para qué? Yo he muerto hace veinte años... mi nombre ha pasado, ha des-

aparecido, se ha borrado de la memoria de los vivos... ¿Quién tiene la imprudencia, la vanidad de querer resucitar al cabo de veinte años? El padre más querido, el esposo más amado, el hermano, el amigo, serían un estorbo para el hijo, para la esposa, para los hermanos, para los amigos, para todo el mundo. Todos tendrían que avergonzarse delante de él, tendrían que huir de su presencia ó vivir mortificados. Estorbo para sus intereses, estorbo para sus afecciones, estorbo para sus nuevos vínculos y conexiones. Por más que haciéndose cargo de la debilidad, de la flaqueza humana, les perdonara su olvido, su inconstancia, la falta de cumplimiento en todas las promesas; ellos, que no han sido huéspedes de la tumba, escuela de la miseria, donde se aprende á compadecer la miseria, á vivir con la miseria, ellos no podrían comprender el perdón de ese hombre, su grandeza de alma, su sonrisa desdeñosa. No; los muertos no deben resucitar jamás; bien están en el sepulcro.

—Por desgracia no tenéis que salir de él para revelarme quién sois—repuso Gonzalo—; encerrado aquí con vos, debiendo sufrir ambos una misma suerte, es lo mismo que si murmuraseis vuestro nombre delante de otro cadáver.

—Ni aun otro cadáver—dijo con inflexible acento el de Moscoso—. Vienes ahora del mundo y podrías escandalizarte; podrías murmurar de una persona, á quien sólo Dios y yo tenemos derecho de juzgar.

—¡Cómo!

—Basta, basta; no me preguntes más. ¿Qué has visto hoy en el castillo de Altamira?

—Una mujer que ha sido arrastrada á dar su mano al hombre que más detesta; una mujer que, por yo no sé qué causas ó sospechas acerca de su matrimonio, ha querido huir conmigo del alcázar...

—¡Contigo!

—Sí, conmigo, que por verla, por libertarla he venido de Santiago.

—¿Conque esa mujer está ya casada con Ataulfo? ¿Y no te figuras tú, ó no sabes, por mejor decir, pues tan decidido protector suyo te muestras, no sabes qué linaje de sospechas tiene ella acerca de su matrimonio?

—Yo nada sé—dijo el mancebo estremeciéndose—; figúrome que las sospechas han de caer acerca del parentesco de afinidad de los cónyuges; porque como estuvo casada con don Bermudo de Moscoso...

—¡Has pronunciado ese nombre con cierta conmoción!...—advirtió el anciano.

—¡Ah! Tengo mis motivos.

—¡Tus motivos! ¿Qué tienes tú que ver con Elvira de Trava para protegerla, y con Bermudo de Moscoso para turbarte?

—Quiero ser reservado con quien de mí se reserva.

—Sin embargo... tú no eres deudo de ninguna de las dos familias.

—La de Mellid es muy inferior á entrambas—dijo Gonzalo con orgullo absolutamente inexplicable.

—¿Cuántos años tienes? Creo que la reserva no llegará al extremo de que lo calles.

—No, no, señor; he venido al mundo en el mismo año en que vos habéis desaparecido de él—respondió el paje reprimiendo su turbación.

—Yo tuve un hijo de tu misma edad—añadió Bermudo enjugándose una lágrima.

—¿Y se llamaba?

—Gonzalo.

—¡Ah!

—¿Qué tienes?

—No es nada—dijo Ramiro mordiéndose los labios casi hasta el punto de hacerse sangre—: tengo así como ganas de llorar; pero luego se me pasará... ¿Y qué ha hecho Dios de vuestro hijo?

—Mi carcelero me manifestó ha mucho tiempo que era muerto.

—¡Dichoso de él!

—¿Por qué?...

—Antes habéis dicho con razón: «Los que mueren no son los más desdichados.» Figuraos que yo no he conocido á mi padre, y que á la vuelta de una larga peregrinación me dicen: «Ha muerto tu madre; pero al expirar ha declarado al confesor que tú no eras hijo suyo; que te halló desnudo, abandonado en una peña, y no puede dar razón alguna de ti.»

—De manera que tú, pobre mozo, te has visto en el mundo sin arrimo, sin amparo, sin nombre?

—Hasta hoy, hasta hoy que he conocido á mi verdadera madre y la he dado un abrazo... ¡Ay! ¡El primero y el último!

Y el paje pronunció estas palabras con tan débil acento como si fuese á expirar.

Bermudo acudió á sostenerle.

—Sosiégate, sosiégate, Ramiro; no te acongojes, no te apures así. ¡Oh! ¡Pierdes el color!... ¡Ven aquí, ven! Ponte ahí, al lado del arroyo por donde corre un poco de aire... ¡Tanto hablar, tanto hablar! ¡Tantas emociones!

Pero el anciano tuvo que soltarle porque temblaba todo de pies á cabeza.

—¿Y vos? ¿Qué tenéis? Sentís sin duda verme padecer... hallo en vuestros ojos una novedad... ¡Si apenas podéis sosteneros!

—¡Ca! Yo estoy firme, sereno... se... re... no—repetía Bermudo con labio balbuciente—; yo soy feliz contigo.

—Yo también con vos.

—Acuéstate en mi lecho, Ramiro. Sosiégate, por Dios; aquí vas á enfermar con semejantes alternativas y agitaciones, que son capaces de trastornar á un bronce; hoy has encontrado á tu madre, hoy la has perdido; hoy has estado á pique de perecer, hoy te has salvado; hoy eras libre, hoy cautivo... Y luego esta atmósfera húmeda, insalubre... Eso, eso, no es otra cosa.

—¿Y vos?

—Por mí no te apures; aquí cerca de ti... detrás de aquel pilar descansaré también un rato. Vamos, no puedo verte padecer... Me retiro.

—¡Adiós!—exclamó el paje con el tono de una persona que desea hallarse libre de un importuno, y pareciéndole demasiada dureza, añadió como

arrepentido:—Pero... antes de dejarme, ¿no me diréis vuestro nombre?

—No; después que te tranquilices y descanses.

—Descansad vos igualmente, que tenemos muchas cosas que decirnos.

Ramiro se quedó cerca del lecho de paja; pero en vez de tenderse en él, hincóse de rodillas delante de la cruz, y comenzó á llorar á rienda suelta.

Había conocido á su padre; no le quedaba duda ninguna de que aquel anciano era Bermudo de Moscoso; pero viéndole tan débil, no quería lanzarse tan pronto á sus brazos, por temor de que la impresión de gozo que aquel arranque debía causarle, fuese funesta para la salud. Reprimióse cuanto pudo, y la misma violencia que se hizo le habría costado cara, si ahora, sin testigos, no desahogase el corazón del llanto y las congojas que le oprimían.

El anciano no tenía la misma certidumbre acerca de los vínculos que le unían con su compañero; sus sospechas, sin embargo, eran tan vivas que sólo necesitaban de una palabra, de una pequeña circunstancia para convertirse en evidencia. Pidióle á Dios, con igual fervor y ternura que Gonzalo, que les diese fortaleza en aquel trance, y así permaneció largo rato, mientras oía los sollozos que resonaban detrás de sí.

Pero cuando el habitual silencio de la mazmorra volvió á tender por todos los ángulos su grueso manto que apaga todos los sonidos, se levantó el cautivo, y con las mayores precauciones, para no turbar el sueño de Ramiro, se encaminó á su

lecho con ánimo de contemplar aquella noble faz, no ya con ojos de hombre, sino con ojos de padre.

El hijo no dormía; segunda vez había logrado sofocar sus sollozos para no alarmar al anciano; reclinóse en la grosera cama creyendo burlar piadosamente su vigilancia, si acaso era observado como presumía. Mas apenas lo juzgó satisfecho retirado y dormido, se levantó también, se dirigió hacia él, y entrambos se encontraron en el camino.

El paje entonces no pudo contenerse, en vista de aquella providencial coincidencia de ideas y sentimientos.

—¡Don Bermudo! ¡Padre mío!—exclamó corriendo desalado á los brazos del venerable anciano.

—¡Hijo mío Gonzalo!—gritó el cautivo con un acento de gozo, cual nunca había resonado en aquella mazmorra.





CAPITULO VIII

QUE NO DEBEMOS FIARNOS DEL AGUA MANSA

LA historia de Bermudo Ordóñez de Moscoso en gran parte es conocida del lector: pasaremos, pues, rápidamente por el terreno trillado, si en escritos tan humildes es lícito valernos de las altas frases parlamentarias, para llegar presto al campo virgen de los nuevos acontecimientos.

El primogénito de Altamira, con sus naturales prendas de todos reconocidas, con su gran fortuna en la corte y en las lides, tuvo la desgracia de excitar la envidia de Ataulfo, predispuesto á tan ruin pasión por el insensato y ciego cariño de su padre, y funesta educación que recibió desde los primeros años.

—Dejadme—solía decir el viejo Ordoño á los que le argüían con la injusticia y fatales consecuencias de aquella predilección—; dejadme, todo debe estar compensado en el mundo; herede el primogénito los bienes y la gloria de sus antepasados; este infeliz—prosegua con ternura, imprimiendo un beso en las flacas y macilentas mejillas

de Ataulfo—, éste debe consolarse con los mimos y caricias de su padre.

El Benjamín de los Moscosos, sin embargo, como regularmente sucede, lejos de creerse equilibrado con el hermano mayor, aprendió muy presto á codiciar lo que no tenía, para despreciar lo que tan fácil y generosamente le daban. La envidia es una pasión estéril; á los triunfos, al renombre, á las conquistas con que el hermano mayor acrecentaba su fortuna, el menor tan sólo oponía el ceño, el odio, la tristeza que le roía el corazón.

Cuando el ambicioso Ordoño llegó á persuadirse de que Bermudo podía enlazarse con la infanta de Castilla, admitiéndole al goce del cariño paternal, y el hijo menor se vió privado hasta de la única compensación de su miserable suerte. No importa que poseyendo todo entero ese amor lo desdeñase, para suspirarlo ahora, y reclamarlo como un derecho precioso y exclusivo, cuando los demás participaban de él.

El odio llegó á su colmo al ver Ataulfo que el primogénito amaba á la mujer en quien él había puesto los ojos, y á quien idolatró desde entonces sólo por haber sido del otro requerida. Nunca pensó en elevar á la bastarda al tálamo nupcial, pero ya ningún otro pensamiento le ocupaba. Declaróselo á Elvira, como quien, deseando terminar de un golpe la vacilación de aquella competencia, descarga en la balanza un peso irresistible. Júzguese de su sorpresa, de su furia, de su desesperación, cuando la de Trava le confió su casamiento

secreto con Bermudo; allí, allí mismo, delante de Elvira, aunque en el fondo de su corazón, juró la ruina de aquel su eterno antagonista, su rival siempre favorecido.

Pero oigamos ahora al primogénito de Altamira la relación que de sus desventuras estaba haciendo en la mazmorra, sentado á par de Gonzalo, algunas horas después de haberle reconocido.

—Disimuló, sin embargo—decía—, y nunca se mostró conmigo más fino y amable que después de aquella revelación. Yo, que al principio sentí en el alma la imprudencia de tu madre, la felicitaba de ella por sus buenos resultados. Mi alucinación fué completa cuando le vi casado poco después con una de las principales y más ricas damas de Galicia; llegué á confiarle el secreto de tu existencia, que él había adivinado ya en la alegría que rebosaba mi semblante, y me aconsejó que todo se lo descubriese á nuestro padre. Quizá llevaba la intención de que el anciano, que se hallaba al borde del sepulcro, cada vez más empeñado en que yo correspondiese á los amores de la infanta doña Urraca, viéndose lastimosamente engañado me desheredase; quizá su satisfacción provenía de poseer aquella arma que discretamente manejada podía serme fatal.

Pero si tales fueron sus cálculos, saliéronle muy fallidos. Mi padre, en las postrimerías de su vida, asustado tal vez de su propia obra, llegó á temer las consecuencias del carácter de Ataulfo, y trataba de contener sus feroces instintos, pronosticándole una muerte cierta en el mismo día en que se

hiciese reo de homicidio; este era su pensamiento de todas horas; esta su pesadilla, su preocupación; esta, en una palabra, su manía. En la debilidad de su cerebro no podía admitir ninguna otra idea; descubrióle, por fin, el hijo predilecto mi casamiento, y recibió la noticia con indiferencia; no le hizo absolutamente impresión alguna, ni buena ni mala.

—Ataulfo—le contestó—; ya sabes que siempre te he querido más que á él; por lo mismo te encargo que á no ser por causa justa á nadie des muerte, porque aquel mismo día bajarás á la tumba.

He aquí todo lo que pudo sacar del ya casi moribundo anciano; no eran éstas por cierto las maldiciones, la desheredación que mi hermano esperaba. Guardóse bien de comunicarme el éxito de las gestiones practicadas con mi padre; antes bien afectó participar de mis temores de que semejante nueva abreviase el término de su existencia. Entretanto, como el honor de tu madre exigiese separarte de ella, mientras el matrimonio no se hacía público, te llevé á criar á una aldea de Noya; parecióme que por pobre la despreciarían los piratas normandos que entonces solían talar nuestras costas, sorprendiendo bruscamente las villas y castillos desapercibidos. Desembarcaron á la sazón, y su insolencia llegó á tal punto, que, según noticias que tuvimos, se internaban con ánimo de asaltar este castillo. Díjome Ataulfo que debíamos recorrer el edificio, á fin de prevenirnos para el ataque; y aunque mi intención no era de esperar

á los piratas, sino de salir á recibirlos para escarmentarlos de una vez, me pareció prudente hacer esa inspección para calcular cuánta gente debía quedar dentro, mientras con el resto disponible salíamos al encuentro de los merodeadores.

Como él había residido en Altamira mucho más tiempo que yo, que casi toda mi vida seguí las banderas del Rey de Castilla; como en su tiempo y por su dirección se habían hecho grandes obras en la fortaleza, él me sirvió de guía y me trajo á esta mazmorra, de la que no he vuelto á salir.

Mientras andaba yo recorriendo con él los subterráneos, donde nuestros antepasados solían encerrar los cautivos, aquel desgraciado, que aparentemente había dado treguas á sus odios para mejor preparar su venganza, pudo escurrírseme sin ser notado, dejándome esa misma lámpara que nos alumbraba. Creí al pronto que se habría detenido en alguno de esos pilares, y le llamé suavemente y sin inquietud; pero como no respondiese, sospeché que podría haberle dado algún mal, con tanto más fundamento, cuanto que poco antes había notado la palidez de su rostro, el temblor de sus labios y de su acento. Registré con el mayor cuidado estas bóvedas, y no encontrándole, todavía creí que se habría retirado enfermo en busca de mejor aire que el que aquí se respiraba; acudo á la puerta y la encuentro cerrada; ni aun entonces pude sospechar el crimen que se estaba perpetrando, á pesar de que los saltos del corazón ya me presagiaban alguna desgracia. Yo creo que semejante incredulidad era efecto del embotamiento

de mis sentidos y confusión de mi cabeza. Permanecí delante de la puerta, como aturdido, hasta que, no pudiendo sostenerme de pie, arrimado á un poste, me tendí en el suelo, y sin poder remediarlo quedé dormido en medio de las imágenes queridas de mi mujer, de mi hijo, de mi padre y hermano, que revolaban en torno de mí, sin que ninguna de ellas me produjese una impresión desagradable.

Al despertarme creí que entonces era cuando principiaba á soñar; me acosté con armas, estaba sin ellas; nada dejé á mi lado, sino las arenas del pavimento, y hallé un cántaro de barro, algunos panes y haces de paja. Todo aquello que yo veía y palpaba era necesario para que pusiese en duda la sinceridad de la reconciliación de mi hermano, y tantos y tantos años pasados bajo estas bóvedas impenetrables, para persuadirme de su negra perfidia, de la dureza de su corazón.

—Pues el infame—Gonzalo dijo á la sazón, aprovechando la pausa que hizo aquí el anciano—; el infame tuvo arte para ocultar á todo el mundo su iniquidad. Cien rumores habrán llegado de niño á mis oídos acerca de vuestra supuesta muerte; pero el que corría por más autorizado era que aquella misma noche salisteis armado de vuestro más precioso arnés, en compañía de Ataúlfo, á recibir á los normandos. Como brillaba vuestra armadura más que ninguna otra, los piratas cargaron sobre vos y os hicieron prisionero.

—¡A mí! ¡A mí prisionero unos salteadores de caminos!—exclamó Bermudo con el acento y el

orgullo de su juventud—. ¡Y se ha dado crédito á tan absurda fábula!

—Por eso añadían otros que los normandos os cogieron muerto y se retiraron á sus barcos con vuestro cadáver, y dando á entender que erais vivo, pidieron por vos un gran rescate, que se negó á pagar Ataulfo; dicen unos, por tener noticia de la superchería de los piratas, y según otros, porque le tenía mejor cuenta que os tirasen al mar, como lo hicieron.

—Ataulfo, sin duda para llevar adelante sus inicuos planes, hizo vestir mi armadura á uno de sus criados, cómplice suyo que, como siempre sucede, fué la primera víctima. ¿Pero el soldado se distingue acaso por sus arreos? ¿Es posible que Bermudo de Moscoso, vencedor en cien combates, fuese sustituido por el primer bribón que se disfrazó con sus armas?

—Por eso dicen que Ataulfo no se apartaba de vuestro lado.

—¿Y Pelayo, mi fiel escudero, que tantas veces me había visto pelear contra los infieles?...

—¡Pelayo!—exclamó Ramiro—. ¡Oh! Ese es el único que debió conocer el engaño. Me lo da el corazón. ¡Por eso el bárbaro le arrancó la lengua; por eso anda mudo, para que nunca pueda dar testimonio contra Ataulfo! Mas... ¡oh, Providencia!... El obispo de Santiago, que me criaba para la Iglesia, me enseñó á escribir en la escuela de los canónigos; yo, vecino de Pelayo, le fuí transmitiendo una por una mis lecciones, y él, á pesar de ser mendigo y villano, aprendió el arte con el mayor

afán, con ánimo sin duda de vengaros algún día, publicando su secreto.

—¿De qué servirá?—repuso tristemente el legítimo señor de Altamira—. Esta prisión comienza á serme tan insoportable como en los primeros tiempos de mi cautiverio; entonces yo me desesperaba, prorrumpía en gritos frenéticos, llamaba á mi mujer, á mi hijo, á mis deudos y amigos; levantaba mi frente contra Dios, con la soberbia de Satanás, hasta que al fin ese Dios, de quien blasfemaba, se compadeció de mí, puso en mis ojos lágrimas, suspiros en mi pecho, oraciones en mis labios, arrepentimiento en mi corazón; ofrecí al Señor todos mis dolores en satisfacción de todas mis culpas, y tal horror tuve de ellas, que las privaciones que sufría me parecieron pocas, y voluntariamente las aumentaba. Entonces, hijo mío, sentí consuelos que nunca había tenido, probé dulzores que jamás había saboreado; la religión convirtió para mí este infierno en paraíso; mas ahora, cuando veo á un hijo participar de mi suerte, cada instante que aquí pasa me parece un siglo; cada privación que sientes un tormento más cruel que todos los que he pasado; cada latido de tu inquieto corazón es una puñalada para el mío.

—No os apuréis, padre; Dios me dará conformidad como á vos.

—¡Y hasta entonces!...—exclamó el anciano— ¡No sabes tú qué cosa tan terrible es estar tantos años privado de libertad! ¡No sabes cuán vehementes son los deseos de gozar de aquellas cosas que, por sencillas y comunes, nadie repara en

ellas! ¡No sabes lo que es recibir el alimento de manos de tu verdugo, cuyo olvido, cuyo capricho, cuyo abandono, te exponen á morir de hambre á cada momento! No sabes tú... ¡Más quisiera no haberte visto, que conocerte para saber que vas á sufrir la mitad de lo que yo he sufrido!

—¿Pero en tantos años no habéis hecho alguna tentativa para escapar de aquí? ¿No habéis podido sorprender al carcelero cuando viene á traeros alimento?

—Siempre me lo arroja por ahí arriba—respondió Bermudo—; por esa trampa que ves en la clave de la bóveda.

—Allí observo también una pequeña claraboya, que aunque muy alta...

—Tiene dieciocho pies de ancho la pared en que está abierta, y seis robustas rejas de hierro, de vara en vara; cae á un tránsito de esta misma torre, la cual, como tú sabes, comunica con el patio del alcázar y las habitaciones de Ataulfo.

Gonzalo, que miraba á todos lados en busca de salida, insistió todavía.

—Pero este agua, que se filtra sin duda de los fosos, tendrá algún conducto para huirse de aquí.

—Sí, hijo mío, y si ese conducto se cierra, y al mismo tiempo se levanta la compuerta que sirve para desaguar los fosos, toda el agua entra aquí, inúndase esta mazmorra, y los pobres cautivos tienen que perecer ahogados.

—¡Oh!

—Por eso—continuó el señor de Altamira—, por eso me fijé siempre en abrirme camino por

esa parte, siguiendo la corriente del arroyuelo y ensanchando el canal. Allí estaba mi mayor peligro y allí mi salvación. Si el conducto se cerraba, el agua iría cayendo, cayendo de los fosos y deteniéndose aquí y llenando poco á poco el subterráneo; si lograba, á fuerza de paciencia, ensanchar el desagadero, de manera que por él cupiese mi cuerpo, puesto que, arrastrado como una culebra, lograría salir, no al tránsito de la torre, no al patio del alcázar, sino al campo, al aire libre...

—Sí, sí—exclamó Gonzalo—; á una de las vertientes de la colina, á una roca casi oculta entre zarzas y maleza.

—Justamente. Pero ¿cómo has caído tú en la cuenta?

—Ayer me detuve en ese mismo sitio; estando en él recibí la carta de la Reina; en él dejé á Pelayo, con harta precipitación, lo confieso, y me llamó la atención que el agua brotase turbia, cuando en los fosos parece tan mansa y cristalina.

—¡Turbia! —dijo Bermudo con inquietud—. Pues yo procuro siempre no alterarla, para que nadie infiera que estoy trabajando en el canal. Me descuidé sin duda.

—¡Ah! ¡Conque erais vos, padre mío, que estabais á pocas varas de mí!

—¡A pocas varas! Eres joven y la menor palabra es una especie de esperanza que brota en tu corazón. Lo que sé decirte es que ha cerca de veinte años que no ceso de trabajar; que aun en los tiempos de mi mayor resignación á la volun-

tad de Dios, he empleado muchas horas todos los días en esa ocupación; porque el Señor nos ha impuesto el deber de hacer los mayores esfuerzos para la conservación de la vida, y sin embargo...

—¿Qué?

—He taladrado veinte pies de cimiento.

—¡Cielos!—exclamó el paje con júbilo.

—No, no te alegres hijo mío, porque aunque después he abierto veinte varas más de terreno arcilloso y fuerte...

—¡Veinte varas!

—He tropezado, al fin—dijo el anciano con desesperación—; he tropezado con una roca de granito, para romper la cual se necesitan acaso otros veinte años de paciencia y de continuo trabajo.

—¡Oh!

—Ven, ven, Gonzalo—añadió Bermudo asiéndolo del brazo y llevándolo por la negra margen del canal—; verás de lo que es capaz la constancia del hombre.

El arroyuelo, después de atravesar á lo largo toda la mazmorra, sepultábase en una pared de sillería por un agujero de cuatro pulgadas de diámetro.

—Yo no veo—dijo el mancebo—que por aquí pueda caber el brazo de una persona robusta, cuanto más el cuerpo, de un hombre que tiene que revolverse para trabajar.

—¿Tú no ves, eh?—respondió el preso sonriéndose con esa satisfacción tan propia del que está seguro del efecto que han de producir sus palabras—. Sin embargo, repara en esa piedra de me-

dia vara en cuadro que está á la derecha, tocando al desaguadero.

—Efectivamente, observándola despacio se ve que está removida, que ha perdido la mezcla en todas sus junturas.

—Mira—dijo el anciano, y metiendo las uñas en ambos costados arrancó de cuajo aquel sillar, que era una tapa de piedra de dos pulgadas de grueso. Antes no era así; tenía lo menos dos pies de profundidad; pero yo principié por arrancar una barra de hierro, en cuyo trabajo invertí un año y quince días; con la barra hice una especie de pico ó palanqueta, y en sacar esta piedra, aislándola primero de las demás, gasté cinco años y medio.

—¡Dios mío!—exclamó Gonzalo asombrado.

--La obra avanzó luego prodigiosamente—prosiguió Bermudo, que gozaba con el asombro de su hijo—; tras de sillares, ripio y argamasa; todas las cosas de los hombres se distinguen por ser siempre en apariencia más sólidas, más bellas que en realidad; al contrario de la naturaleza, que oculta en sus entrañas los metales más preciosos, y tras de rudas cortezas los frutos más delicados. Asómate ahí: verás que la mina es cada vez más espaciosa, de tal manera, que dentro puedo estar por de pronto en cuclillas y más adelante derecho; con todo, el horadar esos dieciocho pies restantes me llevó cosa de seis años, y eso por haberseme desgastado la barra de hierro y tener que valerme de palancas de madera y de mis uñas.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!

—Cuando llegué á la arcilla, siempre, por supuesto, siguiendo la corriente del agua, me tuve por dichoso; á pesar de su dureza fuí escavando y abriendo una especie de galería, en la cual ya cabe un hombre de pie. Figúrate lo que adelantaría acostumbrado á remover arena por arena las piedras de granito. Miné, como te dije, hasta veinte varas; ya veía yo por el conducto del arroyo la luz á cuatro varas de distancia, recibía la corriente de aire, y con esto solo me tenía por dichoso; ¡cuatro varas para quien llevaba veintiséis abiertas! La proximidad del logro de mis deseos alimentaba mi ardor en el trabajo; pero me encuentro con un peñasco duro como el pedernal, y sin herramientas, sin un pedazo de hierro siquiera, anciano y sin fuerzas, y acabé de convencerme de que no era la voluntad de Dios que yo saliese nunca de este sitio.

—Tanto trabajo perdido es capaz de desesperar al hombre de más paciencia—dijo el mancebo moviendo tristemente la cabeza.

—¡Trabajo perdido!—contestó el padre—. No, reflexiona bien, y verás que acaso debo la vida á semejante ocupación. Ella me ha distraído de mis pesares; ha hecho que con la fatiga mi sueño fuese profundo y sosegado; que mis miembros no se entumeciesen por falta de ejercicio; me ha obligado á permanecer muchas horas en el paraje donde se respiraba un aire saludable... ¡Oh! No sabes tú, hijo mío, los bienes que produce el trabajo cuando se toma como una obligación, que pesa sobre todos los hombres, y que á un mismo tiem-

po nos corrige, contiene y perfecciona. El trabajo y la oración son dos corazas en las cuales se quiebran los dardos más agudos de la desgracia.

—¿Y habéis abandonado del todo vuestra empresa?—preguntó Gonzalo, inquieto acerca de su suerte y de la de su padre.

—Estos días pasados, cuando Ataulfo me anunció que iba á consumir su venganza, haciéndose dueño de mi propia mujer, renováronse en mi corazón las antiguas llagas; creí volverme loco de pesar, y con más ardor que nunca acudí á la fuente de toda consolación, á Dios en el cielo y al trabajo en la tierra; oré y me fatigué golpeando en la roca...

—¿Y qué conseguisteis?

—Conseguí todo lo que apetecía: dormirme profundamente al cabo de tres días de desvelo, y soñar que iba á dejar luego esta morada.

—¿Cómo?

—Ya te lo dije, por mano del verdugo.

—¡Oh!—repuso el paje con un gesto que quería decir no es eso lo que yo preguntaba—. ¿Y en la roca—prosiguió—no hicisteis mella, no adelantasteis nada?

—Nada.

—Bien es verdad—continuó Ramiro, como hablando consigo mismo—que no tenfais herramienta alguna; pero yo traigo un cuchillo, y además el hacha que Martín, el sayón, desde el umbral de la puerta se dejó caer con el susto.

—Mucho podría haber adelantado yo con semejantes instrumentos—respondió el anciano—; ¿pero

qué sirven para horadar un peñasco? Me aterra calcular el tiempo que se necesita para esta empresa, en el cual has de estar expuesto á morir de hambre, si Ataulfo no se digna arrojarnos el alimento, y á morir ahogado, si ese conducto se cierra y las aguas del foso se precipitan en esta caverna.

—¿Pero en lugar de seguir la dirección del desagadero, empeñándoos en taladrar la roca, no habéis pensado en cavar hacia arriba, buscando la superficie de la colina?

Bermudo quedó pensativo y dijo después:

—Tienes razón; yo no recuerdo fijamente qué altura hay desde ahí á la faz de la tierra; pero de todas maneras, bueno será tentarlo, y trabajando los dos...

—Entremos, padre, entremos á ver.

—Sígueme, hijo mío. Al principio tienes que agacharte; pero después ya podrás andar más desembarazado. Ven, que este es el sitio de mi predilección; por aquí llego á percibir la luz; es débil, tenue; ¡pero si vieras cómo me consuela y me regala! Cuando penetra un rayo horizontal desde el oriente, no por reflejos, sino directamente, puro, brillante, encendido, ¡si vieras cómo lo acaricio, cómo me deleito y extasio contemplándolo! ¡Oh! ¿Comienzas á ver algún vislumbre?

—Yo no —contestó Gonzalo, que ya se había introducido en la galería.

—Sin duda será de noche, porque yo nada columbro tampoco. ¡Cuán presto se ha pasado este día! Alarga la mano y coge la luz; ten cuidado de

que el viento no la apague, que aquí suele correr muy fuerte.

—Ahora parece que todo está en calma, porque la llama ni siquiera oscila.

El anciano tornó el rostro para ver el pábilo, y murmuró turbado:

—¡Es particular! ¡Pocas veces me ha sucedido otro tanto!

—¡Padre!—exclamó el mozo asustado—. Si nos habrán cerrado el conducto por donde sale el agua de la mazmorra.

—Cerrado está, no hay duda—contestó Bermudo—, porque el agua se va deteniendo. Pero el conducto se ha podido obstruir casualmente y es muy fácil limpiarlo, ahora sobre todo, que es tan corto. Dame tu espada: con ella removeré cualquier obstáculo que se haya interpuesto en el pequeño canal que hay desde aquí á la salida del agua.

Arremangóse Bermudo, y tendido en el suelo metió la espada y casi todo el brazo por el caño; bien pronto tropezó con la punta en un cuerpo duro. Por más golpes que dió, por más esfuerzos que hizo, no consiguió abrir paso al agua detenida. Levantóse fatigado y dijo después:

—Hijo mío, vamos á dar gracias á Dios porque nos permite morir abrazados.

—¡Cómo!—exclamó Gonzalo despavorido.

—Ataulfo no encuentra un solo viviente que quiera ser nuestro verdugo, y encomienda este oficio á los seres inanimados, al agua del foso, que hasta ahora me ha servido de sustento.

En efecto, el *Terrible*, que no ignoraba el gran partido que podía sacar para su venganza de aquella disposición del subterráneo, había mandado cerrar á cal y canto el desagadero, y después de presenciar esta operación, hecha muy á satisfacción suya, subió al castillo para dar orden de levantar las compuertas, con lo cual toda el agua depositada en los fosos se sumía en la mazmorra.

Pero estimulado de la pasión que por Elvira había concebido, se dirigió al aposento en que la tenía encerrada con guardas de toda confianza, y en donde había procurado que de nada hubiese menester, excepto de compañía y libertad.

Entró muy demudado de como lo hemos solido ver en otras ocasiones, con la mirada más lánguida que altanera, con aire más abatido que terrible, y la voz más triste que imperiosa y bronca.

—¡Elvira!—exclamó—. Pero ante todas cosas no huyas de mí como la oveja de la presencia del lobo; no acaricies el puño de ese cuchillo, que hartas puñaladas me das con tus miradas y razones. Elvira, conozco que soy un monstruo insupportable á los ojos de Dios y de los hombres; pero tú debes tener compasión de mí, porque te amo como jamás ha sido mujer amada de caballero; he perpetrado crímenes atroces, cuya enormidad no he comprendido hasta que te he tenido á mi lado; pero todos tienen un mismo origen: el amor que me has inspirado. ¡Elvira! Por uno solo de tus cabellos daría la vida; con una sola de tus miradas apacibles me volvería loco, loco rematado. ¿Quieres verme, Elvira, arrepentido de mis pecados,

vestir cilicio, arrastrar cadenas de hierro y sustentarme de yerbas y raíces del campo? Pues dime que así podrás mirarme compasiva, que así podrás amarme, siquiera como me amabas antes de conocer á Bermudo.

—Calla, impío—replicó la bastarda—; tú no tienes derecho ni para tomar en tus labios ese nombre. Calla, no me recuerdes la falta que por mi excesiva docilidad he cometido: la de darte derecho con mi sumisión para que creyeses que te amaba...

—Sí, tú me amabas, Elvira, tú me amabas, entonces que apenas tenías quince años, capullo que abrías tus hojas perfumadas; tú me amabas; yo fui quien te hizo sentir el primero el fuego, entonces ¡ay! suave, dulce y regalado del amor; no me lo niegues, por Dios, no me arrebatas esa ilusión, único sople de vida que me queda.

—No, vergüenza tendría de mí misma si hubiese sido capaz de corresponderte un solo instante. Yo he sido esclava, no hermana del conde de Trava; te vió prendado de mí, me mandó no rechazarte con desdén, y no te desdeñé; pero ni antes ni ahora tuviste cabida en mi corazón.

—Pero ¿y si mi hermano te hubiese ordenado casarte conmigo?

Elvira calló y bajó los ojos.

—¡Oh! Te hubieras casado como ahora, y como eres buena y virtuosa, y como yo entonces no estaba gangrenado por los crímenes que ahora me corroen el corazón, habrías sido mía, mi esposa fiel; me habrías amado... ¡oh!... ¿Y quieres que no

deteste al hombre que, henchido de riquezas, soberbio con su poderío, ufano con su valimiento, vino á robar al pobre, al menguado, al desvalido Ataulfo, la única porcioncilla de ventura que le había tocado; él, que lo tenía todo, oro, vasallos, castillos, amores, amores de princesas, fama?...

—Sí, todo lo tenía, porque nada solicitaba; pero tú, que lo querías todo para ti; tú, que cuanto en los demás veías al punto lo codiciabas; tú, incapaz de apreciar las cosas por sí hasta que las apreciaban los otros, tú debías verte privado de todo.

—Calla, Elvira, calla por Dios—exclamó el *Terrible*, que exhaló un gemido al sentir que le tocaban en la más profunda llaga de su ánima ulcerada—. Pues ¿ves ese hombre tan aborrecido? ¿Le ves encerrado en una mazmorra, privado hace veinte años de libertad? Di una sola palabra, di que me amas otra vez; no, que me amabas al desposarte conmigo; di esto sólo y antes de una hora lo tendrás aquí, en tus brazos, dueño de este castillo, al lado de su hijo, y yo me habré retirado á un monasterio, raído el cabello, cubierta la frente de ceniza, pero conservando eternamente en mi corazón los dulzores de una sola palabra de amor.

—Apártate de mí, insensato. Casi me causan lástima tus desvaríos.

—Elvira—dijo el ricohombre—, ó eres dueña de este castillo con tu esposo y tu hijo, ó tú misma ves morir al primero y á la bruja Gontroda, que con él está encerrada.

—¡Ah!

—Con sólo levantar una compuerta de hierro,

que puedes ver desde la reja, toda el agua se sumerge en menos de una hora en el subterráneo.

—¡Ataulfo!...

—No hay remedio: ó me salvas con Bermudo, ó con él pereceremos todos.

—¡Todos! No, márame á mí, que soy la única culpable; á mí, que te amé...

—¿Me amaste?

—Sí, lo que tú quieras, que te amé, que te olvidé...

—Y que vuelves á amarme. Dilo así, y arrójate en mis brazos...

—¡Ah! ¡No, no! ¡Mentira, mentira delante de Dios!

—Sin embargo, Elvira, reflexiónalo bien; yo no te exijo más; será una puerilidad, será una locura; pero toda mi venganza se reduce á poder decir: «Se ha casado conmigo porque ignoraba que su primer marido hubiese muerto; pero me amaba antes de saber la verdad, y si él no hubiera aparecido, quizá, quizá me amaría...»

—¡Nunca! ¡Jamás!

—Hasta mañana, Elvira; si mañana no has mudado de parecer, tú verás alzarse la compuerta, y por ella precipitarse las aguas en la mazmorra.



LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

QUE GUTIERRE FERNÁNDEZ DE CASTRO ERA MUY DURO
DE PELAR

MIENTRAS en Altamira se verificaban semejantes acontecimientos, en la ciudad de Santiago pasaban otros, de los cuales debemos informar al lector que ha tenido aguante para seguirnos hasta aquí.

Recordará nuestro amigo, pues amigo es siempre del narrador cualquiera que por tanto tiempo le escucha, y en un largo viaje le acompaña y sufre sus impertinencias, recordará, sin duda, y si no se lo repetimos para que lo recuerde, que doña Urraca, viéndose cautiva, á su parecer, en Compostela, tomó la resolución de llamar en su auxilio al conde de Lara y á Gutierre Fernández de Castro, dos de sus más poderosos y constantes partidarios, los cuales, no por defender una misma causa, solían andar entre sí muy bien avenidos.

El conde de los Notarios estaba sumamente resentido con la Reina después de las escenas del alcázar de Lugo; no podía sufrir tantas y tan públicas debilidades, como él las llamaba con áspera franqueza, y condenaba sobre todo la traslación de la corte, llevada á cabo sin su consentimiento y de una manera furtiva, claro indicio, en su entender, de que envolvía ocultos y vergonzosos fines. Por otra parte, como todo cuando él podía prometerse, arreglados los asuntos de la corte, era que don Pedro González de Lara siguiese en preponderancia y valimiento con la Princesa, harto de desengaños, meditaba á sus solas alguna grave resolución.

Fué el primero, sin embargo, en acudir con su mesnada ó compañía de vasallos armados al llamamiento de la Reina, para sacarla de manos del obispo; pero llegó á Santiago precisamente cuando ésta acababa de reconciliarse con Diego Gelmirez.

Estaba aguardando Urraca la vuelta del mendigo encargado de advertir á Ramiro el peligro que corría en Altamira, y de poner en sus manos la carta donde muy por extenso le informaba de su ilustre nacimiento, y en la completa incertidumbre acerca del éxito de tan importante y delicada comisión, poco dispuesta debía hallarse para recibir á su adusto ministro.

Era imposible, sin embargo, evitar su visita: semejante desaire hubiera parecido el colmo de la ingratitud: harto desairado tenía que tornarse de todas maneras el de Castro, cuando la Reina, á

vuelta de mil disculpas y artificios, le hiciese comprender que el socorro, tan apretadamente pedido y tan prontamente otorgado, era ya enteramente inútil. Vióle entrar grave y severo, como de costumbre, completamente armado con escudo de roeles al pecho, y procuró serenar su semblante, buscando un medio entre la dignidad de mujer ofendida y la sonrisa de Reina desagraviada y satisfecha.

—Aquí me tenéis, señora—dijo el conde desanublando su faz y con el tono de voz más apacible—; aquí me tenéis todavía dispuesto á libertaros de la cautividad á que vasallos rebeldes os han reducido: los míos han acampado no lejos de la ciudad, prontos, como yo, á dar la vida por su Reina y señora.

—Gracias, don Gutierre, gracias—contestó doña Urraca con acento vibrante y dulce—; de buen grado se os perdona la aspereza con que tratáis á los que se sientan en el trono, cuando se observa el celo y puntualidad con que acudís á servirlos.

—De uno y otro modo creo servirlos igualmente: el que dice la verdad al monarca, tanto bien le hace, por lo menos, como el que expone la vida en su defensa.

—Sois el primero que ha venido—le dijo la princesa, creyendo halagarlo.

—Los lisonjeros—repuso Fernández de Castro—son tan diligentes en la prosperidad como perezosos en la desgracia.

Callaba la princesa, como si estuviese meditando las sentencias que brotaban á raudales de los

labios del ministro; pero en honor de la verdad, debemos confesar que, por profundos y peregrinos que fuesen aquellos apotegmas, no paraba mientes en ellos por andar muy ocupada en inventar el medio más suave de decirle que, si bien no consideraba á propósito la aspereza de lenguaje para ganar la voluntad de una dama, la Reina le habría perdonado en la ocasión presente alguna tibieza en acudir en su ayuda, pues que las circunstancias en poco tiempo habían variado completamente. Quería mostrarse constante y firme, por lo mismo que conocía no haberlo sido en épocas recientes; pero la suerte se empeñaba en hacerla aparecer cada vez más veleidosa y mutable.

Gutierre de Castro interpretó el silencio por el lado más lisonjero á su amor propio, y prosiguió:

—Sí, señora; mi lenguaje puede ser brusco; pero la corteza no es tan bronca ni dura que no deje traslucir las intenciones más leales. Habéis mandado á decirme que en Santiago no erais tratada como soberana; que el obispo era un rebelde tan temerario, que os tenía cautiva en un monasterio; que fiada en los inmerecidos favores que acababáis de dispensarle, habíais entrado imprudentemente en su ciudad, de donde no esperabais salir, si vuestros leales vasallos no acudían presto á sacaros de las garras de los facciosos; en Santiago estáis; pero desde este instante podéis reputar que la ciudad es vuestra corte; en prisión os encuentro, pero la cárcel se ha convertido en palacio; mandad y seréis obedecida.

—Gracias, conde, gracias—contestó la Reina, que trataba de ocultar la esterilidad de su imaginación con la abundancia y repetición de palabras--; jamás olvidare el mérito que habéis contraído en la ocasión presente. Escoged en todos mis reinos el castillo que más os convenga, y con él premiaré gustosa vuestro celo y lealtad.

—Bésoos las manos por tanto favor; pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—No he hecho más que cumplir con mi deber; y en el puesto que tengo no daré á los cortesanos el funesto ejemplo de admitir recompensas extraordinarias por servicios comunes. No me agraviéis, señora, dando á entender que soy incapaz de dar un paso más en vuestra defensa sino estimulado por la esperanza de alta prez. Termine mos la obra primeramente. Supongo que no permaneceremos un solo día en la ciudad: con vuestra escolta y seis escuderos que yo he traído, y me esperan abajo bien armados, emprenderemos la marcha por las calles. ¿Queréis antes imponer alguna multa á los vecinos por desacatos que hayan podido cometer con vos? ¿Queréis castigar al obispo por su rebeldía? O si en él, por lo sagrado de las órdenes, tenéis escrúpulo de poner manos violentas, ¿queréis que demos tormento á sus amigos seglares? Cerca está mi mesnada; con ella me atrevo á poner freno á toda Compostela.

—Gracias, don Gutierre, gracias,—repitió doña Urraca con su frase estereotipada, que por lo vis-

to le servía lo mismo para expresar su agradecimiento como sus quemazones—; por ahora creo prudente permanecer aquí.

—En tal caso los mesnaderos se alojarán en la ciudad; vendrán al monasterio á darnos la guardia, y...

—No, que el prelado pudiera recelarse—dijo la Reina con viveza.

—¡Recelarse! ¡Cómo!—exclamó atónito Gutierre de Castro. —¿Andáis en contemplaciones con un hombre á quien llamáis rebelde á boca llena en vuestro mensaje?...

—Tal me lo parecía.

—¿A quien acusáis de ingratitud, de perfidia?...

—Sí; pero luego... á veces las apariencias... y yo misma tuve en parte la culpa...

—¡Ah!, señora—repuso el conde sonriéndose—; si con un castillo queráis pagar mi puntual obediencia, ya me habríais dado media docena por que os hubiese desobedecido.

—Don Gutierre—respondió la Reina picada—, prudencia es mudar de parecer, y sobre todo cuando en ello ganan los negocios del Estado.

—¿Y puedo yo saber qué ganáis vos con esta mudanza?

—Más de lo que pudierais figuraros—contestó doña Urraca, que creyó sentar entonces su planta en terreno firme.

—En tal caso doy por bien empleados los gastos hechos en reunir gente y traerla hasta aquí.

—El obispo ha venido á verme esta mañana, se ha disculpado de su proceder, se ha justificado

plenamente, hemos quedado amigos, y en prueba de ello...

—¿Qué?

--Ya sabéis que tiene amplias facultades del Papa Pascual II para arreglar, como crea conveniente, el asunto de mi malhadado casamiento con el Rey de Aragón (1).

—Después de vuestro divorcio, este asunto ha quedado en olvido: por más donaciones que habéis hecho á la iglesia compostelana, el obispo no se ha dado por entendido, y acudisteis á Roma solicitando la completa disolución del matrimonio...

—Pero como el Pontífice romano—prosiguió doña Urraca—había puesto el negocio en manos de Diego Gelmirez, no era fácil que llegase el breve de Su Santidad.

—¿Y el obispo?...

—El obispo—respondió ufana la princesa—, hoy, después de nuestra entrevista, ha declarado nulo mi matrimonio con Alfonso de Aragón.

—¿Conque es decir que sois libre para contraer nuevas nupcias? ¿Que al *Batallador* ningún pretexto le queda para retener vuestras tierras? En efecto, señora, habéis ganado gran victoria, si de ella os sabéis aprovechar. Doña Urraca, por Dios os ruego que me escuchéis con atención: aún estáis á tiempo de reparar vuestros errores y extravíos, de reconquistar vuestra fortuna y vuestra fama; aún podéis ser una Reina digna de tan grande monarquía.

(1) *Historia Compostelana*, lib. I, cap. 47, pág. 98.

—Sí, lo seré, don Gutierre, no lo dudéis; horraré todas mis faltas; las conozco, y pondré remedio en ellas.

—Desterraréis de la corte á todo vasallo que ose mirar vuestra augusta frente, si no es para adoraros como á representante de Dios; escogeréis luego un esposo de regia estirpe, superior á todos nosotros los ricos hombres, para que obtenga nuestro respeto; varón justo, recto, severo, tan avezado en lides palaciegas como en el campo de batalla; que no dé treguas á los infieles, y sepa refrenar á los grandes señores; pues por más que el freno incomode al caballo que lo tasca soberbio y espumoso, el generoso bruto no puede menos de sentir orgullo y placer cuando va guiado por una mano robusta y experimentada, que lo doma y lo lleva á los combates.

Doña Urraca, que estaba distraída mirando á la puerta, dijo, atajando al de Castro en medio de su entusiasmo:

—Sí; pero entretanto, es preciso que no entréis en la ciudad con vuestra mesnada, para que no piense el obispo que venís á prenderlo; y aun, para que no crea que tratáis de asediar la ciudad, no sería malo que os alejaseis de estos alrededores.

Fernández de Castro insistió diciendo:

—Reina de Castilla, os halláis en la época más crítica de vuestra vida. Cuidado con lo que hacéis en estos momentos; de ellos depende la suerte de los reinos que os están confiados.

—Os digo, don Gutierre—replicó la princesa—,

que nunca pudierais hallarme más conforme con vuestros deseos y pensamientos; que estoy dispuesta á los mayores sacrificios, á...

En aquel instante la puerta se abrió suavemente y se asomó una dueña, en cuyo semblante se veía luchar el más vivo deseo de hablar á solas con su señora, y el temor de interrumpir una conversación acaso interesante.

Al vuelo comprendió la Reina cuál podría ser el motivo de semejante interrupción, y si no le hubiera comprendido, la figura de Pelayo el mudo, que aparecía detrás inquieto y afanoso, se lo habría revelado.

—Perdonad—prosiguió doña Urraca con voz y pecho alterados—; aguardar aquí, don Gutierre; al punto vuelvo.

Y sin esperar respuesta y sin mirar al caballero, que se sonreía con aquella sonrisa maliciosa, única modificación de su adusta gravedad, salióse de la habitación con no muy digno apresuramiento.

—¡Oh!—exclamó el conde de los Notarios apenas se vió solo—. ¡Pelayo, Pelayo anda aquí en privanza con la Reina de Castilla! No es difícil de adivinar el motivo. No estará lejos el pajecillo del prelado... Tal vez ese muchacho haya allanado las dificultades para la reconciliación de una Reina ofendida con un vasallo rebelde... Quizá la disolución del matrimonio... ¡Qué horror! No puedo creerlo, no. ¡Gutierre, Gutierre... sólo te quedan dos caminos que seguir... ó salvar el trono, segando con dura mano cuanta cizaña encuentres alrededor de la espiga, ó...!

—O arrancar la espiga, que nunca llegará á granar por más esmero que pongáis en su cultivo—dijo á la sazón, saliendo de entre los tapices, un hombre de mediana estatura, embozado hasta los ojos con una larga capa, y cubierto hasta la frente con una gorra de pieles.

El conde le dirigió una mirada investigadora y severa, como habría podido hacerlo desde su sillón de juez. Al mismo tiempo empuñó su larga espada de combate.

—¿Quién sois?

—Quien os conoce—respondió el embozado—, quien os aprecia por el único ricohombre de estos reinos, que tiene un alma tan fuerte como el brazo, y un corazón que rechaza como mortífero el humo de la lisonja.

—Señales das, pardiez, de conocerme; pero no de conocer el pueblo en que has nacido.

—Ea, don Gutierre, el tiempo urge—repuso el recién llegado—; vos no podéis seguir el partido de doña Urraca, porque nunca dejará de ser inconstante, recelosa y antojadiza; tampoco podéis serle del Rey de Aragón, porque, severo como sois, aborrecéis la tiranía; ni del Príncipe don Alfonso...

—¿Por qué?—preguntó el conde, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué? Porque si en él aparece claro el derecho al trono de Galicia; porque si en él se cifran todas las esperanzas para lo porvenir, vos no sois necio, y no siéndolo, no querréis trabajar en provecho del conde de Trava y del obispo de Santia-

go, que serán los consejeros del futuro Rey, los verdaderos reyes de esta tierra.

—Veo que no te falta audacia y talento—dijo el de Castro—y que te sobra travesura; pero dime, así Dios te salve de las centinelas de palacio...

—De esas yo procuraré salvarme—replicó el desconocido con firme acento—, y los reverendos padres de este monasterio me guardarán la espalda.

—Dime, pues, á qué rey quieres que rinda vasallaje, ¿al de Córdoba, al de Sevilla ó Granada?

—A ninguno.

—¡A ninguno! No lo comprendo.

—Queremos alzar por rey un hombre valiente, inflexible, justiciero, que sepa hacer tascar el freno al caballo soberbio y espumoso, de tal manera, que el mismo generoso bruto, viéndose tan bien domado, relinche de gozo y parta como un rayo por el camino del honor y de la gloria.

—¡Ah! ¡Me habéis escuchado! Pero ¿ese hombre, ese rey?..

—¡Sois vos!

—¡Yo! Tú estás loco.

—¿No habéis oído hablar de una secreta hermandad, que no ha muchos días ha sido descubierta, y de la cual forman parte los principales caballeros, hidalgos y villanos, clérigos y monjes de Santiago?

—Ya yo me figuraba que me hablabais en nombre suyo.

—Sí, en nombre suyo, es decir, en nombre de los que en ella tienen más poder—dijo el desco-

nocido—; habíamos elegido por cabeza á la Reina de Castilla, y nos ha vendido; esta doble perfidia ha exasperado los ánimos de tal manera, que todos están deseando una ocasión, un pretexto, para lanzarse á las calles y prorrumpir á voz en grito manifestando sus deseos: la hermandad se ha propagado estos días con la mayor rapidez; tan sólo necesitamos de un hombre que sepa conducirnos, reprimir nuestros excesos, dominar á los nobles, sentarse en el trono... (1).

—¡Atrás! ¡Atrás, demonio tentador!—gritó Gu-tierre, ardiendo en noble y generosa indignación—. No pongas nunca la perfidia y la traición á un caballero castellano, aunque lo veas resentido, perseguido por la injusticia del monarca; aunque lo veas humillado; aunque lo sorprendas murmurando á solas de las faltas ó flaquezas del Rey. ¡Atrás, que la sombra, el aliento de la deslealtad me contamina, me atosiga! ¡Atrás! ¡No me hagas recordar que soy conde de los Notarios, encargado de la justicia del reino, que soy ricohombre castellano, y no puedo dejar de vengar con el acero las ofensas de una dama!

—Pero esa dama— replicó el embozado con acen-to sarcástico—, en este momento, mientras arde un volcán bajo sus pies, se halla muy bien entretenida, recibiendo noticias de un galán barbilam-piño, por quien sacrificará la mitad de su reino; esa Reina ha sabido hoy la disolución de su ma-

(1) «Ei si alguno de los nobles les diese favor é ayuda, á tal como éste deseaban que fuesen su rey y señor.»—*Historia del monje anónimo.*

trimonio, y acaso se verá obligada á dar la mano á vuestro mayor enemigo, á vuestro rival en privanza, el caballero más conocido por sus afeites que por sus proezas...

—¡Al conde de Lara! ¡Es imposible! ¡Mientes, villano! Antes que tal suceda... antes que ver en tal mengua el trono de Pelayo...

—Nos ayudaréis, os pondréis al frente del pueblo irritado, seréis nuestro caudillo, nuestro monarca...

—¡No, jamás! Clavaré un puñal en el pecho del pajecillo, en el pecho de Lara; levantar los ojos para ver la hermosura de la Reina, será un crimen que atraerá en el acto el rayo de la justicia; será lo mismo que precipitarse desesperado para recibir la muerte; pero después que haya purgado la corte de atrevidos, la emprenderé con vosotros, canalla ruin, que no podéis observar una falta, una debilidad, sin concebir un crimen, el mayor de todos los crímenes.

—¡Don Gutierre, don Gutierre!—exclamó desembozándose maese Sisnando, y tendióle los brazos con entusiasmo—. ¡Así me lo esperaba yo! No hay un hombre de vuestro temple, de vuestra firmeza en toda España; sois el único que puede salvarnos á todos. Poneos al frente de esa muchedumbre exaltada; abrid un hondo cauce al torrente que se desborda; guiad por buen sendero esas pasiones que se extravían; asid ese pensamiento que brota rudo y sin orden de las entrañas del pueblo, y si no, desde ahora os hago responsable de las injusticias, de la violencia, de los horrores

que sobrevengan; vos podéis evitarlos y nadie más que vos.

En aquel instante comenzóse á percibir en el interior de la ciudad un murmullo sordo, que cada vez iba arreciando como un aluvión que llega de valle en valle, arrasando las campiñas, turbio y espumoso.

—¿Qué es esto?—preguntó el conde—. ¿Tú debes saber de qué proviene ese tumulto? Te sonríes; aspid maligno, habla; parece que siento vocería, estruendo de armas.

—Eso es que ya el dique se ha reventado, y que el torrente corre con ímpetu irresistible. Pero no temáis—añadió maese Sisnando—; la hermandad levanta por vez primera su brazo, pero lo alza para haceros un servicio; tenéis un enemigo, un hombre que os es profundamente antipático; pensabais hace poco clavarle un puñal en el corazón...

—¿Lara?

—Sí; el conde de Lara, traidor á la hermandad, acaba de entrar en Compostela en pos de la Reina, y los hermanos no pueden soportar ni su perfidia ni su privanza; se han pronunciado contra él, y si venís á ponerlos al frente de los amotinados...

—¡Sí, voy, voy!—exclamó Gutierre Fernández de Castro—. Voy á mostrarte lo que valen los traidores á cuyo frente quieres ponerme.

Y diciendo estas palabras el noble y generoso caballero, sin dignarse mirar siquiera á maese Sisnando, partióse á pasos agigantados y espada en mano en dirección de la plaza.

El viejo de la gorra de pieles desapareció detrás de los tapices.

—¡Qué lástima! Con un hombre como éste á la cabeza, lo teníamos todo; sin él... Pchs... ¡Pero... contra él... imposible!

Entró en la ciudad el conde de Lara armado de punta en blanco, caballero en un hermoso corcel normando, y rodeado de escuderos y pajes que deslumbraban por el lujo de sus arreos y por las brillantes armaduras que ostentaban. Cotas de hierro bruñido ó de escamas y de malla con golpes de plata, garzotas y penachos de todos colores, blancas sobrevestas con franjas doradas, gualdrapas de pesada sedería y paramentos de hierro empabonado con labores y filetes de oro, escudos con las calderas jaqueladas, con serpientes por asas, capacetes brillantes y celadas enteras, lanzas con pendoncillos, formaban un conjunto magnífico, que contrastaba notablemente con el modesto acompañamiento que trajo el conde de los Notarios, cuando algunas horas antes llegó con el mismo objeto de libertar á la Reina. Uno y otro caballero tuvieron que dejar sus mesnaderos fuera de las puertas, trayendo consigo únicamente sus propios criados.

Como el de Lara hubiese sabido en el camino que ya Gutierre de Castro se le había anticipado, avanzó sin ningún recelo con mucha lentitud y majestad para que pudiesen lucirse su soberbio equipaje y servidumbre.

La proximidad de su llegada alteró profundamente el ánimo de los conjurados, indignados por

la falsía que atribuían al enamorado conde, el cual, como sabe el lector, sólo podía ser acusado de una excesiva confianza en su valimiento cerca de la Reina, y de alguna facilidad en caer en el lazo que le tendió Ramiro en el monte del Gozo. Desde la Puerta del Camino comenzaron á sentirse de nuestros medio vergonzosos de los más atrevidos, cuya impunidad alentó á los más cautos ó medrosos: los murmullos se convirtieron luego en gritería, en silbos, en injurias atroces, que salían con estrépito de todas partes. De las ofensas de palabra á las de hecho no hay más que un solo paso y es muy resbaladizo; á los silbidos sucedieron las pedradas, y luego los saetazos, los embates y acometimientos formidables, aun para más serenos y formidables pechos.

Lara, después de haber intentado al principio una débil resistencia, tomó el partido de huir á toda rienda hacia la plaza del palacio episcopal y monasterio de Pinario.

Los amotinados, viéndolo tan atortolado, tomaron alas y se precipitaron tras él, sin descuidarse de enviar delante algunos proyectiles por vía de batidores.

En tan vergonzoso estado asomóse á la plaza; acosado muy de cerca por los sublevados, cuando Gutierre Fernández de Castro apareció montado en su corcel á la puerta del monasterio, y en pos fueron saliendo los escuderos que estaban esperándolo sin quitar bridas.

—¡Castro! ¡Castro!—gritó blandiendo la espada y lanzándose al encuentro de los que huían—.

Conde de Lara—prosiguió cuando estuvo cerca del ricohombre—, allí está la Reina; id á refugiaros debajo de su manto, pero dejadme vuestros escuderos, siquiera para que alguna vez vuelvan cara al enemigo.

Don Pedro González no supo qué contestar á tan sangriento y merecido sarcasmo. Pero callando acertó con la única respuesta, que fué volver grupas y lanzarse como el rayo con todos los suyos en medio de la muchedumbre, dando tajos y rebeses, sin orden ni concierto, pero con desesperación.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Buen golpe! ¡Otro! ¡Cierra, cierra! ¡Lara y Castro! ¡Calderas y roeles! (1)—gritaba don Gutierre, combatiendo á su lado y animándolo con sus palabras, y sobre todo con su ejemplo.

Para el aguerrido conde de los Notarios aquélla no era lucha formal; era una especie de alarde, un simulacro en que podía llevar la mejor parte, sin dejar de atender á los demás y de insultar al mismo tiempo á los amotinados con desaforadas voces. Lara, sin embargo, pasado el primer ardimiento producido por la vergüenza, comenzó á cejar con los suyos, que componían el mayor número, y como los revoltosos crecían como las oleadas con el viento, y Castro estaba sólo con cinco escuderos, el éxito de la refriega se presentaba dudoso, cuando Gundesindo Gelmirez, gobernador

(1) Ya se ha dicho que la caldera jaquelada era el escudo primitivo de la casa de Lara; los roeles, el de Castro.

de la ciudad, apareció al extremo opuesto de la calle y cargó á los conjurados por la espalda.

Huyeron entonces despavoridos por todas partes los que no perecieron al filo de las espadas, que se cebaron en ellos, y ya no los volveremos á encontrar en esta historia.

Sus hechos, sin embargo, fueron algo más adelante tan notables, que los hemos creído dignos de figurar en primera línea en otra obra.

—Hartos ya de matanza, se retiraron los tres campeones, Castro, Lara y el gobernador, después de haberse saludado cortésmente, los primeros al monasterio de Pinario, el último al palacio del obispo.

En el estado de agitación y acaloramiento, de temor y suspicacia de todos los ánimos, no se necesitaba menos que la pronta y espontánea concurrencia de los tres caballeros para que unos y otros no se hubiesen tenido mutuamente por autores de aquella asonada.

Era ya de noche cuando la Reina recibió á los dos ricoshombres de Castilla. Apareció turbada, con cierta animación febril, que le hacía no fijarse dos instantes seguidos en un mismo objeto. En breve tiempo dió gracias al conde de Lara por su socorro; se informó del de Castro acerca de la refriega, en cuyo cuento tuvo el narrador la delicadeza de callar ó disimular la vergonzosa fuga de su antagonista. Recordó Urraca que el monasterio estaba plagado de rebeldes, y que en aquel edificio solían celebrarse las juntas de la hermandad; prometió abandonar al punto semejante morada, y

cuando ya le pareció que había departido bastante de cosas que poco ó nada le importaban, para disimular el interés que tenía en hablar de lo que tan inquieta la traía, soltó la voz con semejantes razones:

—Conde de los Notarios, os he dicho cuán conveniente sería para el completo arreglo de los negocios del reino, por tan buen camino enderezados, que os alejaseis de aquí por ahora con vuestra mesnada, no fuera que el obispo creyese que veníamos á llevar la paz y reconciliación á punta de lanza; eso mismo pensaba deciros, conde de Lara—añadió dirigiéndose al favorito, que parecía asaz ceñudo y silencioso contra su costumbre—; pero después de una noticia que acabo de recibir, es indispensable que pongáis vuestros soldados á mi disposición, y que esta misma noche nos dirijamos á castigar á un tirano, que contra todo fuero, contra toda ley y conciencia, usurpa las tierras y dignidades que no le pertenecen, en perjuicio de su legítimo dueño y señor, que se ha puesto bajo mi amparo.

—Obligación es nuestra acudir siempre con determinado número de lanzas á las guerras que en justicia creáis deber emprender—respondió Fernández de Castro—; yo, por mi parte, como leal vasallo, dispuesto estoy á cumplirla; ahora vos, como Reina, debéis pesar en la balanza de vuestra prudencia si, cuando estamos acosados de tantos enemigos domésticos y extraños, es conveniente empeñaros en una reyerta particular.

—Digo lo mismo—añadió Lara secamente.

—Jamás, jamás monarca alguno—repuso la Princesa—ha tenido tanta razón para castigar las demasiadas de un vasallo como yo las de Ataulfo de Moscoso.

—¡Moscoso!—exclamó el conde de los Notarios sorprendido—. Mirad cómo yo decía bien; recio soy, inflexible con el rebelde y criminal; pero no tanto que apuebe las crueldades del ricohombre de Altamira; él, sin embargo, las ejecuta con sus vasallos, de los cuales puede disponer como le plazca, guardando á su señor feudal la debida lealtad y homenaje; pero Ataulfo de Moscoso no sólo es un súbdito leal, sino que, por lo presente, su amistad os conviene más que nunca para contener al conde de Trava, que sin el obstáculo de Altamira pudiera presentarse el día menos pensado con el Príncipe don Alfonso en Compostela.

—Vos, conde, os olvidáis de una cosa y no sabéis otra; os olvidáis de que Ataulfo usurpa las tierras, castillos y señoríos de su padre, que no le pertenecen, é ignoráis sin duda que se ha separado de mi obediencia.

—Si lo ha hecho con las solemnidades de costumbre, ha obrado en toda ley; si os ha dado las razones que tiene para usar de este derecho y os ha prevenido con la debida anticipación para que vuestros intereses no sufran menoscabo, se habrá portado como caballero.

—Ni uno ni otro, Gutierre—exclamó la Reina gozosa, porque tácitamente acababa de darle la razón el conde de los Notarios—; Ataulfo no sólo se ha separado de mi obediencia, sino que ha reco-

nocido por su señor feudal al Príncipe mi hijo, que aún no está en posesión del reino; pero tan extraña noticia no la sé yo directamente por él, ni ha venido á besarme la mano para hacerme entrega de las tierras que yo le he donado, ni menos ha tenido esos miramientos y delicadas atenciones de que habéis hablado.

—Entonces, señora, no tenéis derecho para dudar de su fidelidad.

—Lo tengo con tanto más motivo—repuso amohinada doña Urraca—, cuanto que os digo por tercera vez que él no es señor de Altamira.

—Perdonad, señora; pero tan de nuevo me coge esa especie... ¿Y quién es el legítimo dueño de esos estados? Después de la muerte de don Bermudo de Moscoso, que fué arrojado al mar por los piratas normandos, ¿quién osa disputar esas dominios al único heredero después de veinte años de pacífica posesión?

—¿Quién? Un hijo de Bermudo—respondió la Reina con ufanía.

—¿Un hijo... bastardo?

—No, no es bastardo; es fruto de legítimo matrimonio.

—¿Y ha tenido oculto su nombre y sus derechos nada menos que veinte años?—repuso el conde de los Notarios con tono de incredulidad.

—No los ha descubierto hasta hoy, y hoy mismo el infeliz ha caído en manos de su tío, del usurpador, del bárbaro Ataulfo, el cual, apenas el mozo ha puesto el pie en el castillo de Altamira, ha dado orden de que nadie entre ni salga en él sin ser re-

conocido; y es preciso que vos, que administráis justicia en mis reinos, acudáis al punto para impedir un crimen horrible, un asesinato...

—¡Un asesinato!

—Sí, que no será el primer deudo que haya perecido á manos de ese monstruo.

—¡Cómo!

— ¡También su hermano—exclamó la Reina con exaltación—, también Bermudo de Moscoso! Antes de que saliese á combatir á los normandos fué muerto por Ataulfo, el cual, para ocultar el fratricidio, hizo vestir á uno de sus criados la armadura de Bermudo; el criado fué herido y cautivado en la pelea y luego arrojado al mar por los piratas, cuando vieron que nadie acudía á rescatarlo. Aquí, aquí tenéis la declaración de Pelayo, escudero de Bermudo, que conoció el disfraz de su supuesto amo. Conde de los Notarios, si como juez debéis hacer justicia, yo como Reina acudiré también á vengar á mis amigos, á los amigos de mi padre.

—Bien, señora; pero ¿de qué nace ese interés tan vivo que os tomáis en tan críticos momentos por un negocio particular? Antes de mover nuestra gente, antes de dar un paso hostil contra Ataulfo, es preciso que yo me informe como juez si es ó no cierta la existencia de ese hijo del primogénito de Altamira, porque bien puede un impostor traeros enredada una trama más ó menos bien urdida; luego es indispensable enviar mensajeros á don Ataulfo, para que deje en libertad á esa persona, y mirarse mucho para declarar la guerra á

un ricohombre, que puede defenderse por largo tiempo y en circunstancias como la presente en que tan acosada estáis por todas partes. Después de la paz llega el reinado de la justicia; hasta entonces no debéis desatender los negocios del Estado por querellas particulares.

—Don Gutierre,—exclamó la Reina levantándose con resolución—, al amanecer marchó yo sola con mi pequeña escolta á libertar á Ramiro; el que de vasallo leal se precie, que me siga.

—Para acabar de persuadirnos á seguiros en tan brillante jornada—dijo por fin el conde de Lara, todo trémulo y descolorido y con amarga sonrisa—, habéis hecho bien en declararnos el nombre del mozo á quien vuestra imaginación, ó vuestro corazón, no menos fecundo, se complacen en revestir con los ilustres atavíos que le faltaban.

—¡Cómo!—prosiguió el conde de los Notarios—. ¿Ese mancebo, ese Ramiro, es por ventura el paje del obispo de Santiago?

—Sí; la Reina de Castilla—respondió don Pedro con el resentimiento de los celos—quiere ser más poderosa que el supremo Autor de lo criado; el Señor no puede hacer que no sea lo que ha sido, y la señora se empeña en que el hijo de un hidalgo sea el hijo de un ricohombre.

—¿Conque es cierto?—añadió el juez cruzándose los brazos—. ¿Conque pretendéis elevar al pajecillo á una dignidad que no dista más que un escalón del trono, y al mismo tiempo el amo de ese paje, el obispo de Santiago, rompe y disuelve

los últimos lazos de vuestro matrimonio, para dejaros en libertad de dar vuestra mano á un príncipe como vos, ó tal vez á un tan grande caballero como Ramiro?

—¡Oh! Eso no será, doña Urraca, Reina y señora mía—dijo Lara, que al oír la noticia de la disolución del matrimonio tomó un tono menos arrogante—: yo os amo mil veces más que pudiera amaros ningún otro mortal; mi alcurnia es tan esclarecida que á ninguna cede en la tierra; tengo derechos... bien lo sabéis, tengo derechos á vuestra mano, y nunca ni por nada los cederé. Doña Urraca, seré capaz de sacar por las calles...

—¡Silencio, silencio!—gritó doña Urraca con herido acento—. ¿No hay un sayón que os cierre la boca con una mordaza? ¿No hay un caballero que venga con la punta de su espada las ofensas que estáis haciendo á una dama, á una princesa? Callad y obedeced, vasallos; soy libre, soy Reina; si doy la mano á Ramiro, Ramiro IV se llamará el Rey de Castilla y de León; si no queréis obedecerme, devolvedme ahora mismo vuestros condados; pero si los retenéis, si queréis seguir fieles al pleito-homenaje que me habéis prestado, vos, conde de los Notarios, id á informaros presto del obispo y de Pelayo el mudo acerca del verdadero origen de ese mancebo, y vos, conde de Lara, vos... id á cuidar del niño que habéis dejado en Lugo, que, á fe mía, mejor os estará en los brazos que una lanza que nunca habéis podido sustentar,



CAPITULO II

CÓMO EL OBISPO Y EL CONDE DE LOS NOTARIOS HACÍAN LA CUENTA SIN LA HUÉSPEDA

PERDONAD—exclamó compungido el favorito, echando atrás los bucles de su perfumada melena—; perdonad, señora, si con mis indiscretas palabras he provocado las que acabáis de dirigirme, hijas tan sólo del resentimiento. Yo os amo, doña Urraca; yo os amé antes de sospechar siquiera que pudierais galardonar un día mi constancia con una recompensa que no osaba ambicionar. Mi cariño es puro, desinteresado, exento de miras de engrandecimiento, y por lo mismo tiene más derechos que ningún otro. ¡Vuestra mano, señora, vuestra mano!... siquiera hagáis renuncia del trono, siquiera partamos después al último confín del universo, donde ocultéis, si es posible los túlgidos rayos de vuestra regia estirpe.

Gutierre Fernández de Castro, que, con talante de alejarse, acaso para siempre, de la presencia de Urraca de Castilla, se había detenido sin embargo por un instante, curioso de ver el efecto que en el

almibarado pretendiente hacían los insultos de la dama, quedó profundamente indignado al oírle expresarse con tan poca dignidad, con tanta afectación y bajeza. Despidióse de la Reina con semblante grave, pero inmutado; gastó en ello las menos palabras posibles, aunque procuró que fuesen respetuosas, y lanzó al conde de Lara una mirada con que se desquitó del respeto que se vió en precisión de tener con su soberana. Al conocer ésta su turbación, al advertir que ni siquiera había alegado la menor disculpa de sus duras palabras, sintió impulsos de llamarle, para darle á entender que estaba pesarosa del rigor que con él había usado. Pudo más el orgullo, sin embargo, y el conde de los Notarios no fué interrumpido en su marcha hasta salir de las regias habitaciones.

Mas apenas se vió en los ánditos del monasterio, desiertos á la sazón, oscuros y silenciosos, apareciósele un monje muy envuelto en la negra y ancha cogulla de la orden de San Benito.

—¿Y ahora?—le preguntó el religioso, tirándole suavemente de la roja sobrevesta.

El caballero detuvo sus pasos, cuyo estruendo el eco repetía en los ángulos del claustro, y cruzándose de brazos miró tranquilamente á su interlocutor.

—Ahora lo mismo que antes—respondió después de haber conocido al conjurado del gabinete de la Reina.

Y como intentase proseguir su camino sin más palabras, asíóle otra vez el arquitecto de aquella especie de dalmática que sobre el arnés llevaban

los guerreros, pendiente de los hombros y abierta por los costados.

—Hombre de hierro--le dijo--, corazón de bronce, ¿no veis perdidos, enteramente perdidos, tantos servicios eminentes, tanta fatiga, tanta sangre derramada en los ásperos campos de batalla, tanta energía y tesón en los artesonados salones de la corte? Vos derrotáis al enemigo, le acosáis, le estrecháis, le reducís al último trance, y *ella* viene luego á transigir con él, como si nada hubiese pasado; vos procuráis hacer justicia con el delincuente, y *ella* es la primera que delinque; os afanáis vos porque el escándalo no cunda en el pueblo, tanto como *ella* por hacer públicas sus faltas escandalosas. ¡Y el pueblo murmura de vos, porque sois débil, y *ella* os insulta, os aborrece, porque sois un tirano!

—¿Cómo os gobernáis para buscar escondrijos y disfraces?—repuso don Gutierre, desentendiéndose afectadamente de la conversación, por lo mismo que le llegaba al alma.

—Nosotros tenemos la justicia de nuestra parte; por eso nos ayudan los monjes—respondió Sisnando, siguiéndole también á este terreno—; tenemos el talento; por eso los arquitectos y demás artífices nos proporcionan medios de introducirnos en todos los edificios, cuyos secretos conocen mejor que los dueños para quienes han sido hechos; nosotros tenemos...

—Valor, valor sobre todo—dijo el conde interrumpiéndole con ironía—; y por eso habéis huído tan vergonzosamente de docena y media de

lanzas, cuyas dos terceras partes eran mandadas por el invicto don Pedro González de Lara.

—No nos falta más que un caudillo, bien lo habéis podido conocer, don Gutierre; organizad esa muchedumbre exaltada, pero sin disciplina; yo os ayudaré en la empresa, yo desterraré de la hermandad los nobles que puedan haceros sombra; no queremos más que á vos.

—Gracias, señor villano—contestó el caballero—; en esta conferencia he aprendido que los hermanos de la orden de... de la traición, sois parecidos á los ratones en esto de minar edificios; que tenéis el oído más fino que un jabalí en eso de escuchar conversaciones privadas, y piernas de liebre en aquello de huir al asomo del peligro.

—Sí; pero tenemos más altivez que el ilustre conde de los Notarios para no humillarnos en reconocer por Rey á don Pedro I de Castilla.

—¿Don Pedro I?

—Sí, don Pedro... el *Invicto*, como le acabáis de apellidar. Y si el nombre no os parece bien, llamémosle don Lindo.

—¡Oh! Callad, callad; es imposible; ¡mientes como un bellaco, vive Dios! ¡Lara en el trono de Castilla! Semejante escándalo no podría tolerarse; no ya las hermandades secretas, la nación entera lo rechazaría.

—Y vos el primero, ¿no es verdad?

—Yo el primero; antes, antes dejo á doña Urraca tomar parte en esa romancesca empresa de libertar al pajecillo. ¡Lara! Miserable ambicioso, necio y cobarde, que se cree de superior alcurnia

que todos los reyes y emperadores de la tierra. «No descendemos de reyes, sino los reyes de nós.» Esta es su divisa. ¡Primero Ramiro, primero el paje, primero un sarraceno! Pero no, tan imposible es uno como otro; tú me engañas, sierpe tentadora, me engañas.

—Id á preguntárselo al obispo de Compostela—contestó maese Sisnando—, y él os dirá que, siendo ya tan públicos los amores de la Reina con Pedro González de Lara, no hay más remedio, para reparar el escándalo, que una separación completa, una penitencia pública ó el matrimonio.

—¡El matrimonio!—exclamó Castro, á quien al repetir esta palabra se le abrasaban los labios de coraje.

—Y como la separación—dijo el alarife con mucha sorna—, como la separación es difícil, si no imposible, por ser la casa de Lara el principal apoyo de la Reina de Castilla, y mediando también yo no sé qué prenda de amor...

—¡Oh! Tiene razón... ¡Doña Urraca es madre!

—De consiguiente—prosiguió maese Sisnando sin mudar de tono—, la Iglesia, que no transige con ricos hombres, ni con monarcas, debe exigir ese casamiento.

—¡El casamiento de una Princesa con un vasallo!

—Os olvidáis de que el vasallo es más poderoso que algunos príncipes; os olvidáis de su lema: «No descendemos de reyes...» Os olvidáis de que esa misma doña Urraca casó en primeras nupcias con

un aventurero, que no agregó á la corona de Castilla una sola almena.

—Pero el conde de Lara es un hombre aborrecido.

—No todos los reyes han sido amados.

—Un cobarde.

—Tendremos un reinado pacífico.

—Y os olvidáis sobre todo—dijo por fin el de Castro con un bufido y echando mano del puñal—, os olvidáis de que yo le detesto.

—Precisamente es lo que nunca he dejado de tener presente—repuso el arquitecto sonriéndose.

—Le detesto—repitió Gutierre con más energía—; no consentiré jamás en semejante mengua; evitaré este oprobio al suelo castellano; mas no por eso transigiré con vosotros, miserables, que especuláis con las pasiones, con las calamidades públicas, como logreros judíos con el hambre de los cristianos.

—¡Bah, bah!—contestó el alarife con su acostumbrada calma—. Ya mudaréis de parecer, sobre todo después que hayáis oído al venerable obispo. Os emplazo para entonces. Si habéis menester de mí preguntad en la portería por el padre Prudencio. ¡Adiós! No creo que tardéis en devolverme la visita.

Y desapareció en las sombras de los claustros.

—Jamás, no esperes verme sino en la lid; si vistes loriga como hábitos monacales, si tan sereno y audaz eres en el campo como en el monasterio, allí me encontrarás—exclamó don Gutierre, como si aún le tuviese presente; pero advirtiendole

su desaparición, prosiguió diciendo entre sí—: Y en muchas cosas tiene razón; su pensamiento es el mío; no le habría expresado yo con mejores palabras; pero nunca sacaré yo las consecuencias que él deduce. Traidor, desleal, eso no; servidor de una Reina voluble y caprichosa, tampoco. Francamente se lo anunciaré á doña Urraca; iré á devolverla todo cuanto me ha dado. No es mucho, por cierto; con más frecuencia se han sentado otros cortesanos en el festín de las mercedes; el ambicioso galán que tiene á menos descender de sangre real, no se desdeña de recoger hasta las migajas de la regia mesa. Me apartaré de esa Reina, á quien he servido con tanto amor, con tanto celo y constancia; pero hasta entonces procuraré servirla del mismo modo, con más lealtad, si cabe, con más esmero que nunca. ¿Ha determinado que me informe acerca del nacimiento del paje? Me informaré. No le aborrezco tanto desde que veo que detesto á Lara más de lo que creía. ¡Lara! Yo probaré á los que quieren sentarte en el trono que doña Urraca puede cumplir como cristiana sin degradarse como Reina.

No tuvo necesidad de salir del monasterio para ver á Pelayo, que estaba allí, aguardando con impaciencia la resolución que acerca de Ramiro se tomara. El mudo, en una larga entrevista, le manifestó cuanto averiguó por Gontroda acerca de la desaparición del hijo de Bermudo. Nada de nuevo añadió á lo que nosotros sabemos; su relación fué bastante imperfecta por la escasez de medios de darse á entender con un hombre más

aficionado, como recordará el lector, á sacudir mandobles y á disponer tormentos que á descifrar inscripciones. Del examen de un testigo habría pasado el juez inmediatamente á la comprobación del otro, si el tiempo, que también corre en las novelas, no hubiese traído la hora de queda, más á propósito para cenar y dormir, tras un día de fatiga, que para pesquisas judiciales. Pidió, pues, hospitalidad al abad del monasterio, cuyo nombre no hemos podido averiguar por más libros, archivos, lápidas y sepulcros que hemos revuelto. Y lo sentimos á fe, pues aunque de él no se cuenta más que una cosa, es una cosa buena, á saber: que accedió al punto á la petición de don Gutierre, dándole cena y lecho para sí y para los escuderos. ¡Cuántos nombres de personajes conserva la historia de quienes se ignoran mayores ó semejantes proezas!

Pero dejando aparte tan injusto capricho historial, proseguiremos el cuento diciendo que al siguiente día, abandonando el conde de los Notarios los blandos y hospitalarios jergones y mantas... Y aquí se renueva nuestra pena, pues constando como consta de documentos contemporáneos y fehacientes la existencia de semejantes utensilios (1), ¿por qué no ha de aparecer el nombre del susodicho abad, que tan generosamente proveyó de ellos á don Gutierre?

El cual, saltando del lecho no muy de madrugada, enderezó sus pasos al palacio episcopal,

(1) En la *Historia de Sahagún*, tantas veces citada.

cuya fachada forma uno de los frentes de la plaza, que cierran en ángulo recto la catedral y el monasterio de Pinario. El venerable Diego Gelmirez salía de su propia capilla, construída sobre el pórtico del alcázar. Acababa de decir misa por el pobre paje Ramiro, que debía andar á la sazón asaz menesteroso de auxilios espirituales y temporales. El prelado tampoco había descuidado los últimos: era de los que rogaban á Dios dándole al mazo; y atendiendo al nuevo estado de sus relaciones con el ricohombre de Altamira, mandó-le un mensaje muy atento reducido á pedir la devolución de la persona de Ramiro Pérez de Mellid, paje de su reverencia, en el caso de que lo tuviese encerrado en el castillo, prometiendo si, lo que no era creíble, hubiese cometido algún delito contra él, castigarlo con toda severidad en Compostela. Contestó Ataulfo con no menos formalidad y atención, que si bien era verdad que el paje Ramiro había llegado, el conde don Pedro Froilaz se lo había remitido, y que él, lejos de castigarlo como merecía por su insolente conducta en el juicio de Dios, por un raro capricho lo había perdonado; que luego lo vió salir del alcázar, y podía afirmar á su paternidad que nadie le igualaba en deseos de saber su paradero.

Con esta respuesta ambigua volvieron los del mensaje, y el obispo quedó por de pronto satisfecho y esperando ver á Ramiro la hora menos pensada. Pero llegó Pelayo, comisionado, como dijimos, por la Reina, y trajo noticias más circunstanciadas, que no desmentían por cierto al

ricohombre, pero que no eran para satisfacer ni tranquilizar al más templado y contentadizo. El paje, efectivamente, salió salvo y perdonado de Altamira, mas al poco tiempo volvió á meterse dentro en busca de su madre, y desde entonces se había cortado absolutamente toda comunicación en el alcázar. Con estas nuevas, Diego Gelmirez había mandado otro mensaje á don Ataulfo, reclamando formalmente á Ramiro, y amenazando con todo género de armas al que injustamente lo retuviese.

Así andaban las cosas, cuando el conde de los Notarios llegó á presencia del pontífice compostelano, que satisfizo completamente á los deseos del juez, respondiendo sin rebozo á todas sus preguntas. Conferenciaron después amistosamente acerca de las extrañas aventuras que al paje acaecían, y convinieron ambos en que, si bien existía el convencimiento moral de que el hijo de Bermudo y el Ramiro Pérez eran una misma persona, no podían darse de esta identidad pruebas legalmente irrecusables; que lo más prudente por lo pronto era no invocar los derechos que pudiera tener á los estados de Altamira, hasta que con mayores datos y menos disposición del interesado se reclamasen; que, por consiguiente, la Reina no debía mezclarse en este asunto, ya por el bien parecer, ya porque exclusivamente correspondía al obispo, cuyo vasallo y criado era el mancebo.

Al ver Fernández de Castro á Diego Gelmirez tan razonable y tan de acuerdo con su modo de pensar en las cuestiones de dignidad, de honra y

de prudencia, antes de retirarse y de llevar á la Reina el resultado de sus investigaciones, quiso probar si era cierto lo que el misterioso desconocido de la hermandad le había asegurado acerca de los planes de casamiento con Pedro González de Lara.

A poco que metió la tiente, se halló con más grave mal de lo que se imaginaba. El afeminado conde, que sabía deponer su arrogancia cuando á su ambición convenía, del cuarto de la Reina se había ido en derecha, la noche anterior, al del obispo, y tan viva pintura hizo de sus amores, de las dificultades insuperables para la separación, descubrió tan á tiempo la existencia del niño Hurtado, y con el manto de la hipocresía disfrazó tan bien sus deseos de subir al trono, que el piadoso pontífice se aferró en la opinión de que no había otro remedio para la salvación de aquellas dos almas díscolas y extraviadas que volverlas al rebaño atrayéndolas con la sal de sus propias pasiones, y sujetarlas al redil con los vínculos del matrimonio.

Fatigóse en vano el conde de los Notarios queriendo demostrar los perjuicios que al reino se ocasionaban de semejante enlace: el prelado hizo-le ver que el lente de su enemiga exageraba los inconvenientes, y que él, como delegado del romano Pontífice, para remediar los desórdenes de la corte de Castilla no podía contemporizar con el escándalo, el cual debía terminar presto, ó con la separación de los amantes, ó con la santificación de sus amores.

Ibase á marchar el de Castro asaz mohino, puesto que asombrado de haber visto mayor tesón que el suyo en un corazón tan lleno de mansedumbre; pero habiendo llegado de Altamira á la sazón los segundos mensajeros, detúvose hasta saber qué novedades traían. Diego Gelmirez se adelantó á recibirlos, y tornó después con un pergamino al lado del conde, diciendo consternado:

—Hijo mío, lo que está pasando en este castillo, ya no sólo me interesa á mí, como señor, como amigo y padre de Ramiro, sino á la Reina, á vos, á cualquiera cristiano y caballero. Toda mira terrestre, todo interés humano debe desaparecer ante la necesidad de poner término á los horrosos crímenes que allí se están perpetrando.

—Explicaos, santísimo padre—respondió el conde frunciendo el ceño, al ver que se desvanecían sus esperanzas de alejar á doña Urraca de aquella empresa—. Explicaos por Dios, que no acierto á discurrir cómo vuestra santidad quiere envolver á todo el mundo en las aventuras de un pajecillo.

—Oid y veréis cómo á nadie es lícito permanecer indiferente en presencia de los hechos que voy á referiros. Y ahora observo que la divina Providencia ha dispuesto la concentración de fuerzas y mesnadas en las cercanías de Santiago, verificada con diverso fin del que, Dios mediante, ha de alcanzarse.

—Os escucho, no sólo con atención, sino con la mayor impaciencia.

—Sabréis, en primer lugar, que los mensajeros fueron bien recibidos en el castillo, y que Ataul-

fo les dijo que si bien era cierto cuanto me habían relatado acerca de la segunda entrada del paje en Altamira, no lo era menos que ignoraba su paradero; bajo palabra de honor lo aseguraba.

—Hasta ahora, padre—replicó Gutierre interrumpiéndole—, no encuentro motivo para ese general llamamiento que queréis hacer de todos los fieles.

—Aguardad un poco, amigo mío, y juzgaréis por vos mismo. Al salir los mensajeros así despachados, tropezaron en el angosto camino que hay entre la barbacana y el foso del alcázar con este rollo de pergamino, que no parecía sino que adrede estaba allí puesto para que en él reparasen: cogieronlo con disimulo, y aún creyeron que de una de las rejas salía una voz femenil que les decía suavemente por temor de ser oída de otras personas: «¡Aquí! ¡Aquí!» Tomad ahora, hijo mío, tomad—añadió el prelado entregándole el escrito.

—Suplícoos, reverendo padre, que lo leáis vos mismo—contestó el conde devolviéndoselo—; lo hago en obsequio á la brevedad.

—Es una carta de Elvira de Trava.

—¡Cómo! ¿La bastarda está cautiva en las torres de Altamira?

—La bastarda se ha casado ayer mañana con Ataulfo el *Terrible*.

—Pues, según me dijo ayer Pelayo y hoy habéis repetido vos, Elvira estuvo casada en secreto con el hermano mayor de Ataulfo.

—Se ha dispensado el impedimento en el caso

de que lo haya, pues el conde de Trava me aseguró que el primer matrimonio no se celebró con todas las ceremonias requeridas.

—Hasta ahora—repuso Castro con sequedad—tampoco veo otra cosa sino que vos y vuestro amigo el conde no habéis descuidado en allanar al Príncipe Alfonso el camino de Santiago.

—Así es la verdad, hijo mío, y Dios nuestro Señor hame castigado tal vez por haber cedido á razones algo terrenales.

—Pues... ¿qué sucede?

—Que Bermudo, el primer amante ó marido de Elvira, el padre de Ramiro, vive, ¡vive todavía!

—¿En dónde, en dónde está?—exclamó Gutierre fuertemente conmovido.

—¡En las mazmorras de Altamira, sepultado hace veinte años por su propio hermano!

El conde de los Notarios quedó sobrecogido de terror, y al cabo de un rato prorrumpió indignado en semejantes palabras:

—¡Infame! ¡Villano! ¡Mal caballero! Razón tenéis, santísimo padre, en decir que libertar al infeliz cautivo, al nobilísimo ricohombre de Altamira, al dechado de caballeros, empresa era de la Reina de Castilla y de todos los nobles de la tierra, ofendidos y agraviados en la persona de Bermudo de Moscoso.

—Sí, don Gutierre; yo mismo—repuso el prelado, abandonándose á la confianza que le inspiraba la sincera adhesión del conde—, yo mismo, por más que en ello dañe y perjudique la causa del Príncipe don Alfonso, romperé las en mal hora

trabadas amistades con Ataulfo; fulminaré excomuni6n al sacrílego que ha contaminado el lecho de su hermano...

—En eso, reverendo padre, paréceme que debéis andar con tiento—saltó el conde de los Notarios con viveza—, y perdonad si un profano se mezcla en cosas que os atañen: habéis dicho que don Pedro Froilaz os aseguró que el primer matrimonio de la bastarda no se celebró tal como la santa madre Iglesia lo tiene dispuesto, en cuyo caso es nulo; y si estáis seguro de que el segundo se ha verificado legal y cumplidamente...

—Seguro estoy; el capellán que echó las bendiciones á los novios es un santo sacerdote amigo mío, que iba provisto de las licencias necesarias.

—Bien; pues á ^{mi} modo de ver el casamiento válido y legítimo delante de la Iglesia será el de Ataulfo, aunque vituperable por los medios con que ha sido contraído.

—Tenéis razón, hijo mío; y mientras el conde de Trava no nos aclare estas dudas, no fundaremos la excomuni6n en el sacrilegio, que acaso materialmente no se haya verificado, sino en la retenci6n de la persona y bienes de Bermudo de Moscoso y de su hijo Gonzalo.

—Fundadla, padre mío, en lo que os plazca, que no creo os falten cien motivos, cuanto más uno, para excomulgar á un tan insigne malhechor como el *Terrible*; pero no dejéis de avisar al conde de Trava de cuanto ocurre para que calme presto nuestros escrúpulos; y entretanto dadme vuestra

santa bendición, que voy á comunicar tan gratas nuevas á la Reina de Castilla.

—¿Gratas os atrevéis á llamarlas, don Gutierre?
—dijo el obispo suspirando con la inquietud de una conciencia timorata.

—Son más de lo que á primera vista parecen, reverendo padre: doña Urraca amababa en sus floridos años á Bermudo; ella me ha confesado que su memoria, renovada en el pajecillo, la daba aliento para dirigirse por el camino de la virtud; no creáis, no, que en la vida del hombre á quien respetaba tanto, y tanto amaba, dé su mano á nadie, y mucho menos á un caballero tan despreciable como el conde de Lara; por el contrario, casada Elvira con Ataulfo, libre Bermudo, querido siempre de la Princesa, acaso, acaso aclamado por nobles y villanos, ¿será imposible por ventura la unión años hace intentada de Urraca y de Bermudo?

—¡Oh!—exclamó el obispo alborozado—. ¡Así el Señor sacaría de los abismos un nuevo Moisés para redimir el cautivo pueblo cristiano! ¡Así los días de esa pobre Reina, que amanecieron claros y serenos, iluminados por la hermosa luz de un amor puro, terminarían, después de tantas borrascas, brillando en el ocaso la misma suave y apacible lumbre! ¡Y Bermudo de Moscoso, víctima de una usurpación inicua, no retendría un solo instante al nieto de Alfonso el *Magnánimo* la corona de Galicia, que tan legítimamente le pertenece!

—¿Y quién sabe si vos, padre mío, tan prudente y conocedor de la necesidad de unir hoy contra el

común enemigo los reinos cristianos de tan vasta monarquía; quién sabe si, viendo las riendas del Estado en manos tan firmes, ostigarfais mucho al Príncipe para que antes de adiestrar las suyas reclamase la herencia del abuelo?

—¡Quién sabe! Si mi augusto ahijado consentía...

—Entonces todo estaba conseguido; doña Urraca y Bermudo reinarían en Castilla, en León, en Galicia; sí, en Galicia, hasta que el Príncipe llegase á mayor edad.

—¡Todo! ¡Todo!—exclamó el prelado enternecido súbitamente—. Mas ¡ay! ¡Cuán fácilmente nos entregamos á las más locas esperanzas! ¡Estamos coronando al pobre Bermudo, y nos olvidamos de que el lobo de Altamira tiene aún entre sus garras al cordero!





CAPITULO III

DE CÓMO EL CONDE DE LARA, QUE SIEMPRE ESTABA DE SOBRA, NO ACUDIÓ AL LADO DE LA REINA LA ÚNICA VEZ QUE HIZO FALTA.

EL conde de los Notarios pasó inmediatamente al monasterio, pero en lugar de dirigirse á las habitaciones de la Reina, preguntó por el padre Prudencio. Contestóle el portero con una guiñada expresiva, y le condujo á una celda á piso bajo, arremangándose en el camino las faldas para andar más listo.

Maese Sisnando, que estaba allí con su disfraz de religioso, no pudo disimular cierta sonrisa al advertir la confusión y el empacho que al entrar sentía el pundonoroso y rehacio caballero.

—No os deis el pláceme por mi venida, señor villano—le dijo don Gutierre algo picado—, pues así como de mí podéis estar seguro mientras vuestra vida dependa de mi lealtad, por las espuelas de Santiago os juro que no tendré mayor gusto que ahorcaros si ajenas manos llegan á ponerlos en las mías.

—Nada de nuevo me decís, señor conde—con-

testó el maestro —, pues así ni más ni menos me lo había figurado. No penséis, con todo, que me lleváis mucha ventaja en punto á combatir con armas de buena ley; ya podéis presumir que quien llega al aposento de la Reina cuando está depar-tiendo con sus ricoshombres, puede acercarse también cuando está sola; no dejaréis de sospechar que tampoco nos faltan medios de aproximarnos al obispo, al conde de Lara, á vos, á vos mismo, que esta noche habéis dormido aquí...

—A pierna suelta, señor conjurado, porque ni por la imaginación se me pasa que haya en estos reinos gente tan ruin, que, armada de puñal, sea capaz de deshacerse de un enemigo indefenso.

—Con que así pelitos á la mar, amigo mío—pro-siguió el alarife—, y pasemos al gozo que tengo en veros por aquí, aunque no sea sino por la satisfac-ción que me cabe de haber sido adivino.

—A medias, padre Prudencio, ó como quiera que se llame; pues si mal no me acuerdo, su redo-mada paternidad pensaba tornar á verme conver-tido en conjurado, y vengo nada menos que á sa-carle de la conjuración y á convertirle en bueno y leal.

—En lo duro os parecéis al pedernal, don Gu-tierre—replicó el arquitecto—; mas yo me precio de ser como el acero.

—¡Qué diablos!—exclamó el conde—. De uno y otro sale la luz que alegra y esclarece, ó la llama que consume y devora. ¡Ea, pues! Presto, uno ú otro. ¿Queréis un rey valeroso, recto, justiciero?...

—Domador de la soberbia y preponderancia de

los nobles; señor, verdadero señor de todos sus vasallos—añadió el alarife.

—Vengo á traéroslo.

—¿Sois vos?

—¡Voto á tal!—exclamó el conde amohinado.

—¡Oh!—murmuró el maese meneando la cabeza—. No le hay, pues, en la tierra.

—Es que yo le traigo de debajo de la tierra.

—¿Cómo?

—Del sepulcro.

—¿Quién es? Explicaos.

—Escuchad una larga historia. Veinte años ha que yace en una mazmorra...

—¡Ah! ¿Bermudo de Moscoso?

—¡Cielos! ¿Sabéis también?...—preguntó el rico-hombre atónito.

—Tanto como vos, más que vos.

—¿Y qué os parece?

—Que Bermudo de Moscoso es digno de sentarse, no en el trono de Castilla, sino en el trono del sol; pero Bermudo ha vivido privado mucho tiempo de bienes tan reales y verdaderos como la libertad, la luz, el aire y la sociedad, para pagarse de bienes tan ficticios y aparentes como el cetro y la corona.

—Tampoco me dices ahora nada de nuevo—respondió el de Castro, encogiéndose de hombros y paseándose por la celda con torvo ceño—; si fuese una cosa tan fácil hacerle aceptar la corona, ¿habría yo venido á verte? Es preciso obligarle, es preciso que la Reina lo solicite, y de eso responde un corazón enamorado; que el partido del Príncipe lo

aclame, de lo cual responde el obispo; que los ricos hombres lo empujen, y corre esto de cuenta de Gutierre Fernández de Castro; y es preciso que los villanos se pronuncien en su favor, de lo cual tú debes responderme.

—Una sola dificultad me ocurre—dijo maese Sisnando—: don Bermudo de Moscoso estuvo casado...

—Basta; veo que estás menos enterado que yo, con esas ínfulas de saberlo todo: el matrimonio de Bermudo y la bastarda es nulo.

—¡Nulo! ¿Por qué?

—Eso es lo que yo no puedo decirte, mas no será extraño que el conde de Trava nos entere luego de todo. Presumo, sin embargo, que á veces la demasiada suspicacia nos hace cometer las mayores necedades, y que tanto, tanto aguzar la espada es exponerse á que de puro fina se quiebre la punta.

—Por eso vos os quitáis de cuentos, y fiándoos más de la pujanza de vuestro brazo que del filo del acero, no os tomáis siquiera el trabajo de aguzarle, y os presentáis en todas partes echando por delante vuestra última palabra.

—Así es, sin quitar ni poner una tilde, padre conjurado; y en el negocio que acá me trae he dicho todo cuanto tenía que manifestarle.

—Con que Bermudo de Moscoso casado con la Reina—repuso el alarife resumiendo la conferencia—; el obispo de Santiago...

—A fuer de buen pastor cuidando de sus ovejas—añadió Gutierre.

—¿Y los nobles?

—Bajando la cerviz al yugo del monarca, y concediendo alguna participación en el régimen de cada pueblo á los más honrados de vosotros, pícaros villanos.

—Ni tanto me atrevía yo á pedir, señor caballero. Salga don Bermudo del calabozo, que no faltará quien por esas calles grite, vocifere y lo aclame y proclame, y haga por él todo género de locuras.

—Poco á poco, don villano; la cabra siempre ha de tirar al monte, y el rebelde á los motines. Yo no quiero tumultos, ni asonadas, ni por bien ni por mal; dejemos las griterías y lelilís para los árabes cuando arremeten; nosotros los cristianos debemos ser más circunspectos y contentarnos con muestras de amor y de respeto.

—Es decir que vos queréis una locura cuerda. ¡Ah!, señor conde, mucho me temo que la cuerda no sea el fin de semejante locura.

—Recelas de mí, ¡vive el cielo!

—No, señor; no es de vos, es tal vez un presentimiento, ó siquiera un remordimiento de haberme metido á conspirar con razón y con juicio. En fin, vamos ajustando cuentas: Bermudo será Rey, Lara...

—Con respecto de Lara no os habéis de mostrar exigente; dejádmelo y basta—dijo Castro interrumpiéndole con una de sus más crueles sonrisas.

—Lara queda encomendado á vos, y aunque no saque la hermandad por ahora más que el castigo de ese traidor, debe holgar en ello.

—Antes de holgar un punto, es necesario pensar en que el futuro monarca salga de la prisión.

—En efecto; pero disponiendo como disponéis de las tropas del obispo, de la Reina y de las vuestras, es segura...

—La toma del castillo, el castigo de Ataulfo; pero no la salvación de Bermudo, que puede perecer á manos del implacable carcelero. Ahora bien; según ayer me dijisteis, y según voy viendo, vosotros tenéis medios de penetrar en la mayor parte de los edificios...

—Hay en nuestra hermandad—contestó maese Sisnando—un cierto alarife amigo mío que ha hecho ó reconstruido la mayor parte de las iglesias y castillos de seis leguas á la redonda.

—Pues bien, si ese arquitecto amigo vuestro pudiese entrar en Altamira...

—Y aun llegar á la mazmorra, porque el tal mi amigo lo es mucho de una cierta bruja llamada Gontroda, que reside ha más de cien años en el castillo, la cual ha llegado aquí esta noche pasada y le ha contado todo...

—¡Oh! Preciso es que ese artífice me facilite los medios de penetrar en el castillo y de poner en salvo al infeliz prisionero.

—Eso es punto menos que imposible, porque el susodicho alarife se ha desprendido ya de esos medios...

—¡Oh!

—En favor de dos pobres villanos amigos suyos, que apenas han sabido el terrible aprieto en que se hallaban don Bermudo y su hijo, han co-

rrido á libertarlos, exponiéndose á caer en manos del *Terrible* y á morir descuartizados. Ya se ve, vosotros los repúblicos, los hombres de Estado, para dar un paso, aun en favor de vuestro mayor amigo, habéis menester consultarlo con yo no sé cuántos intereses; ellos, pobres petates, tan sólo necesitan consultarlo con su corazón.

—No basta; es preciso acelerar la marcha de las tropas, aunque maldito si estamos dispuestos para un asedio; pero no importa, asalto sobre asalto, y acabaremos presto. Con que dadme vuestra mano en señal de paz y alianza, pues ya desde este punto dejáis de ser un rebelde.

—Soy siempre maese Sisnando el arquitecto, señor conde, y la mano que da vida á los mármoles y alza templos al Dios vivo, puede sin mengua enlazarse á la de un noble valiente y honrado como vos. Pero advertid que el trato no está cerrado; que todo depende de que la Reina lo acepte.

—¡Cómo, maese Sisnando! ¿Presumís de conocer los secretos de los edificios, y no comprendéis los del corazón humano? Ahora mismo subo á ver á la Reina; venid á presenciar desde vuestra huronera, no ya su aprobación, sino su alborozo, su vivo agradecimiento; dentro de breves instantes podréis estar satisfecho.

Cuando anunciaron á la Princesa el arribo del ministro, estaba lamentándose á solas de la servidumbre en que la tenían los ricos hombres, la cual le impedía volar al socorro de un amigo injustamente perseguido, y castigar á un vasallo tirano y caprichosamente cruel. Era doña Urraca

doblemente infortunada en aquella ocasión, pues conocía que tan molesta dependencia no sólo dimanaba de la organización feudal de la monarquía, sino de los errores y extravíos del monarca, y se revolvía furiosa contra sí misma, como una serpiente irritada que se azota con la cola y se muerde con rabia, no pudiendo devorar á su seguidor.

Entró el conde de los Notarios y hallóla en pie, dispuesta al parecer á salir del monasterio, las mejillas encendidas de cólera y vergüenza, próxima á prorrumpir en insultos y amenazas, por lo mismo que conocía su impotencia.

—¿Habéis cumplido mis órdenes?—dijo al de Castro con un acento que debía ser altivo, y fué más bien turbado.

—Puntualmente, señora—respondió modesto el conde—; he visto á Pelayo el mudo; he examinado al obispo...

—¿Y bien?—exclamó doña Urraca, temiendo todavía hallar en el ministro la resistencia de otras veces—. ¿Habéis acabado de convencerlos de que Ramiro es hijo de...?

No se atrevió á terminar la pregunta. Cierta respeto religioso le impedía pronunciar irritada el nombre que faltaba para completar la frase.

Fernández de Castro comprendió que tan exquisita delicadeza suponía un amor inmenso, y que este amor exigía en aquellas circunstancias las mayores atenciones y miramientos.

—Sí, señora—respondió como impregnado de estas consideraciones—; tengo el convencimiento

moral de que Ramiro es hijo del inolvidable don Bermudo de Moscoso.

—¡Oh!—dijo Urraca suspirando—. Diómelo el corazón desde el primer instante en que le vi, y mi corazón es el único que no me engaña. Perdonad, Gutierre—añadió luego sonriéndose ya desenojada—; me olvidaba de que si vos me ofendéis á menudo, no me engañáis jamás.

—Jamás; permítame vuestra señoría que lo repita ahora, para no tener que recordarlo luego.

—¿Venís ya con enigmas y misterios, conde de los Notarios?—repuso la Princesa con pecho palpitante—. De veras, os tengo miedo. ¿Qué reparo tenéis en ir al castillo de Ataulfo y rescatar al verdadero ricohombre y castigar al bárbaro fratricida?

—Ninguno.

—¡Oh! ¿Lo veis cómo yo tenía razón? ¿Cómo el corazón de una pobre mujer es superior á vuestra bien organizada cabeza? No perdamos un momento más.

—Antes de partir, señora, es preciso que acabéis de saberlo todo.

—¡Gran Dios! ¿Ataulfo ha sido capaz?...—exclamó bruscamente doña Urraca, perdiendo el color de sus hermosas mejillas.

—Nada temáis—respondió el conde con marcada intención—; la vida de cuantas personas os interesan ha sido respetada. Yo sólo quería participaros, para que obréis con todo conocimiento de causa, que Ramiro no es hijo legítimo de Bermudo de Moscoso.

—¡Pero es hijo suyo!

—Eso sí.

—Basta; creo, sin embargo, que estáis engañado. Moscoso estuvo casado en secreto con Elvira de Trava.

—Fué nulo el matrimonio.

—¡Nulo! Bueno, ¿y qué nos importa?

—Mucho pudiera importaros— contestó Gutierre con misterio—, si el padre de Ramiro existiese; porque en tal caso, Ataulfo quedaría legítimo dueño de Elvira, y Bermudo absolutamente libre... Libre, no sólo ante Dios y los hombres, sino ante su corazón; quedaría probablemente curado de su afición á la infiel bastarda, y...

—Pero ¿á qué renováis esas llagas de mi alma?— exclamó la Reina con un gesto de amargura—. Bermudo no existe; murió asesinado por su hermano, y deber es de cuantos en vida lo quisimos vengarlo en muerte.

¡Pues ahí está, señora! Hay quien dice que aquel leal y cumplido caballero no murió...

—¿Cómo?

—Tan presto—añadió Gutierre con viveza, creyendo haber avanzado mucho.

—¡Ah! Contadme, contadme, conde — dijo la Princesa, trémula de impaciencia—; ¿qué se dice? ¿Qué se sabe? Corrieron acerca de su muerte tan extraños rumores...

—Que no sería extraño que la verdad hubiese quedado obscurecida. También Bernardo del Capiro creía que su padre había perecido víctima de la venganza de vuestro ilustre abuelo Alfonso el Casto...

—Y el conde de Saldaña vivía en una torre, de donde jamás pudieron sacarle todos los esfuerzos, todas las hazañas del hijo.

—¿Quién sabe si nosotros seremos más afortunados?

—¡Cielos!—gritó la Reina, mirándole con ojos desencajados—. ¿Qué queréis decir?

—Que Bermudo de Moscoso vive, vive encerrado en el castillo de Altamira, y esta noticia es cierta: yo no os engaño jamás; ha llegado á mis oídos por dos opuestos conductos. Vive, señora, y con el favor de Dios, luego se verá en libertad; volverá al mundo que tanto echaba de menos sus proezas, sus virtudes, su dignidad, su tesón y bizarría.

Este discurso podía haber terminado muy bien en la primera frase; pero Gutierre Fernández de Castro iba estirándolo y amplificándolo, sin temor de ser molesto, esperando ser interrumpido por los transportes de júbilo y regocijadas exclamaciones de la Reina.

No era fácil que tal sucediera, porque doña Urraca se quedó sin voz y sin aliento, como sobrecogida de un pasmo, y vaga y turbia la mirada. Apenas daba otra señal de vida que el mantenerse en pie con los brazos lánguidamente abandonados á su propio peso.

El color fué poco á poco subiendo á sus mejillas, agolpándose, sobre todo, alrededor de los ojos, en los cuales apareció luego un velo cristalino formado de las lágrimas cuajadas, que aún no tenían fuerza para rodar convertidas en líquidas perlas,

—Señora, no temáis regocijaros delante de mí— prosiguió don Gutierre—; el que os dijo que después de Lara no podría venir nadie, sabe muy bien que Bermudo de Moscoso estaba antes que Lara, ante que todos. Ahora repito yo vuestras palabras: no perdamos un momento más; vamos á libertar al más noble de todos los caballeros, á vuestro futuro esposo, al Rey de León y de Castilla.

Al oir estas palabras la Reina inclinó la cabeza sobre el pecho, dejando caer raudales de llanto. Sentóse luego en un sitial inmediato, y cubriéndose el rostro con un lienzo, dejaba adivinar, por el estremecimiento de las tocas, la agitación de su seno, y por el ruido de los sollozos la angustia de su corazón.

El conde de los Notarios no sabía á qué atribuir el efecto producido por una nueva que debía serle tan grata, y mucho más viniendo acompañada de circunstancias tan lisonjeras á una persona enamorada. Guardaba silencio, como el respeto exigía; pero no era dueño de reprimir algún movimiento que el roce del arnés al punto revelaba.

—Id, don Gutierre—le dijo por fin doña Urraca con voz interrumpida por los gemidos—; id presto á salvar á ese desventurado y á su hijo, y no esquivéis ningún sacrificio por duro y costoso que os parezca para que consigan la libertad. ¡Libres! ¡Bermudo, Ramiro, Elvira... todos libres, amigo mío, y aun á costa de mi vida, y será un favor que nunca os podré premiar como merece!

—¿Y vos?

—¡Yo!—exclamó la Reina descubriendo su bello semblante encendido de lágrimas brillantes, y se quedó parada mirando fijamente á don Gutierre.

—Vos, señora—dijo éste casi conmovido—; vos no debéis ceder á nadie la gloria, el vivísimo placer de reparar una tan atroz injusticia, de castigar tan bárbaro crimen. Venid, señora, y abriréis la mazmorra de Bermudo...

—¡Ay!—clamó doña Urraca con un hondo gemido—. Yo no debo verlo jamás.

Y dejó caer otra vez la cabeza contra el respaldo del sitial, tapándose el rostro con la palma de las manos.

—¿Por qué, señora, por qué rehusáis ver el objeto más digno de vuestro amor?

—¡Por qué, don Gutierre! ¿No lo adivináis? ¡Porque me moriría de vergüenza si lo viese!—dijo la Reina con acento profundamente sentido y sin apartar las manos del semblante.

El conde se cruzó de brazos, frunció las cejas y guardó silencio.

—Bueno es el arrepentimiento—decía dentro de sí—, pero no llevado á tal extremo. Ahora, por evitar hasta la sombra de faltas anteriores, será capaz de dejar de hacer lo único bueno que habría hecho en toda su vida. Yo debía presentarle aquí á Bermudo, seguro de que ellos después se arreglarían; pero el alarife estará escuchando, y es preciso arrancar una respuesta definitiva.

—Ya sabéis mi resolución—añadió luego doña Urraca un poco más serena—: no os detengáis, por Dios; id á salvar esa familia, á quien he ama-

do tanto, y os repito que prefiero su libertad á mi vida, á permanecer un día más en el trono.

—Esas lágrimas, señora—repuso don Gutierre, —esa generosidad son capaces de borrar las mayores faltas, y mucho más cuando el bien de la patria lo exige. Descuidad acerca de la vida de don Bermudo, que ya se han tomado medidas para salvarle, y pensad únicamente en la dicha que os espera cuando lo veáis en vuestros brazos, cuando el obispo os ruegue que lo aceptéis por esposo, y nobles y plebeyos vengan á hincarse de rodillas delante de vos con la misma súplica.

—Conde de los Notarios, una mujer que se extravió, pero que ama noblemente, veo que todavía tiene más delicadeza que un hombre que no ha delinquido. ¿Queréis que después de lo pasado tienda yo mi mano á Bermudo de Moscoso, que no la aceptó cuando era más pura que los armijos de mi regio manto? ¿Queréis que sobre el hombre á quien amé desde mi niñez descargue el insoportable peso de mis propias faltas? No: las lágrimas podrán borrarlas de la memoria de Dios misericordioso, del mundo mismo, que suele olvidar, aunque no tiene misericordia; pero nunca, nunca lograrán desenclavarlas de mi corazón, y cuanto mayor sea el cariño que profese á Bermudo, más presente, más viva será la imagen de mis extravíos. ¡Oh! Gutierre, si jamás he podido pensar en él sin ruborizarme, ¿podré tenerle delante sin caer muerta á sus pies? No me repliquéis—añadió conteniendo con noble ademán al conde, que iba á mover los labios—. Vos discu-

rriréis muy bien como hombre de Estado, como consejero de un monarca: «No se ofende á nadie en casaros con Bermudo, el cual conviene á la nación; pues casaos.» Pero yo discurro como amante, como mujer arrepentida, y digo, sí, lo digo francamente: «Soy indigna de ese hombre, y no me casaré.» Los ojos de Bermudo son para mí como los ojos de la Divinidad: yo procuraré hacerme menos indigna de sus miradas.

—¿Y cómo, señora, de qué manera mejor que sacrificando vuestro bienestar por el de la patria?

—¿De qué manera? A vuestros consejos, á vuestra conciencia me abandono, don Gutierre. Decidme, por vida mía: si yo supiese que mañana mismo tenía que comparecer delante del tribunal de Dios, ¿qué debía hacer en el día de hoy?

—Llamar á un confesor.

—El confesor sois vos, don Gutierre: á la severidad de vuestro juicio me encomiendo. Escuchadme. Fundada en motivos de conveniencia, yo retengo un reino que pertenece en rigurosa justicia á mi hijo Alfonso...

—Devolvedselo.

—El conde de Lara y yo podemos disponer de nuestra mano...

Y doña Urraca quedó aguardando con ansia la respuesta.

—¿Qué me aconseja el confesor en esta hora suprema, en que es responsable de mi alma por toda una eternidad?

—Casaos con el padre de vuestros hijos—con-

testó el severo juez con un esfuerzo sublime y arrastrado por el amor á la justicia.

—Pues bien, conde; si mañana comparezco ante Bermudo de Moscoso, será sin la corona de Galicia en la cabeza y con un esposo á mi lado.

—Y en parte habréis salvado vuestra honra; pero habréis perdido del todo la nación—dijo gravemente don Gutierre.

La Reina pareció afligida al oír estas palabras, que le hicieron grande impresión, por salir de labios tan autorizados.

—¿Y no hay ningún medio para evitar tan peligrosos extremos?—preguntó luego con ansiedad.

—Sí; hay dos.

—¿Dos nada menos? Hablad, don Gutierre; bien sabéis con cuánto interés y respeto os escucho.

—El primero, señora, es muy sencillo: consiste en que pocos momentos antes de desposaros con el conde de Lara hagáis también renuncia del trono de León y de Castilla.

—¡Renunciar el trono!—exclamó doña Urraca perdiendo el color—. ¡Oh! ¡Eso es demasiado!

—Tenéis razón: es demasiado para vos, que ciñendo tres coronas no habéis reinado nunca.

—Y cuando veis que me desprendo de un reino...

—Desprendiéndoo de los dos restantes se evita el daño más grave que pudiera resultar de semejante paso: la desmembración de la monarquía.

—Confieso que no tengo valor para tanto—contestó sencillamente la Princesa—, y mucho más cuando todavía nos queda otro medio.

—¿Cuál?

—¿No habéis dicho que eran dos?

—Sí, señora; pero este segundo no está en vuestra mano, sino en la mía, y por eso me lo reservo.

—Don Gutierre—dijo la Reina resentida—, habéis principiado por reconciliaros conmigo, para acabar por ofenderme nuevamente.

—Sí, señora—respondió con toda gravedad el ricohombre—, y volveré á pedir á vuestra señoría perdón de mis ofensas, que serán las últimas que cometa contra vuestra grandeza.

Y se despidió de la Princesa aprovechándose de la perplejidad en que la tenían aquellas palabras.

Después de su marcha llamó Urraca al pontífice compostelano para consultarle en negocios tan graves y que tan de cerca la tocaban.

Los consejos de Gelmirez parecían el eco de los que al conde arrancó la fuerza de sus sentimientos de justicia.

—Nada—le dijo—, nada se opone á vuestra unión con Bermudo en el caso de que el conde de Trava nos declare terminantemente de qué defectos esenciales adoleció el primer matrimonio de su hermana bastarda; nada, ni aun la existencia del niño Hurtado, á quien no podéis legitimar. De consiguiente, si alcanzamos la salvación del ínclito cautivo, si contáis luego con la voluntad de un hombre que después de veinte años de mazmorra debe salir aborrecedor de sus semejantes, ó, como yo lo espero, compadecedor de

sus miserias, y superior á todos los halagos y vanidades del mundo, casaos; la patria ganará en ello. Pero el enlace con Lara será un acto más ejemplar, y más perfecto por lo mismo. Si va precedido de la entrega del reino de Galicia al Príncipe don Alfonso, nadie dudará de vuestro arrepentimiento. Con respecto de la abdicación completa nada me atrevo á decir, por lo mismo que yo, tan íntimo y deudo espiritual del Infante, puedo ser considerado como parcial. No lo soy, sin embargo, y en prueba de ello os diré que si el conde de Lara no es el varón fuerte llamado á sustentar el peso de dos coronas, un niño de doce años es fácil que perezca abrumado con las tres.

Calló el obispo, y contestó la Reina con gravedad:

— Extended la renuncia.

—¿De cuántos reinos?—preguntó Gelmirez tan sencillamente como si se tratase de un palmo de tierra.

La Reina tardó en responder algunos minutos, que fueron para ella de terrible conflicto.

—De uno—dijo por fin con apagado acento.

—Entonces la renuncia es excusada, y debe convertirse en una autorización para que vuestro hijo sea proclamado Rey de Galicia.

—Enhorabuena—exclamó la Reina encogiéndose de hombros—; siempre resultará que tengo un reino de menos.

El prelado escribió algunos renglones, que la Princesa firmó suspirando.

—Ya no dirá que soy injusta—murmuró con

cierta expresión de gozo al dejar la pluma—. Ahora, santísimo padre—añadió—, avisad al conde de Lara que al anochecer será esposo de la Reina de León y de Castilla.

Y repitiendo sus títulos anteriores, aquella mujer, naturalmente ambiciosa, quería hacerse ilusión de que nada había perdido.

Poco después de anochecido, el obispo de Santiago, revestido de pontificales, estaba aguardando en su misma capilla á la Reina y al conde don Pedro González de Lara.

Ningún amigo nuestro iba á ser testigo de la sagrada ceremonia. El conde de los Notarios y Gundesindo Gelmirez, gobernador de la ciudad, marchaban á la sazón con sus mesnadas al castillo de Altamira. Pelayo y Munima también se hallaban fuera, y mucho mejor ocupados, y maese Sisnando, desesperanzado de obtener por entonces el logro de sus deseos, se había retirado á descansar de las inútiles fatigas de los días anteriores, cavilando siempre en la reorganización de la hermandad. Tan sólo algunos canónigos, á quienes apenas conocemos más que de nombre, y otros caballeros que se han presentado tarde en nuestra crónica para que nos tomemos el trabajo de nombrarlos, presenciarían de orden de la Reina y del obispo el acto religioso y reparador con que terminaban los escándalos de la corte de Castilla.

Doña Urraca debía atravesar en litera el corto trecho que hay desde el monasterio al palacio, recibir las bendiciones nupciales y marchar ense-

guida á reforzar con su gente y animar con su presencia el ejército sitiador. Acaso en este plan se había propuesto otro fin que la delicadeza del lector puede adivinar. Mientras Bermudo gemía en el calabozo, ella no tenía reparo en celebrar aquella boda; pero sí en reposar un solo instante después hasta conseguir la libertad y restauración del respetado y querido ricohombre de Moscoso.

Tantos y tan magníficos planes vinieron abajo, sin embargo, por un solo accidente. Cerró la noche, y el conde de Lara no parecía. Cuando por Diego Gelmirez supo la resolución de la Reina, estuvo á punto de perder el juicio de puro regocijado; aquella boda era el blanco de sus deseos. Todo el día anduvo impaciente, desasosegado, anhelando por el feliz instante en que podría llamarse esposo de la Reina, Rey de Castilla y de León...

¿A qué debía atribuirse su ausencia en aquella hora?





CAPITULO IV

DE CÓMO Á LOS OJOS DE ATAULFO TORNÓSE BER-
MEJA EL AGUA DEL FOSO

LARA no pareció tampoco en el resto de la noche, y se cumplió entretanto el plazo fijado por el *Terrible* para la venganza.

Dos días habían transcurrido ya desde el casamiento, sacrilego siempre para Ataulfo, aunque tal vez fuese válido; dos días desde el ignorado encierro de Ramiro y de los apuros de Elvira de Trava; dos días que los amigos y favorecedores de los encarcelados perdieron lastimosamente, y que el richombre supo aprovechar, apercibiéndose para el asedio.

Ya hemos visto con qué blandura recibió á los mensajeros del obispo, permitiéndoles entrar en el alcázar, y despachándolos con toda aquella cortesía á que pudo doblegarse su ruda condición; no era esta mudanza hija de su reciente conversión á la causa del Príncipe, sino del deseo de ganar tiempo para mejor prepararse á la defensa del castillo. Dominaban en su espíritu dos ideas, al parecer opuestas, y que él sabía conciliar á maravilla: por

un lado, en su desesperación, le importaba poco morir; por otro, hacía los mayores esfuerzos para salvarse de manos de sus perseguidores; despreciando la vida no quería, sin embargo, ceder á nadie la satisfacción de ser instrumento de su muerte. Refinamientos de la envidia y del orgullo; pero de los actos más trascendentales del corazón humano, móviles suelen ser las sutilezas de pasiones.

Ya sabe el lector que si los nobles y ricos hombres se mostraban exigentes y soberbios con los monarcas, no era porque éstos fuesen todos tan débiles que sufriesen de buen grado sus pretensiones y arrogancia, sino porque los caballeros tenían vasallos y castillos inexpugnables, como el de Altamira, en qué apoyarlas.

Hizo excursiones el *Terrible* por la comarca, trayendo al alcázar rebaños, harina y todo género de bastimentos; llamó á las armas á sus mesnaderos; reparó la fortaleza; y como una de tantas precauciones de seguridad mandó cerrar aquel pequeño desaguadero de la mazmorra, que daba, según dijimos, á una roca de la colina. Con tales preparativos, con la solidez de las murallas, profundidad de los fosos y elevación de las torres, Ataulfo podía muy bien reírse de un cerco atropelladamente dispuesto en favor de una persona, cuya vida estaba pendiente de su voluntad.

Tranquilo respecto de la lucha material á que se veía arrastrado, no lo estaba acerca de las batallas que con su corazón y conciencia sostenía. Mil pequeñas circunstancias multiplicaban sus te-

rrores. La inexplicable desaparición de Ramiro, á quien no se encontraba en ninguna parte; el encierro de Gontroda, á quien suponía en la mazmorra de Bermudo; el descubrimiento y rápida circulación de todos sus crímenes, le tenían confundido.

Pero lo que más le atormentaba era el respeto que le infundía aquella mujer valerosa que, encerrada en un castillo dos días y dos noches, sin tener siquiera un rostro amigo á donde volver los ojos, había conseguido salvar la honra de su esposo contra las brutales asechanzas del hombre á quien todos obedecían como siervos en la comarca, y que veía venir sobre sí las fuerzas reunidas de la Reina, del obispo, de Castro y Lara, y tranquilamente se sonreía.

—¡Bendito seáis, Dios mío, en quien he puesto toda mi confianza!—exclamaba Elvira, de hinojos en su aposento—. Sólo á vos es debida la victoria que hasta ahora he conseguido sobre ese miserable que, ofendiéndome, os ofende. Vos, Señor, habéis sostenido mi corazón para que nó desfallezca al cruzar ese tormentoso piélago de amargura, cuyo término ni siquiera se vislumbra. Vos habéis mantenido mis párpados firmes dos días enteros, sin que la mano del sueño importuna, irresistible, se haya atrevido á cerrarlos un solo instante. Vos, sobre todo, gran Dios, habéis infundido al tirano tal veneración hacia mí, que no parece sino que me ve revestida de un rayo de vuestra gloria que le deslumbra; le habéis inspirado un amor, que es el escudo que me protege. Yo le

veo temblar en mi presencia, enmudecer con mis palabras... Hacedlas, Señor, tan eficaces, que lleguen á mudar su corazón: haced que arrepentido dé libertad á mi esposo y á mi hijo, y que aunque yo perezca no les quede duda de mi constancia; pues creo, Señor, que si en vida esta duda es capaz de darme cien veces la muerte, después de morir turbaría mi felicidad en el mismo cielo. ¡Oh, Señor!, perdonadme; no sé lo que digo. Ni yo merezco la dicha de los justos, ni esta es de tal condición que pueda alterarla nada. Pero, Señor, mi mayor castigo sería una mirada de recelo y desconfianza de mi desgraciado esposo.

Los sollozos y las lágrimas interrumpieron tan fervorosa oración, y la bastarda prosiguió luego de semejante manera:

—Hoy, Señor; os necesito más que nunca: hoy vence el plazo señalado para la muerte de los objetos más queridos de mi corazón: desde aquí estoy viendo la compuerta que ha de abrir paso á las aguas homicidas... ¡Dios mío!, nada hay imposible para vos: haced que hoy sea el día del triunfo de la inocencia y de la humillación del malvado. Y si no, dadme valor para ver morir á mi hijo y á mi esposo, para despreciar la vida, si he de conservarla á costa de mi envilecimiento.

Desde la reja en que se hallaba Elvira había visto entrar á los mensajeros del obispo, y desde allí arrojó el escrito en que pintaba su horrible situación: desde allí observó también los aprestos militares de Ataulfo, la llegada de los mesnaderos y de la vitualla. Todo indicaba la proximidad de un

asedio; y así fué, que no se maravilló de hallar aquella mañana coronadas las alturas del Oriente y Mediodía de guerreros que la noche anterior acampaban en los vecinos bosques.

Las alegres fogatas, cuyos vivos reflejos serpeaban en las inquietas armaduras; el confuso murmullo de la bulliciosa soldadesca, el continuo movimiento de los defensores del castillo, pudieron haber servido á la bastarda de nuncios ó precursores más inmediatos de tan fausto acontecimiento; pero temerosa de distraerse un solo instante en las horas de soledad, de tinieblas y reposo, lejos de asomarse á la ventana, permaneció toda la noche delante de la puerta del aposento, con el puñal en la mano, orando con el corazón, no con los labios, para que su mismo murmullo no encubriese rumores peligrosos.

La luz del sol, que alivia al enfermo, consuela al triste, da esperanza al cautivo, rejuvenece al anciano y alegre y restaura á toda la naturaleza, infundíale más confianza y le permitía permanecer en la reja, que, dominando la barbacana, dejábale ver, aunque de lejos, el campo de sus libertadores.

Poco á poco fueron éstos descendiendo de las posiciones que habían tomado, y llegaron al barranco donde moría la explanada. Elvira dejó de verlos por impedírselo la primera línea de fortificación; pero escuchó estrépito de trompetería que retumbó de valle en valle.

De las torres del alcázar salieron luego sonidos semejantes, y después quedó odo en silencio,

como si nadie hubiese alrededor y dentro del alcázar.

Rechinaron las cadenas del rastrillo, y crujió la puente levadiza echada para abrir paso á los farautes del ejército sitiador; y por el camino del segundo foso apareció un heraldo en cuya cota brillaban las armas reales. Precedíanle seis trompeteros con los roeles de oro en campo de gules del conde de Castro, y cerraban la comitiva cuatro escuderos con las armas de Compostela, todos á caballo y bizarramente aderezados, como la importancia del acto lo requería. Elvira, inteligente en la heráldica, al punto conoció que concurrían al cerco los soldados de la Reina y las mesnadas del conde de los Notarios y del obispo de Santiago, y que sin duda, para intimidar al *Terrible*, se había dispuesto que en el parlamento brillasen los escudos de los caudillos sitiadores.

Ataulfo, sin embargo, debió quedar intimidado, pero no intimidado, porque el rey de armas tornó á salir presuroso, con rostro altivo y miradas impacientes, como si acabase de oír alguna ofensa y ardiese en vivas ansias de vengarla. Tras él alzóse la puente, echóse el rastrillo, y las almenas de la barbacana al punto se vieron erizadas de arcos y ballestas, picas, chuzos, alabardas y otras armas propias para ofender de lejos al que se asomase á tiro, y rechazar al temerario que intentase el asalto.

Apareció luego el *Terrible* acompañado de sus feudatarios. Iba recorriendo todas las líneas de fortificación, y animaba á los suyos, diciéndoles

que defendían la causa de su dignidad, villanamente ultrajada por la Reina y el obispo, puestos de acuerdo tan sólo para perderle; que aquélla quería apoderarse de Elvira, cuya ruina había jurado desde los tiempos en que de ella anduvo celosa, y éste usurparle sus dominios para ensanchar los suyos.

Seguíale el sayón, su *ultima ratio*, su más concluyente argumento. Y más efecto hacía al parecer en los vasallos del *Terrible* la postrera razón que todas las anteriores; pues en el hacha de Martín hallaban tan funesto atractivo, que no apartaban de ella los ojos alucinados hasta perderla de vista.

Elvira notó, sin embargo, que no todos los villanos eran de condición tan asustadiza. Había un mozo, pequeño, sin pelo de barba, de rostro no muy limpio, pero vivo y hermoso; vestía tabardo de burriel y una especie de celada de alambre grueso que le bajaba desde la cabeza hasta el pecho, dejando descubierta la cara; sus armas ofensivas consistían en un cuchillo de monte, medio escondido debajo del ropón, y en una pica que manejaba con tanta viveza como soltura. Este tal, apenas vió alejarse al ricohombre y á su temido apéndice, se echó á reir con singular frescura; y como extrañasen los demás una risa tan intempestiva, él debió satisfacer su curiosidad hablándoles al oído con mucho misterio y animación. Qué era lo que les decía no podía adivinarlo Elvira; pero advirtió que sus palabras producían en todos grande impresión; que unos se apartaban de su lado furiosos, otros horrorizados; aquéllos con aire de incre-

dulidad, y estotros taciturnos y cabizbajos; que luego formaban entre sí corrillos en que se depar-tía muy quedo, pero acaloradamente, y que el villano barbilampiño no era el único que comunicaba el secreto, sino que le ayudaban en esta empresa sus mismos compañeros, de manera que á derecha é izquierda iba cundiendo la noticia, como chisme entre comadres.

La bastarda sacó entonces la cabeza más de lo que solía, para seguir con la vista aquel admirable progreso, cuando sintió que de abajo la llamaban á media voz.

—¿Señora? ¿Señora?

Volvió el rostro, y vió al mozuelo atrevidillo que tenía la frente alzada, la mano izquierda tras de la oreja para recoger las palabras que de la ventana descendiesen.

—¿Sois doña Elvira?—le preguntó el barbilucio con interés, pero sin soltar toda la voz.

—Elvira soy—respondió la dama con el mismo modo.

—¿No es verdad que estáis aquí presa?

—Sí.

—¿Que don Bermudo, vuestro legítimo esposo, el verdadero señor de Altamira, está preso también en este mismo castillo?

—¡Oh! ¡Sí, sí!

—¿Y que los sitiadores vienen á ponerlos en libertad?

—Sí—dijo Elvira—; yo les he pedido auxilio.

El villano se volvió luego á sus compañeros con un ademán que interpretó la dama de esta manera:

—¿Lo veis cómo no he mentado? ¿Estáis ya convencidos de que es verdad todo cuanto os he dicho?

Soldados tan de aluvión, naturalmente debían ser muy laxos en achaque de disciplina. Volvieron á formarse corrillos, los murmullos fueron tomando cuerpo, y acaso, acaso habría estallado una insurrección si en aquel punto las trompetas de uno y otro bando no hubiesen anunciado con vivos ecos el rompimiento de las hostilidades.

Cada cual volvió á su puesto, arrastrado del instinto de obediencia, que es el primer movimiento del que vive en servidumbre, y entonces se echó de menos al villano del tabardo y de las preguntas, que aprovechándose del desorden había desaparecido.

No escasos comentarios se habrían hecho de la misteriosa fuga del mozo desconocido, si una nube de flechas y bodoques, acompañada de gritos desahorados, no viniesen á recordar á los del castillo que tenían negocios más urgentes en que ocuparse. Los arqueros y ballesteros de la barbacana contestaron de igual modo, con flechas, bodoques y vocería; y desde aquel momento las preguntas y respuestas menudearon tanto, que no parecía sino que los proyectiles lanzados del campo, volvían al campo apenas tocaban en las murallas, como pelota manejada por diestros jugadores.

Cayó Elvira de rodillas en el mismo alféizar, pidiendo á Dios concediese presto la victoria á quien más fuese de su agrado, para que no se derramase la sangre inocente de tantos infelices que

peleaban en uno y otro bando, tan sólo por obedecer á sus señores. No pudo ver, de consiguiente, que generalizado el ataque, y pasado el primer ímpetu, los villanos, sabedores de los horribles secretos del alcázar, sin rebozo tornaron á murmurar de Ataulfo, y haciéndose remolones en sacar la cabeza por entre las almenas, decían: que viviendo como vivía don Bermudo de Moscoso, su único dueño y señor, era una insigne tontería y maldad dejarse matar por gentes que no traían otro afán que el de restituirle su libertad y sus estados. Al mismo tiempo que así platicaban, agachados, por supuesto, detrás de la barbacana, los sitiadores, que notaron la flojedad de la defensa, arremetieron por allí con lo más granado de sus fuerzas, arrastrando un puente de tablas que á prevención habían construído para atravesar el primer foso. Cuando llegaron á flor de agua alzaron la tablazón, dejándola caer de golpe sobre la orilla opuesta.

Gutierre Fernández atravesó el primero; cuatro escuderos le seguían con escalas, y en pos se precipitaron los más valientes con tal ímpetu, que estalló el puente con la violencia y pesadumbre. Castro empezaba á trepar entonces por una de las escaleras de mano, y al levantar la frente vió las almenas coronadas de partidarios decididos del *Terrible*, mandados por su principal caudillo.

En efecto, Ataulfo echó luego de ver la tibieza de la defensa en aquel punto, el más importante de todos desde que en él se fijó el enemigo para el asalto; acudió allí con un cuerpo de tropas de

refresco que se había reservado para semejante caso, y como al llegar viese la inacción, la cobardía, el abandono de los arqueros, como escuchase algunas excusas fundadas en la poca satisfacción que tenían de la causa que se les obligaba á defender, allí mismo hizo que Martín cortase la mano á los dos únicos que se habían atrevido á mover los labios.

La lección produjo el escarmiento: todos se lanzaron otra vez á la muralla, y mezclados los celosos con los escarmentados, rivalizaban en valor, los unos por adhesión, los otros por miedo. Ataulfo les animaba, sobre todo con su ejemplo. En pie sobre la barbacana ningún temor manifestaba en presentarse por blanco de todos los tiros. Con ambas manos sostenía y columpiaba una peña enorme, para dejarla caer á plomo sobre el conde de los Notarios, apenas hubiese llegado á la mitad de la escalera.

Don Gutierre, moleestado por los saetazos que de todo el lienzo y de los flancos le dirigían, sólo paraba mientes en aquel peñasco que tenía sobre la cabeza, y que de un momento á otro podía caer y aplastársela; subía impávido sin embargo, hasta que dando un brinco se trasladó á otra escala que sus escuderos acababan de arrimar, y trepó con la mayor agilidad al adarve, abriéndose paso con el hacha y colocándose frente á frente del *Terrible*, el cual un instante después arrojó la piedra con tal rabia y violencia, que dando en mitad del puente rompió la tablazón ya resentida, que en pedazos quedó flotando entre cadáveres y despo-

jos. No había medio de salvación para Castro y los que á la orilla opuesta del foso le habían seguido; pero sin hacer alto siquiera en aquel contratiempo, el caballero de los roeles se lanzó con el hacha levantada contra Ataulfo, que también lo esperaba con un arma y actitud iguales. No tenían más campo que el espesor de la muralla, cortado por las almenas, como dientes de sierra: á uno y otro lado un precipicio.

—¡Ataulfo! ¡Ataulfo!—gritó el conde antes de descargar el golpe—. Hemos sido amigos, vasallos de un mismo Rey, defensores de una causa; no derramemos más sangre; pon en libertad á tu hermano... y la Reina te dará más estados que tienes que devolver á Bermudo.

—¡Ataulfo! ¡Ataulfo! —dijo entonces una voz, trémula y femenil, desde la ventana—. Yo te ofrezco en su nombre perdón y olvido.

—¡Ella! ¡Ella otra vez en sus brazos!—murmuró el *Terrible*, que había quedado suspenso al escuchar á don Gutierre—. ¡Mentís, mentís!—gritó luego con rabia—. Mi hermano ha muerto. Habéis inventado esa patraña para usurpar las tierras de mi padre...

Una idea infernal, desesperada, cruzó entonces por su abrumada frente.

—Martín—tornó á clamar—: ¡á la compuerta, á la compuerta!

Y más veloz que su mismo pensamiento, el sa-yón puso las manos en el torno con que se alzaba la tabla que contenía las aguas del segundo foso.

Al mismo tiempo salió de la reja un grito agudo:

—¡Detente! ¡Detente!

—Elvira—exclamó el *Terrible* levantando los ojos—, desmentid á los malvados; decidles que libremente os habéis casado conmigo; que sois mía; que no dais crédito á las fábulas que han inventado.

—¡Detente, detente!—repetía la pobre bastarda, maltratándose la cara con la fuerza que hacía para sacar la cabeza por el enrejado de hierro.

—¡Desmentid á Gutierre de Castro que nos es-
cucha!

—¡Jamás! ¡Jamás! ¡No sois mi marido! ¡Rete-
néis á mi esposo en la prisión hace veinte años!

—¡Martín, Martín!—gritó el ricohombre hacien-
do un ademán significativo.

Y la compuerta se alzó dejando paso á las aguas del foso, que se precipitaron á la mazmorra con sonoro estruendo.

—¡Aquí mis lobeznos!—prosiguió—. ¡Guerra á muerte á los cobardes que quieren reemplazar el valor con la superchería!

Y dando un aullido cual rabioso lobo, lanzóse contra el conde de los Notarios, que en pie sobre el adarve estaba calculando friamente el daño que resultaba á sus contrarios de aquel diálogo in-moral y de aquella pantomima, que sólo á medias comprendía. Paró el hachazo con el escudo, y aunque el golpe le desconcertó la muñeca, lo de-
volvió con tal presteza y furia, que el *Terrible* cayó sin sentido en las almenas, y de allí habría rodado al suelo como un tronco si sus escuderos desde abajo no le hubiesen sostenido.

No tuvo tiempo don Gutierre de repetir el mandoble; allí estaban los más feroces y resueltos servidores del castillo, que al punto se dirigieron contra él. Ataulfo se levantó entretanto, medio aturdido y con el rostro ensangrentado, y cerró otra vez con su contrario, que, viéndose solo en la muralla y acosado por tantos enemigos, trató de volver á una de las escaleras.

Pero los defensores las habían derribado, después de dar muerte á cuantos iban asomando por ellas. No tuvo más remedio que descolgarse del muro con una mano, mientras con la otra se defendía, y dejarse caer al borde mismo del foso.

Allí fué recibido por uno de sus fieles escuderos, el único que quedaba con vida de los que atravesaron el foso para el asalto. Con las dos escalas derribadas había formado un nuevo puente, pero tan flexible y endeble, que más semejaba un columpio. Para premiar su celo, obligóle el conde á salvarse el primero, y el buen servidor pasó á gatas temeroso de caer al agua.

Más sereno don Gutierre no temió perder el equilibrio; siguióle de pie, saltando con firmeza de travesaño en travesaño, y eso que la escalera, tendida horizontalmente, azotaba el agua, cimbrándose con el peso y los brincos de un hombre tan robusto, cubierto de hierro; y eso que sobre él caían granizadas de saetas y pelotas con tal fuerza, que abollaban su armadura.

Cuando tocó en la opuesta margen, propios y extraños, amigos y enemigos, aplaudieron su valor y serenidad.

Con menos precipitación en el ataque, con un puente siquiera de repuesto, los sitiadores se habrían hecho dueños de la barbacana ó primera muralla del foso. Les sobró audacia y les faltó prudencia. Afortunadamente el arte de templar una con otra ambas virtudes, se aprende muchas veces en una lección, con tal que sea dura y costosa.

Gundesindo Gelmirez, por el opuesto lado, seguía destruyendo hábilmente las fuerzas de la guarnición con simuladas arremetidas, que á veces la ponían en aprieto; pero Castro ordenó la retirada general para dar algún descanso á los mesnaderos y tornar en seguida, si no más briosos, al menos mejor apercebidos.

En periódicos de la oposición leemos todos los días que hay victorias más funestas que una derrota. Ataulfo, que no era ministerial, debía conocerlo así. Había triunfado en el primer encuentro; pero su causa al triunfar quedó herida de muerte. Los enemigos se retiraban de los muros después de haber vomitado dentro el veneno de la discordia. Las declaraciones del heraldo, las murmuraciones del villano barbilampiño, las arengas de Gutierre Fernández de Castro y los gritos de la bastarda, habían hecho llegar la verdad á los oídos de los defensores del alcázar, y la verdad es pan del bueno y ponzoña del malvado, como el aceite que alimenta al hombre y mata á los reptiles.

No eran éstas, empero, las reflexiones que á la mente del *Terrible* se agolpaban á la sazón.

En pie, vuelta la espalda al campo enemigo, y recostado en las almenas, tenía los ojos fijos con

espanto en las aguas del foso, que lentamente se habían ido sumiendo y bajando, mientras pasaban los lances que acabamos de referir. Hacía un rato, sin embargo, que estaban inmóviles, como el rostro del hombre que las contemplaba.

La compuerta seguía alzada, y de consiguiente aquella inmovilidad era señal infalible de que la mazmorra estaba completamente inundada.

Ataulfo quedó asustado de su propia obra; no se atrevía á volver los ojos á ningún lado, ni andar un paso, ni á levantar la mano para enjugarse el frío sudor en que sus sienes estaban empapadas. No tenía más que un pensamiento: había dado muerte, no por justa causa, ni acción de guerra, ni en duelo autorizado, ni en castigo de un crimen, á su hermano y su nodriza; á su nodriza, que pocos días antes le desafió, diciéndole: «Mátame, mátame, y al expirar me despediré de ti... Adiós, hijo mío, adiós, hasta luego.»

Entonces creyó inevitable su muerte, y viéndose tan malo, tuvo miedo de morir. No daba un paso por no hundirse en el abismo; no alzaba la mano por no clavarse un puñal en el corazón; no volvía el rostro por no encontrarse con un asesino al lado, y permanecía fijo como una estatua, inmóvil y sombrío como una momia.

Pero de repente le pareció que las aguas del foso se agitaban, y con la sacudida perdían su color natural, tornándose rojas, encendidas, hasta convertirse en olas de sangre pura, hirviente y vaporosa, y que de la compuerta saltaron dos cadáveres, que luego flotaban en el foso: eran dos ancia-

nos de distinto sexo; ¡eran Bermudo y Gontroda! En pos venían otros, y todos ellos se levantaron y se dirigieron hacia él para agarrarle y sumegirle en aquellas ondas y saturarle de sangre. No le fué posible permanecer en aquel sitio; huyó Ataulfo; pero los cadáveres alargaban las manos á donde quiera que se detuviese. ¡Oh! ¡Qué angustia, qué ansiedad, qué tormento!

El ricohombre no pudo sufrir más y cayó desmayado al pie del adarve, de donde no se había movido.

—¡Ataulfo, Ataulfo, hijo mío, vuelve en tí!—le decía poco después una voz conocida.

Alzó los ojos el *Terrible* y lanzó un grito de pavor. No era ilusión de su fantasía, no era una vana sombra evocada por los remordimientos; era Gontroda, que le llamaba, que en sus brazos le tenía y enjugaba con sus manos secas, pero cariñosas, las gotas de sangre y de sudor que corrían por el desfigurado rostro de su hijo.

Al miedo de morir sucedió el estupor de la superstición; creyó entonces Ataulfo en el poder sobrenatural de aquella mujer, en virtud del cual se había salvado con Bermudo; y el miserable se alegró, no por tener un crimen menos sobre su conciencia, sino por apartar de sí la sentencia de muerte que le aterraba.

—¡Gontroda!—exclamó con voz desfallecida—. Dime si hay remedio para mí, dime...

—Ven, hijo mío, ven: haz lo que yo te diga, y no desconfíes de tu salvación.

El *Terrible* obedeció: bajó de la muralla condu-

cido del brazo por su madre, y al llegar á orillas del foso, junto á la compuerta, tropezó en un cadáver.

—¿Qué es esto?—gritó estremecido.

—Es tu cómplice, es el ministro de tus venganzas, es Martín, el sayón, que al acabar de alzar esa tabla ha muerto atravesado de una flecha, disparada por la hija de un antiguo escudero de Bermudo.

—¡Oh! ¡No hay remedio para mí!—contestó Ataulfo, echando á correr precipitadamente hacia el castillo, con la desesperación pintada en el semblante.

Gontroda tenía demasiados años para alcanzarle tan presto.





CAPÍTULO V

EN QUE SE REFIEREN LAS AVENTURAS DEL VILLANO
BARBILAMPIÑO, CON OTRAS COSAS

CUANDO la vieja nodriza se persuadió de que el paje del obispo, escondido en la torre de las prisiones, había caído en manos de Ataulfo, renovó la firme resolución de salvarlo á todo trance, por lo mismo que sus anteriores esfuerzos produjeron tan fatales resultados.

Poco ó nada podía hacer Gontroda dentro del alcázar, y para salir no titubeó en valerse de su prestigio con el vulgo y en aprovecharse de la ocasión que le brindaba el rastrillo levantado para los mensajeros del pontífice compostelano. Aparecióse repentina y misteriosamente cerca del puente levadizo, y llenó de temor al supersticioso centinela; pero acabó de alucinarle murmurando á su oído ciertas palabras árabes, griegas ó latinas, en lo cual aún no están conformes los autores, tan al alcance de quien las escuchaba, como de quien las profería.

Fuera ya del castillo, no le costó mucho trabajo encontrar un labriego de los alrededores, más

dispuesto al acarreo de brujas que al manejo de la ballesta, el cual la condujo á Santiago en una bestia, que el hombre suele nombrar con desprecio, quizá porque le debe más útiles y desinteresados servicios que á ninguna otra.

Gontroda podía dirigirse en la ciudad al obispo, á la Reina misma, segura de hallar buena acogida; prefirió, sin embargo, á Pelayo el mudo, y al arquitecto, escultor y alarife, que todo esto, y conspirador por añadidura, era Sisnando en una pieza.

Pelayo había vivido con la anciana bajo un mismo techo y servido á unos mismos señores, y mutuamente se confiaron importantísimos secretos. A los pocos días de la desaparición de Bermudo de Moscoso, sucedió la de su hijo. Pelayo achacaba al *Terrible* la muerte del primero. Gontroda conocía muy bien al autor del rapto del segundo: reuníanse los dos amigos en aquel tiempo con más frecuencia que nunca; se buscaban con afán y permanecían taciturnos, tristes y cavilosos; querían ambos desahogar su pecho aliviándole del peso que les oprimía; pero ninguno osaba ser el primero en romper el silencio. Por fin, media palabra que éste soltaba á fuerza de ruegos importunos, y media que aquél decía para animarle, solían coincidir perfectamente y formar una palabra entera, y por una palabra se adivina una frase, y á quien sabe una frase no hay más remedio que recitarle el discurso completo.

Gontroda se reservó, sin embargo, una parte del suyo. No tuvo inconveniente en descubrir que

Ataulfo abandonó en el bosque de Luparia al hijo del primogénito de Altamira, y que ella lo había salvado, aguardando oculta á que una persona de piadosas entrañas lo recogiera; pero jamás quiso confesar que conoció á la mujer que lo llevó en brazos. Este último secreto no era suyo: de él pendía la vida, la dicha de la criatura adoptada por padres tan honrados como Nuña y Pedro de Melid, y educada por el obispo de Compostela. El escudero no fué tan cuerdo como la nodriza, y ya sabemos que su imprudencia le costó la pérdida del habla.

No eran tan estrechas las relaciones de Gontroda con maese Sisnando, pero sí tan antiguas. Traían su origen de la época en que el alarife estuvo por primera vez en Altamira recomponiendo el castillo de orden de Ataulfo, antes de la supuesta muerte del hermano.

Verificóse la entrevista de tan humildes personajes en casa del mudo. Principió la vieja exponiendo los hechos con toda verdad y sencillez, procurando, no obstante, atenuar los cargos, que no podía menos de dirigir á su hijo, y terminó pidiendo el auxilio de sus amigos para sacar á los cautivos de la mazmorra. Grande impresión hicieron sus revelaciones, singularmente á Pelayo, que se encerró en una profunda inmovilidad que en él equivalía al silencio. Sisnando, más sereno, se encargó de contestar y de discurrir trazas para libertar á los presos sin ruido ni aparato, y sobre todo sin violencias ni amenazas, que podrían fácilmente dar fatales resultados.

Nadie más á propósito para llevar á cabo este pensamiento que las dos personas á quienes la vieja recurría: el arquitecto, conocedor á palmos del castillo, cuyas obras dirigía siempre, previsor y lleno de travesura para idear planes, y el mudo, inteligente y fiel para ejecutarlos, resuelto y decidido sobre todo á morir por su antiguo señor.

Por las explicaciones de la anciana al punto cayó maese Sisnando en la cuenta del sitio en que don Bermudo estaba encerrado.

—Ahora bien—dijo—; por deseos que tenga de serviros, amigos míos, yo no puedo hacer milagros; ni sé penetrar en las murallas como cuerpo glorioso, ni atravesar invisible por medio de centinelas; el castillo de Ataulfo carece de caminos subterráneos, de poternas y portillos en que otros abundan: la primera muralla, ó barbacana, tan sólo tiene una entrada, y esa defendida por cubos, foso, puente, rastrillo y guardias correspondientes.

—Vamos, maese—respondió la vieja—; cuando días pasados os pedí una llave para abrir la primera puerta de la torre, ninguna dificultad pusisteis, amigo mío, y como luego volviese por otra llave...

—Os la proporcioné tan pronto como la primera, y si en vez de ocultarme los motivos que teníais para andar registrando las entrañas de los calabozos, me hubieseis manifestado francamente que queríais llegar hasta la mazmorra, ya estaría don Bermudo de Moscoso harto de haber resucitado; pero callasteis, y yo me limité á daros lo que pedíais.

—Yo no podía manifestar mis sospechas sobre un punto tan delicado hasta que se convirtiesen en certidumbre. Pero ya que entonces malogramos la ocasión, no la desperdiciemos ahora.

—Es que entonces entrabais y salíais en el alcázar libremente; andabais por él sin el menor tropiezo, y ahora tenéis delante las pequeñas dificultades que acabo de mencionar.

—¿Conque si uno de nosotros llega á verse dentro del castillo?...—preguntó Gontroda.

—Yo le llevaré hasta el calabozo—respondió Sisnando.

—¿Tenéis todas las llaves?

—Tengo una sola, con la cual no hay puerta que no se abra en Altamira.

El mudo dió entonces un golpe en el hombro al alarife, como diciéndole: «Aquí estoy yo.»

—En efecto—prosiguió Sisnando—; tú no careces de maña y menos de puños, y tampoco te falta valor parra arrostrar los peligros á que te expones. Pero nos olvidamos de lo principal: ¿cómo entramos en el alcázar? Y tú sobre todo, con esa figura tan extraña, con esas barbas y ese rostro tan conocido, ¿cómo pretendes pasar el puente levadizo? Más fácilmente es, si estás desesperado, echarte de una muralla de cogote. Fuera de que es preciso decirlo todo: el que está en la mazmorra tiene la vida vendida si le cierran el desagadero del foso, y yo quiero que tú cuides de que siempre se conserve corriente, descubriéndolo á punto si lo cierran, en cuya operación no arriesgarás menos el pellejo que el que adentro vaya.

—¿Y no pudiera yo servir?—dijo Gontroda.

—Aun cuando á vuestras setenta y tantas navidades tuvieseis fuerza y memoria para acordaros de las puertas que habéis de atravesar, lo cual os explicaría yo en un plano, ¿cómo os disfrazáis de villano pechero, con armas ofensivas y defensivas, único medio que me ocurre para que un desconocido pueda entrar ahora fácilmente en Altamira?

Todos guardaron silencio no sabiendo cómo vencer aquella dificultad, cuando se presentó Munima, y Pelayo, adivinando sus intenciones, se estremeció al verla.

—¿Os parece—dijo la doncella, entre ruborosa y decidida—, os parece que yo podré contribuir á la obra generosa que estáis meditando?

—¡Cuerpo de tal!—exclamó el arquitecto—; si no porque da lástima sacrificar una tan linda muchacha...

El mudo al mismo tiempo le rechazó con gesto desabrido, temiendo dejarse arrebatarse de la ternura que le inspiraba la resolución de su hija.

—¡Los dos, padre mío!—repuso la doncella con una mirada tan tierna como profunda—; los dos solos, el padre y la hija. Cuando el criado no basta para hacer el bien de su amo, sus hijos le ayudan.

El anciano escudero no pudo contener sus lágrimas, y dándole un apretón de manos la presentó á maese Sisnando, con una expresión que quería decir: «Henos aquí prontos.»

Nuevo Abraham aceptó el sacrificio, aunque más débil que el antiguo patriarca, hizo algún esfuerzo para evitarlo,

Munima se enteró á fondo del compartimiento interior del castillo y principalmente del de la torre de las prisiones.

El alarife trazó una especie de plano, indicando el camino que debía seguir para llegar á la mazmorra, y la vieja le explicó la situación del aposento en que Elvira se hallaba custodiada.

Quedaba un solo punto por arreglar. ¿Qué hacían de los prisioneros una vez fuera del calabozo? Gontroda le indicó un paraje donde podía ocultarlos por algún tiempo; pero era menester abreviar este tiempo todo lo posible. La doncella se informó del ánimo en que la Reina estaba de asediar el castillo, y concibió un pensamiento que se guardó de revelar á nadie.

—No basta—decía entre sí—; no me basta exponer la vida para bajar á la prisión; después de libertar á los cautivos y ponerlos en el sitio que esa anciana ha señalado, tengo que ayudar á las tropas, que, según dice mi padre, no dejarán de acudir presto á sitiar el castillo. Para que el cerco sea menos prolongado, menester es que yo conspire y subleve la guarnición á favor del legítimo señor de Altamira. De lo contrario, á juzgar por el gesto del alarife cuando oye hablar del asedio, creo que los sitiadores deben tener pocas esperanzas de salirse con la suya.

Así pensaba la villana, cuya valentía y arrojo, siempre que se trataba del bien del paje su vecino, no ha debido olvidar el lector.

Aquella noche se pasó en preparativos para la empresa. Munima se disfrazó con la celada y ta-

bardo. Pelayo la dió su cuchillo de monte. También el buen escudero dejó sus hábitos de mendigo por el traje que gastaba cuando servía á Bermudo, y llevó un criado que le dió Sisnando con las herramientas necesarias para su empresa. Gontroda quedó en levantar la gente comarcana en favor de la justa causa, y en entrar cuando pudiese al castillo con ánimo de salvar á su hijo Ataulfo, única condición que de todos iba exigiendo.

Muy de madrugada salieron así pertrechados el padre y la hija, los cuales se separaron luego con las angustias que son de imaginar. ¡Ah! A no ser por la certidumbre de que nadie, nadie en el mundo osaría acometer tan descomunal empresa, ni llevarla á cabo con la resolución y acierto que Munima, ¡cómo Pelayo había de consentir en aquella separación, que tenía tantas probalidades de ser eternal!

No fué difícil al gentil villano del tabardo incorporarse en alguno de los grupos de mesnaderos que acudían al llamamiento del ricohombre. Una vez dentro del castillo considerábase feliz, por parecerle que tenía en la mano la salvación de los presos.

—Y si perezco —murmuraba—, ¿de qué manera mejor puedo morir que en servicio de mi señor?

Munima, por respeto de sí misma, no osaba decir *de mi amado*. Mas ¿qué importaba que lo dijese si así lo pensaba?

Pronto se persuadió de que nada podía conseguir durante el día; el alcázar estaba henchido de gente, la confusión era grande por todas par-

tes. Andaban los pecheros de aquí para allí como rebaño de cabras sin pastor: el hombre de instinto belicoso, de genio atrevido y deseoso de distinguirse de los demás, acudía á la barbacana, á las almenas más descubiertas, al sitio de más peligro; el tímido, el prudente ó desengañado, se refugiaba á la torre más alta, al patio más retirado. Todos hacían excesos en la comida y bebida; andaba el pan y el vino por los suelos. Ataulfo, que no contaba con la justicia de la causa para excitar el entusiasmo, artificialmente lo creaba con la profusión, la embriaguez y la crápula. Y para que se vea lo que es el hombre, los villanos degollaban sin tino sus propias reses, comían y bebían y celebraban la grandeza y prodigalidad del rico-hombre, que les hartaba con lo que acababa de robarles.

Complacíase tanto Munima en aquel desorden, como le habría desagradado la disciplina que no le permitiese salirse de las filas ni cambiar de posición á su antojo; no creyó prudente, sin embargo, sacar delante de todos una llave y abrir la puerta de la única torre en donde nadie penetraba. Aguardó, pues, á la noche para obrar á favor de las tinieblas, y aprovechó el tiempo en adquirir noticias acerca de Elvira, que seguía encerrada en la cámara de Constanza y custodiada por Gil Pérez; en repasar el plano del arquitecto, y en observar las disposiciones que tomaba el *Terrible* para la defensa. Era una de ellas el hacinar leña en los sótanos del alcázar, que estaban abiertos con este objeto, excepto el de la torre. De aquí de-

dujo la villana que los cálculos del alarife, acerca del lugar que los presos ocupaban, eran exactos.

Pero antes del anochecer llegó á sus oídos una noticia consternadora. El desaguadero de los fosos acababa de cerrarse, claro indicio de que la mazmorra iba á ser anegada. Verdad es que Pelayo tenía el encargo de desbaratar la obra; pero ¿podría conseguirlo?

En duda semejante, no tenía más remedio que observar los pasos de Ataulfo, y ver si intentaba levantar la compuerta; mas por dicha pudo sorprender un diálogo del ricohombre con el sayón, del cual dedujo Munima que hasta el siguiente día nada había que temer en este punto.

Llegó la noche tan deseada, la noche, que á todo trance debía aprovechar. Al villano que cogían los capitanes lo ponían de guardia, y no lo soltaban tan fácilmente. Munima, como puede suponerse, se guardó bien de colocarse al alcance de sus jefes. Situóse en el apartado patio de la torre de las prisiones; se acostó en los haces de leña y de paja que por allí estaban esparcidos, y cuando los párpados de sus camaradas cayeron abrumados con el doble peso del cansancio y del vino, se levantó despacio, y suavemente se dirigió á la puerta del torreón.

¡Oh! ¡Con qué alegría, turbada sin embargo por el temor, metió la llave maestra en la cerradura! ¡Con qué gozo sintió correr el pestillo! ¡Pero con qué terror, con qué mortal angustia observó que la puerta empujada dos ó tres veces violentamente no se movía!

Estaba asegurada por dentro con cerrojos, y era imposible entrar en la torre, á no ser por la puertecilla secreta de la cámara del *Terrible*, que ahora estaría en ella durmiendo, ó lo que era peor, desvelado por los remordimientos ó por los cuidados de un caudillo en vísperas de la batalla.

Munima se estremeció á la idea de intentarlo.

—¡Imposible! Sólo me resta el gozo de dar la vida por *él*—dijo con profundo desaliento, apartando la inútil llave de la cerradura.

Sumida en un estupor muy semejante á la desesperación, oyó la voz de los centinelas que gritaban:

—¡El enemigo! ¡El enemigo!

Esta voz encontró eco en todas partes: los adalides iban por cuadras, patios y corredores despertando á los villanos y repitiendo. ¡El enemigo! Y ¡el enemigo! era la primera palabra que el ballestero pronunciaba balbuciente, saliendo de su letargo. Dentro de poco se renovó la confusión acrecentada por el sobresalto, por las tinieblas y por la inquieta luz de efímeras antorchas.

Ataulfo descendió de su cuarto y salió á la barbacana para observar las fogatas de los sitiadores, objeto de la alarma, y tomar algunas disposiciones para el caso de que el alcázar fuese acometido aquella misma noche.

Al verle pasar el puente ocurrióle á Munima una idea atrevida.

—Esta es la ocasión—dijo para sí—; si me descubren me matan; pero si no, los salvo.

Y con impavidez y arrojo subió al aposento

principal, apartando desenfadadamente á los que la estorbaban.

—¡Plaza! ¡Atrás! ¡Atrás!—exclamaba poniendo la llave en la cerradura—. El señor me envía, y me ha dado la llave para entrar.

Así logró pasar á la temida habitación del *Terrible*. Allí tomó una de las lámparas que la iluminaban, abrió la puertecilla secreta, y ya dentro de la torre prosiguió su marcha con más sosiego, consultando á cada paso las líneas y puntos que el alarife había marcado en el camino. No tardó en llegar al dintel de la mazmorra, y uno por uno fué quebrando candados y barras, hasta que de un golpe abrió de par en par la ferrada puerta de rechinante quicio.

La doncella quiso dar un grito, pero no pudo; le faltó el aliento, sintióse rendida, postrada, y cayó en el umbral de rodillas, exclamando:

—¡Madre mía!

Gran rato transcurrió sin que pudiera moverse ni pronunciar una sola palabra: no había perdido, sin embargo, el uso de los sentidos; pero estaban como embotados: el corazón absorbía la vida de aquella mujer, que reunía la audacia varonil á la ternura más delicada.

—¡Ramiro! ¡Ramiro!—exclamó por fin asustada de su propio valor.

Pero las broncas paredes de la mazmorra no tuvieron siquiera un eco para repetir aquellos dulcísimos acentos.

—¡Ramiro! ¡Don Bermudo!—tornó á gritar con igual fortuna,

Tembló de nuevo, imaginándose que su socorro era tardío y que los presos habrían perecido. Sentía cierta repugnancia de entrar en el calabozo, hija quizá del pudor de que nunca se desprende una doncella, aun en medio de su mayor audacia; pero aquella idea desvaneció completamente sus temores. Saltó á la prisión, después de haber dejado la luz en el umbral, y volviendo á cogerla, fué recorriendo con ansiedad aquel pavoroso recinto, observándolo todo, y haciendo resonar de vez en cuando, pero siempre en vano, el nombre de aquellos á quienes buscaba.

No tardó en percibir señales evidentes de que la mazmorra estaba habitada; vió en los parajes más húmedos huellas de dos personas, una descalza y otra calzada de borceguíes de punta. Fígue-se el lector si Munima dejaría de hacer de estos indicios las aplicaciones convenientes. Descubrió el lecho de Bermudo, y una prenda por último, que le hizo exhalar un grito de sorpresa y de alegría. Era la gorra del paje: ¡era la obra de sus propias manos!

Reinaba, sin embargo, el más profundo silencio; ni rastro de sangre, ni huellas de otras personas, ni señales de desorden ó de violencia, nada aparecía. El conducto de las aguas cerrado, y en la parte más baja del piso, una especie de balsa que iba formando el agua detenida. Era evidente que los dos cautivos habían escapado; pero ¿cómo? ¿A dónde?

De repente sintió golpes de azadón ó pico en las entrañas de la tierra y por la parte del desagüero.

—Es mi padre—murmuró Munima—, mi padre, que estará trabajando para abrir el conducto.

Y aproximándose cuanto pudo á la pared, comenzó á dar voces llamando á Pelayo. Los golpes cesaron, como si los trabajadores temiesen haber sido sorprendidos. Pero Munima redoblaba sus gritos diciendo:

—¡Soy yo, Munima!... Proseguid, no tengáis miedo, y si queréis yo os ayudaré de aquí dentro; pero tened cuidado no entre de pronto el agua detenida; os advierto que los presos no están aquí.

Entonces percibió una voz que parecía salir de debajo de la balsa.

—¡Munima! ¡Munima!

—¡Ramiro! ¡Ramiro!—exclamó la doncella, que hubiera reconocido entre mil aquel acento querido, aunque saliese de las entrañas de la tierra. ¿Dónde estáis?

—Estamos aquí, en el desagadero, trabajando para abrirnos camino al campo. Tu padre nos ayuda por la parte de afuera, y un mozo nos instruye de todo cuanto pasa. Sí, nuestra salvación se asegura, gracias á vuestros generosos esfuerzos. Han llegado esta noche mil guerreros á redimirnos con su espada. Pelayo tiene ya quien le defienda y ayude en su trabajo. ¿Y mi madre? ¡Munima, dame noticias de mi madre!—decía con tierno acento el paje del obispo.

—Vuestra madre—respondió la doncella con cierta melancolía, al verse obligada á tratar tan

respetuosamente al hijo de su vecina—, vuestra madre continúa encerrada en el mismo aposento en que la dejasteis ha tres días, despreciando con heroico valor las intimidaciones y halagos de Ataulfo.

—Espera, Munima, hermana mía, espera: quiero que otra persona te escuche—dijo Gonzalo conmovido—. Repite ahora lo que me estabas contando—prosiguió algunos instantes después.

La hija de Pelayo comprendió que su voz era entonces invocada en testimonio de la fidelidad de la esposa de Bermudo, y se propuso ser tan extensa y explícita como la ocasión y el lugar se lo permitiesen.

Al mismo tiempo observó que el agua detenida cada vez iba á menos.

—Os decía—repitió la doncella—que vuestra noble madre todavía sigue lo mismo que cuando de ella os separasteis. Por Gontroda he sabido su execrable matrimonio, con mil circunstancias que acaso vos ignoréis, y tal vez os agrade escuchar.

—Sí, sí, Munima; todo cuanto quieras; para oírte bien he removido la piedra que cierra el conducto, y el agua va saliendo poco á poco por la abertura.

La joven aproximábase á la pared conforme el terreno se quedaba en seco, hasta que, por último, despreciando un pequeño charco que faltaba, llegó á situarse junto á la misma losa, á pocas pulgadas de distancia de su amante.

Así pudo referir todos los pormenores del enla-

ce de Elvira, y la absoluta ignorancia de ésta sobre la existencia de Bermudo; el descubrimiento de la confesión de Constanza, verificado pocos momentos después de la profanación de los ritos religiosos y debido á Gontroda, y el de la existencia del hijo de que también era deudora á la misma persona.

—¿Y qué vínculos unen á esa anciana con nosotros para otorgarnos tantos favores?—preguntó Ramiro.

—Ningún otro lazo sino el de la gratitud y el deber, á lo que creo. Ha sido siempre servidora de vuestra noble casa y nodriza de Ataulfo: supo en cierta ocasión que éste se había apoderado de un tierno niño, y que trataba de abandonarlo en un bosque, siéndole indiferente que fuese devorado por las fieras, consumido por el hambre ó recogido por cualquier persona que ignorase el nombre y procedencia de la pobre criatura. Gontroda fingióse cómplice del malvado por salvarla... por salvaros, Ramiro... Perdonad si os doy todavía este nombre, al cual estoy más acostumbrada: os guardó en su regazo hasta que vió venir á la difunta Nuña, que os recogió y crió como hijo propio. Jamás la buena nodriza quiso decir á nadie, y menos á don Ataulfo, que le había conocido, pero Dios permite que ahora todo se descubra y...

Munima calló, porque sintió la voz hermosa del paje que en tono de súplica se dirigía á don Bermudo, el cual le contestaba con acento cariñoso, pero bronco y firme:

Así transcurrieron algunos instantes, hasta que Ramiro tornó á dirigirse á su libertadora, diciéndole:

—Munima, yo quería entrar otra vez en el castillo y acudir al socorro de mi madre; pero tengo que obedecer á mi padre, que me ordena permanecer aquí por mil razones...

—Que yo sé apreciar mejor que vos, don Gonzalo.

—Munima, yo siempre soy el mismo para ti: á ti y á tu padre os debemos la vida... más que la vida... todo, todo cuanto vamos á gozar. ¡Munima, siempre soy tu vecino, tu hermano!

—¡El mismo! ¡Mi amigo, mi hermano!—repitió la doncella con un gesto de profunda tristeza, que no tuvo que reprimir en aquella soledad. Pero alzando la voz prosiguió como si nada hubiese oído:—Sí, vuestro padre tiene razón, don Gonzalo; vos nada podéis hacer dentro del alcázar en favor de doña Elvira: nada más que entregaros inútil y voluntariamente en manos de Ataulfo. No tengáis cuidado por ella: según noticias seguras que he recibido, firme y valerosa se hace respetar del bárbaro ricohombre, á quien los cielos, que velan en defensa de los oprimidos, han infundido una pasión, una idolatría que la sirve de escudo: salvaos vosotros, mis nobles señores; recobrad la libertad y acometed al frente de las tropas, y dejad á la Providencia el cuidado de la fiel esposa, de la tierna madre.

—¡Hija de mi leal escudero!—exclamó Bermudo con un acento ronco, pero trémulo de gozo—.

¡Magnánima doncella, la sabiduría habla por tu boca, y tus labios, como tus plantas, no se mueven sino para dar la vida! No te expongas á nuevos peligros: aquí en esta mina podrás salvarte, por aquí saldrás del alcázar. Acabaremos de apartar esta losa, que cubre la entrada de la galería que hemos labrado. ¡Harto has hecho ya por esta pobre familia de cautivos y desterrados! ¡Ven á salvarte, no sea que las aguas descieran súbitamente y quedes sumergida!

—¡Oh! No, no, don Bermudo; mi tarea no está concluída: he llegado á mitad del camino, y no debo detenerme hasta el fin de la jornada. ¿De qué sirve que los mesnaderos de la Reina y los del obispo asedien el castillo de Altamira? Sus esfuerzos y su furia nunca serán comparables á los del mar bravío, cuando se empeña en derrocar el negro peñón, que se burla siglos enteros de las olas espumosas: sus esfuerzos de nada servirán si yo con mi disfraz y mi llave no penetro en todas partes revelando los crímenes de Ataulfo, quitándole poder y autoridad, sublevando los ánimos en favor vuestro; es preciso, Ramiro, que yo haga por vuestra madre lo que vos no podéis hacer aquí encerrado.

—¡Munimal! ¡Munimal!—gritó el joven descendiente de los Moscosos—. No tengo palabras con qué manifestarte mi agradecimiento; pero si nos amas (Ramiro no se atrevió á valerse del singular), no expongas tu vida, que después de la de mi madre es la que más nos interesa.

—¡Adiós!—exclamó la doncella con el acento

del entusiasmo—. Las expresiones de gratitud que me habéis dirigido, don Bermudo... (también la villana sabía poner á sus sentimientos pantalla de palabras), acabarían de precipitarme á los mayores peligros, si hubiese menester de nuevo impulso. No os olvidéis de rogar al cielo que corone mis esperanzas. ¡Adiós!...

Pero antes miró á la losa que le separaba de su amado, como con deseos de estampar en ella un ósculo purísimo.

Un instante después ya se había ruborizado de aquel pensamiento apenas concebido, y se partió entre ufana y confusa.

—¿Conque ésta es aquella joven que el obispo y tu supuesta madre te habían escogido por esposa?—preguntó Bermudo á su hijo, que había quedado suspenso después de la marcha de Munima.

—Sí, señor—respondió el noble paje—; antes de presumir que yo fuese hijo de un ricohombre de Galicia.

—¿Tú, sin embargo, me has dicho que estuviste á punto de casarte con ella?

—Tan á punto, que si me descuido un poco en ver á la Reina, que fué la primera en concebir sospechas acerca de mi ilustre nacimiento, ya estoy desposado con una villana.

—Gonzalo—dijo gravemente Bermudo—, el ser nobles ó villanos no nos despoja de las cualidades de ser hombres, y las promesas que hayas hecho, las esperanzas legítimas que como Ramiro Pérez hayas infundido, debes satisfacer como Gonzalo de Moscoso. Así darás una prueba de que no

eres indigno de tu nuevo estado, y mucho más cuando la divina Providencia, á quien se lo debes, se vale de esas mismas personas para instrumento de sus beneficios. Pero no es tiempo, hijo mío, de pensar en esto; asegura bien esa piedra que cierra la comunicación con el calabozo, no sea que las aguas descendan con ímpetu y rompan el dique. ¿Por qué estás triste, Ramiro, cuando la hora de la libertad se acerca, cuando recibimos á cada paso tan visibles y eficaces socorros del cielo, como si él y no otro se hubiese encargado de nuestra salvación? ¿Oyes esos golpes que sordamente retumban en este hueco? ¡Ellos nos anuncian que Pelayo, mi escudero, y sus amigos siguen trabajando sin descanso hasta encontrarnos! Aquí encerrados en este angosto recinto para evitar la inundación, nos faltaba ya el aire vital, la luz se iba extinguendo, el alimento escaseaba y caíamos ya casi desfallecidos, cuando el Señor misericordioso encaminó á Pelayo, que abrió el conducto y dió entrada al aire puro que restauró nuestras fuerzas. Hicimos llegar á sus oídos nuestra voz, y hémos aquí contando los minutos que faltan para abrazarle. ¡Gonzalo!... ¿Esa tristeza no es una ofensa á Dios que nos colma de favores?

—¡Padre mío!—exclamó el paje —, tenéis razón; pero al considerar que mi madre sigue aún en las garras del lobo, expuesta á su capricho, á su venganza; ¡al considerar que Ataulfo acaso querrá desquitarse en ella de la mala suerte que va á tener con nosotros!...

—Ten confianza, hijo mío, en aquel que se ha

constituido en nuestro guía y amparo. Elvira es inocente y se salvará también.

—Sí, padre mío—repuso Gonzalo con tierno entusiasmo—; es inocente, es digna de vos, lo habéis dicho, y esa palabra me consuela y tranquiliza. Ahora vamos á continuar trabajando.

Dirigiéronse al extremo opuesto de la mina, que habían prolongado hacia la superficie de la roca.

—¡Hola! ¡Eh, señores cautivos!—dijo una persona de voz alegre y atiplada asomándose á la boca del conducto—. ¿Hay ánimo? Vamos, que no falta tanto como al principio. ¡Mejor estáis ahí que afuera!... Sabed que ha comenzado el ataque, y silban las flechas y bodoques como el viento en los pinares. ¡Adiós, adiós, que vuelvo á mi trabajo!...

—Aprisa, aprisa, padre mío—exclamó Gonzalo con impaciencia juvenil—; yo quiero salir á tomar parte en la gloriosa empresa de rescatar á mi madre y de vengar vuestros agravios. ¡Oh! Yo quiero asaltar esas murallas, entrar á sangre y fuego y...

—¡Gonzalo, Gonzalo!—respondió Bermudo—, calla por Dios; no acabes de traspasarme el corazón con tus palabras. Yo me separé del mundo y dejé al hombre combatiendo con el hombre, y torno al mundo en medio de un combate. ¡Y esto te excita el entusiasmo, eso te exalta y te vuelve el juicio... ¡Aprisa, aprisa, digo yo también! ¡A ver si llegamos á tiempo de impedir que se derrame una gota más de sangre!

El combate empero había cesado, cuando, dentro de la cueva que Pelayo y los trabajadores

abrieran aquella noche detrás de la roca, resonó un clamor vivo y profundo de alegría, y poco después el mudo salió lanzando gritos frenéticos con el anciano venerable en los hombros, y tomando el cauce abajo, no paró hasta llegar á la barranca, y allí en el suelo depositó su dulce carga.

No había un sitio más delicioso en las cercanías. Blando césped de menuda yerba, matizada de blancas margaritas, cubría la angosta pradera, que, partida por un arroyuelo, se extendía á lo largo de dos colinas, en la más alta y prolongada de las cuales descollaba el alcázar, bañado ya por la rosada luz del sol naciente y medio cubierto por el sombrío peñasco: las hayas, los robles y los olmos quebraban los rayos luminosos con su vistoso ramaje, coronado de las tiernas hojas de primavera, de un verde suave y lozano. A lo largo de la cañada, y por la parte del Mediodía, descubríase un horizonte lejano, un campo dilatado y ameno, donde la luz desplegaba toda la variedad y magnificencia de sus cambiantes y matices; el aura de la mañana recogía en sus alas el hálito de los ríos, el humo de las cabañas y del campamento, y agitaba con dulce susurro la hojarasca y los pendones y cimeras de los soldados: nada hacía recordar que una hora antes aquellos parajes eran teatro de matanza y desolación.

Bermudo de Moscoso no percibía á la sazón todas estas bellezas, que para él debían tener un encanto inexplicable. A la salida de la cueva abrió y cerró los ojos en un punto, y deslumbrado con el resplandeciente azul del firmamento, guardaba

escondida en su pecho aquella visión, aquel rayo celestial que debía bastarle para la felicidad de toda su vida.

Desprendido de los brazos del leal escudero, cayó de rodillas y se prosternó delante del sol, como un sacerdote del Oriente, y aunque siempre mantenía cerrados los ojos, gozaba nuevos placeres que inundaban de júbilo su corazón. El sentimiento religioso y el sentimiento de libertad, que penetran hasta la médula de nuestros huesos; las caricias del aura, la blandura del esponjoso césped, cubierto de rocío, y ese murmullo indefinible de la naturaleza, armónico agregado de mil voces distintas, todas sonoras y templadas por la distancia de donde llegan, y por la inmensidad del espacio en que se pierden, tenían como arrobado al pobre cautivo, que en aquel instante se consideraba indemnizado de todos sus padecimientos. Por fin, después de largo rato, abrió los ojos debajo del toldo de los árboles, y apenas podía sufrir aquella dulce claridad. A su lado estaba Gonzalo, el hijo de su amor, á quien abrazó entonces con la misma alegría que si lo viese por vez primera. Todos los demás, incluso Pelayo, por un sentimiento delicado y generoso, se habían escondido para no profanar con su presencia aquel espectáculo casi religioso.

Pero el corazón del hombre no se ha hecho para gozar mucho tiempo de una dicha tan pura: Bermudo, agobiado por el placer, perdió la casi imperceptible tinta de carmín que arrebolaba sus blancas mejillas, y con hondos gemidos cayó cadavé-

rico sobre el mullido césped, pronunciando el nombre de su hijo. La felicidad tiene también su asfixia como las flores.

Entonces salió un grito de entre los árboles, y apareció una mujer cubierta de negro manto y seguida de Pelayo y de algunos criados del obispo, los cuales cogieron al venerable anciano, y conducidos por la enlutada, llegaron á una choza situada detrás de la colina del Oriente, que la defendía hasta de las torres más elevadas de Altamira.

Era la cabaña de pobre y miserable aspecto; pero dentro había cuantas comodidades podían apetecer en aquella situación. Bermudo fué depositado en blando y aseado lecho, á cuya cabecera estaba esperando un clérigo docto en las ciencias entonces conocidas, y no extraño en el arte de curar. Ramiro al punto le conoció: era el canónigo Gerardo, autor de las Memorias del obispo.

Pero la mujer no se había limitado á tener prevenidos la cama y médico, sino las medicinas y los alimentos de que principalmente se debían sentir necesitados los cautivos. Como una madre tierna y cariñosa, todo lo preveía, y no estaba satisfecha si no lo preparaba todo con sus manos.

No es nuestro ánimo referir los medios de que ella y el sabio canónigo se valieron para volver á la vida al débil y desmayado ricohombre, ni su prudencia y solicitud para que la transición se verificara suave y apaciblemente, de manera que ya no fuesen temibles nuevos desmayos; diremos tan solamente que, tanto el anciano como el joven

Moscoso, hicieron varias preguntas acerca de aquella mujer misteriosa, sin obtener ninguna respuesta satisfactoria del canónigo y de Pelayo. Pero Ramiro, acordándose de un cierto mancebo de atiplada voz, que les hablaba por el conducto del subterráneo, anduvo buscándolo, y creyéndolo más suelto de lengua que el mudo, y aun que Gerardo, llevóle aparte y le dijo:

—Si mal no me acuerdo, tú eres aprendiz de maese Sisnando.

—Para serviros, señor; he venido aquí enviado por mi maestro como auxiliar del mudo, y he puesto en la empresa mis brazos y mis herramientas.

—Y también tu lengua, porque has tenido buen cuidado de ir dando noticias de todo, de manera que yo juzgué servías de intérprete á Pelayo. No tengo ahora ni un sueldo con que recompensar tu triple servicio; pero dime entretanto, así Dios te haga tan buen alarife como tu maestro, ¿quién es esta mujer que parece dueña de la cabaña, y que para morar en cabañas se me figura de modales un poco imperiosos y arrogantes?

—Eso es lo que no puedo deciros, señor caballero paje; preguntádselo al canónigo, pues que con él apareció.

—¡Hum!

—Y al mudo, única persona á quien dirige la palabra.

—¡A Pelayo!

—Excepto á mí, que apenas me ha dejado trabajar en toda la mañana. Sí, señor; dos ó tres ho

ras antes de amanecer, cuando os sentimos en el agujero, el mudo fué en busca de trabajadores, pues los dos solos no éramos suficientes para abriros paso: vinieron cuantos fueron menester, y muchos más por cierto, y los sobrantes se situaron cerca de nosotros para defendernos en caso de que los enemigos hiciesen alguna salida, y á poco llegó esta mujer cubierta así como veis, y se acercó á mí, mandándome que os hablase, que os dijese tal y cual cosa...

—¿Qué cosas?

—Esas vos las recordaréis; á mí se me han olvidado. Por mis labios ella os decía cuanto pasaba. ¡Ay, señor paje! Digo, señor caballero, ¡ese es mi sino! Yo no puedo hablar mucho; pero hablo siempre por boca de ganso: siempre digo cosas que para otro deben ser de mucha miga, y de las cuales me quedo en ayunas. No hace dos semanas que con ciertas *Ave Marías*...

—Pero en fin, esa mujer...

—Esa mujer no se apartó de ahí en toda la mañana, y de la cabaña á la roca y de la roca á la cabaña, andaba sin cesar disponiéndolo todo, y así temía á las flechas y pelotas-del castillo como si fuesen copos de nieve, y eso que trajo una vez dos saetas, nada menos, clavadas en el manto.

—Ya sé quién es—dijo Ramiro alejándose.

—Pues señor, está visto—se quedó murmurando el aprendiz—; mis palabras son siempre sustanciosas y significativas. ¡Si entendiese yo siquiera la mitad de lo que digo, era más sabio que Salomón!

Ramiro andaba poco después buscando por la choza á la mujer enlutada, y vió que acompañada del canónigo desaparecía por entre los árboles: corrió hacia ella tendiéndola los brazos y exclamando:

—¡Ah! Señora, os he conocido al fin: no os libraréis de nuestro eterno agradecimiento...

—Silencio—contestó la mujer—; vuelve atrás, y si algo tienes que agradecerme, por única recompensa te pido que nunca reveles mi nombre á Bermudo de Moscoso. Jamás debe saber que lo ha visto la Reina de Castilla.





CAPITULO VI

CÓMO ATAULFO DE MOSCOSO CUMPLIÓ AL CONDE PEDRO FROILAZ CIERTA PALABRA, LO CUAL SE ACLARA Y SE DEMUESTRA EN EL CAPÍTULO SIGUIENTE.

HABÍASE divulgado para entonces en el campamento la huida de los cautivos; pero Gutierre Fernández de Castro, ocupado en los preparativos para un segundo ataque, y en recibir ciertos importantes mensajes que á cada paso le llegaban del camino de Lugo, fué el último en saber tan gratas nuevas, que á nadie menos que á él debían sorprender, si recordaba las palabras del supuesto padre Prudencio en el monasterio de San Martín de Pinario.

Sorprendiéronle no obstante, y si ha de valer la verdad, también le mortificaron un poco. No porque en su noble, aunque duro, corazón cupiese la envidia; no porque le pesara de la libertad de aquellos por quienes generosamente exponía la vida y el honor de sus armas, sino porque habría preferido en igualdad de circunstancias, romper con su hacha las puertas del calabozo y dar la

mano á los encarcelados al sacarlos de la mazmorra.

Este primer sentimiento del guerrero cedió luego al sincero anhelo del amigo por abrazar al infortunado ricohombre de Altamira. Mientras se disponía en su tienda de campaña para dirigirse á la choza de Bermudo, escuchó algunos pormenores de la escapada, y dando por autores de ella á los emisarios de Sisnando, no pudo menos de admirar en el fondo de su alma el gran poder de aquella hermandad de conjurados, que con tan pocas personas había obtenido lo que él quizá con todo su ejército no hubiera logrado. De aquí volvió, naturalmente, á tropezar con su pensamiento de reunir todas las fuerzas desparramadas de la nación, elevando á Bermudo al regio tálam, y consolidando la castellana monarquía con un Rey digno y por todos los bandos aclamado.

Armado ya de todas armas, y acompañado de los nobles adalides y de la muchedumbre de las aldeas vecinas, que Gontroda había levantado con su palabra revelando los crímenes del *Terrible*, enderezó sus pasos el conde de los Notarios hacia la cabaña, y mientras llegaba discurría de semejante manera:

--Es preciso hacer que Bermudo de Moscoso acepte la mano de la Reina, porque lo que es de los escrúpulos de ésta me parece que hemos dado buena cuenta. ¡Que vaya, que vaya don Pedro de Lara con sus ínfulas de grandeza y de conde por *la gracia de Dios*, con sus vergonzosos derechos de padre de niños *hurtados*, que vaya á sentarse

en el trono de Castilla! Fuerte golpe ha sido, pero no me arrepiento; tal y tan duro lo exigía lo apretado del lance. Lara no es, no puede ser, no será nunca marido de la Reina, y la Reina es libre después de haber cumplido como cristiana, pres-tándose á dar la mano de esposa á un hombre á quien ya no amaba. No nos costará mucho inclinarla hacia Bermudo. ¿Qué ha de costar, si es el único á quien ha querido de veras? ¿No fuera bueno, sin embargo, que se empeñara en ser constante en su último propósito, sólo porque la mudanza es ahora conveniente y provechosa?

Y al decir estas palabras dentro de sí, Gutierre se sonreía meneando la cabeza entre ceñudo y regocijado.

—Demos por sentado—proseguía— que no hay por este lado grandes asperezas que allanar. Vamos á ver por otro. El obispo, que sabía mi impaciencia por ver aclarada la nulidad del matrimonio de Bermudo y la bastarda, ha mandado á decirme que el conde de Trava ha respondido, prometiendo acelerar su viaje á Compostela y satisfacer de viva voz todas las dudas que se nos ofrezcan. Esto no es nada y es todo. Algún fin oculto puede llevar en este silencio, en estas dilatorias; pero si el casamiento fué válido, ¿qué le costaba al conde haberlo declarado así desde luego? ¡Oh! ¡Todo es que Bermudo quiera; todo es que penetrado de las necesidades del reino, que yo trataré de exponerle vivamente, de la voluntad de los nobles y de las aclamaciones de los peche-ros, manifieste el más pequeño deseo de empuñar

el duro cetro!... ¡Todo es que le haya quedado una leve chispa de ambición, que de mi cuenta corre soplar y atizar y hacer revivir el fuego y levantar un incendio!

Con tales pensamientos llegó á la choza, y dejando á la puerta el numeroso y brillante séquito de adalides, traspasó solo el umbral, donde fué recibido por Gonzalo y el mudo. Al verlos no pudo menos de sonreirse, y dirigiéndose al último le dijo afable:

—Destinado estás, Pelayo, á salvar en todas ocasiones al paje del obispo. Yo voy alternando: unas veces conspiro contra su vida, tan torpemente, que encargo la ejecución al padre de su amada, y le obligo á brindar por su futuro yerno; otras expongo con gusto el pellejo porque el *Terrible* no haga del suyo una criba. Pero si mis esfuerzos de antes fueron impotentes, no lo son menos los de ahora: amigos más constantes y venturosos se han adelantado. Está visto, Ramiro—prosiguió dirigiéndose á éste con el mismo aire de ligereza y de superioridad—; está visto: ni sirvo para matarte, ni para darte la vida, acaso porque no serví jamás para entenderme con rebeldes y conspiradores. Y entiéndame quien me entienda.

—Todavía os queda un campo para la fortuna y para la gloria—respondió el mancebo—; todavía podéis mostráros tal como sois, severo, noble y generoso; mi pobre madre sigue en poder del tirano... ¡libertadla! Ataulfo vive en el castillo que nos usurpa... ¡vengadnos!

—¡Tu madre... tu madre!—contestó el de Cas-

tro con alguna frialdad—. Tienes razón; ahora lo pensaremos. En cuanto á vengaros y á desalojar del alcázar á don Ataulfo, el honor de mis armas está en ello comprometido.

—Don Gutierre, un favor os pido aún: en el primer asalto habéis sido el único que ha puesto el pie en las almenas enemigas; permitidme acompañaros en el segundo, y no me apartaré de vos un solo paso, aunque trepéis al adarve de la torre más elevada.

—¡Hola! ¡Hola!—contestó el conde en tono chan-cero—. No me fiaría en llevar detrás en un asalto galanes á quienes he regalado con cierto lecho de tablas, y cuya existencia he creído, y aun quizá siga creyendo, incompatible con la tranquilidad del Estado.

—Y si no queréis llevarme detrás, ¿qué inconveniente tenéis en que vaya delante?—contestó Gonzalo con prontitud.

—¡Bravo mancebo! Venga esa mano—repuso Castro con franqueza caballeresca—. A donde quiera iré muy honrado contigo. En pago de tu confianza, te juro no quitarme el capacete hasta hacer á tu padre dueño del castillo. Pero llévame, llévame á los brazos del noble y desventurado caballero, flor de la bizarría y espejo de los donceles de Castilla; y mientras con él arreglo el plan del nuevo combate, escoge de mis arneses las piezas que mejor te vengan, para no entrar en la lid vestido de lana como un villano.

Un tabique dividía la cabaña en dos habitaciones, aunque mezquinas, en la última de las cua-

les estaba el ricohombre de Altamira. Al verle don Gutierre tan flaco y extenuado, cubierto de harapos y el cabello blanco, tendido y desgredado, en vez de arrojarle á su seno, retrocedió entre suspenso, irritado y compadecido.

—¡Don Bermudo!— exclamó—. ¿Sois vos? No puede ser... ¡Ataulfo, Ataulfo! ¡Villano! ¡Infame fraticida!... ¿Sois don Bermudo de Moscoso?

Y como el anciano, no menos atónito de las impetuosas exclamaciones de aquel desconocido, tardase en responderle, prosiguió el caballero diciéndose á sí propio:

—¡Oh! ¿Quién es el loco que intenta hacer un monarca de un cadáver?

Y le cayó un velo de tristeza, que súbitamente nubló su rostro.

—Yo soy—contestó entretanto el cautivo—; yo soy, ó por mejor decir, yo he sido ese Bermudo por quien venís preguntando. ¿Y vos, caballero?...

—¿No os acordáis de haberme visto pelear á vuestro lado bajo las banderas del Rey don Alfonso VI? ¿No conocéis á Gutierre, hijo de Fernando de Castro?

—¡Gutierre, Gutierre! Sí, ya recuerdo... Venid á mis brazos, amigo mío: ¡cuán pocos años os llevaba entonces, en comparación de los que ahora parezco llevaros! Soy extranjero en mi patria, huésped en mis hogares, anciano entre mis compañeros, extraño entre mis amigos. No me pasmo de ser para todos desconocido: á mí sólo me conocen las cadenas, los calabozos, las tribulaciones. La alegría, el contento, parece que en mi pecho

se albergan como huéspedes mal contentadizos.

Ni en estas palabras de Bermudo había grande amargura, ni en el abrazo que dió á su amigo y libertador un extraordinario afecto y regocijo: aquella alma parecía curada ya de grandes impresiones, después de las terribles y profundas de dolor y de placer que había recibido, como las ondas dormidas de la laguna Estigia, que ni se hinchaban en tumulto con la tempestad, ni se rizaban dóciles á las caricias del aura.

—Don Bermudo—repuso el conde queriendo tentar su ambición, y asiendo una de sus yertas manos—, don Bermudo, todavía respiráis el aire del sepulcro; pero luego que esos miasmas se disipen, renovaréis, no sólo vuestras amistades, sino vuestros antiguos hábitos y aficiones. Recobramos el alcázar y todos los dominios que os pertenecen; seréis ricohombre de Altamira; volveréis á la corte de León y de Castilla, donde hallaréis personas que no os han olvidado. Mientras se robustece vuestro brazo para esgrimir el acero, ilustraréis la conciencia de los príncipes y nobles poderosos con sanos y prudentes consejos, de que tan menesterosos nos hallamos. Sí, don Bermudo: para la Reina seréis un oráculo, para los ricos-hombres el verdadero monarca, hasta que llegue el día en que un varón digno de este nombre ocupe el trono castellano. ¿Os sonreís, Moscoso? ¿Dudáis, por ventura, si no de la sinceridad de mis palabras, del logro de mis esperanzas y promesas? Venid, asomaos á la ventana; mirad esa inmensa muchedumbre ansiosa de veros y de

vengaros. Ha bastado que una vieja decrepita haya revelado vuestra existencia y denunciado la usurpación de Ataulfo, para que toda la comarca se conmueva y se despueble para venir á salvaros.

—¡Ah!, don Gutierre—contestó el anciano—, en el alma os agradezco ese interés que me mostráis; pero un rayo de sol es máspreciado de mí que todos los alcázares y tesoros de la tierra. Veinte años he vivido en una mazmorra, porque tenía algunos más privilegios y riquezas, alguna mayor nombradía que otros hombres; no pueden alucinarme ya distinciones que tan sólo acarrean persecuciones y desdichas. Y si no tuviese un heredero, si ese castillo me perteneciese exclusivamente, le volvería la espalda con la mayor indiferencia, y donde quiera hallaría lo poco que necesito para vivir.

El tono tranquilo, dulce y poco variado con que fueron pronunciadas estas razones, ninguna esperanza dejaron á Fernández de Castro de reanimar un corazón yerto, inaccesible á las ilusiones mundanales; pero como le pareció ver un pequeño resquicio de debilidad en el amor filial, por allí trató de introducirse.

—Sí—le contestó—; conquistaremos el castillo para vos y para vuestros sucesores, y la venganza (no quiero darle este nombre), la más severa justicia caerá sobre el opresor inicuo que lo ha usurpado. La justicia no es una palabra inventada para intimidar á los pequeños; del Rey abajo debe alcanzar á todos; en mi mano ha puesto doña

Urraca la espada de la ley, y la espada de la ley llega en mi mano á nobles y plebeyos, sin que sirva de escudo la soberbia del que presume más que el monarca. Lo sabréis algún día; no será don Ataulfo el primer ricohombre á quien el conde de los Notarios ha castigado. Aquí están mis vasallos, aquí los del obispo de Compostela, aquí los de la Reina, á cuyo celo, á cuyo obstinado afecto sois en gran parte deudor de vuestra libertad. No tengáis duda; la justicia se cumplirá, y vuestra restauración será completa.

—Si mi restauración, si la de mi hijo, ha de costar la vida del último vasallo, desde ahora os ruego que no deis un paso más; creedme, mis estados no valen una gota de sangre.

—Pero es imposible—dijo el conde, que no esperaba semejante salida—, es imposible recobrarlos de otro modo que á viva fuerza.

—A Gonzalo y á mí no nos será imposible vivir sin ellos.

—¿Y vuestra esposa?—replicó Gutierre, que en último apuro echaba mano de un recurso á que no hubiera querido tocar—. ¿Os habéis olvidado de ella?... ¿La dejáis abandonada?

—No permita Dios—contestó Bermudo—que en la libertad me olvide nunca de los que gimen en cautiverio. ¡Ay! ¡Harto he tenido presente á la pobre Elvira, y desde que he sabido su horrible estado, no he dejado de ofrecer á Dios por ella el sacrificio de mi vida, de mi felicidad! Estas palabras no son estériles, ni vacías de sentido: me presentaré á don Ataulfo, le pediré de rodillas por

ella, le ofreceré el perdón en su nombre, y si necesario fuese para redimirla me quedaré cautivo y tornaré á la mazmorra.

—Eso jamás pudiera yo consentirlo: mi honor está interesado en no admitir capitulación ninguna, en entrar á sangre y fuego, si el tirano no se rinde á discreción. Aunque desistieseis de toda pretensión y renunciaseis todos vuestros derechos, Gutierre Fernández de Castro, después de haber disparado la primera flecha, tiene que entrar en el alcázar de grado ó por fuerza, ó por los adarves, ó por la puente. Pero no insisto más, sois caballero y ya me habréis comprendido.

—¡Oh, de cuántas caballerías cura un encierro de veinte años, amigo mío! Aguardad, aguardad, sin embargo—dijo Moscoso como súbitamente herido de una idea—; aún voy á ser caudillo, aún voy á presentaros un plan de batalla.

—Veamos —contestó Gutierre con la misma alegría que una madre al observar la sonrisa del niño que despierta de sospechoso letargo.

—Nada adelantáis con asaltar otra vez con mayor ímpetu, ni repetir los ataques con redoblada furia: podéis hacerme dueño del castillo; pero no de Elvira, cuya vida pende del capricho de ese desgraciado.

—Pero Elvira... Quizá...

El conde de los Notarios se detuvo. Iba á manifestar sus dudas acerca de la validez del matrimonio de Bermudo y la bastarda; pero reflexionó al momento que no debía tocar este punto hasta hallarse enterado á fondo de los hechos, acerca de

los cuales sólo podía hablar con seguridad el conde de Trava. Por otra parte, desesperanzado ya de hacer revivir en el pecho del cautivo la llama de la ambición, poco le importaba que su proyecto tropezase con un imposible.

—Dios ha hecho—prosiguió el anciano—que Elvira haya sido hasta ahora respetada. Dios ha hecho que una persona valerosa y fuerte pudiese entrar á socorrerla. Esta misma persona está conspirando en Altamira á favor nuestro, revelando á los pecheros la existencia de su verdadero señor...

—Eso no va tan mal, amigo mío; los trabajos del tal conspirador, que desde ahora lo califico y reputo por hombre de un valor á toda prueba, quizá han comenzado á dar su fruto, pues en el primer ataque pude yo llegar al pie de la muralla sin ser molestado de un flechazo siquiera. Así pudiéramos introducir otros cuantos atrevidos que auxiliasen á ese valiente...

—Es una mujer, don Gutierre, la que tal concepto os merece.

—¿Gontroda, por ventura? Si es la vieja, heme equivocado en atribuirle el mérito de aquel recibimiento, pues la he visto entrar después del asalto.

—No; es una tierna doncella; es Munima, hija de Pelayo mi escudero.

—¡Pardiez! ¡Raza de valientes y de leales es la del mudo!

—Pero como esa doncella, podéis introducir en el corazón del alcázar, en la torre más robusta y central, todo un ejército, si os place.

—¡Sí me place!—exclamó el de Castro—. ¿Podéis dudarlo? ¿Pero cómo?...

—Nada más fácil. Por donde Gonzalo y yo hemos salido, me parece que pueden entrar cuantos sean menester... bien provistos de antorchas y de hachas y palancas de hierro, para derribar algunas puertas.

—¡Excelente idea!

—Apoderados de la torre de las prisiones...

—Arremetemos nosotros, espada en mano, por la muralla...

—No: me presento yo á las puertas del castillo, agitando un blanco lienzo en señal de paz; llamo á don Ataulfo, le declaro su desesperada situación, y le ofrezco el perdón si abandona el alcázar y me entrega mi esposa. Creedme, amigo mío; dueños de la torre, persuadidos los mesnaderos de que yo soy su legítimo y natural señor, acaso allí mismo me reconozcan y proclamen, y nuestra restauración, como vos la llamáis, se verificará sin necesidad de armar una ballesta.

—Tal ponéis las cosas, don Bermudo, que... Pero lo que yo encuentro enteramente inútil, es el perdón que le ofrecéis, cuando no tiene más remedio que caer en nuestras manos.

—Inútil no será para el sosiego de mi conciencia, para mi dicha futura.

—La justicia de Dios debe cumplirse, sin embargo—replicó el de Castro insistiendo en su propósito.

—Se cumplirá, no lo dudéis, y será tanto más completa cuanto menos la compliquéis con venganza humana,

El plan de Bermudo era inmejorable, pues si del todo no evitaba el derramamiento de sangre, como su autor se complacía en creer piadosamente, exigíala menos que ningún otro. Así le pareció á Gutierre de Castro cuando se asomó con el venerable cautivo á la puerta de la cabaña, alrededor de la cual se habían apiñado, no sólo los nobles adalides, sino turbas de guerreros, de mujeres, ancianos y niños, que ansiaban por contemplar al noble y afamado caballero, santificado por tantos años de infortunio.

Cuando vieron á la luz del día aquel rostro pálido y macerado, aquellos ojos llenos de bondad, aunque sepultados en dos azuladas cavernas; aquel cabello blanco y desparcido que resaltaba sobre la túnica, como la espuma que dejan las olas cuando se estrellan contra el negro peñasco de la orilla, salió de todos los labios un alarido, un gemido, un murmullo inefable de amor, de simpatía, al que sucedieron luego gritos tremendos de indignación y de venganza.

Los más próximos cayeron de hinojos delante de aquel mártir, y los más lejanos empujaban á los primeros con el ansia de examinar de cerca, de palpar al preso, de manifestarle individualmente su cariño y su indignación, y de recoger las palabras que salían de sus labios.

El conde de los Notarios dispuso que Bermudo cabalgara en un manso palafrén para evitar que fuese atropellado y facilitar su aspecto á la muchedumbre, en cuya operación Pelayo el mudo volvió á desempeñar sus antiguas funciones de escu-

dero; en seguida se acomodó en su jaco detrás de su señor, ufano por las vivas demostraciones de que era objeto.

Gonzalo había tomado el mando de unos cien hombres escogidos, que le siguieron al subterráneo por disposición de su padre y del conde don Gutierre. A éste último le pidió una bandera.

—La enseña de Castro—le dijo—será la primera que ondee sobre las torres de Altamira.

—Cada vez me persuado más—respondió el juez—de lo acertado que anduve en apartaros del lado de la Reina: sobre galán, valiente, y sobre valiente, generoso y delicado... Al punto barrunté yo que habíais de ser muy temible.

Como la mazmorra estaba para entonces inundada, la primera operación del mancebo fué romper el dique y desaguarla completamente. Mas no tratamos de referir ahora las aventuras del hijo, sino las del padre, y eso que, todo bien considerado, nos tiene más cuenta dejarlos absolutamente iguales, abandonando á entrambos por algunos momentos.

Entremos en el alcázar, que ya podemos hacerlo sin atravesar minas ocultas, sin mover el puente ni quebrantar siquiera regla ninguna del arte, pues el buen Aristóteles, al recetar las famosas unidades, no se acordó. ¡Dios se lo premie! de nosotros los pobres cronistas. Hémos aquí en el patio principal, triste y sombrío, con sus dos torreonnes que se elevan uno enfrente del otro y le roban hasta los rayos del sol de mediodía. Por entre las pequeñas columnas bizantinas del claus-

tro bajo, se ve el anchuroso y negro zaguán abovedado, en cuyo fondo aparece la puerta, y tras ella, en último término, iluminadas y destacándose con sombras vigorosas, las almenas de la barbacana, coronadas de centinelas, inmóviles como estatuas de una balaustrada, y el enrejado del rastillo y los postes y cadenas del puente levadizo.

Para nadie eran un misterio los crímenes de Ataulfo. Después de las revelaciones de Munima, confirmadas por la bastarda, muchos villanos le vieron en pie, recostado contra el muro, contemplando con aire de estupor el descenso del foso, sin reparar en el cadáver del sayón que tenía delante, traspasado por una flecha lanzada del interior del edificio; le vieron luego caer sin sentido, y volver en sí al lado de Gontroda, á cuya imperiosa voz se abrieron después del combate las puertas del castillo, y le vieron, por último, alejarse con un semblante en que parecía impresa la señal de Caín, la señal de los fratricidas. Todas estas noticias circularon con rapidez en el alcázar, y naturalmente debían infundir consternación en los sencillos mesnaderos de Altamira.

Sin embargo, los lugares que hemos descrito, poblados á la sazón de pecheros, resonaban con brava gritería, que aunque se quisiese interpretar como sospechosa, nada tenía de semejante á los murmullos y gritos de descontento que preceden á las rebeliones y motines. Era una algazara jovial, en la que se confundían cánticos desentonados de puro alegres, chillidos prolongados con que los montañeses tornan á sus hogares después

de la fiesta, carcajadas harto repetidas y bulliciosas para que fuesen siniestras disputas y penden-
cias, que principiaban sin motivo y que sin él se
terminaban.

Rui Pérez había abierto de par en par las bo-
degas y despensas del ricohombre, y entre rime-
ros de pan blanco (1) y témpanos de cecina y de
mojama, salieron á luz toneles tan desdichados
que no la habían visto de tiempo inmemorial.
Bien que todos ellos merecida se tenían tan dura
cautividad; pues con permanecer tantos años en
tierra de cristianos, eran unos perros infieles del
mismo riñón de Andalucía, tan rehacios que ja-
más recibieron una gota de agua por vía de bau-
tismo.

Pero el cautiverio, en concepto de los villanos,
no debía ser castigo digno de su rebeldía, y ape-
nas aparecieron en el patio, fueron divididos,
subdivididos y descuartizados y hechos trizas en
menos que canta un gallo.

Odres, botijos, zaques y ollas y vasos de cuer-
no eran las mejores armas ofensivas; y hombres
hubo tan encarnizados, que arremetieron con ce-
ladas, cascos y capacetes, aunque pagaron bien
cara la imprudencia de dejar la cabeza sin arma-
dura, pues en ella recibieron los principales gol-
pes de su adversario.

Jamás los buenos gallegos se habían visto en
una refriega en que sintieran más ardor, más

(1) Así se llama en Galicia al pan de trigo, en contraposi-
ción al de maíz ó centeno,

contento y bizarría. Verdad es que el enemigo, de puro noble y generoso, se hacía de querer ó de atacar: confiado en su fortaleza, anunciaba su presencia á larguísima distancia; respetaba á los que no le ofendían, y usaba de armas corteses con los que guerreaban moderadamente; pero implacable con los fuertes y atrevidos, no cejaba hasta dejarlos rendidos, postrados y más muertos de sueño que de sed.

Desde las almenas de la torre, que caía perpendicularmente al patio por un lado y por el opuesto á la fachada principal, un hombre contemplaba aquel espectáculo, que contrastaba horriblemente con su negra tristeza, con su desesperada situación.

Era Ataulfo, que huyendo despavorido de los brazos de Gontroda, se había refugiado en aquella torre.

Deseando estar absolutamente solo, mandó que todos los defensores la evacuasen, y mientras semejante operación se verificaba, Rui Pérez, abandonando por un instante la guardia de Elvira, acercósele y le dijo:

—¿Qué hacemos, señor?

—Lo que quieras—contestó el *Terrible* con desaliento.

—La gente empieza á murmurar... dice...

—¿Qué?—preguntó con un acento que exigía pronta respuesta.

—Dicen que don Bermudo...

—¿Que Bermudo vive?

—Sí, señor.

—Diles que mienten, que acabo de matarlo.

—¿Os parece—prosiguió temblando el escudero— que en vez de contentarles de esa manera les demos vino en abundancia para que se olviden?...

—Todo lo que quieras... ¡dales vino, dales oro, cuélgalos de una almena!—repuso el caballero, encogiendo de hombros.

—También os advierto que he mandado seguir la pista de cierto duende que está conspirando y exparciendo voces... ¿qué he de hacer si lo cojo?

—Qué has de hacer, ¡vive Dios! Ahorcarlo.

Y entró en la torre con su envidia, con su amor desesperado, con sus remordimientos y supersticiones.

Cerróse por dentro temiendo que el puñal de la venganza le siguiese, subió al terrado, y allí, defendido con las almenas, tendió los ojos al campo enemigo. Turbas innumerables asomaban por las gargantas de los montes, por la cima de los collados, indistintamente mezcladas, prorrumpiendo en imprecaciones contra él y sus defensores y en vivas á Bermudo. Al ver aquellos enjambres de gente, parecía que toda la tierra se levantaba contra el usurpador y brotaban por todas partes enemigos, y que los árboles y las peñas tomaban formas humanas para volverse contra él y voz para maldecirle.

¿Qué tenía que oponer á semejante inundación de odio, de indignación, de furor y de entusiasmo?

¡Ay! Ataulfo daba entonces algunos pasos por el terrado, asomábase al patio, y contemplaba aque-

lla escena de tumulto, de crápula y de locura. Allí le aclamaban, allí le victoreaban con estruendo, con alegría; pero ¡qué estruendo tan repugnante! ¡Qué alegría tan artificial! ¡Qué efímero encanto, que había de disiparse con los vapores del vino!

Y ni aun podía contar con los guerreros que dentro del alcázar empuñaban las armas. Los defensores de la barbacana fueron seducidos por un compañero; Martín el sayón había muerto de una flecha disparada de la fortaleza... ¡por mano de una mujer!... ¡Los villanos murmuraban, y los murmuradores se trocarían en rebeldes cuando los toneles se agotasen!... ¡Oh! ¡Su poder, sus riquezas, su elevada posición, se desmoronaba más aprisa de lo que él creía!

¡Y cuán viva era entonces su afición hacia lo que perdía! ¡Qué atractivo, qué brillo seductor y desconocido tenían ahora aquellos campos y sembrados en que jamás puso los ojos; aquellas selvas llenas de jabalíes, de lobos, de corzos y venados... aquellos cazaderos testigos de sus proezas y fatigas! ¡Aquel cielo, que tantas veces hendían sus halcones favoritos, cuando libres apenas del capillo se lanzaban como el relámpago en pos de las aves inocentes! ¡Aquel alcázar lleno de comodidades y riquezas! ¡Aquellos muros testigos de los juegos de su infancia! ¡Aquellos tesoros que ahora prodigaba por alargar una hora más su dominación y su existencia! Y sobre todo, ¡aquella mujer querida, verdadera manzana de Tántalo, fruta sabrosa, delicada, fruta de oro, de delicias, tan im-

posible de ser alcanzada y conseguida, como de ser mirada sin codicia! ¡Todo, todo cuanto él perdía, todo pasaba á manos del mancebo barbiponiente y presuntuoso que en el juicio de Dios le había humillado y escarnecido! ¡Aquella mujer era su madre, aquellos campos, aquellos bosques y vasallos y castillos eran suyos! ¿Y quién sabe si su desdicha llegaría al extremo de que su hermano apareciera y tornara á los brazos de su legítima esposa? Gontroda estaba en salvo, y Bermudo, ¿no podía haberse igualmente salvado?

—¡Oh, si en este mismo instante me hundiese en el abismo, arrastrando conmigo todo cuanto veo!—murmuraba Ataulfo tendiendo en torno sus miradas—. ¿Quién sabe?—proseguía con un gesto feroz, que parecía ser una sonrisa—. Esa leña amontonada en los sótanos puede reducir en pocos minutos á pavesas este edificio. ¿Y ella? ¡Qué compasión debo tener de ella, que jamás se ha compadecido de mí? ¡Ella sufrirá mi suerte... la suerte de todos!

Y al mismo tiempo llegaron á sus oídos clara y distintamente voces del patio que parecían el eco de sus palabras, de sus pensamientos.

—¡Ella—decían—, ella tiene la culpa de todo!

El *Terrible* contuvo su aliento, sacó la cabeza fuera de las almenas para escuchar mejor aquel grito, al parecer misterioso, y vió á los mesnaderos apiñados alrededor de un soldado que debía referirles algún cuento sabroso.

—¡Muera, muera!—gritaron después de un rato de silencio,

Siguió luego otra pausa, durante la cual tan sólo se oía el confuso y monótono murmullo del narrador, que fué interrumpido con semejantes gritos:

—¡Puro embrollo! ¡Embustes de esa villana, mal nacida!

—¡Al aposento de doña Constanza! ¿Quién lo sabe? ¿Quién nos guía? ¡Que nos la entreguen! ¡Abajo las puertas, si se ha cerrado por dentro! ¡Viva don Ataulfo! ¡Viva el vino de Andalucía!

Con tan horrible estruendo empuñaron las armas que más á mano habían, y se encaminaron por la escalera principal.

El terror que se apoderó de Ataulfo parecía haber borrado de su alma todos sus pensamientos y paralizado su corazón.

—¡Vive Dios! — exclamó luego volviendo en sí, pálido y tembloroso—. ¡Esos infames van á matar á la bastarda! ¡Esos bandidos van á poner sus manos donde el *Terrible* apenas osa poner sus ojos!

Y aquel hombre, que pocos minutos antes pensaba en dar una muerte cruel, en envolver en su propia ruina á la esposa de Bermudo, bajaba ahora de dos en dos, de cuatro en cuatro, los escalones para salvarla; y desenvainando el acero salió al corredor, dió alcance á los malvados, atraído de su horrenda vocería, á tiempo que ya la puerta de la cámara de Constanza rechinaba con el formidable empuje de los acometedores.

Ciego de ira, arremetióles por la espalda acuchillándolos sin piedad, sin advertir que los villa-

nos, al conocerle, le abrían paso respetuosamente, y ni siquiera se atrevían á defenderse.

—¡Atrás, canalla!—gritó cuando la punta de su espada tropezó en la hoja de la puerta—. ¡Atrás! ¿De cuándo acá los gusanos se atreven á encumbrarse á las regiones donde moran las águilas? ¡Atrás! Nadie tiene derecho á castigar á esa mujer, si yo no la castigo!

—Gracias, don Ataulfo—respondióle desde adentro una voz dulce y conmovida.

—¡Oh! ¿Qué decís?—exclamó el ricohombre, volviéndose embelesado.

—¡Gracias!—repitió Elvira—. Habéis hecho una buena obra salvando la vida de esta mujer desdichada.

Sintióse el ricohombre tan trastornado y enterrecido, que echó á correr apresuradamente hacia la torre para ocultar á todo el mundo su debilidad, y con el corazón hinchado y el rostro encendido, pasó por medio de los miserables que, con el asombro de aquel espectáculo y el estupor de la embriaguez, se quedaron encogidos de hombros y con la boca abierta, como quien ve visiones.

—¡Dios mío!—murmuraba Ataulfo ya dentro de la torre—. Parece que respiro con más placer, con más facilidad que nunca. «¡Gracias, Ataulfo!» ¡Sí, ella era; su acento suave, dulce, conmovido, trémulo y apacible! ¡Ella se muestra agradecida, y me lo dice, y me lo repite! ¿Y por qué? ¡Sólo por haberla salvado de las garras de esos villanos! ¡Y pocos momentos antes abrigaba yo el designio

de hacerla morir conmigo! ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! ¡Estaba loco, debía estar loco... es imposible que en mi sano juicio pensara yo en tocar siquiera uno de sus cabellos! ¿Y lo que acabo de ejecutar se llama una buena acción? ¡Cuán fácil es! ¡Cuántas gracias semejantes podía yo haber merecido! ¡Cuántos consuelos he malogrado! ¡Oh! ¡Ese acento, esa bondad, esa dulzura, me han penetrado! ¡Elvira! Pero esos infames serán capaces de volver y de vengar en ella la sangre que acabo de derramar. Es preciso completar mi obra.

Y al tornar el rostro para bajar por la escalera se halló frente á frente de Gontroda. Ataulfo era capaz de una buena acción, de un sentimiento bello y generoso: conocía el abismo á donde el crimen le arrastraba; sentía impulsos de retroceder; casi, casi se arrepentía; pero como todos los hombres soberbios, no podía sufrir que nadie fuese testigo de su blandura, de su arrepentimiento.

—Ve, hijo mío, ve á completar esa buena acción—le dijo la nodriza—; lo que acabas de hacer con esa infeliz, no es aún la reparación que la debes por la crueldad que tuviste con el padre...

—¡Gontroda!—contestó el ricohombre retrocediendo entre rabioso y confundido—. Te pareces al gozcuelo, que sólo sirve de ladrar y más ladrar, y ahuyentar la caza. ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Qué nuevos crímenes vienes á imputarme? ¿Qué he tenido yo que ver nunca con el padre de Elvira de Trava?

—¡De Elvira de Trava!—exclamó la vieja sorprendida,

—¿No es ella á quien yo he libertado de una soldadesca embriagada?

—Ella, sí, ella estaba encerrada en el aposento—murmuró Gontroda, tratando de remediar el mal que involuntariamente había causado.

—Pero ¿estaba sola? —preguntó Moscoso en ademán de ir á salir de dudas.

—Detente, hijo mío; tienes cosas más graves en que pensar. Vuelve los ojos al campo—díjole la anciana para mejor desviarle de su propósito—. ¿No ves esa muchedumbre que sale dando gritos detrás de aquella colina?

—¿Qué me importan esas turbas desbandadas de gente inerme?

—¡Esas turbas aclaman á Bermudo de Moscoso!

—¿Por ventura le cantan el entierro? —dijo Ataulfo queriendo sonreirse.

—No, le traen en triunfo á sentarse en el trono de sus mayores.

—¿Bermudo vive?

—¡Míralo!—respondió la vieja tendiendo el brazo por entre las almenas en dirección del campo, con el ademán de la Pitonisa cuando mostró á Saúl la sombra del anciano Samuel.

—¡Bermudo! ¡Bermudo!—exclamó el *Terrible* completamente fascinado—. ¿Dónde está? Yo no lo veo... tú me engañas... ¿dónde está?

—¿No ves un grupo de caballeros que descuelan sobre la multitud?

—Sí—respondió con voz apagada.

—¿Y en medio no divisas un viejo, cuya barba

parece desde aquí como los ampos de la nieve? Viste larga túnica de lienzo grosero; viene montado en un palafrén, y enseñando los pies amarillentos...

—No hay duda que es él—respondió el *Terrible* con el rostro desencajado—; tú le has salvado milagrosamente... ¡No ha muerto! ¡Oh! ¡Rabia!... Mas por otro lado parece que se me quita un peso del corazón... parece como que...

—¿Como que te alegras? ¿Por qué no, si ante el tribunal de Dios no tienes que responder de la sangre de tu hermano?

—¡Alegrarme oyendo esas aclamaciones, esos ardientes vítores, ese entusiasmo loco, esa muchedumbre que hierve de gozo como las olas del mar irritado! ¡Estoy perdido! Y tú, Gontroda; tú, mi nodriza, mi madre; tú, causa de mi ruina!—dijo el ricohombre con más abatimiento que furor.

—Yo tenía que ser tu cómplice ó tu acusador, el instrumento de tus crímenes ó la piedra que te derribase del falso pedestal. Entre mi conciencia y mi cariño opté por la primera. Pero ¿dónde me ves en la hora suprema del peligro? ¿Al lado de los dichosos y aclamados? No, á tu lado, dispuesta á morir contigo.

—¿Y por qué no á salvarme? Tú, que tanto poder tienes para con mis enemigos, ¿por qué no has de hacer algo en favor de tu hijo, perdido, arruinado miserablemente?

—¿Y crees que me vengo aquí con las manos vacías?—exclamó la vieja con cierta arrogante sa-

tisfacción—. No; yo he provocado esas demostraciones en favor de tu hermano; pero nadie, nadie ha dado un solo paso sin haber antes prometido respetar tu vida y concederte el perdón.

—¡Mi vida, perdón!—repuso Ataulfo con desdén—. ¿Para qué los quiero? ¿Me crees tan miserable, tan cobarde que me humille hasta el punto de pedirte el enorme beneficio de mi perdón y de mi vida? No; yo veo que tienes un poder extraordinario, portentoso... no me importa que te venga de Dios ó del diablo... Sálvame con mi castillo. Evítame la vergüenza de ser arrojado de aquí como un usurpador, como un ladrón; el oprobio de que me arranquen de los brazos la mujer que adoro...

—Esa vergüenza, ese oprobio—replicó Gontroda—, es el único castigo que el cielo te reserva por tus iniquidades, que merecían suplicios más terribles. ¡Bendice á Dios por la misericordia que usa contigo!

—Calla, vieja chocha, miserable charlatana—saltó diciendo el ricohombre como preocupado súbitamente por un designio—; asómate á las almenas, y verás como para nada te necesito. Los prodigios que te pido los obrarán mi amor y mi desesperación.

Y diciendo estas palabras plantóse de un brinco en la escalera y bajó atronando la torre con el choque y estruendo de las armas. Tornó á la cámara de Constanza: los soldados, la guardia había desaparecido, y del pasado tumulto sólo quedaban algunos rastros de sangre.

—¡Pesia mí, jigote tengo de hacer con la carne de esos mochuelos! ¡Elvira sin guardia! Le habrá faltado tiempo para escapar del nido.

Ataulfo abrió la puerta, sin embargo, con un resto de esperanza que no le salió fallida. Elvira estaba dentro, pero no sola; acompañábala una dueña que sin misterio alguno tenía levantado el velo.

Era Munima.

—Señora—dijo el *Terrible* con acento conmovido—: vengo á corresponder al bien que me habéis hecho hablándome por vez primera con dulzura, y mostrándoos conmigo agradecida; vengo á daros libertad, á restituiros á los brazos de Bermudo.

—Si es cierto, don Ataulfo—respondió Elvira—, ¡bendita sea la bondad divina que os ha tocado en el corazón!

—Ni Dios ni nadie tienen que agradecerme; no doyalcones niegos por neblies industriados; lo que yo hago no puedo menos de hacerlo. Antes os guardaba aquí, mal vuestro grado, pero segura, exenta de peligros; ahora me atrevo á responder de vos: os habéis visto acometida por una manada de lobos y os he encontrado sin guardia; ni todo el ejército de la cristiandad podía entrar antes en el castillo; ahora, desde que se ha dado en publicar mis secretos, no tengo confianza en la guarnición; si me acometen, me defenderé, y si me vencen, seréis libertada por mano de otro; y eso no lo sufrirá jamás Ataulfo de Moscoso. Salid del alcázar; pero salid respetada, ilesa; salid porque os abro yo la puerta. Nada me digáis.

Conoció la bastarda que con un hombre tan extravagante, conjunto de grandes y ruines pasiones, de orgullo tan refinado y de arranques tan generosos, lo mejor era seguir á la letra su consejo, de callar y obedecer, y sin contestar palabra se limitó á decir á su compañera:

—Vamos.

—¡Cómo!—exclamó el *Terrible*, reparando en aquella desconocida —. ¿Quién es esta dueña? Atrás; la orden sólo se entiende con vos; los demás se han de salvar ó perecer conmigo.

—No saldré yo—replicó Elvira— si esta dueña no me acompaña. Cuando todos me perseguían, ella fué la única que vino á socorrerme... ¡Vos y ella!—añadió en seguida.

Aquel recuerdo, como supondrá el lector, fué de mágico efecto para el *Terrible*. Subyugado por él, respondió:

—Tenéis razón, ¡viven los cielos! Esa mujer debe acompañaros.

Envueltas en sus mantos y cubiertas con el velo salieron agarradas del brazo las dos amigas y por una oculta escalera llegaron al puente, precedidas del ricohombre. Ni una ni otra osaban despegar sus labios, contentándose con expresar su íntimo gozo y sobresalto por algún apretón disimulado, por algún tenue suspiro.

Pero como su guía les diese orden de detenerse cerca del rastrillo de la barbacana, no pudo Elvira contener su inquietud, y preguntó turbada:

—¿Qué hacéis? ¿Por qué nos paramos aquí?

De uno de los cubos de la puerta salió á la sa-

zón el sonido de las trompetas que llamaban á parlamentar.

Ataulfo se volvió entonces á la bastarda y le respondió:

—Pues qué, ¿pensáis que las damas salen de mi castillo como un perro á quien se arroja por inútil? Elvira, vamos á separarnos para siempre, y no podéis figuraos cuánta importancia doy en estos supremos instantes á lo que tienda á disminuir la horrible idea que debéis llevar de mí. ¡No me basta ponerlos en libertad si no os entrego en manos de un caballero!

Las cautivas habrían deseado, no obstante, salir presto, aunque fuese sin tantos melindres ni ceremonias, porque oían en el interior del alcázar una espantosa gritería que les infundía terror. Pero al fin las trompetas de los sitiadores resonaron también á pocos pasos del muro; echóse el puente, y entró Gutierre Fernández de Castro acompañado de cuatro escuderos.

—Os doy gracias por el honor que me dispensáis en haber venido vos mismo; sois acaso el único de mis enemigos cuya presencia podría soportar—le dijo.

—¿Tratáis de rendiros?...—preguntó el conde.

—¡Vive Dios!... Pero abreviemos; ahí os entrego á doña Elvira de Trava, á quien he tenido contra su voluntad en el alcázar.

—¿Y qué exigís por su rescate?

—Yo pregunto, ¡voto al diablo! ¿Qué teníais que ofrecerme por redimir á esa señora, si me hubiese venido en mientes venderla como mercancía?

Conde de los Notarios, os la entrego libre y espontáneamente, sin rescate, sin condiciones.

—Pero eso no basta.

—Tenéis razón, no basta, y por lo mismo debo dar aquí público testimonio de su virtud, para que su fama no sufra jamás menoscabo, para que no tenga esta señora en adelante nuevos motivos de maldecirme.

—¡Ah!—dijo Elvira cayendo á sus pies con vivas lágrimas de agradecimiento—. ¡Gracias otra vez, don Ataulfo! ¡Así os perdone Dios como yo os perdono!

—Juro por mi honor, por el escudo de mis armas, Gutierre, que esta es la palabra más dulce que de sus labios he escuchado.

—Pero no basta, Moscoso—repitió el conde—, si no entregáis el castillo...

—¡El castillo!...—dijo el *Terrible* con una mirada de desprecio—. Venid por él.

Y haciendo señal de alzar el puente levadizo, desapareció gritando con voz estentórea:

—¡Al arma! ¡El enemigo! ¡Aquí los lobeznos de Altamira!

Así pasó al zaguán, entró en el patio y en todas partes halló á los mesnaderos en la furia de la embriaguez. Unos bailaban en torno de una hoguera, dando traspiés celebrados con horribles carcajadas; otros arrojaban al aire monteras, gorras y capacetes; éstos rompían vasos y tinajas, y aquéllos cantaban con infernal algarabía.

—¡El enemigo! ¡El enemigo!—clamaba en medio de ellos el ricohombre desesperado.

Pero la mayor parte de los miserables no se hallaba en estado de reconocer aquella voz, pocas horas antes obedecida con miedo, y seguía cantando y brincando sin hacerle caso. Algunos que no habían llegado á semejante embrutecimiento, respondían, sin embargo, con la osadía que infunde el vino:

—¡Que venga, que venga el enemigo! Mudaremos de señor, pero nos quedaremos pecheros.

—Siempre será un Moscoso el que nos mande.

—Y no tan cruel ni tan extravagante como éste, que nos ordena acometer y colgar á la hija de Pelayo el mudo y luego nos acuchilla para salvarla.

No eran aquellos infelices los más culpables; otros había que, aprovechándose del desorden y previendo una próxima catástrofe, andaban por las habitaciones superiores del alcázar, saqueándolas bárbaramente.

En confusión tan horrenda, en situación tan desesperada, Ataulfo alzó los ojos al cielo con la mirada blasfema de Ajax y de Juliano Apóstata, y vió á Ramiro que en las almenas de la torre de las prisiones tremolaba la bandera de Gutierre Fernández de Castro, gritando con entusiasmo:

—¡Altamira por Bermudo de Moscoso!

—Eso no—murmuró Ataulfo—; Altamira no será del *Terrible*, pero tampoco de nadie.

Y cogiendo un tizón inflamado se dirigió á los sótanos.

Gontroda estuvo presenciando desde la torre los sucesos acaecidos en la puerta de la barbaca-

na. Al caer el rastrillo y alzarse el puente levadizo, siguió con ansiosas miradas los movimientos de la comitiva de Fernández de Castro, creyendo observar la tierna entrevista de los esposos.

Pero no fué así: el conde de los Notarios nada quiso manifestar á Bermudo acerca de las dudas suscitadas sobre la validez de su matrimonio, por parecerle inoportuna y cruel semejante revelación mientras la suerte de la bastarda fuese tan precaria: igual reserva guardó con el *Terrible* por razones muy obvias, aunque de diversa índole; mas ahora, asegurada la libertad de la dama, le pareció conveniente colocarla bajo su amparo en una situación neutral.

Tomó, pues, un pequeño rodeo, y en lugar de dirigirse hacia las turbas, llevó las dos heroínas á la cabaña que Bermudo acababa de dejar, y puso en ella suficiente guardia para que ni la curiosidad ni la malevolencia pudiesen molestarlas, y en seguida tornó al lado del ricohombre, á quien lisa y llanamente refirió cuanto había pasado, templando con lo fatal de una noticia el vivo gozo que produjo la otra.

No intentaremos reproducir el diálogo de estos personajes, ni pintar las impresiones del antiguo amante al saber los pormenores de la entrega de Elvira; pero sí pondremos, por venir á cuento, la respuesta que dió acerca del asunto capital de sus desposorios.

—Muy precipitado anduve á la verdad—dijo Bermudo—, y harto me pesa de haber usado de tan poco respeto en un sacramento: la precisión

de ocultar el nacimiento de mi hijo, mi cautiverio mismo, castigo fueron de esa falta; pero reconociéndolo así, no creo, sin embargo, que la circunstancia de haber sido clandestino mi matrimonio baste para invalidarlo. Por lo demás, que yo sepa, de ningún otro defecto adoleció. A no ser que el ministro que nos bendijo no fuese persona revestida con el carácter sacerdotal... Eso el conde de Trava lo ha de decir, que lo conocía. Pero ¿qué interés pudo tener don Pedro Froilaz en hacer de nuestro enlace una inmunda y sacrílega farsa? No creo que se atreviese á cometer tan inicua, tan estúpida maldad.

Entretanto la impaciencia de la muchedumbre iba arrastrando á los caudillos hasta las murallas de Altamira; el de Moscoso se dejó llevar por ver si lograba impedir el derramamiento de sangre, pues que una vez dentro Gonzalo, ya no podía desistir del intento de tomar el castillo.

Al verlos avanzar con tanta seguridad y enmedio de aquel diluvio de aclamaciones, sin ser molestados por una sola flecha, creía Gontroda que Ataulfo no sólo entregaba las cautivas, sino el alcázar, y no cabía en sí de regocijo. La pobre no driza reputaba por arrepentimiento lo que era tan sólo efecto del amor, del orgullo y de la impotencia, y así fué que, al sentir pisadas detrás de sí, volvióse con la viveza que sus muchos años le permitían, y se arrojó, llorando de alegría, en los brazos del *Terrible* que acababa de subir á la torre.

—¿Qué estás viendo?—le preguntó éste, con una sonrisa que contrastaba con la mortal palidez de

sus facciones y la siniestra expresión de sus ojos.

—¡Ataulfo, hijo mío!—exclamó la vieja nodriza sollozando—. Estoy viendo las maravillas que el Señor se ha dignado obrar contigo.

—Sí—dijo el ricohombre con falsa risa—, ya que tú no quieres hacer ninguna, me he puesto á ello, y te aseguro que en poco tiempo he ejecutado cosas... estupendas.

—No lo dudo, hijo mío; mis facultades son mil veces inferiores á las tuyas; no tengo más fuerza que aquella de que los demás voluntariamente se desnudan. El vulgo insensato, cuanto mayor es la debilidad de una persona, se complace á veces en atribuirle poder sobrenatural. ¿Te parece que si yo lo tuviera me habría limitado á lo que he hecho por ti, hijo de mi corazón?

—¡Hola!—repuso Ataulfo dando vueltas alrededor de las almenas y con una entonación casi cómica—. ¡Hola! ¿Conque te parece poco? ¿Aún no estás contenta, vieja ambiciosuela? Vamos á la habitación de abajo... la vista se me turba al contemplar... Vamos, y allí sentados muy tranquilamente te referiré lo mucho que te debo, ya que tu ambición ó tu modestia pretenden ocultarlo.

Gontroda principió á tener miedo al reparar en aquellos ojos alocados, en aquel rostro casi cadaquérico; siguióle, sin embargo, á un aposento de la misma torre, con saeteras á todos cuatro costados.

—No te asustes, madre Gontroda; aquí sólo se trata de escuchar y de escuchar pláticas tan dulces y sabrosas como la cuenta de los enormes be-

neficios de que te soy deudor, y que, si el diablo no se empeña, pienso pagártela muy en breve. Siéntate; ya ves... te doy el ejemplo... maldita, maldita la prisa que tenemos. Tú fuiste la inventora del famoso embolismo de juramentos, amenazas, profecías y adivinanzas acerca de la muerte que había de alcanzarme el día en que yo fuese reo de homicidio. ¿No es verdad?

—Sí; yo, que veía tus sanguinarios y crueles ímpetus, quise contenerlos por ese medio, y persuadí á tu padre...

—Y sedujiste adivinos, *et cétera*. Lo cual quiere decir, para que veáis que os explico latín sin entenderlo, que á ti se te debe que Bermudo de Moscoso no haya muerto hace veinte años. ¿Eh?

—Sí—respondió Gontroda con ufanía y valor.

—Bueno; pues no contenta con salvar al padre te empeñaste en que el hijo había de vivir, y ¡por el alma de mi abuela la del olor de santidad! que lo has conseguido. Me dijiste que lo mismo era abandonarlo á las fieras que á una mujer completamente desconocida de los dos, la cual ignorase, por supuesto, cuyo era el niño. El niño fui yo que me dejé engañar por ti miserablemente... Ya se ve, entonces ignoraba tus enormes beneficios, y te creía de mi parte. ¡Errores, voto á tal, errores que purgué veinte años después en el campo de la puerta Fagaria, revolcado con un perro delante del populacho... de los Gelmirez!

—¡Oh, no hables así, Ataulfo!...

—Pero no termina aquí—prosiguió el Terrible en el mismo tono—; no termina la serie de tus fa-

vores. Sigue la cuenta. Tú has revelado á la mujer que libremente se había casado conmigo la existencia de Bermudo de Moscoso...

—Con lo cual he conseguido salvar su honra...
—dijo la anciana.

—Con lo cual has conseguido arrebatarme su corazón, el objeto de todos mis crímenes, de todas mis ansias; sí, hasme arrebatado su cariño, que se ha trocado en odio, en desprecio, en horror.

—Pero ¿qué es esto, don Ataulfo?—gritó la vieja al notar que el sarcasmo de aquel hombre se tornaba en expresión de su íntimo dolor y de venganza—. Qué es esto? ¿Serás capaz de asesinarme?

—¡Yo!... ¡Ca! No lo creas. Te juro... ¿por quién diré? te juro por esa misma mujer á quien amo más que á las niñas de mis ojos, no tocarte, no acercarme á ti con semejante designio ni en dos mil varas. Sigamos, pues, con todo sosiego. Tú también, según acaba de decirme Rui Pérez, al cual si ha mentido debes perdonar, Gontroda, pues te juro que ya no mentirás más... tú también has favorecido á cierta muchacha, hija de Pelayo el mudo.

—Sí, yo la proporcioné un traje de mujer, porque disfrazada de villano fué conocida por ese Rui Pérez; creyó de esta manera burlar su vigilancia y se refugió en el aposento de Elvira, á donde tú acudiste á salvarla, y de donde la has sacado luego para ponerla en libertad.

—Precisamente, el buen escudero mayor no ha mentido; pero téngalo Dios en su santo descanso, como decía aquella otra dueña; te juro que en

adelante ni verdad ni mentira saldrá de sus labios. Ya yo sabía toda esa historia. De paso te diré que si en salvar á Munima la vez primera me llevé un solemne chasco, lo que es la segunda he procedido con todo conocimiento de causa. Yo presumía que la compañera de Elvira era la hija de Pelayo, pero la protección de esa dama es sagrada. Con que en resumidas cuentas, doña Gertrudis, si yo pierdo el castillo y mis estados, si Elvira me abomina, si vive mi hermano y mi sobrino, á vos, madre mía, á vos os lo debo todo. ¡Y luego diréis que nada habéis hecho por mí!

—Si todo eso has perdido—respondió la anciana más animada—es porque nada de eso era tuyo. Lo único que te queda me lo debes á mí: la vida, el perdón de tus crímenes y el cariño de tu nodriza. ?

—¡Hola! ¡Conque la vida, el perdón y vuestro cariño de nodriza por añadidura! ¡Voto al diablo, que soy más feliz de lo que pensaba, y si me quejo es de puro vicio! ¡Ah! ¡Ah!

—¡Sí, más feliz acaso de lo que piensas!—exclamó la vieja con énfasis—. Más feliz, pero no debo decírtelo.

—Habla, vieja de Satanás—repuso Ataulfo con imperioso acento—, ¿qué nuevo beneficio quieres que te agradezca?

—¿No estás ciegamente enamorado de la bastarda?

—De Elvira de Trava, se dice en mi presencia. ¿Y por qué has pronunciado ahora ese nombre?

—¿Por qué? Pero... ¡Dios mío! ¡Qué obscuridad!

O la vista se me turba, ó de repente el cielo se ha cubierto de nubes...

—¡Habla! — gritó impaciente Ataulfo—. Nada tenemos que ver nosotros con el cielo.

—¡Oh! ¡Calla por Dios, no blasfemes! ¡Te lo diré para contener ese raudal de iniquidades que brota de tus labios! Sabe que conservándote la vida, quizá he conservado para ti á doña Elvira de Trava.

—¡Para mí! ¿Cómo? Habla... prosigue...

—Nada quería decirte, porque estas cosas ó deben saberse de cierto, ó no saberse; pero... ese ruido... esos gritos... ¡Hay aquí una niebla tan espesa!... ¡No, no! ¡Es humo, es humo!

—El humo que tienes tú en los sesos, charlatana. ¿Qué es eso de Elvira? ¡Presto, presto!

—¿Tú conoces á maese Sisnando?

—Valiente bribón, que acaba de expulsarnos de cierta hermandad... Me voy con el sentimiento de no haberlo ahorcado.

—Pues este Sisnando sabe de fijo que el conde de Trava ha puesto en duda la validez del matrimonio de Bermudo.

—¿Y qué me importa?

—¿Qué te importa? ¡Oh! ¡Esto es humo, es fuego!... Aquí no se puede parar de calor... aquí...

—Habla, Gontroda—dijo Ataulfo agarrándola con fuerza—; no te mueves sin aclarar ese misterio.

—¡Desdichado! ¡Desdichado! ¿Conque no te importa que Elvira de Trava al salir del castillo no haya ido á los brazos de Bermudo? ¡Las llamas!

¡Las llamas!... Vamos á morir abrasados... Pero sabe que el obispo de Santiago ha dicho que si el primer matrimonio de esa mujer es nulo, el verdadero y legítimo sería el tuyo...

—¡El mío! ¡Elvira, Elvira es mi esposa! ¡Y has aguardado á revelármelo ahora! Ahora que vamos á perecer en esas llamas encendidas al soplo de mi desesperación... (1).

—¡Y de tu envidia!—repuso Gontroda acercándose á la saetera de la fachada—. Pero consuélate, infeliz; ¡todos los que te han abandonado se salvan en brazos de los sitiadores, y sólo conseguirás que muera contigo el único ser que te ha sido fiel, el único que te amaba!

Las llamas brotaban ya del pavimento y tenían cercada la torre, excepto por la fachada principal. Ataulfo y la nodriza subieron al terrado, y vieron arder el edificio por sus cuatro costados: el humo, como el negro penacho de Luzbel, ondeaba cubriendo la mitad de los cielos; parecía que debajo rebramaba el huracán y azotaba el rostro con llamas ligeras, ráfagas sutiles del incendio, invisibles á la luz del mediodía.

—¡Piedad, Señor, piedad de él y de mí!—decía la pobre anciana, levantando al cielo las manos descarnadas.

—¡Elvira es mía, es mía!—gritaba el *Terrible*—.

(1) La voz común atribuye á Gonzalo el incendio de Altamira; pero si el novelista tiene licencia de levantar ciertas inocentes calumnias á matrona tan grave como la Historia, ¿habrá de quejarse de igual trato dama tan traída y tan llevada como la Tradición?

¡Y yo no puedo verla, no puedo decírselo! ¡Y todos, todos mis vasallos la verán menos yo! Muere —proseguía, volviéndose á Gontroda—, fatal autor de mis desventuras, muere conmigo. Pero tu muerte es tranquila, serena: tienes confianza en Dios... llamas á Dios... y yo... ¡Gontroda, la memoria de mis crímenes me abrasa la frente más que este viento del infierno! Nadie, nadie se acuerda de mí...

—Salvaos—gritó á la sazón un guerrero apareciendo en el adarve—, salvaos, Ataulfo, ya que habéis restituido á mi madre á los brazos de su esposo.

Era Gonzalo, que acababa de trepar por una escalera de mano arrimada á la fachada principal.

El *Terrible*, que momentos antes ansiaba la vida, ahora tuvo vergüenza de debérsela á su mayor enemigo, y prefirió la venganza. Abalanzóse al mancebo, que había saltado adentro para coger á Gontroda, y abrazándolo por mitad del cuerpo, levantólo en peso, y fué á sepultarse con él en el abismo de fuego que rugía bajo sus plantas.

Pero la anciana asió al mismo tiempo las rodillas de Ataulfo, y este pequeño estorbo obligóle á detenerse un instante, que bastó para que Gonzalo sacara un cuchillo y se lo metiera hasta el puño por la garganta.

Hizo el ricohombre un movimiento maquinal, como de apartar de sí aquella hoja fría que penetraba en sus entrañas, y su adversario pudo fácilmente desprenderse, y dándole un empujón, precipitarlo á las llamas, que, apoderadas ya de la ha-

bitación inferior, salían con furia por el hueco de la escalera.

En seguida cogió en sus hombros á la nodriza, que yacía exánime, y descendió por donde había subido, haciendo retroceder á Pelayo, que inquieto por su suerte acudía á socorrerlo.

Cuando depositó en el suelo la carga que traía, vió que tan sólo había salvado un cadáver.





CAPITULO VII Y ULTIMO

DE CÓMO EL QUE NO ES INOCENTE TIENE QUE SER
PENITENTE

DE vuelta de su nocturna expedición al campo de Altamira, la Reina llegó á Santiago con el canónigo Gerardo y demás acompañantes que el obispo le había proporcionado.

Esperábale la más agradable acogida que podía apetecer quien viajaba tan oculta y misteriosamente: el silencio, la indiferencia, no muy á propósito para disipar la nube de tristeza que le cayó al separarse por siempre de Bermudo de Moscoso, frescas y vivas como nunca las heridas del corazón. Atravesó la ciudad sin despertar siquiera la curiosidad de las vecinas y comadres. Diego Gelmirez acababa de partirse al Padrón á recibir al Príncipe don Alfonso, que había de entrar en Compostela la hora menos pensada. Los vasallos del prelado que no habían concurrido al asedio, andaban metidos en faena de levantar arcos de triunfo, tablados y palenques, en adornar calles y plazas con tapices y telas preciosas, y en disponer

coros y danzas de mujeres (1), comparsas y moji-gangas para las fiestas reales. A excepción de las dueñas y pajes, apenas podía disponer doña Urraca de más gente que la que traía del campamento.

Entonces conoció que aquella autorización con tantos suspiros, con tantas ansias concedida, era una fórmula, que si no sobraba, tampoco hacía la más mínima falta; entonces se desengañó de que al dignarse de permitir al niño Alfonso entrar en Galicia y ser proclamado Rey en Santiago, ya el reino gallego tenía la honra de hospedar á su nuevo señor, y la capital adelantados con admirable previsión muchos trabajos para la augusta ceremonia.

Pero ni el verse desamparada, sola, sin el obispo, sin los ricoshombres, sin guardia apenas en aquellos lugares peligrosos, testigos de su humillación y del incomprensible abandono del conde de Lara, ni el estar sintiendo á todas horas martillazos de los artífices que alzaban arcos triunfales con los escombros de un trono demolido, nada pudo mover á doña Urraca para que dejase aquel pueblo hasta tener noticia de la completa restauración del ricohombre de Altamira.

Su permanencia en Santiago no podía ser muy larga, sin embargo; los acontecimientos marchaban con asombrosa rapidez, y al amanecer del día siguiente entró el conde de los Notarios con todas sus tropas y las de la Reina. No fué inmediatamente á verla; prevínola su arribo, y con

(1) *Historia Compostelana*, lib. I, cap. CIX.

toda ceremonia le pidió una audiencia solemne.

Creyó la Princesa que, á fuer de conquistador, tenía Gutierre Fernández la debilidad de socilitar los honores del triunfo, y para complacer á quien debía tantas finezas de lealtad, dispuso, en medio de su mezquina situación; recibirle con la posible pompa.

Posaba desde el día anterior en el palacio episcopal, y allí suplicó á los canónigos, abades y caballeros recién llegados que concurriesen á la entrevista, y cuando le anunciaron la llegada del conde, se presentó vestida de gala con sus dueñas y pajes.

También el de Castro había mudado de traje. En vez de la armadura de batalla, traía ancha túnica de escarlata recamada de oro y un manto de la misma preciosa tela. Seis pajes le acompañaban: cuatro de ellos vestían sayo vaquero escotado, también rojo, guarnecido de blanco; empuñaban sendas lanzas y embrazaban sendos escudos con seis roeles de plata en campo de sangre, armas que nadie había usado antes de Castro, y que nadie osó llevar hasta muchos siglos después (1). Otros dos pajes vestidos de igual forma, en lugar de lanza y escudo, traían bandejas de plata.

Si tales preparativos no anunciasen por sí solos algún acontecimiento importante y peregrino, el semblante del conde lo habría presagiado. Gra-

(1) «Las armas de esta casa son los roeles, que de este escudo no se hallan armas en ninguna familia de toda España sino de pocos años á esta parte, ni sabemos si las usaron ni aun los reyes.»—Sandoval: *Descendencia de la casa de Castro*,

ve y adusto de ordinario, parecíalo más en la ocasión presente por cierta palidez poco natural y un no sé qué de vago y turbado en las miradas, que resaltaba más por lo mismo que Gutierre se es forzaba en mostrarlas serenas y apacibles.

—Castro—dijo la Reina un poco alarmada, después de haberle dado á besar la mano—, sois el vencedor y os presentáis con el talante del vencido.

—Efectivamente, señora—respondió el caballero frunciendo casi imperceptiblemente las cejas—; admiro la penetración de mi soberana, que ha comprendido de una ojeada mi doble situación. Soy vencedor y vencido. Como vencedor os diré—prosiguió con tono más desembarazado— que he cumplido todas vuestras órdenes y satisfecho vuestros justos deseos, que para mí significan lo mismo. Bermudo de Moscoso está libre y en posesión de sus tierras; Gonzalo Bermúdez reconocido ya por hijo de legítimo matrimonio, y Elvira de Trava al lado de su esposo...

—Pues qué—preguntó doña Urraca sin poder ocultar su emoción—, ¿no se decía?...

—Se manifestaron escrúpulos acerca de la validez del casamiento; pero antes de presentarme á vuestra señoría quise yo que fuesen confirmados ó desvanecidos; sabiendo que el conde de Trava y el obispo de Santiago se hallaban en el Padrón, pasé allá desde Altamira, y después de una conferencia con tan ilustres personajes, ninguna duda queda de la legitimidad del matrimonio.

—¿Y Ataulfo?

—Ataulfo castigado, no por la mano del hombre, sino por la mano de Dios.

—¡Oh!—dijo para sí la Princesa—, quizá será malicia mía; pero se me figura que si el muerto y el abrasado fuese Bermudo, y el *Terrible* el vivo y el glorioso, Pedro Froilaz habría dado por tan vicioso y nulo el primer enlace de Elvira, como ahora lo da por válido y honrado.

Algunos de los lectores abundarán acaso en el parecer de la preopinante; la crónica, que no omite opinión alguna sobre punto tan delicado, se limita á decir que alzando la voz prosiguió la Reina de semejante manera:

—Conde de los Notarios, nunca se borrará de mi memoria la satisfacción que vuestros constantes y desinteresados servicios me proporcionan. Sólo un recuerdo tan dulce sería capaz de templar el sentimiento de dejar un reino tan querido como el de Galicia, el primero cuyo gobierno recibí de mi padre. Grandes hazañas os debe la patria y vuestra soberana; y aunque de vuelta de la expedición me halláis con un reino de menos, todavía me quedan dos para sacar de entre ellos el término y castillo de Valderra, de que os hago merced.

—La vuestra, poderosa señora, acaba de otorgarme la única que yo apetecía, dirigiéndome tan halagüeñas palabras —respondió Gutierre con agradecimiento—. No anhelaba más sino oír de vuestros augustos labios que yo os he servido bien y fielmente, á ley de caballero.

—¿Y eso quién osa ponerlo en duda?—dijo la

Reina interrogando con una mirada á los presentes.

—¡Nadie, nadie!—murmuraron todos.

—¡Yo!—repuso Fernández de Castro—. Mi lealtad y franqueza castellana no me permiten dejaros en la persuasión de que tenéis en mí un servidor sin tacha. Yo me acuso de graves faltas, de delitos cometidos contra vos, y por eso, quitándome las galas de vencedor y de buen caballero, que no merezco, me presento con el hábito y el continente de reo y de vencido.

Dijo el conde, y arrojando el manto y la túnica de escarlata á las bandejas, quedóse con un saco de lana burda que traía debajo, arrodillándose con humilde talante.

Terrible impresión hizo en todos aquella singular metamorfosis; murmullos de sorpresa, de espanto y de curiosidad resonaron en torno, y la Reina entretanto, atónita y muda, le contemplaba con aire de descubrir en el ahinojado caballero alguna vena de locura.

—Señora—prosiguió don Gutierre—; el conde Peranzules, ayo de vuestra merced, nos ha dejado un ejemplo que imitar. Yo no traigo soga para que me ahorquen; pero vengo vestido del saco que he de llevar al suplicio.

—Pero ¿qué habéis hecho, caballero, qué habéis hecho?—dijo por fin la Princesa comenzando á vislumbrar la verdad—. El conde de Lara...

—Yo os he aconsejado que le dieseis vuestra augusta mano, atendiendo sólo á deberes de conciencia; pero añadí también que en tal caso de-

báis abdicar la corona de León y de Castilla: no lo habéis hecho; quisisteis desposaros con Pedro González de Lara reteniendo el cetro de dos reinos, y yo, señora, he querido que conservaseis el cetro sin necesidad de darnos un rey como Lara.

—¡Cómo! ¡Infeliz! ¿Le habéis asesinado?

—No, señora; el conde de Lara y de Medina no ha muerto más que para vos. Está encerrado en un castillo, cuyo nombre no saldrá jamás de mis labios, aunque el verdugo venga á derribar de los hombros mi cabeza (1).

—¡Desdichado! ¿Y habéis visto á Bermudo de Moscoso y os atrevéis á destinar igual suerte á persona humana?

—Su suerte no será igual: no le faltará ninguna de las comodidades de la vida; nada echará de menos, excepto la libertad que no merece, y la corona que no puede sustentar; y el día en que vuestra señoría se case, ó tenga á bien dejar el trono para que en él se siente vuestro augusto hijo, en aquél mis amigos abrirán á Lara las puertas de su prisión.

—No, eso no será; no me contentaré con ahorcarte; iré ahorcando á todos tus cómplices...

—Nadie los conoce más que yo.

—¡Conde de los Notarios, con tantos servicios

(1) El castillo donde Gutierre Fernández de Castro y sus amigos encerraron al conde de Lara es el de Mansilla, á tres leguas de León. Los historiadores señalan la prisión de Pedro González de Lara como principal origen de los bandos entre esta casa y la de Castro. Vide Sandoval, *Crónica del Emperador Alfonso VII*, y Salazar y Castro, *Historia geneológica de la casa de Lara*, Mariana, etc.

como te debo conseguirás que mande ajustiarte!

—Sí—repuso Castro con más ufanía que de un reo podía esperarse—; conseguiré que me ahorquéis para escarmiento de los que os ofendan tan osadamente como yo, aunque no con las rectas y puras intenciones que yo; pero también habré conseguido que vos sigáis reinando en Castilla y en León, que conste siempre que estabais dispuesta á cumplir con un deber de cristiana; habré conseguido que, cumpliendo ese deber, no os caséis con un hombre á quien no amáis, á quien no podéis amar, á quien no podrían sufrir un solo día los nobles castellanos; habré conseguido castigar la arrogancia de quien presumía de ser más que el monarca, y la necedad de quien, abusando de vuestras bondades, os ha comprometido á la faz del pueblo, y esto lo habré conseguido sin derramar una sola gota de sangre.

La Reina quedóse un rato profundamente pensativa, y dijo después:

—El conde Peranzules os ha dejado un ejemplo á los nobles que se ven forzados por su fidelidad y su celo á cometer un delito: el Rey *Batallador* nos dió al mismo tiempo un ejemplo de generosidad á los monarcas ofendidos. *Gutierre Fernández el de Castro*—añadió con voz solemne,—*yo os doy por bueno é por leal* (1). Solamente os

(1) Esta respuesta que ponemos en bastardilla está literalmente tomada de la que, en un caso que tiene puntos de semejanza con el presente, dió el mismo Alfonso VII á Rui Fernández de Castro, hermano de don Gutierre. Rui ó Rodrigo aca-

aconsejo que, conservando en prenda de mi gratitud todos cuantos castillos y tierras os he dado, hagáis pleito homenaje al Rey mi hijo, pues para teneros por amigo he menester no miraros como vasallo.

—Señora—respondió el conde inmutado—: puesto que vuestra señoría me da por bueno y leal, procuraré servir al hijo tan bien y lealmente como á la madre. Y con respecto á las tierras y castillos, tomaré una piedra del último de que me habéis hecho merced, para no pasar nunca por indigno de ella; pero no espero, señora, que me neguéis la honra de besaros la mano.

—No, Gutierre; tomadla—le dijo la Princesa, que no recordaba la trascendencia que podía tener aquella ceremonia.

—Gracias, señora—repuso Castro imprimiendo en ella sus labios con afán—; pero besándoos la mano devuelvo á doña Urraca de Castilla el condado, las villas y alcázares y términos que de ella he recibido.

La Reina, sin aguardar á más razones, despidióse de los canónigos, monjes y caballeros de Santiago, y tomando una pequeña escolta se metió en la litera que desde el día anterior estaba prevenida, dirigiéndose al monte del Gozo por la puerta

baba de matar á su esposa doña Estefanía, hija del Emperador, por creerla equivocadamente reo de adulterio, y se presentó al padre vestido de sayal, con una soga al cuello y el puñal con que había muerto á su mujer en las manos. Trae este cuento el infante don Pedro de Portugal en el libro de Genealogías, y lo reproducen muchos historiadores.

del Camino. No habría llegado á la ermita de Santa Cruz cuando sintió el galopar de un caballo, que soberbio y espumoso subía la cuesta; dióle una vuelta el corazón sin saber por qué, y sin saber por qué enjugóse el llanto que corría por sus mejillas, y compuso sus tocas, disponiéndose á recibir al caballero que tan de prisa venía.

No la engañaron sus esperanzas ó presentimientos: cesó el galope, y al poco rato vió en pie delante de la litera al paje del obispo.

El primogénito del ricohombre de Altamira, con ese aplomo, con esa seguridad que infunde una posición elevada, después de pedir perdón á la Princesa por haber osado detenerla en su marcha, dijo:

—Bermudo de Moscoso acaba de llegar á Santiago y ha sentido vivamente no hallaros en la ciudad como creía. Su objeto no era otro que el de besar la tumba del Santo Apóstol por los beneficios que le ha dispensado, y á vuestra señoría las manos por los favores que nos ha hecho. Ahora quiere que sepáis que, magüer vasallo de vuestro hijo el Rey de Galicia, de vos es más que vasallo, es amigo, y no cesará de rogar al cielo por vos, y por vos dará la vida cuando no se oponga á la fidelidad y pleitesía que ha jurado.

—¡Ah! ¡Gracias, gracias!—respondió doña Urraca echándose un poco atrás para ocultar su turbación—. ¿Conque se acuerda de mí? Es el único, el único que no me ha olvidado en la desgracia; pero su memoria vale por la de todos.

—Al mismo tiempo me manda poner en vues-

tras reales manos este pequeño don...—prosiguió el mancebo con timidez.

—¡Ah!

—Esta crucecita de madera que ha labrado en su prisión y ha traído al cuello...

—¡Dios mío!—exclamó la Reina sin poderse contener, cubriéndola de besos y bañándola con sus lágrimas: dile, Ramiro... ¡Mas no, por Dios, no le digas nada! En cambio—añadió sacando un pergamino—, toma esta escritura que pensaba remitirte desde Castilla, á donde me parto; es una carta de nobleza para Pelayo el mudo, que, como escudero de un ricohombre, debe ser de buena sangre: en ella le señalo un solar y tierras correspondientes en una de mis villas realengas. Cuando te cases con su hija vendrás con ella, y te cumpliré mi palabra de armarte caballero.

—¡Ah! ¡Señora! Si tal condición ponéis á semejante honra, creo que nunca llegaré á merecerla.

—¿Por qué?

—Porque Munima, con razón ó sin ella, empeñada en creer que yo... no la amo... es decir, que no la amaba con verdadero cariño, ha rehusado formalmente mi mano, que mi mismo padre y yo le hemos ofrecido.

—Entonces...—dijo la Reina dando vueltas, como distraída, á la crucecita de Bermudo—. ¿Pero qué lema tiene esa cruz?... ¿Qué dice aquí? Léelo, Ramiro: esto no parece romance.

—Efectivamente, es latín—respondió Gonzalo—; dice: *Innocentem non secuti, pœnitentem imitemur.*

—¿Y eso qué quiere decir?—preguntó la Princesa ruborizada.

—No lo sé—contestó Gonzalo, encendido también como una grana—; debese una sentencia que don Bermudo querría tener presente en su calabozo, sacada de los libros santos, ó de los santos padres, porque muchas veces se la tengo oída al obispo en sus homilías.

—Está bien: dile á Bermudo que yo procuraré estudiarla y conformar con ella mi conducta, para lo cual le ofrezco no apartar nunca de mi pecho esta reliquia. Con Munima ó sin ella, ven cuando quieras á la corte de Castilla, y la Reina te dará la orden de caballería.

El hijo del rico hombre montó á caballo súbitamente, y tornó á Santiago tan aprisa como había venido. Doña Urraca aguardó en Mellid el resto de sus tropas, y siguió luego hasta Burgos sin detenerse.

Aquel mismo día, el Rey don Alfonso VII hizo su entrada solemne en Compostela. Gutierre Fernández de Castro rindióle homenaje, al cual permaneció fiel toda su vida. Murió coronado de gloria y de honores á una edad muy avanzada, después de haber sido mayordomo mayor, alcaide de Toledo, gobernador de Castilla y ayo del Príncipe don Sancho el *Deseado*.

No tuvo más sucesión que una hija, y la dió por nombre Gontroda, acaso en memoria de la única víctima inocente del incendio de Altamira.

Este alcázar estuvo ardiendo dos ó tres días; pero las llamas no pudieron devorar del todo sus

robustos murallones, cuyos restos, al cabo de tantos siglos, permanecen en pie con señales inequívocas de la catástrofe.

Cuéntase que al venir del Padrón á Santiago el niño Alfonso, preguntó al conde de Trava la causa de las llamaradas y de la humareda que salía por entre los bosques á la izquierda del camino.

—¡Qué diablos hade ser!—respondió sonriéndose don Pedro Froilaz—. Seis días hace que Ataulfo de Moscoso me prometió tener iluminado su castillo cuando vuestra señoría pasase por sus estados, y aunque ayer murió, no ha querido dejar de cumplir su palabra.





APÉNDICES

I

SOBRE LA PEREGRINACIÓN Y EL CAMINO DE SANTIAGO,
LIB. I, CAP. I, PÁG. 10.

DESDE la conversión al cristianismo de las naciones septentrionales que inundaron la Europa, comenzó la afición á las peregrinaciones. Descubierto el cuerpo de Santiago, su tumba de Compostela fué una de las más favorecidas de los fieles; de suerte que no sólo de España, sino de las más remotas provincias acudían á venerar sus reliquias. «Visitábanla—dice Méndez de Silva—francos, normandos, escoceses, sajones, albaneses, bretones, flamencos, italianos, griegos, armenios, sardos, candios, húngaros, alemanes, polacos, dacios, noruegos, jerosolimitanos, asiáticos y otros, peregrinando diversos climas por ganar innumerables indulgencias que han concedido los Sumos Pontífices y prelados, y plenísimo jubileo cada siete años; habiendo ley en Esclavonia que quede

libre de tributos quien tres veces la visitare, y así llevan testimonio auténtico de ello.» Han hecho esta peregrinación muchos santos, reyes, príncipes y caballeros, especialmente franceses, y en los más de los pueblos del tránsito había para recibir los peregrinos hospitales con renta, fundados por personas reales ó caballeros devotos. Iban al principio desde Francia á Guipúzcoa, á Vizcaya, á las Asturias, á Galicia, huyendo las tierras llanas, infestadas de sarracenos. Después, por no pasar tan ásperas montañas, mudóse el rumbo entrando á Navarra, Alava y Asturias, y si algunos peregrinos caminaban por la Rioja y Burgos, eran sólo los grandes señores que, fiados en la mucha compañía de criados y gente, se atrevían á pasar por estos países. Ultimamente, expelidos los sarracenos de estas tierras y allanados los inconvenientes del camino, comenzó éste á correr por Rioja, Bureva y Burgos, por ser mejor el clima y más abundante el terreno. Hacia el año 993 venían ya los peregrinos por Navarra, Logroño, Navarrete, Nájera, Ormilla, por los campos de Valpierre á San Torcuato, y por fuera del monte Ayuela entre las villas de Bañares y Castañares, Villalobar y Sansoto, á Leiva, Villafranca y Burgos. Este era el camino que se seguía en tiempo de Santo Domingo de la Calzada.

En medio de la espesura del monte Ayuela ó Fayuela subsistía, aunque ruinoso, un palacio con paredes de muy buena piedra sillar, un patio de arcos de la misma materia, otro de pilares de piedra sin arcos, y algunas piezas maltratadas, y cer-

ca de él una ermita dedicada á Nuestra Señora, con la techumbre arruinada: casa de recreo y de bosque de los reyes de Navarra, que dominaban en Rioja; pero que éstos tenían abandonados, porque atendían más á pelear con los infieles que á divertirse con la caza. En este sitio resolvió el santo establecer su morada. Remendó primero la ermita, que la tradición asegura ser la misma que hoy existe en la plaza de la catedral de la ciudad que lleva el nombre de este piadoso varón, y en seguida se dispuso por habitación una pobre y humilde celdilla. Allí vivía en la contemplación, y para emplear útilmente sus ocios, labraba un huertecillo en que puso alguna hortaliza y árboles frutales, hasta que, viniendo á España San Gregorio Ostiense, salió para hacerse su discípulo, y ordenado por él de sacerdote, le acompañó en el ministerio de la predicación.

Habiendo llevado Domingo al santo maestro á su retiro de Ayuela, le habló de las penalidades que los peregrinos y pasajeros padecían en aquel monte, guarida de ladrones, y los peligros en que muchas veces se hallaban por lo pantanoso del sitio y por las crecidas del río Oja, que no tenía puente, y le enteró de la idea que le había ocurrido algunas veces de subvenir á estos daños. Aprobó San Gregorio su proyecto, y examinando ambos el terreno, parecióles que por aquel sitio se podía guiar más derecho el camino real, si se desmontaba la espesura, con cuyo medio se lograba ahuyentar de ella á los ladrones, si se hacía una larga calzada y se fabricaba un puente sobre el Oja.

La falta del puente era la más perentoria, y así determinaron hacer con el auxilio de los pueblos uno de madera, y lo fabricaron por sus manos, sobre unas cepas de piedra, cuyos vestigios aún se ven entre el puente actual y unas heredades, hacia la parte de poniente, no lejos de una ermita consagrada á San Sebastián.

Corriendo la voz de que Domingo asistía con tanto cariño en su celdilla á los peregrinos y pasajeros, y que el monte estaba abierto, libre de foragidos, y atravesado al fin de una calzada construída por el santo, eran innumerables los que torcían hacia su estancia, tomando desde Nájera á Azofra, por cerca de Cirinuela á la Calzada, y desde allí á Grañón, Redecilla, Belorado, Villafranca y Burgos.

Inutilizado el puente de madera, ya porque su poca solidez lo destruyese, ya porque el río, que es un torrente que corre entre cascajos sin madre fija, hubiese variado de dirección, su caridad ardiente se valió de un medio más gravoso para ser útil á los transeuntes, pasándolos sobre sus hombros, cual otro nuevo Cristóbal.

Pero la caridad hace milagros: aquel pobre ermitaño, ayudado de los pueblos, levantó poco después el puente de piedra que hoy existe, y además un hospital con salas para los pasajeros, divididos por naciones, cuartos para sacerdotes y para mujeres, y vivienda para la familia que cuidaba del servicio.

Tal es el origen de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y estas son las razones que ha

tenido el autor para llamarla en la novela *Segunda patria de los peregrinos*.

Véase la *Historia de Santo Domingo de la Calzada, Abrahán de la Rioja*, etc., por el doctor don José González de Tejada. Madrid, viuda de Melchor Alvarez, 1702, un tomo en folio menor.





II

LOS LIBROS DE CABALLERÍA FUERON LA NOVELA DE COSTUMBRES DE SU ÉPOCA, LIB. III, CAP. VII, PÁGINA 340, NOTA.

EN apoyo de la opinión, emitida aquí muy de paso, de que las mejores fuentes para empaparse en el espíritu de la Edad Media son los romances y libros de caballería, nos ha remitido nuestro amigo don Eustaquio Fernández de Navarrete la siguiente nota extractada de la *Historia literaria de la Edad Media*, que está escribiendo, *Sección de los libros caballerescos*.

El público nos agradecerá seguramente que le anticipemos algunas páginas de una obra tan útil, tan preciosa, y que, á juzgar por lo que de ella hemos visto, debe elevar á su autor, como historiador y como crítico, á grande altura en la república de las letras.

Dice así:

«El ansia que en la actualidad manifiesta la juventud hacia las modernas novelas, puede dar una idea del entusiasmo que en sus respectivos siglos excitaron los libros de caballería. Pero esta

idea no llega á ser cabal. Las variadas distracciones que ofrece nuestra sociedad, borran en el ánimo las impresiones que puede hacer la novela; la monotonía de la vida antigua la grababa fuertemente en el ánimo y exaltaba la imaginación; el género novelesco tiene en el día ancho campo en que espaciarse, y ya nos respresenta nuestras propias costumbres, ya se entretiene en dibujar las de tiempos pasados, ya se pasea por las aéreas regiones de la fantasía; en la Edad Media no se alimentaba sino de heroísmo y de proezas, y la dama que los leía, se había adormecido en la cuna al son de cantos guerreros; en la juventud era elegida para adjudicar en los torneos el premio al más valeroso; y en la edad más avanzada, armaba á los hijos para los combates y les inspiraba sentimientos de honor; las cuestiones humanitarias, las reformas sociales que forman más de lo que debieran el fondo de la novela actual, no las interesan directamente; los grandes hechos de armas que los libros caballerescos nos representan, emprendidos y concluidos en nombre de las damas, tenían que conmover dulcemente su vanidad y orgullo. Si en todos tiempos el heroísmo ha entusiasmado el corazón de la mujer que, conociéndose débil, ha querido encontrar en el hombre las cualidades necesarias para ser su apoyo, ¿cuánto más le entusiasmaría en un siglo en que, faltos de fuerza todos los vínculos sociales, su virtud y sus bienes no tenían otra defensa que el respeto inspirado por el valiente brazo del caballero que se declaraba su campeón? Si

siempre ha sido sensible á los obsequios y halagos, ¿cuánto más lo sería cuando en medio del reinado de la fuerza, estos hombres de hierro que, desafiando impávidos la muerte y los trabajos, ante nadie doblaban su orgullosa cerviz, se prostaban humildes á sus plantas y respetaban idólatras todos los caprichos de la belleza? La impresión, pues, que estos libros debían causar en imaginaciones frescas y vigorosas, puede conjeturarse más bien que describirse.

»Mas algunos, concedores de la historia, los han creído parto de cabezas delirantes, y las costumbres en ellos descritas fingidas y supuestas; basta con todo examinar la historia, y comparándola con ellos se verá, por la conformidad que tienen, que la novela caballeresca puede llamarse la novela de costumbres de los siglos medios. No era dable que ejerciesen una influencia tan grande en la sociedad, si ésta no hubiese visto en su composición interpretadas al vivo sus ideas. Es cierto que muchos de los autores de libros de caballería supusieron la existencia de sus héroes en tiempos de la más remota antigüedad; pero, sin embargo, no les dieron otras costumbres que las del tiempo en que se escribía, ya porque su ignorancia por un lado les hiciese creer que nunca pudo haber otras, ya porque es casi imposible al hombre sin estudios profundos hacer abstracción de cuanto le rodea. En comprobación de esta verdad, no hay sino comparar con las historias de la Edad Media sus libros fabulosos.

La falta de trabazón entre las distintas partes

que componían el Estado, ocasionada por la independencia salvaje de los hombres del Norte y su bárbara ignorancia, hacían muy difícil la organización social, si el Estado, que como el individuo tiende siempre á su conservación, no hubiese sabido hallar principios de vida en sus mismos elementos disolventes. Formóse, pues, la caballería; y la existencia que los antiguos lograron en la reunión de todas las fuerzas en el ente moral llamado nación, se halló entonces en la división casi infinita de esfuerzos individuales cooperando á un mismo objeto; de suerte que si en las sociedades antiguas el individuo desaparecía ante los grandes intereses de la comunidad, en las modernas reinaba el individualismo que la caballería trató de dirigir en beneficio de la misma comunidad. Al orden de la caballería se confió el sostenimiento de la fe, la defensa de la patria y el amparo de los débiles contra los fuertes, objetos todos que sin ella quedarán abandonados. Para que no se formase de gente indigna de tan sagrado ministerio, no se confería esta dignidad sino como premio de grandes hazañas y en medio de las ceremonias de la religión que la consagraba. Como el objeto de este instituto era el empleo de la fuerza en favor de la sociedad, permitíase á los caballeros ejercitarla por medio de diversiones guerreras, como los torneos, que sublimaban su valor hasta el heroísmo, disponiéndolos á no arredrarse por cuantos peligros pudiesen ofrecerles las expediciones militares y los verdaderos combates. Como era fácil que empleasen en desafueros las armas que se

les confiaban, trabajóse con sabias leyes en imbuirles sentimientos de honor; el caballero que faltaba á su palabra era escarnecido; el que no favorecía la desgracia que acudía á su brazo, vilipendiado; el que ultrajaba una dama, mirado con horror y sujeto á su venganza, y en fin, el que manifestaba cobardía, expelido ignominiosamente de la mesa de los caballeros. Otro freno más suave, y al propio tiempo más poderoso, se ideó para contener su ferocidad. Los pueblos del Norte rendían cierta especie de adoración á la mujer; el cristianismo fomentó este justo respeto á su debilidad; la caballería lo elevó hasta el delirio, y así el caballero, por el deseo de la aprobación de una beldad y el temor de su desagrado, siempre que sus pasiones no le cegaban huía de la deslealtad y de la injusticia. Del mismo modo que había premios y gloria para los que cumplían como nobles, para los de alma tan baja que tales incentivos no obligaban á separarse del crimen, había prescritos castigos ignominiosos. Con tales medios se procuró dirigir hacia el bien el valor y domesticar la ferocidad guerrera; con ellos se evitaron muchos males; pero como de repente no pudieron ahogar todos los gérmenes de barbarie, no siempre obtuvieron los resultados que eran de apetecer. Entablóse una lucha entre tan sabias instituciones y los instintos salvajes, que produjo aquella mezcla de magnanimidad y de venganzas, de violencia y de ternura, de fanatismo y de irreligión, de devoción y de amoríos, cuyo colorido poético no pudo menos de hacerse manifiesto á la imaginación de

los primeros que concibieron los libros caballescrescos.

»Este es en resumen el cuadro general de la caballería, y en su pintura están contestes la fábula y la historia. Consúltense en prueba las *Partidas* y el *Doctrinal de caballeros*; pero por ahorrar este trabajo á los que no tengan tiempo ó paciencia de emprenderlo, presentaremos algunas particularidades de caballeros andantes, comprobadas por otras idénticas que se refieren de personajes auténticos.

»La intervención de la religión en todas las empresas de caballeros andantes vese confirmada en la vida real por muchos ejemplos. Cuando Godofredo de Bouillon lidió con Guy de Montfocón en desagravio de una doncella desposeída por éste de su estado, después de armados ambos oyeron misa en la iglesia mayor de la ciudad, y luego cabalgaron á la lid. En el *Paso honroso*, sostenido en el puente de Orbigo, jamás entraron á lidiar los justadores sin oír misa, á pesar de que los religiosos que la decían declararon que tales ejercicios no se podían hacer sin pecado mortal, y que la Iglesia, conforme á lo dispuesto por el derecho canónico, no rogaba por los que morían en ellos ni les concedía sepultura en sagrado, disposición que se observó con un caballero aragonés que murió en la justa. Los estatutos de la orden de la Banda, fundada por el Rey don Alfonso XI, disponían que cada caballero hiciese mucho por oír misa, para que Dios le ayudase en sus caballerías. Consiguiente á estas máximas fué que en el

acto de armar caballeros interviniesen ceremonias religiosas, costumbre que ni fué invención de los escritores de fábulas, ni práctica de solos caballeros particulares, pues la crónica de don Juan II nos muestra á este Rey velando las armas toda una noche en la catedral de Toledo. Esta usanza era ya antigua, pues don Alonso en las Partidas la describe menudamente.

» Por este mismo principio los caballeros hacían votos y promesas á Dios y á los santos por el buen éxito de sus empresas, muchas veces injustas; quiénes ofrecían hasta llevarlas á cabo no comer pan á manteles; quiénes privarse de carne y vino ciertos días á la semana; quiénes vestirse de estameña y sayal, y quiénes, en fin, visitar en traje de romeros alguna ermita ó santuario. El Rey don Pedro, que quiso matar al nuncio del Papa que vino á anunciarle la excomunión, se emplea en seguida en devotas peregrinaciones. Beltrán Du Guesclin, ó Claquin, como le llaman nuestras crónicas, recogiendo el guante que le arrojó en desafío el duque de Lancastre en el sitio de Dinái, ofrece no comer hasta desempeñarlo más que tres sopas en vino á honra y gloria de la Santísima Trinidad; ¿qué más harían los que trastornaron el juicio á don Quijote? La penitencia de Amadis en obsequio de su señora, parodiada por Cervantes, no es una ficción romancesca; no lo es tampoco el pensar en las damas y encomendarse á ellas en las batallas. El extravío de la imaginación hacía confundir á los caballeros los obsequios que éstas merecían con el homenaje que se

tributa á la Divinidad; y esta costumbre de acordarse de las amigas en un trance en que, según los preceptos católicos, sólo debiera el caballero acordarse del Criador, lo recomienda don Alonso en las Partidas (Partida 2.^a título XXI, ley 22).

»En cuanto al enderezamiento de tuertos y desfacimiento de agravios, que era la principal incumbencia de la andante caballería, veamos á Diego Ordóñez retando á los de Zamora por la traición cometida por Vellido Dolfos; y como ejemplo de la protección á la justicia, véase al Cid, el más perfecto modelo de la caballería castellana, exigiendo en Santa Gadea juramento á don Alonso, antes de rendirle homenaje, de no haber tenido parte en la muerte alevosa de su hermano.

»El culto religioso hacia las mujeres se encuentra recomendado hasta por la legislación: un artículo de los estatutos de la orden de la Banda prescribe que todo caballero de esta orden tenga una señora de sus pensamientos á quien rendir su tributo de adoración y ofrecer los trofeos de su brazo.

»Aun en puntos en que la imaginación de los escritores de fábulas caballerescas encontraba más espacio en que volar, se ven éstos apoyados por la historia. A veces en ellos se encuentran desaforados golpes en que se parten gigantes, y pruebas de fuerza que asombraran en un Alcides. Ya por estar entonces menos viciada la naturaleza humana, ya por la educación que se daba á los jóvenes, se

formaban efectivamente hombres de una compleción extraordinariamente robusta. En el poema del Cid se cuenta que este héroe, en la batalla de Alcocer, habiendo muerto los moros el caballo á Alvar Fáñez, partió por medio del cuerpo un enemigo; y si por ser de un poeta es recusable este testimonio, en el libro de la *Gran conquista de Ultramar*, hablando del cerco de Antioquía por los cruzados, se cuenta que Godofredo de Bouillón, peleando en una puente contra los sitiados, «atravesó á un moro por la cinta bien cabe los arzones de la silla, así que la cabeza con los brazos y pechos hasta la cinta cayó sobre la puente, y las piernas con muy poco de lo otro quedó sobre la silla». Michaud, en la *Historia de las Cruzadas*, cuenta otros muchos ejemplos de las grandes fuerzas del Rey de Jerusalén. Aun en tiempo de Felipe II se refiere de don Gómez de Figueroa, caballero de Córdoba, señor del Encinar, que cortaba de un tajo con la mayor facilidad el cuello á un toro, y según su paisano don Luis Bañuelos, los ejecutó, no una vez sola. en los festejos celebrados por la ciudad de Sevilla con motivo del casamiento del Rey. ¿Qué nos dicen las historias caballerescas que pueda parecer extraño después de lo que oímos de Diego García de Paredes, Argüello de León y Alonso de Céspedes?

»En el Quijote, que, aunque en parodia, presenta admirablemente retratadas las costumbres caballerescas, vense pintadas las esperanzas que animaban á los que profesaban este orden de subir en brazos de sus hazañas á la cumbre del poder,

ya porque alguna alta dama se enamorase de su valor y gentileza, ya porque algún gran monarca tuviese necesidad de su esfuerzo para libertarse de sus enemigos. Muchos son los ejemplos que presenta la historia de este cambio de fortuna, que, por no alargarme, no cito. Ciertó es que los escritores caballerescos exageraron en este punto la suerte de sus héroes; pero si á don Rogel le hicieron llegar á Emperador de Persia, á don Florisel de Grecia, á Esferamundi de Trapisonda y del mismo imperio á Reinaldos, como se encuentra escrito en el romance de su prisión y destierro tienen disculpa con la realidad de los sucesos que elevaron á Godofredo de Bullón á Rey de Jerusalén, á Emperador de Constantinopla al caballero Labrenne, y dieron otros tronos á otros cruzados.

»Basta, pues, lo dicho para comprobar que en los libros de caballería había un fondo de verdad que los hizo la lectura favorita de los pasados siglos. Las costumbres influyeron poderosamente en ellos; pero ellos á la vez influyeron también poderosamente en las costumbres, y de esta recíproca influencia nació aquel espíritu aventurero, aquel valor indómito con que nuestra España, después de arrojar los moros de sus seno, se lanzó por el Océano en busca de un mundo desconocido, y marchó á sojuzgar todos los ámbitos de la Europa bajo la conducta de Carlos V, príncipe que entusiasmó á esta nación, porque tenía todas las brillantes cualidades de un caballero andante.

»Cuando el Poder central del gobierno ahogó la fuerza del individuo; cuando, para castigar los

crímenes, á la espada del caballero se sustituyeron los Tribunales de justicia; cuando la invención de las armas de fuego hizo inútil la fortaleza personal, y el descubrimiento de América, separando á los hombres de la guerra, llamó su atención hacia las artes ó el comercio, las costumbres variaron y hubieron de caer en descrédito los libros de caballería. Entonces sabios varones, como el maestro Granada y Arias Montano, levantaron su voz contra ellos, y en fin, el jocoso ingenio de Miguel de Cervantes, con su admirable parodia, los desterró para siempre. Los escritores que vinieron después los miraron con total desprecio, considerándolos, sin advertir que muchas de las bellezas que admiraban en el Quijote se deben á su fiel imitación, como abortos de la ignorancia y barbarie y depósitos de disparates y necesidades. ¿Pero es equitativo este juicio? ¿Nada podemos aprender en estos libros que fueron la delicia de nuestros padres? Permítasenos separarnos del común modo de pensar, y opinar que no será perdido el tiempo que dediquemos á estudiar estos monumentos de nuestros tiempos heroicos, cuya época debiera sernos tan interesante como á los griegos la de Agamenón y Aquiles.

»Es cierto que estos libros, representando guerreros feroces, llenos de un valor brutal y sanginario, autorizado y producido por la poca dependencia de los señores, son en general desagradables en su invención, pesados en su composición y toscos en su estilo; pero acaso en ellos pueden encontrarse cosas útiles y curiosas; ¿qué libro hay

en que no se halle algo digno de ser conservado? Además de ser un rico minero de indagaciones filológicas, donde podremos encontrar las severas bellezas de nuestra antigua lengua, los historiadores hallarán en ellos datos para deshacer muchas dudas, ilustrar muchas dificultades y extender sus conocimientos sobre las costumbres, con sólo descartar algunas circunstancias exageradas ó maravillosas, parto de la invención, que son fáciles de conocer. La instrucción más circunstanciada sobre el modo de hacer la guerra, sobre los derechos, dependencia y diferentes grados de los feudos, sobre la administración de justicia, armas, blasón, en fin, todo lo que concierne á la formación de nuestros usos y costumbres, se encontrará en estos libros. ¿Qué estudio más interesante para un siglo filosófico? Las obras de historia ocupadas en la relación de los hechos generales, no cuidaron de entrar en estos pormenores que las de caballería nos han conservado. Si tantos usos y prácticas antiguas tenemos por suficientemente probadas con el testimonio de los poetas, ¿por qué los novelistas no han de gozar el mismo privilegio? Felizmente los que escribieron de caballería no fueron bastante hábiles para conservar lo que se llama colorido local, y aplicando á la historia que escribían, verdadera ó falsa, los usos del tiempo en que vivían, nos dejaron pinturas exactas de sus respectivos siglos; estando siempre conformes en lo esencial de las descripciones, y defiriendo sólo según las épocas en sus pormenores.

»No menos útil puede ser este estudio á los no-

velistas. Algunos de éstos, siguiendo las pisadas de Walter Scott, se han dedicado á desenterrar las antigüedades de su patria, con buena acogida de los lectores. Si Cervantes escribió un libro de caballería para desterrar las exageraciones de su siglo, ahora que el egoísmo tiene apagados todos los movimientos generosos del alma, la molicie enervados los corazones y el interés destruído todo lo noble y justo de los sentimientos, es oportuno resucitar este género de literatura, que puede llamarse heroica, para ver si con la grandeza y energía de los pasados reviven nuestros espíritus adormecidos. Así sin duda lo han concebido los que buscan en la época más gloriosa de nuestra historia los argumentos de sus novelas. Pero para que los retratos de sus personajes salgan parecidos á los originales, para que el paisaje en que aparezcan no sea el de un siglo al que no pertenecieron, empápense los autores en la lectura de los libros caballerescos; que algunos momentos de fatiga que les causará la pesadez de su estilo, quedarán ventajosamente compensados por la abundante cosecha de nuevas ideas, de tradiciones extrañas, de olvidadas costumbres y de interesantes lances que harán en beneficio de los lectores.»



III

ERRORES, DESCUIDOS Y ERRATAS

DE todo, como en la viña del Señor, hay en la presente obrilla. Con sólo advertir que el libro se ha impreso en ausencia del autor, sin que á éste le haya sido posible corregir las pruebas, á excepción de las primeras páginas, y que el original se ha remitido de varios puntos de Navarra y las Provincias Vascongadas, en cartas copiadas por diversos escribientes, parece que podíamos lavarnos las manos y echar la carga en ajenos hombros. Esta suele ser la práctica corriente, que no nos parece, sin embargo, muy digna, ni muy noble. Cada cual reconozca y prohije sus engendros.

Falta es del autor haber dado el tratamiento de *alteza* á los reyes de Castilla y de León en el siglo XII. No lo tuvieron hasta que lo llevó de Navarra y Aragón, donde mucho antes se usaba, importado sin duda de Francia, Fernando el *Ca-tólico*. En el *Centón Epistolario*, del Bachiller Fernán Gómez de Cibdareal, podemos ver una carta en que este discretísimo médico da todavía al Rey

don Juan II el *vuestra señoría y vuestra merced* indistintamente. De manera que con toda verdad puede decirse que nuestros reyes andaban entonces entre merced y señoría.

Hacia la mitad de la novela lo echamos de ver, y como el lector puede observar, nos abstuvimos de pecar á sabiendas, ya que de ignorancia tanto hemos delinquido.

Nuestro ha sido también el descuido de hacer á un cierto escudero que llevó á Ramiro al castillo de Altamira, criado una vez de Ataulfo y otra del conde de Trava. Puede ser también que á los dos sirviese, aunque se dice que es imposible servir bien á dos señores: el lector, de todos modos no ha de pagarle el salario.

FIN DEL TOMO SEGUNDO





ÍNDICE

LIBRO TERCERO

Págs.

Cap. I.—De cómo la bastarda de Trava se casó con Ataulfo el «Terrible» sin llegar á ser su esposa.....	5
II.—De cómo la segunda mujer de don Ataulfo el «Terrible» recibió la confesión de la primera.....	33
III.—De cómo don Ataulfo el «Terrible» llegó á temer que su esposa no hubiese muerto de veras.....	49
IV.—De las cosas que á Ramiro acaecieron aquel día.....	73
V.—Que es uno más en esta crónica y donde quiera que haya otra.....	91
VI.—De cómo el paje del obispo fué convertido en murciélago.....	107
VII.—De cómo el sabueso se metió en la madriguera.....	131
VIII.—Que no debemos fiarnos del agua mansa.....	157

LIBRO CUARTO

	Págs.
Cap. I.—Que Gutierre Fernández de Castro era muy duro de pelar.....	177
II.—Cómo el obispo y el conde de los Notarios hacían la cuenta sin la huéspedada	201
III.—De cómo el conde de Lara, que siempre estaba de sobra, no acudió al lado de la Reina la única vez que hizo falta.....	219
IV.—De cómo á los ojos de Ataulfo tornóse bermeja el agua del foso.....	239
V.—En que se refieren las aventuras del villano barbilampiño, con otras cosas.....	257
VI.—Cómo Ataulfo de Moscoso cumplió al conde Pedro Froilaz cierta palabra, lo cual se aclara y se demuestra en el capítulo siguiente..	285
VII.—De cómo el que no es inocente tiene que ser penitente.....	327

APÉNDICES

I.—Sobre la peregrinación y el camino de Santiago, lib. I, cap. I, pág. 10.....	341
II.—Los libros de caballería fueron la novela de costumbres de su época, lib. III, cap. VII, pág. 340, nota.....	347
III.—Errores, descuidos y erratas.....	361

Lecturas recreativas

del Apostolado de la Prensa.

Tomos en rústica (sólo los 14 primeros tomos) de 400 á 500 págs. Precio: UNA PESETA

Al por mayor, á 0,75 ejemplar.

Encuadrados con preciosas planchas, á 1,25.

Al por mayor, á UNA PESETA TOMO

Para contrarrestar, en cuanto sea posible, la horrible propaganda de literatura corruptora y de novelas más ó menos pornográficas, el **Apostolado de la Prensa** se propone, con la ayuda de Dios, formar una numerosa é interesante biblioteca recreativa, que comprenderá lo mejor, literaria y moralmente hablando, de lo publicado hasta ahora por autores nacionales y extranjeros, y todo á precios de inverosímil baratura.

Van publicados:

Fabiola ó la Iglesia de las Catacumbas, por el eminentísimo CARDENAL WISEMAN; traducida del inglés por D. Angel Calderón de la Barca.

La Mujer fuerte.—Imitación libre de la escrita en Francia con el título de la *Familia Morand*, por D. GABINO TEJADO, de la Real Academia Española.

Lleva como apéndice, para completar el número de páginas, la novelita del P. JUAN JOSÉ FRANCO, S. J., intitulada *Del Infierno al Paraíso*.

Víctimas y verdugos.—Dos tomos.—Cuadros interesantísimos de la Revolución francesa.

I Promessi Sposi, ó Los Novios, por MANZONI.—Dos tomos.—Historia milanese del siglo xvii.—Traducción de D. Gabino Tejado, de la Real Academia Española.

La gran amiga.—Novela escrita en francés por PIÈRRE L'ERMITE, premiada por la Academia francesa; traducida por D. Vicente Ortí y Escolano.

Las veladas de San Petersburgo, por el CONDE JOSÉ DE MAISTRE.—Nueva traducción al castellano.

Mis prisiones, por SILVIO PELLICO.

Lleva como apéndice, para completar el número de páginas, la preciosa novelita *Benjamina*, del Padre JUAN JOSÉ FRANCO, S. J.; traducida del italiano por D. José Fernández.

Angela.—Novela escrita en alemán por CONRADO DE BOLANDEN; versión castellana por D. Vicenti Ortí y Escolano.

Lleva como apéndice la preciosa novelita *Simón Pedro y Simón Mago*, del P. JUAN JOSÉ FRANCO, de la Compañía de Jesús.

El rosal de Magdalena, bosquejo de costumbres romanas en el siglo xix, por D.^a ANTONIA M.^a DE OVIEDO, fundadora de las Religiosas Oblatas.

Lleva como apéndice la novelita *Rosa de Bretaña*, por M. F. Lander, traducida expresamente para el Apostolado.

Amaya ó los Vascos en el siglo viii. Novela histórica por D. F. NAVARRO VILLOSLADA. Tres tomos.

El secreto de la solterona, traducido del alemán por E. MARLITT.

Ben Hur, novela histórica de los tiempos de Jesucristo, por LEWIS WALLACE. Versión castellana de Luis Carlos Viada y Lluch.

Los últimos días de Pompeya, escritos en inglés por E. T. BULWER, autor de *Rienci ó el último tribuno*, traducidos al castellano por D. Isaac Núñez de Arenas. Dos tomos.

Lleva como apéndice, al final del tomo II, la novelita de Esteban Marcel *Los tres votos*.

Octavia y Una pariente pobre.—Novelas escritas en francés por MADAME BOURDON, traducidas para el Apostolado de la Prensa. Un tomo.

Doña Urraca de Castilla. *Memorias de tres Canónigos*. Novela histórica original por D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA. Dos tomos.

Doña Blanca de Navarra.—Crónica del siglo xv, por D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA. Un tomo.

NOTA.—Se considerarán como pedidos al *por mayor* los que consten como *mínimum de doce ejemplares*.

ADMINISTRACIÓN

7, San Bernardo, 7.





